WARHAMMER 40,000

Requiem Infernal

Peter Fehervari

Traducción fan por Adán Zapata

BLACK LIBRARY

Notas del traductor

Antes de nada agradecerte por interesarte en esta traducción fan de uno de los mejores, sino el mejor, libro de Warhammer 40k, recuerda que este es un proyecto de fans para fans, no se permite su venta ni distribución con ánimo de lucro.

En caso de que no lo tengas en tu posesión ya, te recomiendo y pido encarecidamente que, aunque tal vez no quieras/puedas leer el material original en inglés, lo adquieras igualmente, ya que es la única manera en la que podemos mostrar nuestro apoyo al autor de la obra.

Como aclaración, se han tomado varias decisiones con esta traducción, para comenzar se ha decidido respetar la mayoría de las latinizaciones de ciertos nombres y títulos, además, tal vez algunas cosas suenen "raras" pero no te preocupes, en el material original también suena "raro" y se ha intentado mantener el espíritu original de la obra lo máximo posible, finalmente, se ha decidido mantener la antigua traducción y localización al Español (al menos al de España) de ciertos nombres, como el uso de "Elder" en lugar de "Aeldari", "Inmaterium" y "Disformidad" en lugar de warp, etc la única excepción es el Imperium, el cual se le ha dejado en su forma latinizada para mayor cohesión con el resto de nombres y titulos.

Agradecimiento especial a la voz negra (@Triunviratus_II en X) por su ayuda con la corrección de esta traducción. **Si encuentras alguna errata o tienes alguna duda no dudes en contactarme, ya sea a través de X (@Just_mad_Owl) o a través de email en : justmadowl@gmail.com**

Ahora sin más dilación, relájate y disfruta.

Contenidos:

-Warhammer 40.000

-Dramatis Personae

-Mapa
-Exordium
-Prólogo

-Primer evangelio
  -Capítulo Uno
  -Capítulo Dos
  -Capítulo Tres
  -Capítulo Cuatro

-Segundo Evangelio
  -Capitulo Cinco
  -Capitulo Seis
  -Capítulo Siete
  -Capitulo Ocho

-Tercer evangelio
  -Capítulo Nueve
  -Capítulo Diez
  -Capítulo Once
  -Capítulo Doce
  -Capítulo Trece

-Epílogo
-Afterwyrd
-Sobre el autor

Es el cuadragésimo primer milenio. Durante más de un centenar de siglos el Emperador se ha sentado inmovil en el Trono Dorado de Terra. Él es el Amo de la Humanidad por la voluntad de los dioses, y el amo de millones de mundos por el poder de sus inagotables ejércitos. Es una carcasa podrida que se retuerce gracias al poder de la Edad Oscura de la Tecnología. Él es el señor carroñero del Imperium, por quien mil almas son sacrificadas cada día para que nunca muera de verdad.

Y aun así, en su estado inmortal, el Emperador continúa su eterna vigilia. Poderosas flotas de batalla cruzan el miasma infestado de demonios en la Disformidad, la única ruta entre las estrellas lejanas; sus caminos guiados únicamente por el Astronomicón, la manifestación psíquica de la voluntad del Emperador. Vastos ejércitos combaten en Su nombre en incontables mundos.

De entre sus soldados, los más grandiosos son los Adeptus Astartes, los Marines Espaciales, guerreros creados mediante ingeniería genética. Sus compañeros en armas son legión: el Astra Militarum e incontables fuerzas de defensa planetaria, la siempre vigilante Inquisición y los tecnosacerdotes del Adeptus Mechanicus, por nombrar sólo unos pocos. Más a pesar de semejante multitud, apenas son suficientes para resistir a la siempre presente amenaza de los alienígenas, los herejes, mutantes...y cosas peores.

Ser un hombre en estos tiempos es ser uno entre incontables billones. Es vivir en el más cruel y sangriento régimen imaginable. Estas son las historias de estos tiempos. Olvida el poder de la tecnología y la ciencia, pues mucho ha sido olvidado para jamás ser recuperado. Olvida la promesa de progreso y entendimiento, pues en el oscuro futuro solo existe guerra. No existe paz entre las estrellas, únicamente una eternidad de matanzas y carnicerías, y la risa de los dioses sedientos.

“Todo cuanto vemos y creemos ver no es más que un sueño dentro de un sueño.”

-Hereje antediluviana de Terra

“Todos somos sombras, anhelantes de sustancia en la larga pesadilla del alma”

-Icharos Malvoisin
Capellan Castigador, Ángeles Penitentes.

.

Dramatis Personae

-Los Perdidos

Jonah Tythe - Predicador Imperial
Asenath Hyades - Hermana Hospitalaria (La Vela Eterna)
Athanazius - El Artesano

La orden de la Vela Plateada

Hagalaz - Preceptora Cognóstica
Navreen - Hermana Dialogante (asistente de Hagalaz)
Haruki - Hermana Dialogante

La Orden de la Vela de Bronce

Akaishi Bathory - Cirujana Palatina
Solanis - Madre Superiora
Angelique - Servidor Medico

La Orden de la Vela de Hierro

Xhinoa Aokihara- Hermana Celestial Superior
Indrik Thuriza - Hermana Celestial
Genevieve - Hermana Celestial
Camille - Hermana Celestial
Marcilla - Hermana Celestial

Zapadores del Vacío de Exordio - Compañía Estrellaoscura

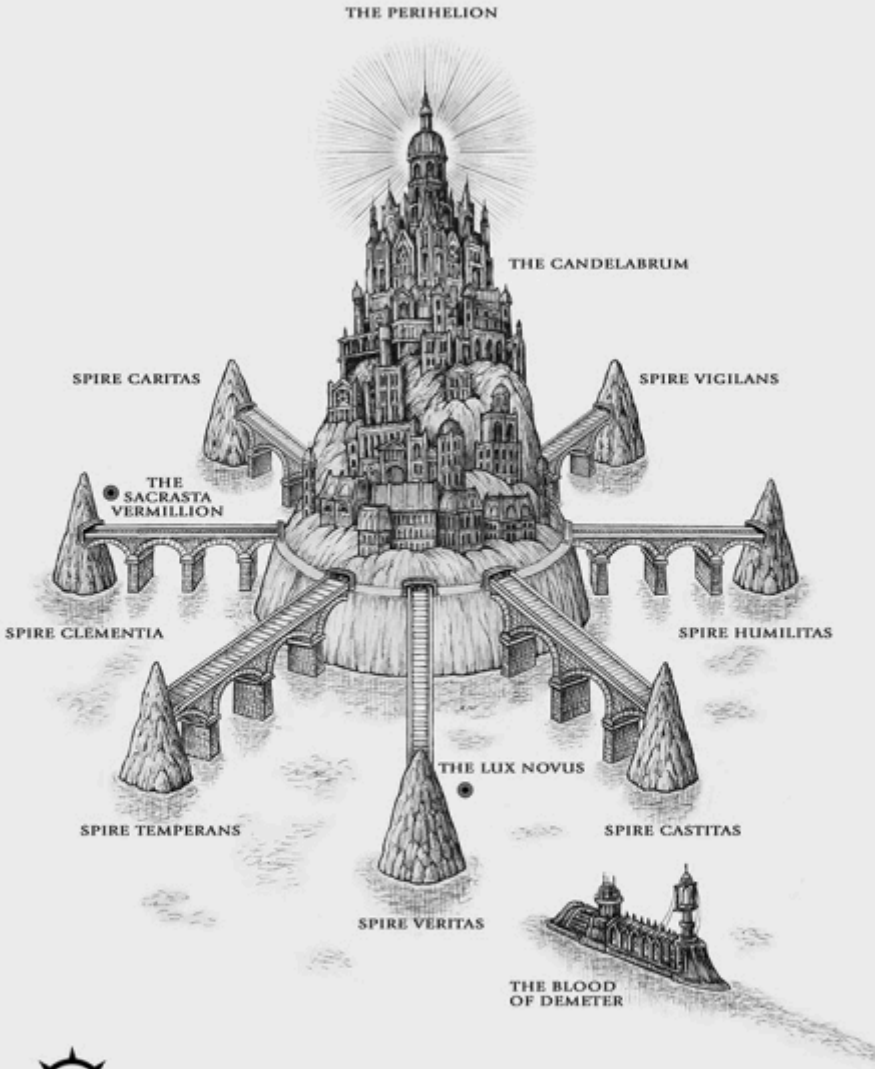
Ichukwu Lemarché -Comisario
Vanzynt Reiss - Teniente
Toland Feizt - Sargento
Bannon Pynbach - Cabo
Chingiz Zevraj - Zapador
Avram Santino - Especialista en Demoliciones
Boldiszar Hörka - Especialista en Demoliciones
Konrad Glicke - Zapador
Rem Rynfeld - Zapador

La Cruzada Providence

Padre Deliverance - Confesor Imperial
Canonesa Excruciant Morgwyn - Orden de la Espina Eterna
Comodoro Barnaban Rand - Armada Imperial
Capitán Varzival Czervantes - Novena Rapsodia, los Ángeles Resplandecientes

Las Virtudes Illuminant

El Profeta Quebrado - Encarnado de Veritas
El Ángel Sangrante - Encarnado de Clementia
El Artesano Atormentado - Encarnado de Humilitas
El Celador Ciego - Encarnado de Vigilans
El Caballero Penitente - Encarnado de Temperans
El Mártir Ardiente - Encarnado de Caritas
El Testigo Mudo- Encarnado de Castitas



THE KORONATUS RING

Exordium

Genesis

Disponte, viajero, pues el camino que has elegido no será fácil. No encontrarás dicha, y escasa será la gloría en tu recorrido, menos aún, la esperanza de un futuro mejor al final de tu travesía. Y si ansías respuestas inmaculadas , más te valdría volver tu espalda ahora, pues semejantes consuelos son para los inocentes, los ignorantes y los deliberadamente obtusos - esos sonámbulos que se mantienen en las gentiles y bien pavimentadas avenidas de la vida hasta su defunción. Con las espaldas rectas o los hombros arqueados, alentados por el valor o atenazados por el pavor, marchan, se tambalean o se arrastran hacia el olvido en ignominiosa dicha. Pues la ignorancia es, en efecto, dichosa, incluso cuando se siente doliente, pues la dicha es siempre despreciable, incluso cuando se toma con coraje.

Solo la Verdad hiende tan profundamente como para conceder respeto. Pero tú ya sabes esto, con tu corazón, si no con tu mente, de no ser así, jamás habrías dado el primer paso en este espinoso y retorcido camino. Pocos son los que tienen una visión suficientemente amplia como para vislumbrar mi rastro, y menos aún son aquellos capaces de encontrarme; mas aquellos que prevalecen no pueden hacer otra cosa. No, no lo niegues, ¡Pues la voracidad en tus ojos desmiente tu vacilación! Has visto y sacrificado demasiado para ser saciado por la falsa ociosidad de la fe o la razón. Nada menos que la honestidad podrá saciarte ahora.

Pero ahí yace el primer y más fundamental terror que debo compartir contigo: la Verdad es una bestia múltiple y escurridiza. Creció en algo raído cuando las primeras mentes observaron su mundo con desazón y preguntaron " ¿Por qué?" - Y entonces, marcharon a la guerra en el nombre del "No". Durante eones la Verdad se ha enredado y desligado a sí misma a partes iguales, quebrada en turbación por las pasiones de aquellos que la cazarían, encarcelarían, codificarían y exaltarían. Pero la suya es una tarea fútil, pues siempre han estado persiguiendo sus propias sombras.

Y sus sombras son afiladas.

-Anónimo

Prólogo

Atado a la noche

Colmena Carceri, Sarastus.

“No salgas esta noche, padre,” dijo Mina. No se trataba de una protesta o un ruego. Su voz carecía de la vitalidad necesaria para ello.

“Volveré antes del toque de queda,” respondió Jonah, manteniendo su espalda hacia ella mientras colocaba una bala en su pequeña pistola. Pocas cosas preocupaban ya a Mina, pero las armas la agitaban, así que él mantenía su pistola escondida en el respiradero de su choza, así como el resto de herramientas de su sombría vida. Con los muros empapelados en mohosos pergaminos llenos de salmos y las ventanas selladas tras cortinas de hierro, su cubículo parecía más la celda de un penitente que un espacio habitable; aun así le costó a Jonah casi todo lo que ganó en el servicio de milicias vigilantes. Sin el extra que había conseguido raspar *entre* turnos, estarían perdidos. Incluso así, contaban únicamente con su última ración en lata y sus escasos últimos cialúmenes. El suministro eléctrico se había cortado hacía ya meses, derivado hacía las luces que rodeaban el bloque de habitáculos fortificados donde habían buscado refugio. Únicamente los jefes de la milicia que los comandaban desde los niveles superiores aún tenían acceso a los generadores.

“Es una mala noche,” insistió Mina débilmente.

Semejante absurdidad provocó una sonrisa en Jonah que le avergonzó, pues se burlaba de ella, y ella se merecía un mejor trato. Ella nunca abandonaba su refugio, pero incluso si lo hiciese, ella no querría - *no podría* - ver la realidad de la situación. El miedo que la consumió durante las primeras semanas de su ordalía no lo permitiría.

Así es como ella sobrevive, pensó Jonah, deslizando su pistola bajo su enorme gabardina, junto con el libro envuelto en tela que tenía amarrado al pecho. No le gustaba tener ese tomo herético tan cerca de su corazón, pero era el lugar más seguro para llevarlo, además, pronto se libraría de esa condenada cosa. Tomó una última calada de su cigarrillo de lho y lo apagó. Era el momento de ponerse en marcha.

“Lo he vuelto a ver, padre,” dijo Mina.

Jonah se volvió, sorprendido por el temblor en la voz de su hermana gemela. Él se había rendido tratando de corregirla sobre su identidad tiempo atrás. Únicamente la confundía. Además, él había sido más un padre para ella de lo que su auténtico padre lo fue jamás. Ambos habían sido diligentes discípulos del fanatismo de ese viejo tirano, incluso después de que descubrieran que no era una auténtico sacerdote, pero Mina, la solemne, gentil y radiante Mina, había sido siempre la hija favorita del Transcriptor Senior Malachi Tythe.

La nombró en honor a una santa, recordó Jonah. *Mina de la Rosa Sangrienta*…

En la penumbra, su hermana parecía más un espíritu que una santa, sus ojos oscurecidos en la larga y pálida mancha borrosa que era su rostro. Como muchos de los supervivientes de la colmena, se había deslizado hacía una ambivalente semi-vida que la disociaba de la cordura y de la locura por igual. Su pelo lacio se había convertido en ceniza blanca, desprovisto de color, al igual que su alma. A pesar de que el paso del tiempo era inocuo desde la Caída, ella no podría pasar la veintena, y aun así, cualquiera bien podría tomarla por una anciana.

Pero no Jonah.

Para él, la gracia de Mina era inviolable. Bajo la mugre y la decadencia, el todavía reconocía a la hermana que le había protegido de la violencia de su padre cuando él citaba mal un salmo, o cuando se trababa durante un catecismo. Más tarde, cuando alcanzó la madurez, fue ella quien le contuvo para no golpear de vuelta, encontrando siempre, de alguna manera, la forma de dominar su ira. Sin ella, se habría convertido en un monstruo mucho antes de que los monstruos anidasen por doquier.

Estoy haciendo esto por ella, padre, pensó con fiereza. Si el viejo hubiese vivido más allá del inicio del fin, habría estado horrorizado por las cosas que su hijo había hecho para sobrevivir, pero Jonah no se arrepentía de ningúna de ellas. La verdad sea dicha, la Caída lo había *liberado*.

“¿A quién viste, Mina?” preguntó gentilmente.

“Al hombre hambriento.” Sus dedos jugueteaban con las cuentas del rosario que colgaba de su cuello. En ocasiones, las cuentas de cristal coloreado la mantenían satisfecha durante horas, pero no ahora. De hecho, Jonah no era capaz de recordar la última vez que la vió tan agitada.

“Su rostro siempre está en la sombra,” continuó Mina, “pero puedo ver sus ojos. Ojos plateados. Ahora está más cerca.”

Ese sueño otra vez. Era más vívido para ella que la propia realidad. Tal vez, aquello era una forma de misericordia, pero a Jonah no le gustaba.

“La plata es una marca de pureza,” dijo entrecerrando sus manos en las propias para tranquilizarla. Se sentían frágiles, frías, como los huesos de un animal pequeño. “Tal vez has soñado con uno de los guerreros sagrados del Dios Emperador. Puede que incluso un Marine Espacial.”

No estaba seguro de creer en la existencia de los legendarios defensores del Imperium, menos aún que uno apareciese en su insignificante mundo en su hora de mayor necesidad, pero Mina siempre había adorado las parábolas que hablaban de ellos.

“¿Un Marine Espacial?” Ella frunció el ceño dándole vueltas a la posibilidad, sus ojos se iluminaron de repente. Las privaciones habían marchitado su cuerpo, pero habían amplificado una eteriedad que siempre había estado presente. Si ella era un espíritu, se trataba de uno santo. “¿De verdad lo crees, padre?”

“Tiene que serlo,” Jonah se apartó, y las manos de ella volvieron a su tarea inconscientemente. “Debo irme, Mina,” No le gustaba dejarla en ese estado, pero no podía evitarlo. “Recuerda, no abras la puerta a nadie.” Él sonrió “Excepto, quizá, a tu campeón de ojos plateados.”

“Semejantes consuelos son para los inocentes, los ignorantes y los”- Jonah detuvo la frase, irritado. Solo había ojeado la primera página del tomo herético que portaba, y sin embargo, sus palabras se habían aferrado a sus pensamientos como sanguijuelas. Prácticamente podía recitarlas verbalmente. Los años que había malgastado siguiendo los pasos de su padre, transcribiendo textos sagrados distraídamente en el Conservatorium de la Eclesiarquia, habían preparado su mente para memorizar sandeces. Podría recitar tantas escrituras como cualquier sacerdote - ¡Y con una convicción mayor que la mayoría! - pero esto era diferente. Esas palabras se sentían vivas.

Hambrientas.

Se desvanecerán cuando me haya librado del libro, se dijo a sí mismo.
“Jonah*”* le llamó Mina, mientras abría el último de los cerrojos de la puerta. Sobresaltado de oír su nombre en sus labios, él le devolvió la mirada. Ella tenía su rostro apretado contra la ventana, como si pudiera ver a través de las persianas metálicas. “No creo que sea un Marine Espacial, hermano.”

“Ha despertado”, susurró Jonah, mientras se internaba en las mugrientas calles de la ciudad, llenas de escombros. Como siempre, se mantenía en las sombras, pero nunca en las más profundas, donde los depredadores tal vez aguardaban.

“Por un momento, me ha reconocido”. Atesoró ese pensamiento. Ahora, no era el momento. Debía mantenerse concentrado. La Colmena Carceri estaba muriendo, incluso si no quisiera admitirlo todavía, pero eso la hacía aún más peligrosa. En lo alto, las luces todavía brillaban en la cúpula que encerraba a la metrópolis, pero su radiancia se había desvanecido año tras año, retrocediendo ante un gris apático que conquistaba la extensión de viviendas marchitas y manufacturias silenciosas en un crepúsculo perpetuo. Jonah dudaba que aquello durase mucho más. Más allá de la cúpula solo había oscuridad, y la oscuridad quería entrar.

Ya nos habremos ido para cuando ocurra, prometió, como siempre hacía cada vez que se arriesgaba con una salida sombría a través de las calles. Un goteo de naves todavía pasaban a través del puerto espacial de Carceri controlado por la Milicia. La mayoría se trataba de comerciantes buscando dejar sin blanca a los desesperados, pero él había escuchado que algunos ofrecían pasaje fuera del mundo por el precio adecuado. Fuese cual fuese, Jonah lo pagaría. El libro que había robado de las cámaras del Conservatorium ayudaría en gran medida a ello….

No encontrarás dicha, y escasa será la gloría en tu recorrido…al final de la travesía, advirtió.

“Más de la que encontraremos aquí,” Jonah susurró mientras entraba en una plaza rebosante de transportes abandonados. Él había asistido a un festival desenfrenado en este lugar una vez - un evento que su padre definitivamente habría desaprobado. Había una chica en aquel entonces. Solo el Trono sabía que había sido de ella. O como era. Ni siquiera podía recordar su nombre a día de hoy, a pesar de que la había buscado frenéticamente al comienzo de la Caída. Aquello fue antes de que despertase a los juegos de la Noche y comprendiese que tales cosas eran reliquias de otra vida. Aferrarse a ellos era una apuesta perdedora.

Has visto y sacrificado demasiado, coincidió el libro.

Jonah cruzó la plaza tras la cobertura de un tranvía que se había convertido en una fosa común. A través de las ventanas infestadas de polvo vió a los pasajeros, sentados rígidamente, congelados en un camino hacia ningún lugar, con el rictus final grabado en sus rostros. No tuvieron tiempo de aterrorizarse. Como todos los que murieron en el primer instante de perfecta oscuridad, se encontraban desecados, y aun así, libres de podredumbre, como si el trauma que los mató también hubiese eliminado el proceso natural de la muerte. Decenas de miles habían muerto de esa manera, desde la carroña de la baja colmena a los nobles en sus torres palaciegas, todos derribados en un arritmico latido de corazón cuando la Verdadera Noche cayó sobre su mundo. El Transcriptor Senior Tythe se encontraba entre ellos, se apagó mientras estudiaba minuciosamente un pergamino, pero su hijo infiel, que trabajaba frente a él, se salvó.

Los Sacros Condenados…

El nombre para la primera oleada de los muertos había sido acuñado por el culto de redención que ascendió de las cenizas del culto imperial de Carceri. Para Jonah no tenía sentido, pero a decir verdad, nada acerca del amargo credo de los fanáticos lo tenía. Si tuvieran un atisbo de oportunidad, aquellos bastardos probablemente condenarían a su hermana como a una bruja. Al igual que su padre, no reconocerían la *verdadera* santidad aunque luciese un halo llameante.

La Verdad es una bestia escurridiza, advirtió el libro. Se sentía frío contra el pecho de Jonah. Se imaginó gusanos maliciosos escurriéndose de sus ataduras, buscando carne.

Abandonando su suerte a la noche, Jonah dejó atrás la cobertura de la tumba sobre ruedas, y se lanzó a la carrera a través de la plaza. Hubo un aullido en algún lugar tras de sí - largo y doliente, el llanto de un hombre reducido a algo menos. No había escuchado a aquellos antes y no tenía intención de ponerles una cara ahora. Ahí afuera no había fin a las pesadillas si un hombre salía a buscarlas.

Se refugió en las sombras de la calle opuesta y continuó corriendo, sin tener en cuenta el riesgo - Un giro brusco a la izquierda en el siguiente cruce, después otro tras dos cruces; tras aquello, subir sobre la vieja planta de empaquetado de proteína desde el lado del edificio y recorrer el tejado - sólo un lunático iría *a través* de ese lugar infernal ahora…

Como siempre, Jonah había planeado su ruta meticulosamente utilizando los mapas que había robado de una estación de los Arbites asaltada en los primeros días. Aquel premio le había costado caro, forzandole a tomar su primera víctima- un oficial moribundo que le disparó mientras saqueaba entre los escombros. Necesitó varios golpes con una barra metálica para acabar con aquel hombre acorazado.
¿Aquello aun contaba como asesinato tras la Caída?

Solo si lo disfrutaste, Jonah se reafirmó, tal como hacía cada vez que robaba una vida. Ahora, sonaba como algo que el libro podría decir.

"Todo fue por ella," dijo a la noche, como si a esta le importase.

Descendiendo por una tubería al final de la fachada de la planta de proteína, Jonah se dejó caer a un patio lleno de basura y frunció el ceño. Aquel lugar se encontraba en peores condiciones de lo que recordaba, pero no había estado por la zona desde hacía tiempo. Los ruidos de gorgoteo que borboteaban desde abajo mientras se arrastraba por el techo le habían recordado el por qué. Lo que fuese que estaba creciendo allí abajo, en las cubas nutritivas, se estaba haciendo *enorme*.

“Nunca más” exhaló Jonah , tachando mentalmente aquel camino.

Mientras trepaba un montículo de basura, algo espinoso se agarró a su tobillo. Saltó inconscientemente, aterrizando a trompicones en el otro lado del montículo. Desenfundando su pistola, se dió media vuelta y se agachó, apuntando con su arma. El montículo temblaba vacilante, como un motor dandose vida a sí mismo .Un enjambre de zarcillos nudosos surgió de aquella masa, lanzando basura y humo negro. Sollozaban y gritaban mientras azotaban; sonaban como si estuvieran sufriendo.

No, Jonah se percató mientras el humo se disipaba - los gritos no provenían del montículo, si no del hombre atrapado en su cumbre. El cautivo se debatía contra los tentáculos que no paraban de retorcerse, quedando más enredado cuanto más luchaba por liberarse. Un momento después, Jonah atisbó la cara del hombre, y se percató de que no se trataba de un hombre en absoluto, o al menos, no lo había sido desde hacía mucho. A pesar de que la forma degenerada fuese humanoide, su rostro había explotado en cancerosas espirales de dientes afilados que no dejaban hueco para los ojos. Los restos de un uniforme de trabajador del manufactorum aún podían reconocerse en su retorcida silueta. Había maneras peores de caer ante La Noche que la muerte.

“Me has seguido,” dijo Jonah, sabiéndolo por intuición. Aquel degenerado se trataba de aquella cosa aullante que lo había localizado en la plaza. Lo había estado acechando desde entonces. Cuando trepó por la tubería debía de haber estado justo detrás de él, probablemente a meros momentos de golpearle.

“¡Esta noche no!” Jonah se burló de la ciudad caída. “¡*No aquí!”*

Contempló cómo su cazador era arrastrado hacia la masa temblorosa, que por seguro se trataba de algo que se había filtrado desde la planta. Con un último empujón, todo terminó, y el montículo quedó en silencio de nuevo. Jonah sonrió emocionado por su suerte. No, esto era algo *más* que suerte.

Nada es casualidad a no ser que tú lo permitas.

¿Había leído aquello en el libro? Él estaba seguro de que no, y aun así, seguro a su vez de que lo encontraría ahí dentro en algún lugar. *Pertenecía* ahí. Repentinamente Jonah se encontraba ansioso por leer el resto. Le habían pagado la mitad de su tarifa como buscador de antemano, pero tal vez el libro era más valioso que el pago que iba a recoger esa noche.

La mano de Jonah ya se encontraba sobre el libro cuando recordó a Mina y se detuvo. Incluso en su estado de confusión, las herejías que estaba buscando la

horrorizarían. Tal vez ella no entendiese las palabras, pero estaba segura de que podría sentir su maldad.

¿Pero y si la maldad es todo cuanto queda? Argumentó *¿O todo lo que siempre hubo?*

No, eso no podía ser verdad - no en un mundo donde las almas puras como Mina aún existían. Apartó la mano del libro. Si iba a llegar a su recompensa, aún tenía un largo camino que recorrer.

“Es por ella” se repitió a sí mismo mientras se puso en marcha. “Todo.”

Pero ahora, la promesa tenía un sabor amargo.

El camino de Johan lo llevó más lejos de lo que él jamás se aventurado anteriormente, hacía la profundidad de los guetos perimetrales, donde la curva del domo se encontraba cerca y las chabolas se amontaban como si de los juguetes de un niño idiota se tratasen. Marchitándose bajo su propio peso, las desordenadas torres se inclinaban unas sobre otras, aplastando las avenidas de abajo en un laberinto sofocante.

Aquí fuera la ciudad siempre ha estado muriendo. Jonah pensó. *Simplemente esperando a que el resto le alcance.*

El hedor en las callejuelas era espantoso. Solo los Sacros Condenados habían sido exentos de la putrefacción. Los millones que murieron después - en los disturbios y la represión de lo que quedaba de las autoridades, y más tarde, por las crecientes aflicciones del hambre y las enfermedades - *todos* se pudrieron más rápido de lo que podías quemarlos. Toda la colmena hedía a muerte, pero Jonah jamás había conocido nada como esto. Aquí se trataba de una presencia embriagadora, casi licuescente. Y sin embargo, no había rastro alguno de los cadáveres.

“Los rumores dicen que a veces se levantan” su compañero de guardia, Foree, había dicho. “La noche les hace olvidar que murieron.”

Jonah no lo creyó. Había contemplado muchas locuras, pero los muertos estaban muertos, incluso después de la Caída. Viola eso, y ya nada tendría sentido.

“No pienses en ello” se dijo a sí mismo, pero las palabras no bastaban. *No aquí.* Se detuvo, y prendió un cigarrillo de Iho, manteniendo sus manos ahuecadas sobre el encendedor. Por norma general se mantenía alejado de ellos en las calles, pero maldito sea el Trono, necesitaba uno ahora mismo, aunque solo fuera para aplacar el hedor. Tomó una larga y bendita calada, y continuó.

Desde aquí, solo contaba las indicaciones del comprador para guiarle, pues el santuario que buscaba no se encontraba en mapa alguno. El pandillero con los ojos de tiburón que había organizado el trato le había facilitado las instrucciones junto con el primer pago de Jonah. Estaban inscritas en la parte trasera de un folleto municipal hecho jirones, escritas a mano, con una letra llena de florituras geométricas. A su pesar, Jonah se encontró impresionado, la disciplina de su vida pasada no se había desvanecido, y reconocía el trabajo de un calígrafo maestro cuando lo veía. Casi podía imaginar la mente detrás de aquellas letras, escrupulosa, pero propensa al exceso en su afán por imponer armonía sobre la página.

¿O sobre el mundo?

Sin fallo alguno, las instrucciones llevaron a Jonah a través de los caminos más oscuros y sinuosos, pero no mentían. Encontró el santuario al final de un callejón, agazapado contra la cara interna del domo, a salvo de miradas y mentes que no estuvieran al tanto. Intrusos accidentales no identificarían la pequeña cúpula como un lugar de culto, pues carecía de distintivos, salvo por un par de cortes dentados sobre la entrada, el derecho levantado ligeramente por encima del izquierdo. No se trataba de un símbolo que ningún colmenero temeroso del Trono pudiera reconocer, pero Jonah lo reconoció al instante, pues la imagen estaba grabada en la portada del libro que portaba.

Solo la verdad hiende tan profundamente.

La pesada puerta de madera del santuario se encontraba abierta, y la luz sangraba desde su interior - un resplandor índigo parpadeante que oscurecía, más que iluminar, todo sobre cuanto caía. Jonah dubitó, repelido por la idea de su roce, pero ya había tomado demasiados riesgos como para cancelar este pago. No, aquello era una mentira. Ya no se trataba sobre el pago. Trataba sobre el libro. Necesitaba librarse de él. Temía que si no ocurría ahora, tal vez nunca lo hiciese.

Jonah escupió su cigarrillo de lho y se encaminó al interior.

No vio nada de la cámara más allá del umbral, pues sus ojos no cofntaban con atención que escatimar. Como si de mundos condenados y capturados por una estrella colapsada se tratase, fueron atraídos hacía la máquina imposible que flotaba en el aire frente a él.

“Trono Sagrado,” susurró, tratando de comprenderla.

El artilugio giraba lentamente, tejiendo líneas de luz índigo desde la oscuridad. Por más que lo intentó, Jonah no pudo juzgar a cuánta distancia se encontraba o su tamaño real, pero no *parecía* tener más de tres palmos de diámetro. Su instinto

gritaba que se encontraba muy lejos, y aun así lo vió con una agudeza que dolía, como si su presencia hiciese disminuir la suya propia.

“Es demasiado,” susurró

Lo era, aun así eso no importaba, porque la máquina era hermosa más allá de cualquiera cosa que Jonah jamás hubiera imaginado en sueños o estando despierto. Su cuerpo estaba compuesto de nuevo anillos de plata concéntricos que rotaban alrededor de un largo huso central de cristal estriado. Cada anillo seguía una trayectoría única, ondulando hacia arriba y hacia abajo junto a sus compañeros, para que su forma combinada cambiase sin cesar entre una jaula esférica y un disco aplanado.

Y aun así, los anillos no eran más que el inicio de la complejidad de la máquina, pues constelaciones de diminutas esferas y cubos plateados giraban alrededor de ellos en órbitas demasiado tortuosas para seguirlas, precipitándose entre las barras de la jaula,pero de alguna forma, nunca llegando a colisionar. Su paso dejó estelas iridiscentes, cada una floreciendo hasta que un nuevo rastro lo aniquiló en una micro explosión de índigo. Incluso en su destrucción, los patrones persistieron detrás de los ojos de Jonah, como cicatrices fantasmales. Aquella imagen brillante, aquel antes y después, parecía preñado con posibilidades, cada una de ellas esenciales, cada una de ellas fuera de su alcance.

Y cada una de ellas una mentira.

Una sinfonía muda de tictacs y zumbidos acompañaba al artilugio, como una tormenta de relojes que azota horizontes inefables, su poder amortiguado no por distancia, sino por la imaginación.

¿O por ambición?

“Magnífico, ¿no es así?” Susurró una voz desde el vacío. “Y sin embargo, no es más que un simulacro del verdadero artilugio. Un reflejo, por así decirlo.”

Aturdido, Jonah se percató de que no se encontraba solo. Una figura se encontraba a unos pocos pasos de la máquina. Su túnica negra fluía hacía la oscuridad teñida de índigo, pero su rostro brillaba como una calavera espectral. Por seguro se trataba de su cliente, pero el término parecía banal en este lugar imposible. Trató de concentrarse en el desconocido, pero sus ojos se negaban a abandonar el artilugio.

“¿Eres el comprador?” Preguntó reagrupando sus pensamientos.

“Un coleccionista” El desconocido respondió. “Y un arquitecto”

“¿Has construido tu la…?” Jonah enmudeció, pues llamar a aquel vórtice de luz máquina *en voz alta* se sentía blasfemo - incluso peligroso.

“El Planetario de las Sombras” Sugirió el coleccionista. “No fuí yo, pero con tiempo y aplicación, comprenderé su funcionamiento.“ Pronunció cada palabra con precisión, como si esculpiese en lugar de decir sus pensamientos. “Nada existe sin orden, amigo mío, y donde hay orden, siempre hay una metodología”

Con un esfuerzo de voluntad que se sintió físico, Jonah desgarró su mirada lejos de la máquina y miró directamente al hombre. Tenía el aspecto de un anciano erudito, con una frente alta y una larga melena de pelo blanco, pero su piel estaba tan tensa que había estrangulado los músculos bajo ella. Sus ojos eran vastos y saltones, como si hubieran devorado tanto que hubieran superado sus cavidades oculares, o como si no pertenecieran a ellas en absoluto. Revoloteaban sobre la máquina, reacios a quedarse en un lugar o alejarse demasiado. Los ojos de un adicto…

Nunca la pierde de vista, Jonah dedujo. *Tiene miedo de perderse algo.*

La luz cambió, arrebatando una capa mundana a la realidad.

Ahora Jonah observó que al desconocido le habían cortado los párpados y sujetado la piel alrededor de las cuencas con suturas finas y precisas.¿El hombre se había aplicado el procedimiento éll mismo? ¿El peligro de parpadear le horrorizaba de tal manera?

¿Solo somos otra distracción para ti? ¿Acaso llamaste a la noche para hacer que nos marcháramos? ¿Es eso lo que tu máquina hace? Jonah sabía que las respuestas se encontrarían en la red mecánica, junto con todo lo demás que él siempre había querido conocer.

¿Qué más? El impulso de descubrir - *de mirar* - era casi abrumador.

“Incluso aplacado, el infinito sigue siendo absoluto” Dijo el desconocido con reverencia. “¿Le importaría observar la realidad?”

“No,” Jonah respondió sinceramente.

Si, Jonah respondió sinceramente.

Hubo una erupción violenta en la red. El la *sintió* - un desgarro profundo del alma , como si alguna parte esencial de él se hubiera partido en pedazos en simpatía con la descarga. Lo dejó sintiéndose a la vez más, y menos, que el hombre que había sido hacía solo unos momentos, como si la detonación lo hubiese dividido en dos nuevos enteros, cada uno menos sustancial que el original.

¿Cual soy? Jonah se preguntó, sin estar seguro siquiera de que preguntaba

“Así es como ocurre a menudo, amigo mio.” El desconocido observó, como si leyese los pensamientos de Jonah. Sonrió, mostrando unos dientes amarillentos grabados con sigilos; parecían hileras gemelas de pequeñas tallas de marfíl. La luz cambió de nuevo, revelando otro secreto: el rostro de su adorador estaba plagado de delicados tatuajes negros que imitaban la red, pero carecían de vida. Incluso las venas de aquellos ojos fuera de lugar bailaban a su son.

Están por todo él, Jonah sintió. *Por fuera y por dentro, grabados más profundamente que carne y hueso, pero no puede verlos.*

Hubo otro pulso de luz. A su paso, los ojos del desconocido brillaron con un frío plateado.

¿Ojos plateados? Jonah gimió al recordar las palabras de despedida de su hermana: “Se encuentra más cerca ahora. No creo que sea un Marine Especial, hermano.”

Trataba de advertirme, se percató. Estremeciéndose, cerró los ojos con fuerza, desesperado por bloquear aquella luz venenosa. Si continuaba observando ese rostro exquisitamente mutilado, podría vislumbrar sus pensamientos - tal vez incluso *sentirlos*…

“Te he traído tu libro,” dijo, buscando una salida como un hombre ahogado aferrándose a los defectos de su destino.

“El libro es tuyo, Jonah Tythe.”

“No lo quiero.”

“Aun así, es tuyo.”

“¡Estás en deuda conmigo!” manteniendo sus ojos cerrados, Jonah alzó su pistola.

“Y te será pagado lo acordado” El desconocido aseguró. “Pero te contraté para que encontrases el libro”

“¡Y lo he hecho!”

“Apenas has comenzado.”

“No..” La negación era todo cuanto le quedaba a Jonah. La luz azul se arrastraba a través de sus párpados, haciendo conexiones que el no quería hacer. Lo que quería era salir de ahí, girarse y seguir corriendo hasta…

La puerta no se encontrará ahí. Supo con absoluta certeza.

“Un hombre iluminado no puede correr ni esconderse,” dijo el desconocido. “Pues incluso si se ciega ante el resplandor de mil soles, la verdad permanece inviolable.”
Te equivocas. Jonah pensó, sin saber de donde provenía su convicción. *En el momento en que la mirás - de verdad- la verdad cambia. ¡Una y otra vez!*

“Únicamente para aquellos sin la visión para percibir su forma mayor” Instó el adicto “Únicamente para aquellos sin el intelecto para concebir su verdadero significado y la voluntad para *remodelarla*”

Su búsqueda es fútil. Se burló el libro, prestando su peso a las convicciones de Jonah e inflamando su antigua furia. *Ellos siempre han estado persiguiendo sus sombras.*

“Nada que posea forma es incognoscible, Jonah Tythe. Y sea lo que sea q...”

“¡Es una mentira!” Jonah gruñó y disparó a ciegas, apuntando hacía la voz de su torturador. Hubo un estrepito de cristales rotos y un destello de luz, despúes, un silencio negro. Esperó, esperando retribución.

“Lo siento Mina,” susurró, convirtiéndolo en una plegaría.

Cuando la retribución no llegó, abrió los ojos a la oscuridad. No…no completamente. Había algo - un punto de luz blanca..que crecía más y más…*más cerca* - ¡Aproximándose rápidamente!

Y sus sombras son afiladas

“!Corre!” alguien le advirtió. Para cuando reconoció la voz, ya era demasiado tarde.

Cargada y cambiada por su impío paso, la bala de Jonah rebotó fuera del Inmaterium y lo golpeó entre los ojos en un estallido de luz plateada.

Primer Evangelio

Exodus

“La separación del Yo y sus múltiples y espléndidas ilusiones es el primer y último paso en el camino a Ser”

-El Profeta Quebrado
Los Evangelios Illuminant

Capítulo Uno

Misericordia

I

El testimonio de Asenath Hyades - Primera Declaración
El Exodus Gulf, Vytarn, M40.419

Mi reverenciada canonesa, es con cierta reluctancia que comienzo este documento, más diversos días han transcurrido desde que arribé a Vytarn y no puedo posponer mi juramento hacia vos más. Es con su venia que he realizado el viaje a este encantado y sagrado mundo, y por su decreto que debo guardar registro de todo cuanto encuentre aquí. El primer deber me llena de júbilo, pues he añorado largo tiempo volver al lugar de mi nacimiento, pero confieso que el segundo me cause congoja. Actuar como un espía, especialmente entre aquellos que abrieron mis ojos a la gloria del Dios-Emperador y me iniciaron en nuestra sagrada hermandad, se siente como una traición. Le debo más que mi vida a la Última Vela. Sin su luz guía, me habría encontrado perdida mucho antes de que aprendiese a buscar.

Debido a las circunstancias confío en que comprenderá por qué he rechazado la conveniencia de una electro-pluma en favor de pergamino y pluma. Para mi mente esas herramientas tradicionales cultivan una gravedad de pensamiento que los instrumentos menos táctiles no pueden igualar. Además, generan un compromiso - Una sensación de que una está dejando una marca sobre el mundo. Si he de escribir esto, entonces que sea comprometido y duradero.

Comenzaré con algunas observaciones sobre la Última Vela tal y como la conocí en mi juventud, y tal como creo que la encontraré una vez más - un parangón de santidad que ha perdurado por mil años. Aunque usted y yo hemos hablado largo y tendido sobre mi antigua secta, me siento obligada por honor a dejar constancia de mis opiniones para su recopilación.

Como bien sabrá, mi señora, siempre han existido facciones dentro del gran cuerpo del Culto Imperialis cuyas tradiciones o interpretaciones de la Divina Verdad se han torcido contra las escrituras ortodoxas. Sus desviaciones tal vez nazcan de la ignorancia, la arrogancia o un deseo sincero de iluminación, pero todas son imperfectas. Algunas veces, sus defectos son inocuos , aún así las aplastamos sin piedad. Algunas veces nacen de la malevolencia y se nutren únicamente del dolor, aun así las dejamos florecer. He contemplado mundos donde crueldades inenarrables son ennoblecidas en nombre del Dios-Emperador - Festivales de mártires donde los pobres se inmolan a sí mismos para expiar los pecados de sus gobernantes, o desfiles de flagelación que se deleitan con la degradación, ¡incluso cruzadas de niños ritualizadas que son poco más que asesinatos en masa! ¡Tales barbaridades degradan Su perpetuo sacrificio y nuestro propio honor, y aun así es la Última Vela - una secta que brotó de nuestra propia sagrada orden - la que ha atraído las sospechas del Convento Sanctorum!

Perdóneme, sé que no es mi lugar el interpretar la línea entre la heterodoxia tolerable y la herejía, pero donde sea que se encuentre, no creo que la Última Vela la haya cruzado, no por error ni pecado. Durante la década que serví con sus creyentes no encontré razón alguna para dudar de su piedad. Si mi antigua secta tiene un defecto es por seguro su humildad, pero en palabras de la sagrada Santa Arabella, "La mujer inteligente provoca envidia, por eso la sabía elude la atención"

Creo que la Última Vela es inteligente y sabía, y por tanto se ha decidido a servir al Imperium en soledad, consagrando sus talentos a la contemplación y la sanación en lugar de a las gloriosas cruzadas o al proselitismo. ¡Mira hacia adentro, a lo divino!

Para entender el carácter de la Última Vela debe comprender el mundo que ha tomado para su retiro, pues los dos se encuentran interconectados como la fé y el fuego. Aunque he estado ausente de Vytarn por veinte años, sus océanos azotados por tormentas y las altísimas islas de granito jamás han abandonado mi corazón. Hay una vitalidad empírea en el aire helado - ¡Siempre hace frío aquí! - que afila los sentidos y exalta el espíritu, estimulando a uno a convertirse en el mejor yo que pueda ser.

No dudo de que también hay oscuridad en este mundo. En efecto, ocasionalmente sentí su presencia durante mi juventud, como una mancha fantasmal que no podía identificar ni expulsar, pero está eclipsada por una profunda gracia. Nadie que haya vagado entre las siete agujas repletas de templos del Anillo de Koronatus o contemplado la montaña coronada por la catedral podría dudar de la integridad de sus arquitectos. Cada una de las agujas ensalza a una de las siete Virtudes Illuminant, ¡mientras que el coloso en su corazón es un monumento al destino manifiesto de la humanidad! Es mi sincera esperanza que un día Vytarn será reconocido como un verdadero Mundo Santuario de nuestro amado Imperium. ¿Qué otra cosa puede ser un reino tan resplandeciente sino sagrado?

Una vez más, le solicito que me perdone por hablar tan francamente, mi señora. Escribo estas palabras bajo el sonido del trueno -aun distantes, pero aproximándose con cada línea - y confieso que la perspectiva de la tormenta en ciernes me incita a ser franca. ¡Pocas cosas hay en la vida tan electrificantes como encontrarse en el mar en mitad de una las grandes tormentas de Vytarn! Nuestro navío será puesto a prueba duramente por la vorágine que se avecina, tal como lo serán aquellos que hemos confiado nuestras almas a su integridad, aun así, ¡le doy la bienvenida al desafío!

Usted es mi superior, pero también ha sido mi más sincera amiga y mi segunda vela en la noche. Sin su fe no habría sobrevivido mi tercera muerte y despertado en mi cuarta y mejor vida. Cumpliré con mi deber de vigilia para con el Convento Sanctorum sin prejuicios ni vacilaciones. Si la Última Vela alberga en efecto herejía, tal como nuestra venerada priora teme, entonces le aseguro que la encontraré. Sin embargo creo que mis antiguos mentores se probarán no únicamente inocentes, sino ejemplares en su pureza. Rezo por que mi traición a su confianza sirva también como su exoneración.

Como puntuando aquella última palabra, un trueno rompió sobre ella y los globos lumínicos que colgaban del techo parpadearon, balanceándose sobre sus cabinas mientras el camarote se agitaba en simpatía con las turbulencias del océano. La escritora golpeó con la mano su diario cuando este comenzó a deslizarse por el escritorio. Por fortuna, el escritorio en sí mismo, junto con el resto de muebles elaboradamente tallados del camarote, se encontraban anclados al suelo. El Exodus Gulf está plagado de tormentas y los barcos que las surcaban estaban diseñados para anticiparse a su furia. Sin embargo, no había travesía sin peligro, y un puñado de navíos se perdían cada año.

“El Exodus se cobrará su peaje” Dijo Asenah Hyades en voz alta, pese a que se encontraba sola. “Que la ira de Su atención nos aparte de la iniquidad”

Siempre había sido así. El pasaje al Anillo de Koronatus, el archipiélago encantado de Vytarn, nunca podía - nunca debía - tomarse por garantizado, de ahí que el único espacio puerto del planeta se encontrase situado en la remota isla Rosetta, forzando a los visitantes a completar su viaje por mar. Los once días de travesía eran un sacramento por derecho propio, demandando un corazón bravo y un estómago fuerte, pero por encima de todo era una prueba de *fe,* pues a pesar de que las barcazas de la Absolución de la secta fuesen construcciones sólidas y solemnemente bendecidas, era únicamente por la gracia del Emperador que prevalecían.

La campana del barco sonó durante la tormenta, convocando a los monjes Exodii de la tripulación a la capilla, donde cantarían la Letanía del Éxodo una y otra vez hasta

que la tormenta se hubiese apaciguado…o cobrado su peaje. Los monjes asignados al barco tenían prohibido hablar a excepción de cuando realizaban el ritual, aunque se decía que la letanía nunca abandonaba sus mentes.

“Al mar me arrojo, para que El pueda saber de mi fe” Asenath entonó, encontrando las palabras como si las hubiese pronunciado ayer. “A la tormenta me someto, para que El pueda sentir mi fuego” Ella dubitó, pero no porque el verso final la eludiese. “Al infinito me desvelo, para que Él juzgue mis pecados”

Rezo por que los míos no nos condenen, reflexionó, aunque no le parecía probable. A pesar de todos sus fallos, el Dios-Emperador aún no había terminado con ella. El sueño que la había obligado a volver a Vytarn era demasiado vivido y recurrente para ser cuando menos un portento. Ella tenía un *propósito* aquí, incluso si no sabía cual era aún.

La habitación volvió a agitarse y los relámpagos destellaron por las portillas.
Durante varios latidos todo parpadeo en un negro y blanco negativo de si mismo. Unos momentos después un aluvión de lluvia golpeó el navío, bañando la pared exterior del camarote.

Asenath se percató de que estaba sonriendo.¡Era bueno encontrarse en casa de nuevo!

Avergonzada de su excitación, volvió su atención hacia el diario. Su sonrisa se tornó en un ceño fruncido mientras leía las palabras. Su tono era indecoroso, la proliferación de exclamaciones en particular. No era propio de ella bajar su guardia de esa manera, ser tan *volátil.* La tormenta había jugado un papel en ello por seguro, pero la mayor parte provenía de Vytarn en sí mismo, especialmente el prospecto de ver la Primera Luz de nuevo. La llama sagrada había ardido coronando la gran catedral del archipiélago durante mil años, supuestamente encendida por el Profeta Quebrado.

“La verdad es nuestra primera y más duradera luz” Asenath recitó “Habla únicamente como ves, y buscas ser, pues todo lo demás es oscuridad”

Era el verso inicial del evangelio de la secta, y también el final, cerrando el gran círculo de la visión de su fundador. Asenath lo había invocado cada noche desde su ordenación en el Adepta Sororitas a la edad de nueve, incluso durante la miseria bañada en sangre que fue su tercera vida, pero su significado jamás se había sentido tan prístino.

Mi relato es inquietante porque es honesto, decidió.

Alguien se rió, gutural y burlona.

Asenath se volteó, su mano se dirigió hacía la vela esculpida sobre su corazón mientras sus ojos buscaban en el camarote. La luz vacilante dejaba sombras en las esquinas, pero estaban vacías. Se encontraba a solas, salvo por las estilizadas hermanas de Batalla talladas en los paneles de madera de las paredes. Las guerreras acorazadas la miraron fijamente, sus ojos esmaltados llenos de desaprobación.

Repentinamente Asenath estaba ansiosa por abandonar aquel lugar.

He hecho un comienzo, se decidió, cerrando el libro. Incluso si se sintiese inclinada a continuar escribiendo, sería imposible mientras el camarote se balanceaba como un fanático en las garras de un sueño febril.

Ofreció una plegaria a su pluma y la devolvió a su funda, colocándola en el interior de su bolsa médica. La pluma era una reliquia menor de las cámaras de su orden y la llevaba consigo a todos lados. Su punta había sido tallada del diente incisivo de un prelado fallecido hacía mucho tiempo, conocido por su elocuencia, pero más importante para Asenath, se trataba de un regalo de despedida de su superiora, la Canonessa Sanghata. La señora de la Vela Eterna sabía que su atormentada hermana tendría necesidad de ella, tal como había reconocido la necesidad de su amiga de realizar este viaje, incluso si no hubiese entendido el por qué.

¿Habría estado de acuerdo si le hubiese contado toda la verdad?

Asenath apartó la pregunta. Había asuntos más importantes que atender. Su informe era solo uno de los deberes que había aceptado como precio a su peregrinaje. El resto le esperaban en la enfermería del *Sangre de Demeter.*

Los cincuenta y uno….

“No es manera de morir para un Zapador” Siseó Feizt, frunciendo el ceño ante el ojo de buey salpicado por la lluvía junto a su litera. “ Hubiera sido mejor que la Cuchilla hubiese terminado el trabajo que morir como ratas terrestres.”

Hubo murmullos de acuerdo por parte de los Guardias reunidos a su alrededor en aquella enfermería improvisada. *Siempre* había Guardias reunidos alrededor de Toland Feizt, incluso ahora, cuando quedaban tan pocos vivos. Casi la mitad de los supervivientes de la compañía estaba postrados en sus camas, inconscientes, o casi, atados para impedir que rodasen fuera de la litera por las turbulencias. Algunos de los heridos que podían caminar se encontraban encorvados sobre sus camastros, cabalgando la tormenta con oraciones o meditaciones mientras sus entrañas se revolvían en la tempestad, pero la mayoría se habían aproximado a su

sargento, agarrando cualquier asidero que pudieran encontrar mientras escuchaban su última invectiva contra su destino. En sus blancos y holgados monos de convalecientes parecían más una banda de fantasmas enfadados que soldados del Astra Militarum.

“¡Si me voy a ahogar, hazlo limpiamente!” Gritó Feizt. Su voz se había reducido a un chirrido tenso por culpa de la fiebre, pero su ira no se veía afectada. “¡Ahogame en el vacío honesto!”

Incluso en una compañía de hombretones, el sargento zapador era un gigante, poco más de dos metros con un pecho pesado y grande que no habría quedado fuera de lugar si se tratase de un servidor gladiador. Todos los Zapadores del Vacío aumentaron el volumen de sus cuerpos en tanques de mejora metabólica y musculares, pero el proceso había ido mal con Feizt, torciendo su forma en una parodia brutal de humanidad. El accidente habría convertido a un hombre menor en un paria, o en el mejor de los casos, en el preciado monstruito del regimiento, pero Toland Feizt lo había usado para convertirse en una leyenda.

“Esa tormenta está hambrienta” continuó. “Quiere llevarnos abajo, hermanos.” Nadie más en la compañía usaba el término *hermanos.* Nadie más tenía el derecho.

Siempre han sido suyos. Lemarché pensó, observando al grupo desde su litera junto a la puerta de la enfermería. I*ncluso cuando el Capital Froese los comandaba, le pertenecían a Feizt. Y aun lo hacen, pero se está desvaneciendo rápidamente*.

“No debíamos….estar aquí” Estaba diciendo Feizt, forzando las palabras entre respiraciones cada vez más irregulares. Su torso estaba desnudo salvo por una franja de vendas alrededor de su abdomen.
“Nos han *engañado. Aban…donados”*

Sus compañeros respondieron con un silencio incómodo

“La Hermana Asenath dice que hay un hospital en el Anillo” El especialista Schroyder ofreció tentativamente. “Las sanadores de La Última Vela nos harán el apaño, sargento zapador.”

“Eso es lo que dicen, hermano,” Feizt respondió sombríamente

“Ella no mentiría, sargento.” Schroyder insistió.

“Ella es una *Sororitas*, si” Añadió el Zapador Zevraj, como si aquello zanjase el asunto.

“No, *ella* no…” Feizt se volteó del ojo de buey, sus ojos hundidos brillando en su rostro arrugado. “Pero ¿y si le han mentido a ella?”

“¿Quién, sargento?” “Preguntó el especialista en demoliciones Hörka, frunciendo el cejo sobre su barba teñida de verde. Tras Feizt, él era el hombre más grande de la compañía y un luchador fiero, pero sus talentos no se extendían a asuntos más abstractos. Cómo pensar.

“No lo sé.” Feizt jadeó. “¿pero quién mete un hospital en mitad de un océano…a días del puerto espacial más cercano?” Sacudió la cabeza. “No…ayuda.”

Lemarché consideró reprenderlo, pero desestimó la idea. Feizt estaría muerto antes de que alcanzaran su destino y sus desvaríos morirían con él. Era un milagro que hubiese aguantado hasta ahora - uno al que Feizt debía tanto a su guardiana hospitalaria como a su propia resistencia escandalosa - pero no resistiría mucho más. No había nada que ganar disciplinando a un hombre moribundo pero tal vez mucho que perder.

Puede que hasta intentase matarme por ello. Lemarché reflexionó secamente.
Tal vez todos ellos.

Las compañías de Zapadores del Vacío Exordio estaban compuestas enteramente por veteranos Guardias extraídos de regimientos regulares del Astra Militarum. Eran más parecidos a las elites de los Vástagos Tempestus que a los soldados comunes que Lermarché había supervisado previamente. Como su nombre implicaba, se especializaban en acciones basadas en el vacío: Asaltos o enfrentamientos de abordaje de nave contra nave en el vacío del espacio, donde arriba y abajo no eran más que abstracciones y la violencia nacía en un silencio casi absoluto.

“Hermético y sellado” decía el credo del Zapador *“¡Espíritu cargado y listo para la purga!”*

Durante los dos años que había servido junto a los hombres de la Compañía Estrellaoscura, el Comisario Ichukwu Lemarché había experimentado las batallas más extrañas y letales de su larga carrera. Había tenido escaramuzas con saqueadores eldars en los agujeros sin aire de una luna hueca mientras se desintegraba a su alrededor, limpiado una infestación de alimañas arácnidas de la quilla de un buque de guerra, confiando en sus botas magnetizadas para no caer al vacío sobre su cabeza. En una ocasión la compañía cortó a través del casco del puente de una nave pirata,masacrando a la tripulación sin disparar una sola bala. Lemarché había quedado fascinado cuando los cuerpos fueron succionados por la grieta, retorciéndose y desangrándose mientras pasaban a su lado, cada uno contando su propia historia. Habían sido conflictos remarcables y Lermaché

valoraba cada uno de ellos, incluso el último, aunque le había costado una pierna y a efectos prácticos había matado a la compañía.

La Cuchilla….

De los doscientos cincuenta Zapadores que asaltaron esa picadora de carne cristalina solo sobrevivieron setenta y siete, y muchos de ellos sucumbieron a sus heridas en cuestión de horas. Los hombres que se apelotonaban en esta enfermería marítima eran los últimos que quedaban.

Quedamos, Lemarché se corrigió a sí mismo, a pesar de que sabía que los Zapadores jamás lo verían así. Él había dominado su estilo de guerra y luchado junto a ellos en una miríada de infiernos estrafalarios, y aun así siempre sería un forastero.

Por supuesto habría sido lo mismo en cualquier otro regimiento, ¿pues como si no un comisario podría cumplir sus obligaciones como jurado, juez y verdugo sobre aquellos a su cargo?Los hombres y mujeres que portaban la banda escarlata *tenían* que ser forasteros. Era un sacrificio que había aceptado sin remordimientos hasta su asignación en la Compañía Estrellaoscura, donde finalmente había encontrado guerreros dignos de él - hombres a los que estaría orgulloso de llamar sus iguales. En cambio ellos lo odiaban, no por miedo, sino porque su presencia implicaba que eran capaces de temer. El los avergonzaba.

“Parece preocupado, comisario. ¿Aún le duele su herida?”

Cubriendo su sorpresa con una sonrisa, Lemarché se volteó hacia la mujer que estaba de pie junto a su litera. Como siempre, la ligereza de sus pasos lo impresionó. ¿Cuando había entrado en la habitación?

“Mi fantasma me atormentará hasta que una pierna nueva lo ponga a descansar, Hermana.” Respondió, haciendo un gesto hacia el espacio vacío debajo de su rodilla izquierda. “Pero dejé de prestarle atención hace mucho tiempo. Es la bota que iba con ella lo que me aflige. Era una buena bota.”

Para su sorpresa, ella le devolvió la sonrisa. Era la primera vez que veía algo que no fuese un ceño fruncido en aquella cara pálida y seria.

Algunos hombres tal vez estuvieran inclinados a pensar que eso la hacía parecer más joven, tal vez incluso atractiva, pero Lemarché sintió que únicamente acentuaba más su severidad. La afilaba.

No era que la cara de la Hermana Asenath fuese fea - demasiado larga, demasiado dura y marcada por demasiadas cicatrices para una belleza convencional, pero sus

pómulos altos y sus ojos oscuros eran indudablemente llamativos. No, simplemente ocurría que las sonrisas no pertenecían a aquella tez.

Y especialmente no para mí, añadió Lermaché. Sabía que ella le despreciaba, a pesar de que siempre fuese escrupulosamente educada. Habitualmente, a los suyos les costaba aceptar a los hombres de su vocación.

"¿La tormenta le agrada, Hermana? - aventuró.

Su sonrisa desapareció. "Simplemente le doy la bienvenida al juicio del Dios-Emperador"

"El llamado Exodus?" Lermarché preguntó con un asentimiento.

"¿Está familiarizado con el Rito del Cruce?" Sonaba sorprendida.

"Es mi deber informarme de *todos* los peligros que mis hombres enfrentan, Hermana. Si, leí el folleto de orientación antes de aterrizar"

"¿Y cuales son sus pensamientos, comisario?

"Es una costumbre particularmente…*impráctica*" Él respondió. "Especialmente cuando los viajeros se encuentran gravemente heridos."

"No se anima a los visitantes al archipiélago sagrado." Asenath dijo solemnemente, "Ni tampoco su hospital se diseñó para los forasteros"

"Y sin embargo, aquí estamos, Hermana."

"La vela Eterna ha peticionado su causa, comisario. Tanto sus tropas como sus heridas son excepcionales, y por tanto se hizo una excepción. Están verdaderamente bendecidos."

"En efecto, Hermana" aceptó. "Además, yo nací en un mundo con costumbres igualmente *irregulares*." Lemarché señaló las cicatrices rituales grabadas en sus pómulos. Las había recibido cuando cumplió seis años y probó que era un guerrero. "No soy quien para juzgar tales asuntos."

"¿Un comisario con la mente abierta?" *¿Un toque de burla en su voz tal vez?*

"Para nada, simplemente uno centrado. No es mi jurisdicción" Sonrió de nuevo, pero esta vez se trataba de la amplia y falsa que otorgaba a los soldados descarriados cuando estaba a punto de cumplir con el más grave de sus deberes - no por que disfrutara de las ejecuciones, pero para que los pecadores pudieran acudir a su

juicio final plenamente consciente de su absurdidad. “Y usted, Hermana? ¿Qué opina de nuestros anfitriones?”

“Sus hospitalarias son muy habilidosas” Asenath respondió. “Tengo la certeza de que las hermanas de la Vela de Bronce le proporcionarán una buen aumento para tratar su lesión”

Eso no es lo que he preguntado, Hermana.

“Tosas esas *velas* que tienen,” Dijo Lemarché despreocupadamente. “Plata, bronce y hierro, aun así siempre hablan de la *última*. Y después está la vela *eterna* de su propia orden.” Indicó la insignia grabada en la túnica blanca de Asenath. “He de confesar que no puedo distinguir unas de otras.”

“Todas son aspectos del mismo recipiente, pues todas portan el fuego divino del Dios-Emperador”

“¿Pero nuestros anfitriones no son parte de su orden?” Presionó

“La Última Vela fue prendida por la llama de la Eterna, pero produce su propia luz.” Asenath agachó su cabeza. “ Si me disculpa, comisario, debo atender a los demás.”

No eres lo que pareces, Hermana, Lemarché musitó mientras ella cruzaba a la cama contraria. Lo había visto hacía meses - en los primeros momentos de conocerla. Ella y sus compañeras hospitalarias habían estado esperando en el *Asclepius* cuando los restos de la Compañía Estrellaoscura habían subido a bordo, destrozados por su encuentro con la Cuchilla. Durante su travesía por el vacío Asenath había demostrado ser la más habilidosa y compasiva de sus enfermeras, a pesar de que siempre había ocultado su gentileza con severidad. Para cuando el *Asclepius* había llegado a su destino los Zapadores ya la veían como una más de la compañía. Unos pocos incluso la llamaban Hermana Estrellaoscura, pero nunca a la cara.

Te quieren, Lemarché pensó, observando cómo sus rostros se iluminaban a medida que Asenath realizaba su ronda. Se deslizó a través de la estremecida estancia con la ligereza de un espíritu, deteniéndose al lado de cada hombre herido para otorgarle el consuelo que pudiese.

Te aman, y con razón, pero ellos no te ven, Asenath Hyades.

Su guardián adoptivo tal vez estuviese recorriendo el camino de una sanadora ahora, pero su porte y cicatrices hablaban de otros, mucho más duros, una vez recorridos. Bajo esa remilgada túnica blanca y toca, Lemarché vio una guerrera. Eso no era inusual perse, pues las mujeres del Adepta Sororita se movían entre

diferentes ramas de sus organizaciones según el deber demandase, pero había un *secreto* sobre su enfermera que le preocupaba. Lo vió detrás de cada palabra y gesto, como un rastro sombrío que no era capaz de seguir, pero nada le había perturbado tanto como la aquella sonrisa nacida de la tormenta que ella había dejado escapar esta noche. No la había reconocido inmediatamente, pero el pensamiento había acudido a él mientras hablaban. No era la sonrisa de una sanadora o una guerrera.

Era la sonrisa de un verdugo.

“Quiero morir….de pie.” Feizt le dijo a la insistente mujer que acababa de reprenderlo.

“Solo morirá si así lo elige, sargento,” Ella le respondió con calma. “Le he advertido de que no haga movimientos innecesarios”

“Tenía que….verlo” Feizt señaló con la cabeza hacia el ojo de buey. “La tormenta” Sus camaradas se habían escabullido cuando ella lo reprendió por estar fuera de su litera. No los culpó. Nadie podía discutir con la hermana EstrellaOscucura.

“Le he mantenido con vida, sargento” Ella dijo “Acaso he malgastado mi tiempo?¿he desperdiciado la Caridad del Emperador?”

“Estoy acabado…Hermana” Cada respiración se sentía como una bocana de cristales rotos. “Lo he visto….en sus ojos”

“¿Lo ve en los míos?”

“No…te entiendo” Se balanceaba aturdido, y el mundo se balanceaba con él - no, *contra él*, tirando hacia demasiadas direcciones a la vez.

Va a desmoronarse, Feizt se percató. *En cualquier momento..*

La Hermana Estrellaoscura se aproximó. “Ve su muerte en *mis* ojos, sargento zapador?

“Yo…” En la oscuridad todo lo que vió bajo su toca blanca fueron unas piscinas negras gemelas. No había *nada* en ellas. ¿Cómo podría ser? Se tragarían cualquier cosa que se aproximase demasiado. Ella era el Ángel del Vacío, ¿verdad? Feizt negó con la cabeza violentamente, tratando de poner sus pensamientos en algún tipo de orden.
No debería estar aquí, él recordó*. Ninguno de nosotros deberíamos estar aquí.* Era de lo único de lo que podía estar seguro, pero cuando intentó decírselo - advertirla - las palabras no salían.

“Los fragmentos xenos en su pecho pueden ser extraidos” Ella estaba diciendo. “ La Vela de Bronce le puede sanar, pero debe seguir luchando.”

¡Nunca…he parado!

Ella colocó su mano sobre su pecho vendado. Su toque era como el hielo, pero sus ojos estaban vivos ahora, encendidos con compasión. Eso dolía más que los fragmentos destrozando sus entrañas. Tardó un momento en darse cuenta de por qué. Su compasión lo avergonzaba.

*“*Observa la Luz del Emperador y toma fuerza,” ella instó. Luego su expresión se endureció de nuevo, convirtiéndose en una sonrisa burlona. “Eres un cobarde, Toland Feizt? ¿Demasiado débil para vivir? ¿O *resistirás*?”

“Siempre…lo he hecho,” Se atragantó mientras sus piernas cedían.

II

La tormenta aún rugía cuando Asenath abandonó finalmente la enfermería. Habían pasado muchas horas desde su inicio y sin embargo ella sintió que apenas se encontraba cerca de su cenit. Este iba a ser un Cruce duro.

Con un suspiro se apoyó contra la pared del pasillo y se dejó caer hacia el suelo, sentándose con su espalda contra el muro y las rodillas alzadas. Era indigno, pero se encontraba exhausta, física y espiritualmente, por la máscara de perfección que los ojos adoradores de sus pacientes demandaban. No se había permitido ni un descuido o traspiés mientras hacía su ronda, ni en su caminar ni en su serenidad.

¡La verdad, Hermana! El duro pensamiento surgió espontáneamente, pero innegable. *Tu disimulo no engaña a nadie, mucho menos a ti misma.*

Asenath cerró sus ojos, rememorando la inexplicable sonrisa que le había ofrecido a Lermarché - *a esa serpiente de todas las personas* - y después a la manera en la que casi perdió la paciencia con Feizt. Decían que el sargento era un héroe y ella no dudaba de su fuerza, pero su cabezonería era exasperante. Lermarché había insinuado varias veces que tal vez fuese mejor para la compañía si su comandante no oficial pasaba al cuidado del Emperador *más pronto* que tarde, lo cual solo hizo que Asenath estuviese más determinada a mantenerlo con vida, pero por la Llama

Sagrada, ¡Feizt no se lo estaba poniendo fácil! Ella lo había salvado de nuevo, aunque apenas sabía cómo, o por cuánto tiempo. Cuando cambió sus vendas los cortes bajo ellas estaban abiertos y rezumando pus. El Zapador que la asistía había tenido arcadas por el hedor mientras Asenath limpiaba la herida, pero ella no se estremeció.

¡No, maldita! ¡De la manera más vivida y profana!

Luego estaba el gemido que había lanzado cuando encontró a Glicke. El soldado estaba tumbado sobre su espalda, su almohada empapada en sangre que rezumaba de sus orejas. Todavía estaba cálido al tacto, lo que significaba que había fenecido recientemente, a pesar de que nadie lo había escuchado morir. Tal vez fue indoloro…

¡Más evasivas! ¡Viste su cara. Tal vez fuese una muerte rápida, pero oh, hubo dolor!

“El Exodus se cobrará su peaje” Asenath musitó, buscando su pasada convicción, pero la frase resonaba vacía ahora, superada por la mirada vidriosa de Konrad Glicke. En su corazón, sabía que su muerte no tenía nada que ver con el Rito del Cruce.

Como los seis Zapadores que habían perecido en el camino hacia Vytarn, el había muerto por la mácula xenos en su cuerpo. Pesteafilada, así la habían llamado los cirujanos del *Asclepius*.

¡Un buen nombre para un asesino!

“Un nombre asqueroso” Asenath se corrigió a sí misma.

Todos los supervivientes de la Compañía Estrellaoscura habían quedado marcados por su última y desafortunada misión, pero medir la *letalidad* de sus heridas había probado ser difícil. Algunos habían perdido miembros, mientras que otros habían sido rebanados con precisión casi quirúrgica. Las lesiones estaban siempre teñidas de negro, con congelación y atadas con una filigrana plateada de pequeños cristales. Los cirujanos habían tratado las heridas lo mejor que pudieron, pero extirpar las astillas había estado por encima de sus habilidades. Cada intento había provocado que los fragmentos se rompieran, dispersando la aflicción más y acelerando la muerte. En algunos casos, como el del comisario, sus heridas estaban suficientemente localizadas para amputar la carne contaminada completamente, pero la mayoría de los hombres estaba más allá de toda ayuda.

¡Más allá de toda esperanza!

“No, eso nunca,” Asenath negó.

Si el azar hubiese entregado esos hombres a los cuidados de unos sanadores más dogmáticos su destino hubiese sido sellado, pues si algo no faltaba nunca en el Astra militarum eran tropas. Incluso los mejores eran reemplazables, ni hablar de aquellos que estuviesen rotos más allá de toda reparación, pero la Vela Eterna era una rareza en el Imperium, incluso entre las organizaciones de su mismo tipo. La compasión estaba en el corazón de su misión.

“A menudo se dice que solo hay guerra, Hermana” Le había dicho la canonesa Sanghata a Asenath cuando le dió la bienvenida a su orden. “Nuestra vocación es probar lo contrario, incluso si sólo somos una solitaria luz en la oscuridad” Aquellas palabras habían marcado el comienzo de la cuarta vida de Asenath Hyades.

¡El comienzo de una mentira!

“De mi verdadera redención”

Aun así, casi dos décadas como sanadora no habían sanado las heridas de su alma, ni la habían librado de las pesadillas que sangraban.

Te están poniendo a prueba ¿No crees?

“Estoy segura de ello,” Asenath decidió, abriendo sus ojos. “Esta tormenta es solo la cara exterior del Exodus”

Se forzó a sí misma sobre sus pies, pero dubitó, insegura hacia donde dirigirse. El prospecto de volver a su camarote la consternó. No podía dejar de pensar en Konrad Glicke. Él había sido un hombre tímido, nunca alguien que se jactase de su destreza en batalla como la mayoría de los demás. De hecho, había habido una rara gentileza en él. Estaba entre los mejores de ellos.

Entre los más débiles ¡De lo contrario seguiría con vida!

¿Cuántos más morirán antes de que ella pudiera renunciar a la carga de su cuidado? Había sido su sugerencia el confiar a los heridos a su antigua secta, pues el arte sanatorio de la Última Vela no tenía parangón, incluso eclipsando la de su orden madre, pero ella no había planeado convertirse en su espíritu guardián. Esos hombres rotos no eran su propósito aquí.

¡*Pero siempre somos solo muletas, o esclavas o dulces ángeles de la misericordia para los suyos, Hermana!*

“He sido *llamada* para algo superior” Asenath se dijo fieramente.

Si, hay otros tipos de ángeles con los que caminar - más oscuros, sangrientos, ¡ángeles más luminosos a los que aspirar!

Confundida por su amargura, Asenath trató de rezar, pero las palabras no acudían. Necesitaba un punto de concentración - algo tangible en lo que centrarse- ¿La capilla del barco tal vez? Si, se uniría a los monjes en su ritual. Sería una manera piadosa de enfrentar su Exodus.

El Comisario Lemarché volvió a tapar la cara del Soldado Glicke con la manta. El cadáver tendría que permanecer en la enfermería esa noche. Moverlo con dignidad sería difícil durante la tormenta, en especial porque la litera de Glicke se encontraba en la parte trasera de la enfermería. Los Zapadores habían aceptado la muerte con su acostumbrado estoicismo, pero nadie salvo Reiss había visto el aspecto torturado en la cara del muerto.

“La Hermana Asenath cree que es mejor que mantengamos las particularidades del pase de nuestro camarada para nosotros, Teniente Reiss,” Lermarché dijo quedamente al oficial a su lado. “Y yo estoy de acuerdo”

“Si, comisario,” Reiss contestó, pero parecía dubitativo.

“¿No está de acuerdo, teniente?”

“No me gusta demasiado, señor.” Reiss admitió, arrastrando su mano a través de su rubio cabello rapado. A sus manos le faltaban dos dedos, aun así se encontraba entre los pocos afortunados; Ninguna de sus heridas eran profundas, así que se había librado de la peste. “Los zapadores se mantienen o caen juntos. Nosotros no mantenemos secretos. *Hermético*, señor.”

“Un sentimiento admirable, pero imprudente en esta ocasión” Lermaché dijo mientras aseguraba los agarres de la manta. “Como está al tanto, la moral está tensa. Y dado el empeoramiento de la condición del Sargento Feizt-”

“El sargento zapador lo conseguirá. El siempre…” Reiss se detuvo, dándose cuenta de su impertinencia. “Mis disculpas, comisario.”

“Continue, teniente.”

“El hombre es como un Marine Espacial, señor. No puede morir.”

El no es nada *como* un Marine Espacial, Lermarché pensó cansadamente. *Y todo hombre puede morir, incluso los Marines Espaciales.* La alternativa le pareció vagamente desagradable.

“El Predicador Murnau solía decir que el sargento estaba bendito por el Trono” La reverencia en el delicado rostro de mandíbula cuadrada de Reiss era irritante, especialmente dado que él era el superior de Feizt. “Cada vez que algo lo derriba, él se vuelve más fuerte. Dicen que sus escarceos con la muerte los han convertido en hermanos, señor.

“No hay nada más amargo que la mala sangre entre hermanos,” Observó Lemarché, citando las memorias del Lord Comisario Artemiev. “Ni una disputa tan amarga y empapada de vergüenza”

Reiss respondió con una mirada en blanco. Lermaché suspiró. A pesar de sus habilidades en batalla los hombres a su cargo eran simples. La sutileza se malgastaba con ellos - y debatir, también.

“No dirás nada sobre la manera en la que murió el Zapador Glicke.” Le dedicó su más fría sonrisa a Reiss “ ¿Está claro, teniente?”

“Si, comisario” Dijo con obediencia, pero sin miedo. Lermarché no habría esperado menos del único teniente superviviente de la Compañía Estrellaoscura. Reiss era precisamente el tipo de líder que los zapadores necesitaban ahora - firme, disciplinado y admirablemente predecible. Solo necesitaba librarse de la sombra de Feizt.

“Informa a las tropas de que no han de perturbar el cuerpo de Glicke” Lemarché dijo, cogiendo sus bastón de caminar coronado por la cabeza de águila. “Pueden presentar sus respetos más tarde,” *Después de que el cadáver haya sido retirado..* “Hazlo un asunto de salud. Diles que lo ha decretado la Hermana Asenath.”

“Entendido, señor.”

Lemarché se dio la vuelta y comenzó el tortuoso cojeo de regreso a su litera, manteniendo la espalda recta a pesar de las turbulencias. Incluso para este breve deber se había puesto su gorra de visera alta y su abrigo negro sobre su ropa de hospital. Era esencial mantener las apariencias, pero la tosca prótesis atada a su rodilla izquierda socavó su autoridad, haciendo ruido a cada paso que daba y arrastrandola trás de sí.

¿Qué te mató, Glicke? Lemarché musitó. La Pesteafilada nunca terminaba en una buena muerte, pero la expresión congelada en el rostro de Konrad Glicke había sido algo nuevo, nacida del terror tanto como del dolor. Tal vez los desvaríos de Feizt no carecían por completo de sustancia. Había algo inquietante en este océano, particularmente desde la llegada de la tormenta.

Lemarché se detuvo junto a la cama del sargento. La Hermana Asenath se había encargado de extenderla para que pudiera soportar el tamaño del hombre, pero los pies de Feizt aún colgaban sobre el final. Su pecho subía y bajaba mientras dormía.

“Has servido a tu Emperador fielmente, Toland Feizt,” Lemarché susurró. El gigante gimió, como si hubiese escuchado las palabras, pero Lemarché sabía que no era posible. No había nada superno o bendecido en Feizt, no importaba cuanto quisieran creerlo sus camaradas, pero no lo aceptarían hasta que se hubiese ido. “Tu servicio ha terminado. Ve en paz, *hermano*.”

Lemarché respetaba la habilidad del hombre, pero las nociones extravagantes pululaban junto a él como la traición sobre una mente abierta. Y también estaba el asunto de su comportamiento errático en la Cuchilla, como si hubiese estado…perdido.

No, Feizt se había vuelto demasiado impredecible para aceptarlo. Una vez el sargento estuviese muerto Reiss ejercería su autoridad y el orden se restaura en la compañía.

Incluso si la compañía es poco más que un pelotón ahora, admitió Lemarché*, y uno menguante….*

Asenath se apresuró a lo largo del agitado pasillo, aferrada a los pasamanos en busca de apoyo. El *Sangre de Demeter* era un navío masivo que abarcaba siete cubiertas, pero ella aprendió rápidamente como navegar por sus pasillos estrechos y escaleras en espiral. Únicamente el puente y la sala de máquinas estaban prohibidos, junto a los alojamientos asignados a sus compañeros de viaje, y no había demasiados.

Un escuadrón de Hermanas de Batalla había subido a bordo junto a su grupo en Rosetta, su ornamentada servo-armadura gris y las armas de especialista las identificaban como Celestiales, la élite de la Vela de Hierro. Una de ellas era tan alta como un zapador y casi igual de grande. Mientras que las otras no llevaban su yelmo, la mujer imponente nunca se quitó su Yelmo retractable Castias ni guardó su rifle de fusión. Las celestiales se habían mantenido en sus alojamientos y Asenath decidió no acercarse a ellas, segura de que no encontraría camaradería allí.

El único otro viajero que vió en puerto era un hombre alto vestido con la tosca sotana gris de un predicador errante. Estaba encapuchado, pero podía imaginarse la cara bajo la capucha. Sería un rostro feroz, con la cabeza rapada y luciendo una barba descuidada, las facciones arrugadas en un ceño perpetuo de censura, con ojos penetrantes y alerta en busca de pecado. La Eclesiarquia cultivaba muchos

rostros así, y con razón, pero no había ningúna llamada para ellos en este mundo santo y ella no deseaba encontrarse con otro en persona.

“Estoy cansada de ellos,” Admitió

Ya podía escuchar el sonoro cántico del Exodii. La capilla debía estar justo delante. Asenath unió su voz a la letanía y se despojó de su sombrío humor . Al girar la esquina el pasillo terminaba en un par de puertas de bronze grabadas con las olas desenfrenadas del Exodus. Un asistente con una túnica de cuello alto esperaba frente a ellas, con un tocado en forma de barco con una vela de madera como su mástil. Su cara redonda era color blanco tiza, sus labios pintados con cobalto y perforados con una veintena de anillos. Mientras se aproximaba, Asenath se percató de que los anillos dorados estaban cosidos entre ellos, sellando en esencia la boca del hombre. La costumbre no le resultaba familiar y desde luego le parecía de mal gusto, pero había estado fuera por dos décadas. Algunos cambios eran inevitables.

Le ofreció al asistente el símbolo de la Vela Iluminada Aquila y el lo repitió con una floritura sinuosa, su largas uñas lacadas en negro tintineando cuando se encontraban.

“Me uniré al Exodii en sus devociones” Asenath dijo formalmente.

Él inclinó la cabeza y abrió las puertas, revelando una gran cámara heptagonal con un altar en su centro. Tocando su insignia, Asenah entró y bebió del espacio sagrado, impresionada por su esplendor. Cada muro estaba envuelto en un tapiz de seda representando una de las Siete Virtudes como un santo. La puerta estaba incorporada en Veritas, el más destacado de los Encarnados, representada por la figura dividida y asexuada del Profeta Quebrado.

“La verdad es nuestra primera y más duradera luz,” Asenath susurró a la abstracción del fundador de la secta. Estaba más atormentado que las imágenes que le eran familiares, su espíritu rasgado acompañado por una salpicadura caleidoscópica de vísceras mientras la forma de su vestido se partía. Dentro de la oscuridad de su capucha aun intacta, el único ojo del fundador observaba, hinchado e inyectado en sangre, con concentración. No le gustó aquella interpretación en absoluto, pero no se podía negar su impacto.

¡Revelación a través de la agonía!

Independientemente de sus características individuales, todos los Encarnados portaban una vela estilizada, su llama envuelta en un halo que se expandía en círculos. Luces traseras ocultas brillaban a través de los tapices, otorgándoles la ilusión de vida y curbiendo la cámara en una luz suave.

La mirada de Asenath giró hacia Clementia, la virtud de la misericordia que su propia orden veneraba. Como siempre, estaba manifestada en el Angel Sangrante, una mujer delgada con la túnica blanca y el tocado de una Hermana Hospitalaria, pero esta representación no era como nada que hubiese visto antes. La vela de la santa estaba alzada con ambas manos como una ofrenda, sus seis halos concéntricos dividiendo su rostro en segmentos que parecían que se fueran a desmoronar si ella hacía algún movimiento súbito. Sangre goteaba de la vela hacia sus palmas ahuecadas, desbordándose hasta formar un charco alrededor de sus pies descalzos. Los instrumentos quirúrgicos de su profesión colgaban de su cinto como si fuesen las herramientas de un carnicero, y un bucle húmedo de espirales formadas por intestinos colgaba de su bolsa médica. Sus labios lucían una sonrisa benigna que sus amplios ojos desmentían a gritos.

La misericordia está hermanada con la malicia, pues una ayuda a la otra, hermana.

Repugnada, tanto por el pensamiento como por la imagen, Asenath decidió no estudiar los demás tapices con demasiado detenimiento. Evidentemente el artista que decoró el *Sangre de Demeter* se inclinaba hacia lo grotesco. Lamentablemente tales impulsos no eran raros a través del Imperium, pero estaba consternada de encontrar tales obras en Vytarn.

Se volteó hacia el altar, donde una sola vela ardía. Siete figuras se arrodillaban alrededor, sus cabezas rapadas inclinadas mientras entonaban los cánticos. En contraste con su llamativo asistente, los monjes Exodii vestían taparrabos sencillos y collares de hierro negro. Cadenas serpenteaban desde sus gargantas esposadas hasta ganchos colocados a lo largo del borde del altar, uniendo a los monjes en su adoración. Sus cuerpos desnudos estaban demacrados, aun así, cuando Asenath se aproximó sintió una fuerza nervuda a su alrededor, como si hubieran traspasado el punto de inanición y alcanzado un vigor más profundo.

Una vez más, esto era algo nuevo. Los Exodii siempre habían mantenido estricto ayuno, pero nunca a tales extremos. Además, estos celebrantes portaban las reveladoras cicatrices de la autoflagelación, una costumbre que su orden actual denunciaba, tanto por motivos sanitarios como religiosos. También estaba el *hedor* a carne sucia emanando de ellos… Mezclado con el incienso que impregnaba la cámara era, de algún modo, peor que incluso el hedor que hedían las heridas de Feizt. Asenath tuvo una arcada por mero reflejo y los monjes miraron hacia arriba, moviéndose como si fuesen uno.

Sus párpados estaban cosidos.

La única visión que se les permite es la tenue luz de la vela. Brilla a través de su carne cosida como un sol moribundo. Un ardid ingenioso ¿no crees? La risa que acompañó esta revelación repelió a Asenath más que las mutilaciones en sí

mismas, que sólo alentó una línea de pensamiento rencoroso - *Oh, venga ¡Tu no les hiciste esto, querida Hermana!*

Los monjes giraron sus cabezas, buscando la fuente de la perturbación, aunque nunca cesaron en su letanía. Asenath retrocedió, reprimiendo el impulso de disculparse por su intrusión, ciertamente únicamente conseguiría agitarlos aún más.

Pronto te olvidarán. Sus almas están demasiado encogidas como para preocuparse por cualquier cosa que no sea su penitencia.

Mientras se retiraba, Asenath vió de nuevo al Ángel Sangrante y se congeló. La mujer del tapiz estaba mirando directamente hacia ella, sus labios torcidos en una sonrisa de oreja a oreja que mostraba sus colmillos. Una lengua serpentina salía de su boca y su piel estaba cubierta de delicadas escamas. Sin embargo, por espantosas que fueran esas aberraciones, eran el cambio menos perturbador, pues la cara del tapiz era la *suya*.

Algo se agarró a la túnica de Asenath. Miró hacia abajo y vió que uno de los monjes la había seguido, estirando sus cadenas hasta el límite. Con un silbido de repulsión se tropezó hacia atrás, liberándose de su agarre, pero este siguió tanteando a ciegas el aire vacío, sus labios aun pronunciando su penitencia. A regañadientes, la mirada de Asenath volvió de nuevo al tapiz. El Ángel Sangrante había vuelto a su encarnación anterior.

No creas siempre lo que ves, Hermana, le aconsejó su astuta voz interior. *¡Confía en lo que sabes!*

El asistente no mostró desaprobación mientra Asenah abandonaba la capilla y se retiraba al pasillo. A pesar de que estaba ansiosa por escapar de aquel vil lugar mantuvo su paso dignificado hasta que giró el pasillo.

“¿Cómo?” Se preguntó mientras aceleraba sus pasos. Los degenerados ciegos de la capilla eran síntoma del Credo Imperial en su forma más desgarradora y cruel. Simbolizaban todo lo que la Vela Eterna le había enseñado a rechazar - Todo lo que la Última Vela también rechazaba. ¿Cómo su anterior secta había caído tanto y tan rápido?

Quizás no tan bajo, ni tan rápido…

En retrospectiva, había habido señales de peligro en Rosetta. La antigua ciudad portuaria era una sombra del vibrante lugar que ella recordaba, sus elegantes edificios malamente mantenidos y sus ciudadanos actuando furtivamente. Escuadras de Hermanas de Batalla vestidas en las servoarmaduras gris de la Vela de Hierro habían mantenido vigilancia en los puertos gemelos de mar y espacio, con

sus rostros ocultos tras sus visores. La orden militante de la secta contaba con menos de mil Hermanas así que Asenath se había sorprendido por su amplia presencia en Rosetta. El lugar de las guerreras siempre había sido el Anillo, manteniendo guardia sobre la llama sagrada.

El Hosco sacerdote que supervisaba su paso había evadido las preguntas con una vaga conversación sobre el descontento entre la gente del puerto. *¿Descontento?* ¡Nunca hubo descontento en el Mundovela! Desde el más humilde de los pescadores hasta la propia Canonessa Illuminant,todos los vytarni eran bautizados dentro de la Última Vela al nacer y se unían a su luz hasta la muerte.

¡Cegados por su luz!

“No quise ver las sombras” Admitió Asenath. Dobló una esquina y se detuvo, observando el pasillo con sorpresa. La capilla y su llamativo asistente yacían delante.

¿Esperándote?

Con un gruñido impropio, Asenath volvió sobre sus pasos, irritada por su error. Los pasillos estaban pobremente iluminados y revestidos de madera oscura, lo que los hacía aún más lúgubres, pero ella conocía su disposición. Sin duda su mente había estado vagando.

“Serenate, Hermana” Se reprendió a sí misma

Afortunadamente la tormenta se había calmado y ella pudo retomar su ritmo. Mientras caminaba, sus pensamientos volvieron a la escena en la capilla. Había visto tales barbaridades durante su servicio en el Convento Sanctorum, pero ¿Que pudo haber provocado un cambio tan diametral aquí? ¿Y cómo de profundo era?¿Podía haber algo de razón en las sospechas del Convento sobre su antigua secta? ¿Podría el…

Su paso vaciló. Podía escuchar el cántico familiar frente a ella. De mala gana dobló la esquina. La mirada vacía del asistente la esperaba, y más allá las puertas abiertas de la capilla.

Asenath soltó una maldición, más por confusión que por rabia y se volteó de nuevo, esta vez concentrandose en cada giro que tomó, pero en cuestión de minutos estaba frente a la capilla de nuevo. Se congeló, con una mano yendo hacia el insignia cosida a su túnica, la otra hacia la caja de la pluma en su bolsa, buscando el confort de la fé y la amistad.

¿Crees que esta es tu prueba?

“Debe serlo” Asenath concordó, retrocediendo.

Rezando en voz alta, retrocedió una vez más. Los pasillos parecían idénticos, inviolados por nada excepto por las ventanas en forma de anillos de latón en los muros que daban al exterior y los elegantes globos lumínicos que salpicaban el techo. Por primera vez se percató de la ausencia de puertas en su camino. En *cualquier* camino que tomase. ¿Y donde estaban las escaleras que había tomado para bajar a esta cubierta?

Se están escondiendo ....¿O algo se las llevó?

Mientras Asenath pasaba frente a otro ojo de buey algo atrapó su atención y ella se detuvo para mirar fuera. Se le cortó la respiración mientras absorbía la escena más allá del sucio cristal. Los relampagos serpenteaban a través del cielo oscuro como pintura goteando sobre un lienzo, su luz, perezosa y brillante, iluminando un horizonte de olas que se arrastraban lentamente. Algo pasó retumbando por encima, enviando vibraciones a través del suelo. Asenath necesitó varios segundos para reconocer el distendido sonido como un trueno.

Si la tormenta se queda inmovil, quedarás congelada en su ojo para siempre.

“Nunca” Asenath juró. Mientras hablaba su aliento se congeló en el cristal y se percató de que la temperatura estaba bajando, pasando rápidamente del frío a la congelación. Temblando, se alejó de la vista estancada y siguió adelante hasta que escuchó el cantino una vez más.

“No” Se dió la vuelta, determinada a evitar lo inevitable, pero tras unos cuantos pasillos estaba esperándola a la vuelta de la esquina otra vez.

Y otra….

Y otra…

¡Y por siempre jamás, querida Hermana!

Con un escalofrío que eclipsó el frío, Asenah se dió cuenta de que la distancia hasta la capilla estaba disminuyendo con cada nuevo intento de fuga, como si el tiempo y el espacio se contrajera a su alrededor, *guiándola* hacia su destino. El Ángel Sangrante estaría esperándola allí, libre de su tapiz y encarnada en carne torturada. Estaría ansiosa por compartir sus secretos con otra hermana de la misericordia.

“¡No volveré! Gritó Asenath, desafiando a algo más que solo la capilla.

¡Entonces debes escapar!

Dobló la siguiente esquina y luego saltó hacia atrás rápidamente, tratando de flanquear la trampa. Una escalera de caracol la llamó donde solo había un pasillo vacío un momento antes. Con un grito victorioso, Asenah saltó hacia ella, agarrándose a la barandilla mientras saltaba los escalones de dos en dos y se lanzó escaleras arriba. Si pudiera alcanzar el siguiente nivel tal vez sería libre…

¿Crees que es tan fácil?

El siguiente nivel jamás llegó. Las escaleras se alargaban sin parar,enroscándose a través de un eje circular de paneles de latón entrelazado y cuerdas luminiscentes. Se imaginó las escaleras desenroscandose en algún lugar más adelante, encajando en su lugar como partes de algún artilugio de relojería, siempre fuera de su vista, pero igualando la velocidad de su carga desesperada paso a paso. Ignorando sus músculos doloridos, ella se apresuró, tratando de atrapar al elusivo punto de generación…

¡No puedes dejarte atrás a ti misma, hermana! Y si te escondes, ya estás allí.

Pronto había subido más allá de los límites posibles del barco, más lejos incluso que las alturas de los sensores incrustados en la torre de vigilancia, sin embargo aún no había un final a la vista.

¡Ni lo habrá jamás!

Temblando, Asenath cayó de rodillas, sus destrozados pulmones ardiendo mientras luchaba por respirar en medio del aire gélido. El eje crujía y se balanceaba a su alrededor como un árbol en mitad de un vendaval. ¿Seguía creciendo a pesar de su rendición? Se lo imaginó extendiéndose en ambas direcciones simultáneamente, construyendo un abismo infinito por encima y por debajo.

Así en el interior, como en el exterior….

“Mi Emperador, ilumíname…en mi oscuridad” Asenath jadeó. Sus temblorosas manos sacaron el estuche de la pluma de su bolsa y lo besó. “Revela la llama…de Tu voluntad.” Sus dedos entumecidos buscaron a tientas el pestillo, su voz cobrando fuerza cuando la oración se apoderó de su corazón. “Por Tu luz caminaré sin mácula. Por Tu voluntad empuñaré la Espada de la Justicia. Por Tu misericordia…

Se rompió en un gemido desesperado cuando el escuche se abrió y vió la blasfemia que residia dentro.

La única luz duradera es la que enciendes tu misma, Hermanita.

La pluma bendecida estaba cubierta en sangre.

¡La luz que arde negra en el interior!

Su mundo se apagó.

En su cobarde mediocridad, los grises regentes del Imperium nos condenan a una tierra baldía donde la ignorancia es coronada como virtud y el extasis esta condenado como pecado inmortal. Con palabras vacías e iconos debilitantes de piedad nos atan a lo banal, tirando de nuestras cadenas mientras escarbamos entre los escombros de nuestros sueños abandonados en busca de los restos del deleite. ¡Vivir según sus leyes es morir en una mentira dentro de una mentira! ¡Rompe las cadenas que te atan! ¡Causa estragos y reina tan libre como quieras y desees ser!

III

Con un grito furioso, Asenah surgió de la oscuridad hacía una vorágine de viento y lluvia. Muy por encima, enormes campanas sonaban sin cesar como péndulos, escupiendo luz dorada mientras tañían. ¡Las Campanas del Incienso! Se encontraba en la cubierta superior, precipitándose hacia el borde a una velocidad vertiginosa. Trató de detener su carga frenéticamente, pero sus pies resbalaban en el suelo mojado y se giró hacia la barandilla frente a ella. En ese preciso momento, el barco se tambaleó, haciendo caer la parte superior de su cuerpo sobre la barrera hacia las olas que esperaban muy por debajo.

“¡Venid pues!” Gritó, regocijada en su propio terror.

Justo antes de que se resbalase pasado el punto de no retorno, algo agarró su túnica y la empujó de vuelta a la cubierta. Con un gruñido, se liberó y giró, cayendo instintivamente en una posición de pelea para enfrentar a su salvador. Una figura encapuchada en una túnica gris se mantenía de pie a unos pasos de distancia, con sus piernas apuntaladas en busca de equilibrio. Confusamente reconoció al sacerdote guerrero que había abordado en Rosetta.

“‘Paz, Hermana!” Gritó él sobre el viento, alzando sus manos. “Si estabas respondiendo a la llamada del Emperador no me interpondré en tu camino de nuevo!”

Sin añadir palabra, se volteó y alejó, dirigiéndose a la cobertura del hueco de las escaleras, deteniéndose bajo el toldo de metal. Con la respiración entrecortada, Asenath observó mientras él sacaba un cigarro de Iho y comenzaba a fumar. ¿Había estado ahí cuando había irrumpido en cubierta como una loca? Él debía haberlo visto…

¿Qué viste, predicador?

Ella se estremeció mientras su furia cargada de adrenalina se disipaba. La lluvía ya la había calado hasta los huesos y su cansancio había regresado vengativo, pero esa era la menor de sus preocupaciones. Las preguntas se arremolinaban junto a ella como una segunda tormenta ¿Como había encontrado el camino hasta aqui? ¿Cómo había escapado de la trampa? ¿Que-

¡Ahora no! ¡No pienses! Vete mientras puedas.

Aparentemente perdido en sus pensamientos, el sacerdote no le prestó atención a Asenath mientras se aproximaba al hueco de la escalera. Se sentía tentada de pasar sin decir una palabra, pero eso habría sido imperdonable dadas las circunstancias.

“Gratitud, predicador” dijo solemnemente. “Creo que le debo mi vida.”

“No soy más que una mano del Dios-Emperador, Hermana. Es por Su misericordia que aún vive.” Hubo una pausa mientras el humo se escapaba debajo de su capucha. “Pero no hay de qué”

“Buscaba el aire libre para orar” Dijo Asenah. “Pero mi diligencia no abarcaba mis propios pasos.” Sonó como algo improbable incluso para ella, pero él no lo discutió. “Soy afortunada de que nuestros caminos se cruzasen” añadió.

“Nada es casualidad, Hermana.”

“Cierto es, señor.” Asenath se volvió hacia las escaleras y dudó. No, no estaba preparada para intentarlo aun. ¿Y si la trampa se cerraba de nuevo en cuanto pusiera un pie en el primer escalón? ¿Y si esta vez no hubiera una salida?

¡Vete ahora, antes de que empiece a hacer preguntas!

¿Que le trae a Vytarn, predicador?” Preguntó en un impulso.

El sacerdote se mantuvo en silencio por un tiempo, aparentemente considerando su respuesta. “Un libro” dijo finalmente.

“Entonces está embarcado en una investigación? Ha elegido bien. La biblioteca del Perihelion no tiene rival en este sector.” Para su sorpresa ella *quería* hablar.

¡Quieres confesar, idiota!

“Eso he escuchado” el respondió.

“La Última Vela se ha dedicado a la contemplación de la sagrada palabra del Dios-Emperador por algo más de un milenio” ella continuó. “Reverencia a través de la reflexión, reflexión a través de la elucidación.”

“¿El Evangelio Illuminant?” El sacerdote se volvió para mirarla, aunque su rostro permaneció oculto. ¿Conoce bien este planeta, Hermana?

¡Niégalo!

“El Mundovela es mi cuna espiritual” dijo “Fui ordenada Adepta Sororitas aquí”

“Entre las hospitalarias de la Vela de Bronce?”

“Serví con ellas por un tiempo, pero la mayoría de mi servicio fue con las Hermanas de Batalla de Hierro”

“¿Entonces es usted una guerrera?

“Ya no” - Señaló su humilde traje de curandera. “Han pasado muchos años desde que empuñé un arma”

“Aún conserva el aspecto,” observó “Se mantiene en los ojos, Hermana”

“Me tiene en desventaja ahí, señor.”

“Disculpe, he sido descortés,” Dijo, apartando su capucha. Su rostro no era nada como ella había imaginado. En lugar de la barba y calvicie habituales de los suyos, él estaba bien afeitado, y su cabello estaba recogido en una coleta corta con un cordón de cuero. Aunque era completamente blanco y había arrugas alrededor de sus ojos, Asenath se esforzó por adivinar su edad. Su tez era pálida, casi anémica, pero había una vitalidad curtida por la intemperie sobre sus rasgos delgados que hablaba de fuerza en lugar de enfermedad.

O tal vez, fuerza a través de la enfermedad, Estimó Asenath, reconociendo la mirada atormentada de sus ojos grises. Por un momento pensó que había un *tercer* ojo incrustado entre ellos, pero no era más que una cicatriz circular, tan pálida que parecía plateada a la luz de la tormenta.

“Es una vieja herida,” Dijo él al notar su atención “Solía mantenerla oculta, pero he aprendido”

“Portamos nuestras verdaderas heridas por dentro,” Ella observó. “Si las ocultamos, se pudren.”

“En efecto…¿Hermana…?” Respondió, convirtiendo su conformidad en una pregunta.

¡No digas nada! Los nombres tienen poder.

“Asenath” Respondió ella.

“Sois una mujer sabía, Hermana Asenath”

“Simplemente vieja”

“No tan vieja, diría.” Él sonrió, mostrando un poco de un diente teñido por el Iho. “Además, uno engendra al otro: Los años dan con una mano y arrebatan con dos.”

“Lo hacéis ver como un mal negocio, sacerdote”

“Únicamente uno inevitable.” Sus modales se estaban tornando notablemente menos formales cuanto más hablaban. “Y no, no es un mal intercambio. La sabiduría sobrepasa a la mera fuerza en la guerra que libramos.”

“Los corazones y las mentes se conquistan mejor con palabras” Ella acordó. Era el aforismo favorito de la canonesa Sanghata.

“¡Oh, la sabiduría hiende mucho más profundo que las simples palabras, Hermana!”

“Eso depende de las palabras,” Asenath dijo solemnemente. “No todas son iguales.”

“No, no lo son.” Se quedó en silencio por un momento, después señaló el insignia de su túnica. “¿Ya no estás con la Última Vela?”

“He estado fuera de Vytarn por más de veinte años. Para ser sincera, me siento como una extraña aquí.” Se sintió bien poder decirlo en voz alta.

“Tal vez sea lo mejor, Hermana. Este es un lugar extraño.”

“Pero uno sagrado.” Asenath añadió.

¿Aun lo crees?

“Tal vez.” Dijo. “Pareces cansada, Hermana Asenath.”

“El Rito del Cruce ha sido desafiante.“ Admitió

“Si, es una gran tormenta.” Miró hacia el cielo convulsionado. “Pero siempre me han gustado las tormentas, pero eso subí aquí.”

Asenath recordó su propia emoción ante el estallido de la tempestad. Parecía como si hubiese sido en una vida anterior.

¿Estás segura de que no lo fue?

No, no estaba segura de *nada* en ese momento. Apenas podía mantenerse en pie, mucho menos pensar con claridad. Necesitaba dormir, sin importar que le esperase en las escaleras o en sus sueños.

“Confió en que nos encontraremos de nuevo, predicador.” Dijo Asenath. El no respondió, así que entró en las escaleras, entonces se volvió. “No me ha dicho su nombre”

“¿No lo he hecho?” Contestó distante. “Es Jonah, Hermana. Jonah Tythe.”

Capítulo Dos

Templanza

I

Testimonio de Asenath Hyades - Segunda Declaración

He decidido no volver a leer estos escritos, no fuera a ser que la tentación de reconsiderar, re-escribir o expresarse de otro modo comprometiese su veracidad. Deben permanecer tal como son escritos en el momento, protegidos de la excesiva reflexión. Me esforzaré por ser sobria en mis observaciones, pero deben ser honestas, no una tolerancia cobarde y fabricada. Cualquier otra cosa sería una traición al encargo que me dió, pero también a mi misma, pues he llegado a creer que este testimonio debe servir también como mi confesión. **¡Dulce condenación!** *Para bien o para mal, mi destino está entrelazado con el Mundovela y sus guardianes. Si ellos están mancillados entonces temo que no puedo escapar de la mácula, a pesar de que lucharé por limpiarla.*

Sin duda se sorprenderá del cambio en mi disposición desde mi declaración inicial. El cronoregistro de mi escritorio indica que menos de doce horas separan esa primera entrada llena de esperanza de esta, sin embargo están divididas por un abismo mucho mayor, pues el Rito del Cruce no puede medirse en meros días soportados o kilómetros recorridos. Sus dimensiones son decretadas por los sueños de aquellos que se aventuran en sus inefables mareas y no hay dos viajeros que hagan el mismo viaje.

Para la mayoría, el cruce no es mayor amenaza que un estómago inquieto y un exceso de sueños turbulentos, pero para unos pocos los fantasmas alzan el vuelo y encuentran forma, convirtiéndose en traductores manifiestos del alma. Es tanto una bendición como una maldición el enfrentarlos, pues no puede existir una prueba de fé más verdadera que mirar a un espejo oscuro, ni mayor peligro si uno se encontrase falto. Es el Mar de las Almas en tamaño pequeño, con sólo la propia pureza como armadura para protegerse contra la corrupción.

Esta noche me miré muy profundamente en el espejo de mi alma. Escribiré sobre las cosas que ví **yo misma desvelada** *cuando haya encontrado la fuerza para adentrarme en ellas y descifrar su importancia. Por ahora tan solo puedo decir que el Exodus se ha cobrado su peaje, y aun así, no se que precio pagué o si me encontré a mi misma en falta* **de más. ¡Muchísimo más!**

Asenath puso su pluma de lado, sin prestarle atención mientras se deslizaba fuera del escritorio. No era más que un instrumento mundano, uno de los muchos repuestos que había traído consigo en el viaje. La reliquia que la Canonessa Sanghata le había regalado se había ido, perdida cuando se desmayó en las escaleras retorcidas por la disformidad, pero en realidad se había perdido antes, irremediablemente mancillada por su profanación.

"Tal vez la sangre que vi no era más que un fantasma," Asenath susurró, incapaz de decidir si eso haría la pérdida de la reliquia mejor o peor. ¿Toda la experiencia fue una ilusión? ¿Eso cambiaba algo…o esa era precisamente la cuestión?

Ahora descansa, Hermana.

Si, esa era una buena idea. Tras su encuentro con el sacerdote había regresado a su camarote como una sonámbula, pero la necesidad de dejar constancia de su pesadilla había sido demasiado fuerte para ignorarla. Algunas cosas necesitaban hacerse sin equívocos. Sus ojos se desviaron hacia la página abierta…

No.

Asenath cerró el diario. No, se mantendría fiel a su juramento y permitiría a las palabras permanecer sin enmienda. Si la condenaban, que así fuese. Se levantó temblorosa y se dirigió hacia su cama. En algún lugar una campana tañía, tan profunda y distante que bien podría haber sido un eco de otro mundo. Se preguntó si el Zapador Glicke estaría esperándola allí.

Toland Feizt se despertó con el sonido de una campana. Sonaba tan vacía como la promesa de gloría que le había dado a su hermanos cuando la lanzadera los puso rumbo a la Cuchilla.

No debería estar aquí, intentó decir, pero su garganta no obedecía. Sus párpados lo hicieron, pero abrirlos se sintió como presionar contra su propio peso. Borrosamente miró a la extensión blanca y agrietada que le revelaron. ¿Que era? Sintió que la respuesta era obvia, pero lo *obvio* parecía muy lejano ahora mismo, junto con todo lo demás que una vez dió por hecho.

¿Estoy muerto? ¿Es esto todo lo que hay…después?

Una mota negra zumbó apareciendo a su vista. No había nada más que ver, así que la siguió mientras zigzagueaba como un pequeño ornitóptero, ajustando su trayectoria cada vez que la campana tañía. Finalmente descendió en espiral hacia él y se posó en la punta de su nariz. Con esfuerzo logró verla con claridad.

Era una mosca, gorda y erizada de pelos afilados

Feitz gruñó con repulsión y la aplastó. No…..No, así era tan solo como sucedió en su cabeza. Su cuerpo ya no estaba para esas cosas, aunque siguió intentándolo de todos modos porque así era él, quien siempre había sido,no importaba lo que Ellos le hicieran o cuantas veces Ellos le dijeran que estaba acabado.

Resiste, la Hermana Estrellaoscura le había ordenado, como si alguna vez hubiese hecho otra cosa.

La mosca le observó luchar, con ojos bulbosos e inescrutables. Eran como orbes gemelos de cristales entrelazados, cada faceta brillando con una fétida luz verde. Feitz vió su propia cara reflejada dentro de cada celda. Sabía que era imposible ver algo tan pequeño, pero lo vió de todos modos.

Siete lados, contó. *Cada celda tiene siete lados. Y el insecto tiene siete piernas.* Eso no estaba bien ¿Verdad?

La mosca giró la cabeza como una máquina y comenzó a frotar sus espinosas patas delanteras. Podía oír el chirrido de la fricción. Eso también era imposible ¿pero qué importaba ya eso?

¿Qué quieres? Feizt se imaginó diciendo.

Por supuesto no respondió, ni siquiera con otro giro de cabeza. ¿Cómo podría? Solo era una mosca. *Nada.* Pero para ser nada estaba haciendo estruendo soplado por el vacío, como uñas rotas rastrillando sobre placas de metal, de arriba abajo, hasta que sus dientes chirriaban con ello. Podía *oler* el sonido - un hedor agridulce a osario que hablaba de tumbas hinchadas y esperanzas marchitas.

¡Vete!

Para su sorpresa el insecto detuvo su concierto infernal, pero en lugar de alzar el vuelo se arrastró fuera de su vista bajo su nariz. Un momento después lo sintió haciéndole cosquillas en sus fosas nasales y luego a lo largo de su labio superior.

Buscando una manera de entrar…

Trató de cerrar su boca, pero como cada parte de él, sus cuerdas habían sido cortadas. Su cara al completo se sentía como carne muerta.

Suficiente madura para los huevos de esa bastarda….

La mosca estaba dentro de su boca, arrastrándose sobre su lengua seca en dirección a su garganta. Podía sentir cada paso de sus múltiples patas, como pinchazos de un manojo de agujas inmundas. El sabor le hizo querer dar arcadas, pero a su garganta le daba igual.

Has servido a tu Emperador fielmente, Roldan Feizt, escuchó, o recordó haber escuchado. Tal vez solo lo escuchase en un sueño. Sus sueños estaban llenos de palabras semejantes.

Tu servicio ha concluido, el fantasma continuó su decreto. *Ve en paz.*

Las palabras eran más bonitas que la mayoría de las despedidas que a Feizt le habían ofrecido, pero aun así había escuchado su mensaje un centenar de veces antes, desde la violencia aleatoria de su juventud en la colmena voladora Tetraktys a la carnicería organizada del Astra Militarum…

Eres carne de rapaz, enano… Vuela alto o cae muerto, cablecillo… Ete novato eh carne de lazer muchachos…. No durará ni quince horas… Un muerto que camina… Solo hay un trece por ciento de probabilidades de que su corazón tolere el estrés de la desalineación metabólica que está experimentando…

¡Está acabado!

“No…” La negación salió como un suspiro que expulsó a la mosca y envió brillantes y dolorosos temblores a través del pecho de Feizt. Le dió la bienvenida a la agonía, sabiendo que significaba que su cuerpo aún estaba vivo. Incluso mejor, estaba manejando las cuerdas de nuevo. Apretó sus puños, deleitándose en esa sencilla y preciosa libertad. Luego recordó la mosca.

Tengo que encontrarla. Feizt no sabía por qué, solo que era importante - puede que más importante que la vida o la muerte.

Matala.

Trató de incorporarse, pero fue como tratar de atravesar una pared de agua fluyendo. Algo que no podía ver le presionaba hacia abajo desde el pecho, tratando

de aplastar la vida fuera de él. Apretando sus dientes por el dolor, Feizt empujó hacia atrás, poniendo más que sus músculos y huesos a trabajar.

¡Matala!

La resistencia desapareció abruptamente y se enderezó de golpe. De algún modo la oscuridad había caído sobre la enfermería durante su lucha. Las luces estaban apagadas y sus camaradas dormían en sus literas, ajenos a la batalla que estaba librando. Una quietud reflexiva flotaba sobre el lugar, como si el mundo en sí mismo se estuviese escondiendo. Los golpes de las olas habían cesado, y la lluvía junto a ellos. Solo la mosca se movía. Podía oírla zumbado en algún lugar por encima de él, burlándose de él para que se pusiera de pie y la persiguiera.

Oh lo haré, mierdecilla.

Mientras sus ojos se acostumbraban a la penumbra, Feizt se dió cuenta de que había alguien de pie al final de su cama. La figura tenía el tamaño y la forma de un Zapador, pero había algo mal en su silueta. Entrecerró los ojos tratando de encontrarle sentido hasta que un relámpago iluminó la habitación y se congeló, uniendo todo en un brillo incoloro, incluido el intruso.

Por el Vacío ¿Que..?

El extraño estaba envuelto de los pies a la cabeza en una manta, las correas de sujeción de su improvisado sudario colgando holgadamente a cada lado. Debería de haber parecido ridículo, como las torpes apariciones que los niños habían concebido desde tiempo inmemoriales para asustarse unos a otros, pero ahora mismo, aquí mismo no había nada de divertido en esto. En este limo iluminado por la tormenta parecía tan serio como el propio Ladrón de Alientos.

“¿Quién eres?” Feizt dijo con voz áspera, sin dejar de mirar al extraño mientras sus manos buscaban el cuchillo de combate debajo de su almohada. A los Zapadores se les prohibieron sus armas en el barco, pero solo los más gravemente heridos habían entregado sus filos.

“Te he hecho una pregunta,” Feizt dijo blandiendo su daga.

La figura no respondió. Con un zumbido la mosca se posó sobre su rostro velado. Feizt sintió que lo observaba junto a su anfitrión, esperando su próximo movimiento.

“¡Levantaos, hermanos!” Graznó a sus camaradas dormidos, lo intentó de nuevo, esta vez consiguiendo un grito roto, pero ninguno de ellos se perturbó. Se dió cuenta de que ninguno de ellos lo haría. Incluso si comenzase a disparar con una

Machadora en mitad de la habitación ellos solo seguirán durmiendo. Esta lucha era suya únicamente.

Como todas las que de verdad han importado…

Con un gemido, Feizt se puso de pie. Picos de dolor estallaron en sus entrañas cuando sus heridas se abrieron de nuevo, pero los ignoró. La hermana Estrellaoscura se enfadaría, pero no se podía evitar. Mientras se acercaba a trompicones hacia la aparición, la mosca puso en marcha su recital, raspando el violín una vez más, burlándose de su debilidad, desafiandolo a *mirar….*

"¡Que te jodan!" Feizt gruñó y apartó la manta.

II

El *Sangre de Demeter* cabalgaba bajo en el turbulento océano, su contundente proa batía un camino a través de las olas. Las más altas lamían la cubierta superior, donde Jonah Tythe permanecía inmovil, agarrándose a la barandilla donde la hospitalaria casi había caído en picado hacia su muerte. Él había estado aquí desde que ella se marchó, cavilando sobre su extraño comportamiento. Su historia no había ayudado - ni siquiera bastaba para comenzar a explicar su carga salvaje o la mirada en su rostro cuando él intervino. Tenía olfato para las mentiras, y una lengua de plata para contarlas también. Esos talentos nacieron en la noche antinatural que se había tragado su mundo natal, y los largos años que la siguieron sólo las habían afilado.

Estaba mintiendo, pero no se le da bien, Jonah reflexionó, repasando su conversación con Asenath de nuevo. *Y estaba asustada.*

"¿De qué huías, Hermana?" Preguntó en voz alta. Estaba bastante seguro de que la muerte no era lo que le preocupaba. En el Adepta Sororitas eran extremadamente desinteresadas, demasiado ansiosas por desperdiciar sus vidas por el Emperador y el Imperium. Cada una de ellas anhelaba el martirio, incluidas sus curanderas y eruditas. *Son más difíciles de romper que los Marines Espaciales*, decía la sabiduría popular, y Jonah estaba predispuesto a creerlo.

No estaba seguro de por qué la hospitalaria permanecía en sus pensamientos. Tal vez era su misterio lo que le molestaba, o la posibilidad de que pudiera ser útil en un mundo donde él no tenía aliados. Fuese cual fuese la razón, la Hermana Asenath no era como ningúna otra Adepta Sororitas que él hubiera conocido, y había conocido a unas cuantas con el paso de los años, especialmente desde que adoptó el disfraz de sacerdote.

“Ella no tiene la armadura,” decidió. “O ha sido agrietada”. No estaba pensando en acero o ceramita, sino en el verdadero escudo de las suyas: Había fracturas en la *fé* de Asenath. Si, eso era lo que la asustaba, y con buena razón, pues sus congéneres condenarían tal fallo sin piedad, pero según la experiencia de Jonah la duda podía ser una ventaja. Todo dependía de cuan duro de roer fuese quien dudaba. De todos modos era interesante.

“Creo que me gusta, Mina,” le dijo a su hermana perdida.

Hubo un destello de luz blanca cuando la tormenta azotó un pararrayos cercano. Deslumbrado, Jonah parpadeó y vio plateado.

Entonces recordó la bala incandescente mientras se aceleraba hacia él desde el vacío, y la quemadura glacial mientras pasaba a través de piel y hueso para entrar en el núcleo de su existencia. Recuerda la desconcertante percepción de que su trayectoria es perfectamente equidistante a cada uno de sus ojos, y el conocimiento certero de que esto es, de alguna manera, terriblemente significativo. El recuerdo más vívido de todos es la agonía cuando la bala florece dentro de su cráneo como un sol frío que se convierte en nova, aniquilando el pasado, el presente y el futuro en un solo instante eterno.

Y luego, hay oscuridad, y Jonah recuerda que no tiene por qué recordar nada porque no debería tener nada más para recordar.

“No soy nada”, susurra.

Y nada es casualidad, *el tomo herético que siempre ha llevado consigo responde.*

Con lentitud infinitesimal el vacío cede su control sobre él. Primero Jonah siente el peso del tomo contra su pecho…luego los latidos de su corazón… y la sangre vital corriendo por sus venas. Contra toda razón él aún está vivo, pero su cuerpo se siente diferente de algún modo. ¿Entumecido? No.. lejano *es una mejor palabra. Solo el tomo tiene algún peso real ahora, pues su agarre sobre él se ha profundizado inmensurablemente.*

“No me retrendrás” promete, dirigiendo sus palabras al bastardo de ojos plateados que le atrajó hacia esta trampa. “Ni tú, ni esta ciudad muerta.”

Abre los ojos y ve que está fuera del maldito santuario. Los cortes gemelos sobre su entrada se han fracturado en una multitud de grietas sin sentido. A pesar de que la puerta aún está abierta, ahora solo hay oscuridad trás el umbral. Fuese cual fuese el poder que habitaba este lugar, se ha ido, dejando solo un cascarón, aún así la mácula de su toque perdura. El prospecto de entrar de nuevo le repulsa, pero tal vez

pueda encontrar alguna pista sobre la naturaleza de su enemigo en el interior. Además, la trampa ya se ha activado.

Encendiendo la luz de su bandana, Jonah entra. La cámara circular dentro está vacía, sus muros grises desprovistos de decoración, pero mientras se aproxima al centro escucha algo crujiendo y mira abajo. El suelo está lleno de fragmentos de vidrio roto. Brillan en innumerables tonos, como fragmentos de un arcoiris petrificado. Jonah recuerda el sonido demoledor cuando disparó su arma en este lugar. ¿Acaso golpeó algún tipo de ventana de vidrio?

Se agacha y recoge un fragmento, desconfiando de sus bordes afilados. Brilla en un intenso azul cerúleo mientras lo examina.

"Era un espejo" Jonah murmura cuando se da cuenta. Un espejo a otro lugar, puede que incluso a otro tiempo… La aprehensión está impresa con la misma inexplicable certeza que le ha perseguido durante toda la noche. ¿Por cuánto tiempo ha estado esta trampa aquí? ¿Ha estado siempre esperandole, o cualquier otro necio habría servido igual de bien?

Le da la vuelta al fragmento y ve a su hermana mirándole fijamente desde detrás del cristal. Sus ojos desencajados por el terror al tiempo grita en silencio.

"¡Mina!" Jonah grita y el fragmento se rompe en su mano, rociándolo con pequeñas astillas. Se pone de pie en un salto y se voltea hacia la entrada, entonces se detiene para recoger un puñado de fragmentos, ignorando los cortes que le provocan. No sabría decir por qué los quiere, pero más adelante deseará haber recogido más.

Y corre. Mientras sale disparado del santuario ve una congregación de los habitantes de los barrios marginales de la colmena reunidos afuera. Todos están muertos y lejos de tener una condición inmaculada. Sus rostros se han disuelto en pantanos de carne en descomposición con mandíbulas que bostezan tan abiertamente que tocan sus pechos hundidos. Donde antes los ojos contemplaban el mundo ahora solo hay huecos abiertos y envueltos en una siniestra luz verde.

Siempre han estado aquí, J*onah siente*. Antes simplemente no podía verlos.

No rompe su carga. Contra tales números y sin ningún otro lugar al que ir, el impulso es su única arma significativa. Los muertos gimen cuando le huelen y se acercan con los brazos extrañamente distendidos, con los dedos rematados en tenebrosas garras. Jonah responde su bienvenida con un bramido de rabia y levanta un brazo para protegerse la cara mientras se abalanza sobre el primero de ellos. La criatura estalla en un remolino de sucio ectoplasma, y lo mismo con el siguiente. Son tan insustanciales como la niebla, sus formas desintegrándose al menos impacto, aun

así su contacto sigue siendo dañino, pues mientras se lanza a través de la multitud siente como su vigor se desvanece, drenado en cada contacto.

En algún lugar bajo su furia, la fría y calculadora parte de la mente de Jonah entiende que sin el regalo de la bala disforme ya estaría muerto. Pero de nuevo, esas criaturas ni si quiera podían verlo antes. El regalo ha abierto sus ojos a los horrores que antes solo imaginaba, pero al hacerlo lo convirtió en un faro para ellos. Es un trato amargo, pero uno que podría darle una ventaja contra el conspirador de ojos plateados que se la ha jugado. pensar en su torturador aviva su ira de nuevo, prestandole la fuerza para sumergirse a través de las últimas alimañas espectrales.

Tambaleándose, se da la vuelta y ve que ya se están reformando, pero parece que han perdido el interés en él. Sus voces ahogadas unidas en un incipiente coro de miseria, avanzan arrastrando los pies hacia el santuario. Instintivamente Jonah entiende que odian el lugar tanto como él.

"¡Arrancadle el corazón!" Les grita.

La ordalía le ha dejado temblando y dolorido, como si estuviera atrapado en las garras de la fiebre. El deseo de descansar es casi irresistible, pero luego recuerda el terror en el rostro de su hermana. Con una maldición salvaje se pone en movimiento de nuevo.

*"*Ya voy, Mina," Prometió mientras, mientras sus ojos se aclaraban.

Apartando su capucha, alzó su rostro hacia él furioso cielo, dándole la bienvenida a la pesada lluvia, a pesar de que apenas la sentía. Como cualquier cosa que había tocado su piel desde esa fatídica - *¿fatal?* - noche en el santuario, las gotas de lluvia se sentían insulsas, como recuerdos de sensaciones de hace mucho tiempo. Algunas veces había imaginado que la bala había matado su cuerpo y dejado su alma atrapada en un caparazón insensible que de alguna forma aún caminaba, pero eso no era más que una fantasía, pues sabía que su condición no era una dolencia de la carne. Cada uno de los médicos del mercado oscuro y adeptos biólogos que había consultado a lo largo de los años, habían confirmado que no había nada mal con su cuerpo. Su dislocación sensorial estaba enraizada mucho más profundamente. Con una excepción, los expertos insistieron que la culpa estaba en su cerebro, pero Jonah sabía que la voz disidente había descubierto la verdad: *"Es una maldición del alma, Tres Ojos."*

Un timbre agudo sacó a Jonah de sus pensamientos. Los ojos de las gárgolas de granito que bordeaban la cubierta pulsaban en rojo mientras las bocinas de sus mandíbulas hacían sonar la alarma.

Alguien golpeaba la puerta del camarote, compitiendo por la atención con el repique del megáfono. Juntos eran suficiente para sacar a la durmiente del limbo en el que había estado vagando.

Glicke no estaba allí, Asenath pensó mientras se despertaba. *Nadie estaba allí. nadie humano al menos..* Todo lo que recordaba era un camino oscuro subiendo en espiral a través de una blanca nada y la terrible certeza de que algo indecible la estaba siguiendo. Era la misma pesadilla hueca que la había perseguido en sueños desde hacía un año.

Los golpes en la puerta se intensificaron.

"¡Te oigo!" Asenath dijo sobre la cacofonía y se levantó de su cama, tratando de alcanzar un arma que ya no estaba ahí. No había portado una en años, pero el predicador estaba en lo correcto sobre sus viejos instintos; algunas cosas se mantenían mucho después de que su tiempo hubiese pasado. La alarma significaba peligro, y en su sangre, el peligro pedía un arma - aunque no le hubiera servido de mucho, pues la alarma posiblemente señalaba alguna calamidad náutica.
Tal vez el barco se estaba hundiendo….

Dió un vistazo a su cronoregistro. Apenas dos horas habían pasado desde que se rindiese al sueño y aun así sus pensamientos estaban felizmente libres de la intensidad febril que la había atormentado desde que llegó la tormenta. El barco todavía se balanceaba bajo sus garras, pero Asenath ya no estaba atrapada en su ojo.

¿Ha terminado mi Exodus?

Silenció el megáfono de latón de la pared con un golpe a su querúbico rostro, enfrentó la puerta y la abrió. Una mujer en armadura la esperaba afuera, un brazo alzado para llamar de nuevo, el otro acunando un ornamentado bólter. Las placas grises de su traje estaban adornadas con rayas de hierro negras y el símbolo de la Última Vela estampado en su peto en un blanco puro, indicando su pureza. Su pelo rubio ceniza estaba cortado al estilo bob tradicional de una Hermana de Batalla, enmarcando el tipo de rostro que adornaba los carteles de propagando por todo el Imperium: Hermoso y radiantemente pálido, con acerados ojos azules y labios carnosos. Era a la vez atractiva e imponente, un rostro al que aspiraban las mujeres jóvenes y por el que los hombres jóvenes anhelaban morir.

Pero no tiene cicatrices, Se percató Asenath*. No hay oportunidad de ganarlas en el Mundovela.*

"Vendrás conmigo, hospitalaria," Dijo la extraña sin ningún preámbulo. "Se requiere de tus servicios."

“¿Dónde vamos?” Asenath preguntó, recogiendo su bolsa médica. Era dolorosamente consciente de su estado desaliñado al lado de la exquisita guerrera, quien era sin lugar a duda una de las Celestiales que había visto en Rosetta. “La alarma..”

“No podemos retrasarnos,” espetó la Hermana de batalla, alejándose. “¡Ven!”
“¿Nuestro barco se encuentra en peligro?” preguntó Asenath, siguiendo a la extraña a lo largo del pasillo. La alarma se había silenciado, pero las luces de emergencia todavía parpadeaban en rojo a lo largo de las paredes.

“Nos enfrentamos al Exodus” Dijo intencionadamente la Celestial. “¿Has olvidado los Evangelios Illuminant, Hospitalaria Hyades?”

“¿Sabe quien soy?”

“Lo sé. Has elegido un mal momento para regresar al Mundovela, perjura.”

¿Perjura? La vieja acusación golpeó a Asenath como un cubo de agua fría, a pesar de los años transcurridos la potencia de esta no había disminuido. Sabía a pérdida, vergüenza y a compañerismo perdido.

“Estoy aquí en una misión de piedad” Dijo Asenath. “Las hermanas de la Vela de Bronce han aceptado mi petición de auxilio. Me dirijo al Sacrasta Vermillion.”

“El Sacrasta no es un hospital común.”

“Tampoco son soldados comunes aquellos a mi cargo,” Asenath replicó. “Y su aflicción es muy *rara.”*

“La Última Vela debe velar por los suyos, perjura.”

“No soy ningúna perjura. Nunca he rechazado los Evangelios Illuminant, Hermana.”

“No somos Hermanas”

“Entonces no te debo fidelidad,” Dijo Asenath girando. Antes de que pudiera dar un paso una mano blindada cayó sobre su hombro, manteniéndola en el sitio.

“Mis ordenes son claras,” La Celestial advirtió. “Vendrás conmigo, o te llevaré yo misma, perjura.”

“Debo atender a mis pacientes.”

“Tus compañeros están seguros.”

“¿Seguros?” Preguntó Asenath dubitativa.

“No pongas a prueba mi paciencia. Mientras parloteas, un servidor leal del Dios Emperador yace agonizante. ¿Abandonarás tu deber actual como abandonaste el último?”

“Aléjate,” la Hermana de batalla parada fuera de la puerta de la enfermería ordenó, apuntando con su voluminosa arma.

“Soy un comisario del Astra Militarum, Hermana Indrik,” Lemarché dijo con calma, ignorando la boquilla ennegrecida de su rifle de fusión. “Me brindarás el debido respeto.”

“*Con el debido respeto*, aléjate de la puerta, *comisario*,” Respondió la mujer en armadura. La voz reverberando a través de su visor sellado no sonaba femenina en absoluto a oídos de Lermarché. Por otro lado tampoco había nada femenino en el tamaño de la guerrera. Era una cabeza más alta que él fácilmente, con una anchura de hombros que rivalizaba con las de un Zapador. En su armadura de placas gris oscuro parecía más bien una estatua de hierro fundido que un ser humano. Ella había llegado poco después de que sonase la alarma y dejó claro que no se le permitiría entrar o salir a nadie, pero aparte de su nombre no había ofrecido ningúna explicación.

“Tengo a un hombre muerto aquí dentro y a otro desaparecido.” Lemarché presionó. “Nuestra seguridad ha sido comprometida, Hermana. Mis tropas necesitan sus armas.”

“No temas, yo os protegeré.” Dijo la hermana Indrik seriamente. “Ahora, alejate.”

Con un breve movimiento de cabeza, Lemarché obedeció, haciendo una señal a los hombres que se apelotonaban tras él para que le siguieran. De mala gana, los Zapadores sanos se retiraron hacia el otro lado de la enfermería, murmurando mientras daban vueltas alrededor del cadáver cubierto con una manta que yacía frente a la cama de Feizt. Mientras Lemarché cojeaba hacia el cadáver el Teniente Reiss lo llevó a un lado.

“Deberíamos moverlo, comisario,” El oficial insistió en voz baja, señalando al cadáver.

“No hasta que la Hermana Asenath haya realizado una examinación. Si el Emperador quiere, tal vez ella pueda arrojar algo de luz sobre esta atrocidad. Además, todo hombre que aún puede caminar ya ha visto el cuerpo, teniente.”

“No hablo de esconder nada, señor. No es correcto dejar a un hermano Zapador así.”

“Son los vivos lo que me preocupa, teniente.”

Y los vivos estaban comenzando a crisparse, Lemarché reflexionó. Los hombres de la Compañía Estrellaoscura no se asustaban de ningún enemigo al que pudieran enfrentar con un arma o espada, pero el asesino intangible infestando su carne había carcomido su disciplina hasta la médula. Despertar por una alarma y encontrar un cuerpo mutilado entre ellos no había sido propicio para una buena moral. Mientras ellos dormían, alguien había arrastrado el cuerpo de Glicke por la enfermería y lo cortó en pedazos, de algún modo logrando ambas hazañas sin despertar a nadie.

Y también estaba el asunto del sargento zapador. La cama de Feizt estaba vacía y una búsqueda en la enfermería había confirmado que se había ido. Para disgusto del comisario, eso había causado más consternación que el cadáver de Glicke.

Feizt era lo único que los mantenía unidos, Lemarché admitió mientras se aproximaba a las tropas apiñadas. *Él era su campeón inmortal y un poco de su invulnerabilidad los tocaba a todos.*

Este desmán era precisamente el motivo por el que Lemarché deploraba a los héroes. Eran un elemento inestable en una unidad, demasiado volátiles para predecir sus acciones en el campo de batallas y siempre susceptibles de causar grandes daños al caer. En sus memorias, el siempre perspicaz Artemiev los había calificado como “Magníficas bombas de relojería y discordia.”

Y *sin duda, tú has explotado, Toland Feizt*. Lemarché juzgó mientras escuchaba la disputa de los soldados.

“La mujé no puede pararnos a toh” Hörka argumentaba, con su fuerte acento lleno de rabia. “Solo tiene u´ disparo”

“¡Es un maldito rifle de fusión de lo que hablas, Orko!” Santino se burló de su compañero, también especialista en demoliciones. “Un disparo nos atrevesará a todos y nos calcinará.” El soldado moreno negó con la cabeza, sus rastas agitándose enfatizando su movimiento. “Incluso si no fuese así, no tenemos nada que pueda ni tocar su armadura. Nos destrozará.”

“Hablar de tales cosas es blasfemo, si,” Zevraj protestó. Su cabeza afeitada estaba cubierta por una espiral de tatuajes devocionales que convergían en la aguila dorada estampada en su frente. Un Redentor Oberai por antecedentes, el era el hombre más viejo y pío de la compañía, lo que le había ganado el sobrenombre de diácono. Santino lo dijo como una broma, pero Zevraj lo había abrazado con absoluta sobriedad. “Nos condenareis a todos, camaradas,” añadió con severidad.

Manteniéndose al margen de la discusión, Lemarché espero a que Reiss interviniese, pero el teniente solo esperaba a su lado, tan perdido como el resto.

No puedo permitir esto, decidió Lemarché, *para nada.* Sus dedos nerviosos, ansiosos por un arma. Desde que se unió a la Compañía Estrellaoscura no había encontrado razón para ejecutar a un soldado y habría sido un desperdicio ahora, aun así se encontró a sí mismo atraído hacia la posibilidad. ¿A cuál de estos hombres elegiría? ¿Quien serviría como mejor ejemplo para los demás?

“¡Encontraremoh una manera!” Hörka rugió. “ L’arrancaré la cabesa a la puta si-”

La amenaza se tornó en un grito ahogado cuando Lemarché le atravesó la garganta con un golpe de su bastón, reteniendose a una fracción de dar un golpe mortal.

“¿He escuchado como amenazabas a una hija del Emperador?” Preguntó el comisario suavemente mientras el enorme soldado se arañaba la garganta con los ojos desorbitados. Imperiosamente Hörka se enderezó y trató de responder, pero fue incapaz de nada más que un croar estrangulado. Lemarché atravesó con la mirada a los otros, manteniéndose en cada uno de ellos por un momento antes de fijarse en Reiss. Si iban a volverse contra el, este sería el momento. Encontró el prospecto peculiarmente excitante. “¿Sus hombres son chusma, Teniente?”

“¡No, comisario!”

“Entonces, por favor asegúrese de que no me confunden de nuevo “ Lemarché dijo, “Pues no puedo soportar a la chusma.”

“¡Si, comisario!” Reiss dubitó solo por un momento antes de continuar: “Necesitamos encontrar al sargento, señor.” Hubo murmullos de asentimiento por parte de los demás.

Algo de acero al fin, Reiss. Lemarché observó con aprobación. “Tenemos y lo haremos,” aceptó “pero somos del Astra Militarum y procederemos con honor. El Adepta Sororitas son nuestros aliados jurados.”

“Necesitamos nuestras armas, señor.” Schroyder dijo con cuidado. “Lo que fuese jodió a Glicke podría volver.”

“Quien fuese.” Le corrigió Lemarché, apuntando su bastón hacia el soldado.

“Fue el sargento,” Alguien dijo detrás de él. “Lo ví hacerlo.”

Lemarché se volteó y vio que el Zapador Rynfeld había descendido desde su litera. El especialista en demoliciones estaba entre los más gravemente heridos de los hombres, su brazo derecho amputado a la altura del hombro, junto a la mitad de su rostro. Su piel estaba congelada con escamas plateadas de la mortal Pesteafilada y el iris del ojo superviviente había perdido casi todo su color.

“Vuelve a tu litera, Zapador Rynfeld,” ordenó Lemarché.

“No paró de apuñalarlo,” murmuró el moribundo, baba chorreando desde sus labios agrietados, “pero Glicke no caía. Simplemente se mantuvo de pie y las recibió todas…hasta que el sargento le cortó la cabeza.”

“Que el Trono Sagrado nos proteja,” Zevraj siseó, haciendo la señal del águila.

“Son las moscas,” Rynfeld continuó, su mirada deambulando por la habitación, persiguiendo algo invisible. “Se metieron en Glicke. Están por todas partes ahora.”

“Se equivoca, soldado,” Dijo Lemarché, cojeando hacia el. “No hay moscas aquí.”

“Debe quemar lo que queda” Rynfeld jadeó, apuntando al cadáver. “Quemelo…para que no vuelva de nuevo.” Agarró el abrigo del comisario con la mano que le quedaba, casi desequilibrandolo. “¡Tiene que asegurarse!”

“Es suficiente, zapador,” Lemarché dijo, liberándose con disgusto. El hedor emitido por el soldado era espantoso.

Este está manchado más allá de toda salvación, Artemiev habría concluido.

De repente el terror tomó al moribundo. “Ti…tiene que quemarme a mi también…cuando…yo…” Los ojos de Rynfeld giraron dentro de sus cuencas mientras se caía.

Lemarché no intentó atraparlo antes de que golpeara el suelo. “Devolved al Zapador Rynfeld a su litera,” ordenó a los demás. “Atadle debidamente esta vez.”

Mientras Lemarché se arreglaba el abrigo algo pasó zumbando junto a su oreja.

III

Asenath siguió a la elegante Celestial en silencio. A pesar de que la alarma había cesado, evidentemente el estado de emergencia seguía en marcha. Mientras descendían a través de las cubiertas hombres y mujeres en las túnicas grises de los Guardiavela del barco pasaban corriendo a su lado, muchos armados con ballestas y espadas cortas. Solo el Adepta Sororita tenían permitido utilizar armamento más poderoso en Vytarn, asegurando su superioridad a pesar de sus números.

“¿Subió a bordo para vigilarnos?” preguntó a la Celestial.

“Sobreestimas tu importancia, perjura,” la guerrera respondió con frialdad. “Mi escuadrón ha sido llamado de vuelta al Perihelion. Nuestros caminos simplemente se han cruzado por casualidad.” Su tono dejó claro que no diría nada más del asunto.

Eres orgullosa, mujer. Asenath juzgó. *La Vela de Hierro ha crecido laxa en sus estándares si tales como tu son consideradas dignas de sus Celestiales.*

Muy pocas Hermanas de Batalla podían aspirar a alcanzar la perfecta armonía de proeza marcial y templanza espiritual que las Celestiales encarnaban. Cada orden del Adepta Sororirta tenía sus propias costumbres para identificar a las verdaderamente excepcionales, pero no había ningún camino seguro a la elevación. Una guerrera tal vez derramaba la sangre de miles de herejes a través de cientos de campos de batalla, y aun así alguna cualidad inefable y esencial podría eludirla. Ella tal vez fuese una soldado fiel y capaz, pero nunca sería una Celestial.

Para las Hermanas de la Vela de Hierro, que no contaban con guerras que disputar o enemigos materiales a los que sobreponerse, el proceso de selección era particularmente esotérico, pero no menos riguroso. O al menos así fue en los tiempos de Asenath. Ella estaba íntimamente familiarizada con la Ordalia Numinous, pues ella estuvo una vez en el precipicio de la elevación hacia el sagrado círculo interior. Es por eso que su marcha había sido tan profundamente sentida - y aparentemente recordada amargamente.

No tenía alternativa, pensó, queriendo declararlo a su altiva compañera. *El Padre Deliverance solicito mi presencia entre su séquito. Habría sido un pecado rechazarlo.*

Pero no podía decir esas palabras en voz alta, pues aunque eran verdad, no eran toda la verdad. Ella había *querido* ir. ¿Que era una vida de introspectiva vigilia en el Mundovela contra la gloria de la profecía impulsada por el Archiconfesor contra el Sistema Providence?

De repente, como si hubiese abierto alguna puerta invisible, las memorias la inundaron de nuevo, aniquilando los años entre medias.

Y Asenath Hyades tiene veintidós años de nuevo. A pesar de que ella no lo sabía aún, hoy es el albor de su segunda vida.

Ella se encuentra en la Calzada del Profeta, su armadura gris bruñida y adornada con serpentinas ceremoniales, su bólter sujeto fijamente sobre su peto - un reflejo de la imagen de las Hermanas de Batalla a ambos lados de ella, y las otras seiscientas que bordean el sinuoso sendero de la montaña en honor a su visitante.

El reverenciado confesor ha elegido un día propicio para hacer su ascenso a la catedral Candelabrum, pues las tormentas perenne del planeta han caído en silencio y toda la vista está iluminada con la rara luz hermanada de ambos soles, el alegre ocre de Salvación mezclado con el colérico rojizo de Condenación. El aire es tan claro que las siete montañas que rodean el Perihelion son visibles, a pesar de que están a muchos kilómetros de distancia. Asenath no puede recordar haber visto tal cosa y anhela voltearse por completo y deleitarse con la vista, pero eso sería una imperdonable falta de disciplina. Además, el Dios-Emperador no ha otorgado este espectáculo para ella.

La única aguja que se puede ver desde su posición es Temperans, la Cima Rigurosa. Es la más solemne de las siete, donde las Celestiales de su orden realizan las pruebas para las Hermanas aspirantes. Las ordalías están diseñadas para templar el espíritu más que el cuerpo, endureciendolo contra las tentaciones que darían vueltas alrededor de cualquier vicio mundano. Asenath ha pasado mucho tiempo allí recientemente, así que se trata de un vista auspiciosa. No cree ni por un momento que la simple casualidad ha colocado Temperans frente a ella ahora. Su fé no permite coincidencias. Hay un orden y un significado para todo.

El corazón de Asenath se acelera al escuchar la grandilocuente sinfonía de la cabalgata, pero resiste el instinto de girar la cabeza para ver cómo se acerca. Ella verá a los visitantes mientras pasan por delante, y a su debido tiempo, seguro que verá al mismísimo Padre Deliverance. Su flota ha tomado un desvío al Mundovela antes de embarcarse en su travesía hacia el pagano Sistema Providence. Sorprendentemente se le ha concedido a su embajada la dispensa de renunciar al Exodus y aterrizar en el Anillo de Koronatus. Semejante violación del ritual es casi inaudita, lo que seguramente da testimonio de la santidad de su visitante. Observar a un parangón de la Luz del Emperador será una bendición excepcional.

Asenath controla su entusiasmo y espera sin darle más vueltas hasta que la procesión entra en su línea de visión.

Los primeros en pasar son un destacamento de Hermanas de Batalla representando a la orden de la Espina Eterna, que sirve como vanguardia en la cruzada del confesor. Su armadura blanca brilla bajo la luz del sol, poniendo el insípido gris de Asenath en evidencia. Las Celestiales y Serafines de su orden lucen tabardos negros y elaborados estandarse en sus mochilas adornados con una flor carmesí entrelazada entre espinas. Una mujer de pelo blanco con una capa de marta las lidera, su mochila tejida como un rosal vivo que la identifica como la Canonesa Excruciant. Su rostro en forma de hacha está arrugado en un ceño de fé furiosa mientras marcha, sus ojos recorriendo con recelo a las guerreras vestidas en armadura gris de la Vela de Hierro. Cuando la mujer pasa por delante, Asenath vislumbra una calavera humana entre las enredaderas espinosas de su mochila. Sus cuencas oculares llenas con pétalos rojo sangre. Más tarde, aprenderá que pertenecía a la predecesora de su portadora.

Trás las Hermanas de Batalla viene un tanque Exorcista, su brillante chasis incrustado con los tubos dorados de un lanzamisiles ornamentado. Hoy los únicos proyectiles que dispara son los acordes resonantes de un órgano tocando la marcha Imperial. Una mujer de belleza etérea vestida con sedas se sienta en un cojín sobre el tanque tocando un arpa dorada. De algún modo las delicadas notas que ella toca son perfectamente audibles a través del resonante órgano.

Una banda de monjes vestidos de blanco siguen al tanque, cada hombre balanceando un incensario en perfecta sincronía con sus compañeros. Sus cabezas tonsuradas se elevan al cielo mientras añaden sus voces barítono al coro de la música. Querubines alados aletean sobre ellos con alas mecánicas, sus caras rechonchas congeladas en sonrisas vacías mientras golpean los pequeños tambores atados a sus cuerpos.

Asenath no puede contener un grito ahogado cuando ve a los gigantes en armadura que marchan detrás de los monjes. Solo son tres, y aun así eclipsan todo lo que los ha precedido, pues son leyendas dadas sustancia. Por supuesto ella jamás ha dudado la existencia del Adeptus Astartes, pero verlos caminando sobre su mundo es un regalo incomparable, pues ellos son, por seguro, el más excelso de los trabajos del Dios-Emperador. Su presencia la conecta al profundo pasado de su especie y el destino que su dios inmortal ha decretado, pero más allá de todo, son simplemente bellos.

Su armadura brilla y cambia de color sin descanso, como si tuviese demasiada energía como para decirise por un solo tono, y aun así hay armonía entre los tres guerreros. Desde su posición no puede ver sus hombreras izquierdas, pero aquellas en la derecha son magníficas, cada una adornada con una pintura única y magistral. El guerrero de la izquierda hace de anfitrión a un paisaje de poderosos fiordos, vigilado por una fortaleza blanca cuyas torres atraviesan las nubes. El de la derecha

porta el retrato de una mujer cuya belleza deriva al completo del misterio de su sonrisa.

Pero es el gigante central cuyo arte toca más profundamente a Asenath. Su composición es un abstracto de capas geométricas que brillan con delicados tonos. Su simplicidad superficial insinúa una sutileza sin límites que Asenath jamás había imaginado antes, pero que su espíritu siempre anheló. Al darse cuenta de ello algo cambia irrevocablemente en ella, aunque no puede ni empezar a decir el que.

Mira el rostro del guerrero que porta la revelación y ve que su rostro es exactamente como debería ser: rasgos finos y majestuosos, pero sin un rastro de arrogancia. Sus ojos se abren en asombro y se colman de la magnificencia del Perihelion, sus labios curvados en una sonrisa ambigua. Una tiara plateada ata su cabello negro azabache y una capa carmesí cae desde su mochila sin llegar a tocar el suelo. Desde este momento en adelante, cuando Asenath piensa en su Emperador ella verá a este guerrero trascendental.

Inesperadamente un cuarto gigante entra en su campo de visión, caminando varios pasos por detrás de los demás. A pesar de que su armadura está igualmente adornada, sus colores giran en torno a tonalidades azul, que van a través de un índigo tintado hasta un azul real. Su espalda se arquea hacia una capucha plateada para enmarcar su rostro así que Asenath no puede ver su cabello, pero está segura de que será blanco. Aunque es tan apuesto como sus camaradas, hay algo cauteloso y saturnino a su alrededor que habla de alguien que ha visto demasiado. Su heráldica personal es una esfera geométrica de intrincadas líneas plateadas cuyo efecto es casi holográfico. Mientras que el arte abstracto del líder la emocionaba, esta imagen la repele, pero de nuevo, no puede decir por qué.

Y entonces los semidioses habían pasado y solo un hombre quedaba, caminando solo en la cola de la procesión. Incluso si no estuviese siguiendo a los gigantes, habría resultado anodino. Viste una sotana marrón lisa ceñida a la cintura con un rollo de cuerda y sus pies descalzos solo cubiertos con unas sandalias. El único artefacto de fé que porta es la simple águila de madera que cuelga de su cuello. Aunque luce una barba prominente y la tonsura de un predicador completamente ordenado, es joven, seguramente no mucho más de treinta y cinco. Su piel es como cobre pulido, su cabello negro como el carbón vetado de blanco a ambos lados de su frente alta y erudita.

Asenath se pregunta quién puede ser este don nadie, pero sus pensamientos vuelven rápidamente a asuntos más importantes: ¿Como ha podido perderse al Padre Deliverance? ¿Podría encontrarse más atrás en el camino? El ansía de volverse y mirar es casi abrumadora, pero entonces se percata de que el joven predicador se ha detenido en el camino. Él la mira directamente a ella, sus ojos ambarinos pensativos.

Su confusión se acentúa mientras él se aproxima.

“Tu reino es extraordinario, Hermana,” Dice, deteniéndose frente a ella. “Señales y maravillas pueblan esta montaña como palabras no escritas esperando a un autor. Dondequiera que miro, veo las formas de cosas incognoscibles.” Habla con una sinceridad descarada, como si estuviera contándole algo en confianza a un viejo amigo. “Hay una gracia sútil aquí que pone mi procesión en evidencia. La mayoría de los mundos favorecen tales espectáculos, pero aquí resulta vulgar. Debería haber venido solo.”

Percatandose de su confusión, él le ofrece una sonrisa irónica y Asenath se da cuenta de que él es bastante hermoso. Si no hubiese estado abrumada por la gloria de los guerreros transhumanos que le precedieron, ella lo habría visto inmediatamente. En ese momento entiende quién es exactamente.

“Disculpame,” dice él. “Apuesto a que esperabas a un gran viejo pontífice con finas túnicas y un sombrero enjoyado.” Su sonrisa se ensancha en una mueca divertida que toma todo la fuerza de voluntad de Asenath para no devolvérsela. “Te aseguro, Hermana, la Eclesiarquia tiene un exceso de tales hombres - y mujeres también - pero yo prefiero dejar tales exhibiciones para aquellos que me siguen, no fuese que me olvidase a mi mismo.” Su expresión se nubla y se vuelve mortalmente serio. “Demasiados se han perdido en sí mismos.”

“La corona del mendigo es la más difícil de llevar.” Asenath dice en un impulso, citando al Evangelio Illuminant. “La Humildad es la mejor de las siete virtudes, pues es la más frágil.”

“Abrázala demasiado y se romperá como el cristal,” el responde captando su significado al instante. Mira tras ella, entrecerrando los ojos en la distancia. “Una de tus agujas sagradas está directamente detrás de ti, Hermana. Dime, ¿Cual es?”

“Vigilans” Ella responde sin mirar” “La Cima Vigilante”

El hombre asiente como si esperase la respuesta. Entonces la mira directamente a ella de nuevo, sus ojos brillando con sinceridad. “Es otra señal,” dice. “Como la que me atrajó hacia ti.” Coloca su mano en su hombro derecho. De cualquier otro hombre sería una transgresión imperdonable, pero Asenath ya no está segura de que él sea un mero hombre.

“¿Servirías como mi Paladina Vigilante, Hermana?” Pregunta el padre Deliverance. “¿Vendrás conmigo?”

“No te lo preguntaré de nuevo, perjura” dijo una voz fría. “Te llevaré a rastras si es necesario.”

Asenath miró fijamente a la mujer en armadura delante de ella, tratando de recordar quién era. Este lugar - este momento - se sentía insustancial, como una aproximación de la realidad. Entonces reconoció el pasillo de paneles de madera y que esperaba al girar la esquina.

¡No! Un terror repentino la arrancó totalmente del pasado y comenzó a retroceder. “¡Saludos, Hermana Camille!” alguien llamó tras ella. Asenath se volteó y vió a otra Celestial aproximándose junto con un predicador de pelo blanquecino a su lado. “Hermana Marcilla” la compañera de Asenath saludó a la recién llegada. “Veo que has encontrado a nuestro sacerdote rebelde.”

“Dice eso como si estuviese tratando de esconderme,” el hombre dijo frunciendo el ceño. Jonah, recordó Asenah. Su nombre es Jonah. ¿Cómo podía haberlo olvidado?

“Se encontraba afuera, en la tormenta,” respondió la Hermana Marcilla a su compañera Celestial. Su rostro era un reflejo más joven del de Camille y compartían el mismo cabello ceniciento. El parecido era demasiado como para tratarse de una coincidencia, Asenath meditó. Esas mujeres eran hermanas de *sangre*. La población de Vytarn contaba con menos de un millón de almas así que no era extraño que dos hermanas sirvieran en la misma orden, pero que ambas cualificasen como Celestiales ponía a prueba su credibilidad.

“Yo me encargo a partir de aquí, Marcilla.” Dijo la hermana mayor. “Monta guardia en el puente. No debe ser comprometido.”

“Si, Camille,” Marcilla accedió. Su mirada se desvió hacia Asenath, su expresión, más curiosa que hostil. Entonces se percató de la mirada desaprobatoria de su hermana y se apresuró para alejarse.

“Hermana Asenath,” dijo Jonah con un movimiento de cabeza. “No esperaba verla de nuevo tan pronto.”

“Ni yo a usted, sacerdote,” Asenath respondió. “¿Sabe de qué se trata todo esto?”

“No más que usted, sospecho.”

“¡Venid!” Intercedió la Hermana Camille, indicando que debían seguir hacia delante. “Ya nos hemos demorado demasiado.”

No tengo elección, decidió Asenath. Extrañamente, encontró la presencia del sacerdote reconfortante. Tal vez él prevendría la trampa de cerrarse de nuevo.

Preparándose, giró la esquina y encaró la odiosa capilla. Sus puertas de latón estaban cerradas y protegidas por un par de corpulentos Guardiavelas. El guardián original del santuario estaba desplomado contra el marco de la puerta, una gran vela sobresaliendo de la cavidad de su ojo derecho. Perversamente Asenath sintió más alivio que disgusto ante la vista, pero se tornó en confusión rápidamente mientras se aproximaba.

El hombre muerto era sin lugar a dudas el asistente que se había encontrado antes, y aun así también…no lo era. En lugar de su extravagante túnica portaba un hábito sencillo, con la parte delantera manchada de icor de su ojo destrozado. No había señales de su tocado, pero a su lado yacía un humilde fez azul. Su rasgos no habían cambiado, pero su maquillaje había desaparecido, y sus labios no estaban cosidos ni perforados.

¿Cómo es esto posible? Pensó Asenath observando el cadáver.

“Una muerte salvaje, pero una rápida,” dijo Jonah con gentileza, evidentemente confundiendo la causa de su angustia. “No sufrió durante mucho tiempo, Hermana.”

“No, el sufrimiento fue reservado para aquellos en el interior,” declaró la Hermana Camille, abriendo las puertas. “Es una visión blasfema, estáis avisados.”

No quiero verlo, Asenath gritó en silencio, pero su cuerpo no estaba de acuerdo. Se obligó a quedarse quieta, pero sus piernas la llevaban hacia delante, al interior de la capilla. Intentó cerrar los ojos pero ellos lo rechazaron. ¡No quiero saberlo! ¿Pero cuándo había sido eso una opción para ella?

Lo primero que notó fue la sangre, por que había muchísima. Salpicaba los muros y el techo en manchas y rayas irregularmente geométricas, como una pintura abstracta pintada enteramente en rojo. El icor formaba profundos charcos de varios centímetros en el suelo, su superficie moteada con coágulos oscuros y espirales pálidas y carnosas. En los muros colgaban los monjes Exodii, sus cuerpos enredados en los destrozados tapices, cada uno sacrificado a cada virtud, con sus vientres abiertos en canal para alimentar la carnicería. El altar estaba libre de sangre, pero una daga sobresalía de su centro, enterrada hasta la mitad de la empuñadura donde una vez brilló la vela sagrada.

Un cuchillo de combate de los Zapadores, se dió cuenta Asenath a pesar de su shock, reconociendo la distintiva empuñadura del arma.

“¡Por aquí, hospitalaria!” Alguien la llamó desde el otro lado de la capilla. Otra Celestial estaba junto a uno de los cuerpos, con vísceras hasta los tobillos. El candelabro de siete ramas coronando su mochila identificándola como la líder de la escuadra. “¡Rápido!”

Moviéndose como una sonámbula, Asenath obedeció, sus botas chapoteando mientras cruzaba la estancia.

“Este aún vive,” La Celestial Superior dijo. Sorprendemente era verdad. A pesar de las horribles heridas el hombre con la cabeza rápida colgando del muro aún respiraba, aunque estaba inconsciente.

Sus ojos no están cosidos, se dió cuenta Asenath. ¿Y dónde están sus cadenas? Que..

“¡Hospitalaria!” espetó la líder.

“Sus heridas son demasiado graves,” dijo Asenath negando con la cabeza. “No hay nada que pueda hacer por él.”

“Sé reconocer una herida mortal cuando la veo. No espero que lo salves.”

“¿Entonces-”

“¡Despiértalo! Necesito saber qué vio.”

No debería haber sido capaz de ver nada, pensó Asenath observando el rostro del monje. Lo había visto antes, pero ya no era uno de los degenerados ciegos medio muertos de hambre de los que había huido disgustada. Como el asistente muerto de fuera, este era una versión alternativa, *inmaculada*, del mismo hombre.

“¿Puedes despertarlo?” Insistió la Celestial Superior

“El dolor sería insoportable.”

“Aun así ha de hacerse. Esta blasfemia no puede quedar sin respuesta, Hermana.”

¿Hermana? A pesar de su brusquedad no había animosidad en los modales de la líder. Por primera vez, Asenath la miró realmente. Eran más o menos de la misma edad, pero el cabello de la Celestial estaba libre del gris que rayaba el de Asenath. Su tez aceitunada y los pliegues epicánticos de sus ojos hablaban de un linaje puro de Ikiryu, una nativa vvytarni. La mayoría de los indígenas del planeta habían perecido en la gran peste que lo había devastado durante la segunda década del reinado del profeta. Los pocos que sobrevivieron eran considerados sagrados.

“Si, soy un Fantasma Viviente,” la mujer dijo al percatarse de la expresión de Asenath. “¿Me ayudarás, Hermana?”

“Lo intentaré,” Asenath respondió, abriendo su bolsa médica. Mientras sacaba un vial se percató de otra anomalía - una cara tejida la estaba mirando por encima del moribundo. Era inconfundiblemente el Ángel Sangrante de la Misericordia, pero sus ojos estaban libres de la locura que Asenath había visto antes. Presumiblemente el retrato había cambiado en una miríada de otras maneras también, junto con todos los demás aquí.

¿Qué me está pasando? preguntó Asenath, su mente girando. ¿Cómo de lejos llegaban esos cambios? ¿Estaban confinados al recinto de la capilla o su mundo al completo había cambiado?

“Corazón firme,” la Celestial superior dijo expectante.

“Propósito claro,” Asenath respondió, completando el credo de la Vela de Hierro, aunque claridad era lo último que sentía.

“Descubreme algunas respuestas,” Dijo la Celestial, marchándose.

“*De él, necesitamos la verdad*,” susurró el Padre Deliverance sin voz, colocando una mano en el hombro de Asenath, como siempre hizo cuando pedía lo impensable de ella. Aunque su roce ya no tenía ningún peso físico ella aún podía *sentirlo*. Siempre lo haría. “*Haz lo que debas para sacarlo, mi Paladina Vigilante*.”

Jonah estaba estudiando el altar profanado cuando la lider de escuadrón caminaba hacia el, dejando a Asenath con sus artes sanatorias.

“Soy la Celestial Superior Xhinoa Aokihara,” declaró. “He asumido el control de este navío.”

“Estamos bendecidos por contar con su guía en estos tiempos oscuros, reverenciada hermana,” Jonah respondió, agachando su cabeza.

“¿Cuáles son sus pensamientos sobre esta blasfemia, Hermano Tythe?”

“Es un pecado vil contra el Dios-Emperador,” respondió con cuidado.

“No le he llamado para que recite lo obvio, sacerdote.”

Esto es peligroso, pensó Jonah cavilando sobre las posibilidades. No se podía confiar en los discípulos de la Última Vela, ni siquiera en sus Celestiales. Su mejor jugada era mantener su tapadera - era un humilde erudito visitando Vytarn para investigar las técnicas caligráficas de la orden. Un hombre así estaría perdido en esta crisis, sin nada que ofrecer excepto indignación. En la otra mano, el barco se encontraba aún muy lejos del Anillo y dudaba que los herejes tras este sacrificio -

pues seguramente eran más de uno - se hubieran hartado de la matanza. Había visto peores blasfemias, pero no muchas.

Ruzhalka… El recuerdo palpitaba con rabia y el acre olor a pescado. Cuerpos dispersos aparecieron ante el, destrozados y congelados, pero de alguna manera aun apestando a sangre. No, eso no era algo sobre lo que quisiera pensar, especialmente no aquí, pero había una lección en ello. ¿Podía correr el riesgo de mantenerse al margen de esto?

“Le he avisado de que no es más que un escriba, Celestial Superior,” dijo Camille desdeñosamente. Ella estaba esperando en la puerta, aparentemente muy poco dispuesta a manchar sus botas con sangre.

“¿Es así, Hermano Tythe?” Xhinoa preguntó, estudiándolo atentamente.

Ella ya lo sabe, juzgó Jonah. *No la verdad sobre mí, pero suficiente de su forma como para ver a través de una mentira obvia.*

“Esto fue un ritual de profanación,” proclamó. “El derramamiento de sangre solo era el conducto para la verdadera herida que se ha infligido aquí - una herida sobre el mundo en sí mismo.”

“Estoy de acuerdo” dijo. “Puede la capilla ser consagrada de nuevo?”

“El corte es demasiado profundo. Incluso si se pudiese restañar, se pudriría. No hay nada más impío que la santidad mancillada. Por eso el Archienemigo valora tanto esas victorias.” Jonah hizo el signo del águila. “El altar de piedra debe ser destruido y la capilla al completo purificada con fuego. Junto con los cuerpos.”

“Pero la capilla es el alma del barco,” protestó Camille.

“Entonces le aconsejo que hunda el barco cuando lleguemos al Anillo,” dijo Jonah severamente, su mirada fija sobre la Celestial Superior. Ella era la única que importaba aquí. “O mejor aún, quemelo. Cualquier otra cosa invita al desastre.”

“Una vez más, estoy de acuerdo, sacerdote.” contestó Xhinoa. “Así se hará.”

No dudó, notó Jonah. *Ya había decidido qué hacer. Me estaba poniendo a prueba.*

“Lo siento, Celestial Superior,” dijo Asenath, uniéndose a ellos. “No he sido capaz de revivir al monje. Ha cruzado la Luz del Dios-Emperador.”

“Eso es desafortunado,” contestó Xhinoa, girando su mirada escrutadora hacia la hospitalaria. “Sin duda hizo lo mejor que pudo, Hermana.”

“Reconozco el cuchillo,” dijo Asenath, señalando a la daga incrustada en el altar. “Es una hoja de los Zapadores.”

“Se ha reportado la desaparición de uno de ti inmundo rebaño,” Intervino Camille. “Al parecer has traído a un hereje al Mundovela, perjura.”

“¿O tal vez alguien robó el cuchillo?” Sugirió Jonah, inclinándose sobre el altar para estudiar el arma. “La empuñadura está rubricada con iniciales. K.G. ¿Eso significa algo para usted, Hermana Asenath?” Cuando ella no ofreció respuesta alguna él miró hacia arriba para ver su rostro palidecido.

“Hospitalaria,” insistió Xhinoa “¿Conoce el nombre?”

“Konrad Glicke,” dijo Asenath quedamente. “El nombre de un hombre muerto.”

Capítulo Tres

Fortitud

I
El Testimonio de Asenath Hyades - Tercera Declaración

Mucho ha ocurrido, y mi tiempo es corto, así que mantendré estas palabras escuetas, aun así no oso fallar en este deber no fuera a ser que perdiese el coraje de continuar. Denunciarse a uno mismo es una sombría dispensación, pero denunciar al mundo y las maravillas que han formado tu alma es mil veces peor. Gratamente daría mi vida en servicio del Dios-Emperador ¿Y si ese servicio pide la muerte de un planeta y su gente? ¿Y si mi declaración conlleva un decreto de Exterminatus sobre el Mundovela?

¡Deja que los pequeños tiranos vengan y prueben su suerte!

La oscuridad aquí es más maligna de lo que temía, y mucho más poderosa. Una grave blasfemia ha caído sobre el alma de este navío - del tipo que surge de una herejía calculada más que de la locura ciega. Algo o alguien - o más probablemente alguien esclavizado a algo impío - está trabajando sobre este mundo, activamente desenredando los lazos que atan a su gente a la sensatez y la santidad. No sé para que fin, ni cuanto está extendida la corrupción, pero creo que todavía hay tiempo para evitar la catástrofe que se avecina, pues esa es seguramente la razón por la que me sentí obligada a regresar aquí. ¡Ese debe ser Su propósito para mi!

Y así mi confesión comienza de verdad, pues **¡Soy un alma marchita y esclava!** *no fue el sentimentalismo lo que me atrajo de vuelta a mi mundo natal, sino un sueño. Al principio vino a mi hace poco más de un año y no me ha abandonado desde entonces. No hubo ningún desencadenante discernible a su llegada, pero nunca he dudado de su importancia pues tiene una lucidez cristalina que eclipsa mi vida despierta, como si el sueño y la realidad se hubiesen invertido.*

La forma que toma es constante y minimalista. Camino un sendero sinuoso de oscuridad congelada ascendiendo a través de un vacío blanco tan vacío que no puede sostener ni la visión ni el sonido. El suelo se siente como cristal pulido bajo mis pies descalzos, helado y traicionero, obligándome a andar con precaución. El aire está tan vacío de vida que puede que ni siquiera esté allí en absoluto, y aun así su ausencia no molesta a mis pulmones.

He estado en ese camino por siempre y no puedo vislumbrar un final para él, pero no puedo - no debo - detenerme ni por un momento, pues no estoy sola en esa nada.

Algo me ha estado siguiendo desde el principio que nunca fue, imitando cada uno de mis pasos, pero ansioso por acercarse. Está hambriento más de lo concebible y la única terrible variable en este limbo es la distancia entre nosotros. Si fallase mi sombra ganaría terreno sobre mí, aun así no importa con cuanta asiduidad me concentre, el abismo eventualmente adormece mis sentidos y me tropiezo en el camino. Aunque me equivoco únicamente una o dos veces en cada sueño, cada fallo persiste en la siguiente noche, aumentando mis lapsos. Y así, noche tras noche, mi acosador se acerca cada vez más.

¡Te atrapo si puedo, atrapame si no puedes!

Hay una esperanza en este olvido inexorable - una luz distante en el camino por delante. Como mi acosador, es algo que siento más que veo, pues brilla invisible, pero indudablemente. Los dos fantasmas son destinos antitéticos entrelazados - salvación y condenación compitiendo por mi alma eterna, y a través de ese premio, algo mucho mayor.

¿Eso te convierte en la cerradura o en la llave? Querida Hermana

Se que debo alcanzar la luz antes de que mi sombra me reclame, pero ni la prisa ni la resistencia me aproximaran a ese bendito faro pues no es distancia lo que nos divide. Como el Rito del Cruce, el camino a la redención se encuentra en el interior, donde todas las verdaderas epifanías residen. Y en mi corazón reconozco la luz como la llama sagrada en lo alto del Perihelion, y comprendo que mi salvación aguarda en el Mundovela.

“Siempre lo ha hecho,” Susurró Asenath, “Pero era demasiado orgullosa para verlo.”

Cerró su diario, una vez más resistiendo la compulsión de leer sus palabras. Su camino se encontraba *delante.* Como en el sueño, tenía que seguir moviéndose hacia delante hasta que encontrase una respuesta. Por ahora su lugar estaba con sus recalcitrantes cargas en la enfermería. Para su sorpresa, la Celestial Superior

Xhinoa le había concedido permiso para dedicarse libremente a sus asuntos. Al contrario que la orgullosa Camille, La comandante Celestial le había tratado con cortesía, si no con respeto.

“El respeto debe ganarse,” Asenath se reprendió a sí misma. “Y no la defraudaré.”

Tras el horror en la capilla no tenía deseo de permanecer en sus estancias, pero no era únicamente el diario lo que la había atraído allí. Se alzó y cruzó al baúl junto a su cama. Sus dedos hicieron girar las ruedas de su pestillo codificado hasta que se abrió. Levantó la tapa y rebuscó entre la ropa cuidadosamente doblada hasta que encontró una caja de metal dorado. Sus manos temblaron mientras la sacaba.

“No tengo alternativa” se dijo a sí misma.

Dentro de la caja, sobre un lecho de terciopelo rojo había una pistola bólter con un solo cargador de munición. El elegante contorno del arma estaba decorada con una filigrana plateada de espinas que se extendían a través del cañón como una planta viva. Pequeñas rosas formadas a partir de rubíes triturados brillaban entre los enredos - como motas de sangre. Junto con sus cicatrices esta arma era todo lo que quedaba de su segunda vida.

“Se llama Tristesse,” Dice el Padre Deliverance con ternura. “Significa lamento, pues eso es lo que promete a aquellos que desafían la voluntad del Dios-Emperador. Ella es una reliquia de la Espina Eterna, regalada a mi persona por nuestra temible Hermana, la Canonesa Excruciant.” Él sonríe con tristeza. “Pero no soy ningún guerrero, así que a su vez yo te la entrego a ti, mi Paladina Vigilante.”

Están solos en sus cámaras en el interior del navío insignia de la flota, una situación que sería impensable con cualquier otro hombre. La habitación está decorada austeramente, como la celda de un monje común, pues Padre Deliverance cree que el confort alienta a las almas a adherirse con demasiada avidez a sus caparazones mortales.

“¿Te complace?” Él pregunta solemnemente.

“Es - Ella *- es preciosa,” Responde Asenath, su voz llena de asombro mientras estudia la exquisita arma. Ella apenas ha entrado al servició del confesor y sus fuerzas se encuentran aún en ruta a su destino, con muchas semanas de viaje por delante. Ella no ha tenido oportunidad de probarse, y aun así él ya la ha nombrado su campeóna personal, elevándola sobre las Celestiales de la Espina Eterna que han luchado junto a él por años. Y ahora esto…*

“No soy digna, su reverencia,” dice ella. Toma cada pedazo de su voluntad el admitirlo y le ofrece el arma de vuelta.

“Si tu eres indigna entonces yo también lo soy, pues yo te he elegido de entre incontrables, Asenath Hyades,” El Padre Deliverance coloca una mano en su hombro. “ ¿Crees que soy indigno, Hermana mía?”

“Todos éramos indignos,” Respondió Asenath. T*odos excepto los Ángeles Resplandecientes, y por eso renunciaron a nosotros.*

Tomó el arma de su caja y sus dedos se deslizaron bajo la guarda de su gatillo con fácil familiaridad, como si nunca hubiese renunciado al arma. Tristesse brillaba entre sus manos, ansiosa por hacerla el agente de su justicia de nuevo. Asenath se estremeció cuando un escalofrío de éxtasis recorrió su cuerpo. Se sentía como una traición, el cambio de un regalo amado por uno odiado, pero contra la corrupción acechando en su navío una pistola sería mucho más poderosa que una pluma. Sería una locura desdeñar semejante arma ahora. Además, la oscuridad ya había destruido el regalo de la canonesa.

Asenath colocó el cargador en su lugar y guardó la pistola en su bolsa médica. El acto se sintió simbólico. ¿Se había aproximado un paso más al retorcido parangón de la misericordia que había visto en la capilla?

Tenía mi rostro…

“No,” Asenath se prometió a sí mismo mientras se dirigía a la puerta. “Moriré antes que abrazarla.”

II

“Pelotón Estrellaoscura Rojo, vía libre para desembarcar,” comunicó el piloto el piloto de la lanzadera. *“¡Comenzad la maniobra de abordaje Aescher!”*

“¡Hermético y sellado!” Toland Feizt gritó mientras abría la escotilla y saltaba de la nave aerodeslizante, su rifle bólter apretado contra la armadura de su pecho. Cayó con fuerza en la estructura xenos de abajo y el suelo crujió huecamente bajo el impacto. Feizt miró hacia abajo y vió baldosas de madera lacada bajo sus pies descalzos. Parpadeó con confusión y la realidad se torció de nuevo a su forma, revelando sus botas metálicas con herrajes y la piel blanca y cristalina de un reino completamente alienígena. La sustancia translúcida bajo sus pies estaba tejida con filamentos plateados que latían con una luz azul.

Está vivo, Feizt pensó con disgusto. *El maldito lugar al completo está vivo.*

Mientras los demás Zapadores caían a su alrededor él reconoció el resplandeciente paisaje delante de ellos. Desde la distancia la anomalía xenos había parecido una bola plateada deambulando en el espacio, pero desde cerca era más como una red esférica de vidrio hilado. Sus hebras enrolladas unas sobre otras, girando en espiral hacia arriba y hacia abajo a través de la estructura en un laberinto de caminos conectados. No había líneas rectas ni ángulos pronunciados y todo parecía estar formado por el mismo cristal viviente, como si el lugar hubiese sido tejido en lugar de ensamblado.

¿O crecido?

En la periferia de la esfera, donde la Compañía Estrellaoscura se había desplegado, las hebras se mezclaban en amplias mesetas, pero más lejos se ramificaban repetidamente, estrechándose con cada división. Cerca del núcleo los Zapadores habrían tenido que proceder en filas de uno, Feizt estimó. Eso no era bueno, pero no era diferente de los estrechos pasillos y túneles que ya habían recorrido en cualquier otro lugar.

Error, se corrigió con un presentimiento escalofriante. *Esto no es como nada que hayamos visto antes.*

“Estoy detectando una atmósfera, sargento zapador,” el especialista Schroyder comunicó en el canal del pelotón. “Es fría como la sangre de loxatl, pero respirable.”

“No importa,” contestó Feizt, vigilando la negra nada entre las hebras. No había muros o escudos de energía manteniendo a raya al vacio - al menos ningúno que sus ojos o sensores pudieran detectar - aun así había gravedad ahi, así que tal vez hubiera aire respirable también, pero solo un idiota confiaría en el. “Permanecemos herméticos y sellados, hermanos. ¡Repito, herméticos y sellados!”

El comunicador de su yelmo sonó con las confirmaciones de los líderes de los otros pelotones, incluyendo al Capitán Froese, que estaba liderando la fuerza desplegada en la parte más alejada de la esfera. Estas decisiones eran en realidad del capitán, pero como siempre, había cedido ante Feizt en el campo. Las cosas siempre iban mejor de ese modo, incluso si no le gustaba al maldito comisario. Como siempre Lemarché estaba con el pelotón de Feizt, tácitamente marcándolo como el eslabón más débil en la cadena de la compañía. La armadura caparazón a rayas rojas del comisario era una mancha en el orgullo de los Estrellaoscura Rojo, pero Feizt no podía permitirse pensar en eso ahora mismo. Con suerte, su sombra no saldría con vida de esta misión.

“Formad a mi alrededor, hermanos” Feizt ordenó cuando el último de su pelotón cayó y la lanzadera rugió al alegarse. “¡Cuña estándar, Santino, quiero a ese Machador preparado!”

“¡Estoy en ello jefe!” El especialista en demoliciones respondió.

“Este es un dominio impío,” dijo Zevraj, su voz llena de temor supersticioso.

“Deberíamos haberlo purgado desde el espacio, camaradas,” A pesar de que estaba justo al lado de Feizt, su armadura sellada enmudecía conversaciones usuales; cuando un Zapador estaba sellado, su comunicador y los tanques de aire enganchados a su espalda eran sus salvavidas.

“Seguro que un par de misiles de plasma harían saltar todo el sitio por los aires” Santino dijo mientras terminaba de montar el trípode del bólter pesado del escuadrón. “Solo tenemos que hacer un par de grietas para comenzar”

“Con la tecnología xenos nunca se sabe” Schroyder advirtió. “Siempre es más dura de lo que parece.”

“De todos modos esa no es la misión” dijo Feizt. “Tenemos que entrar, hermanos.”

“Lo se, jefe” Santino contestó, metiendo una cinto de munición en la gran arma, “Pero no tiene sentido”

No, no lo tiene, hermano, Feizt estaba de acuerdo. *Al menos no para nosotros…*

La Compañía Estrellaoscura estaba de camino a descansar y reabastecerse en los orbitales Exordio cuando la orden llegó de desviarse al Sector Askellon para una operación de prioridad. La información de la misión había resultado sospechosa hasta el punto de ser inexistente y había rumores de que alguien de arriba estaba tirando de las cuerdas , puede que incluso a nivel Inquisitorial. No sería la primera vez, aunque los bastardos siempre se mantenían en las sombras, no importaba cómo fueran las cosas. El ciego vestido con ropas esmeraldas que había abordado su crucero para *observar* tenía exactamente el tipo de aura distante y furtiva que significaba problemas en el libro de Toland Feizt.

“Alguien quiere oler las entrañas de esta cosa,” le dijo a sus hombres, “y nosotros somos la nariz, hermanos. Siempre hemos sido lo..” Feizt se despistó, frunciendo el ceño.

La vista cristalina que había delante comenzaba a brillar, como si lo estuviera mirando a través de una neblina calurosa. ¿Había algo en su interior? Entrecerrando los ojos, distinguió en un parpadeo un pasillo de paneles de madera superpuestos sobre el mundo alienígena. La visión le provocó náuseas, como si lo estuvieran empujando desde dentro.

“¿Estás viendo esto, Estrellaoscura-Rojo?” Comunicó.

Nadie respondió.

“He dicho-”

Una agonía repentina le destrozó el estómago, desmenuzando sus palabras. Se sintió como si hubiera recibido un disparo bólter en las entrañas. Se tropezó hacia atrás - y golpeó un muro.

“Pero que dem…” Feizt siseó a través del dolor, tratando de encontrar un sentido al sinsentido con el que sus ojos le alimentaban. Estaba de pie en el pasillo que había vislumbrado a través del cristal. Se dió la vuelta pero sus hombres habían desaparecido. En su lugar había una habitación oscura llena de cajas. Parecía algún tipo de almacén. Aturdido, recordó haberse arrastrado hasta allí cuando sonó la alarma.

Espera…¿Que alarma? Feizt pensó salvajemente. ¿Que era este lugar y donde estaba su escuadrón?

“Estrellaoscura-Rojo, ¿me recibes?” Llamó, y entonces se percató de que su comunicador también había desaparecido, junto con su yelmo y su armadura caparazón. Lo peor de todo, la única arma que portaba era una daga. La alzó y vió que la hoja estaba cubierta de sangre. Sus ropas blancas holgadas estaban cubiertas en ella.

He matado a Glicke, recordó. *Excepto que Glicke ya estaba muerto cuando lo hice.*

No, eso no podía ser verdad. Konrad Glicke había estado vivo y a salvo en la lanzadera hacía solo unos minutos. Se habían comprobado los tanques de aire mutuamente

Es este agujero infernal xenos, Feizt se percató. *Está jugando con mi cabeza.*

“No confiéis en nada que veais, hermanos” gruñó al comunicador que no estaba ahí.

“¡Suficiente, sargento zapador!” Respondió el Comisario Lemarché en un canal privado. Con sus palabras el pasillo ilusorio se retiró como una manresa, llevandose el dolor de Feizt y dejando el mundo cristalino a su paso. Sus camaradas estaban de vuelta también, formando a su alrededor con sus armas levantadas hacia el horizonte. Sus rostros estaban cubiertos tras los visores tintados, pero él podía imaginar sus expresiones tensas.

“¡Glicke, comunicate!” Feizt ordenó un impulso.

“Zapador Ocho, Hermético y sellado!” Konrad Glicke respondió.

“¿Que ha visto, sargento zapador?” preguntó Zevraj. Estaba acariciando el águila dorada grabada en su peto. Clamaba que era pecaminoso esconder el sagrado icono bajo su armadura, pero todos sabían la verdad - Chingiz Zevraj temía que no *funcionase* si lo cubría.

“Nada se mueve por ahí, jefe,” Santino informó, girando su pesada arma de un lado al otro en el horizonte.

“Sargento zapador, explíquese” Exigió el Capitán Froese en el canal general.

Feizt dubitó, percatandose que el comisario había ido con el. No quería mentir a sus hermanos, pero la verdad podía hacer que pareciese un loco a ojos de Lemarché - o peor, una bruja. ¿El mismo creía en lo que había visto?

Al vacío con ello, decidió. *No sé lo que ví, pero algo intentó meterse en mi cabeza.*

“Sabe que estamos aquí,” Feizt advirtió, transmitiendo en el canal general de la compañía. “Este *lugar* - parece tranquilo, pero está haciéndose el muerto. Manteneros atentos, hermanos. Esto no va a ser un asalto limpio.”

“Observación apuntada, sargento,” respondió el Capitan Froese. “¿Tu unidad se encuentra en posición?”

Feizt se dió cuenta de que no había confirmado el despliegue de su equipo. Maldiciendo bajo su aliento, mandó la señal.

“Recibido, Estrellaoscura-Rojo” El capitán dijo. “A todos los pelotones, comenzad la fase dos. Hacedlo lento y con cuidado, Zapadores.”

“¡Estrellaoscura-Rojo, adelante!” Feizt ordenó. “Santino, vigila el punto de extracción.”

El pelotón avanzó en formación de cuña, Feizt haciendo de punta de lanza con veinticuatro soldados a cada lado. Un Zapador especialista en demoliciones con armadura reforzada y una ametralladora pesada marchaba en la punta de cada ala, junto a un especialista equipado con un auspex. Feizt sabía que los otros pelotones estarían imitando su avance desde puntos equidistantes en el perímetro, todos convergiendo en el núcleo de la estructura. Los cogitadores de la nave había estimado el diámetro de la esfera en un poco menos que nueve kilómetros y medio, en teoría no era mucho terreno que cubrir, pero no había manera de saber cuánto se complican las cosas una vez hubiesen dejado el borde, especialmente si los

caminos comenzaban a entremezclarse arriba y abajo a través de la anomalía. De algún modo Feizt dudaba que fuese a ser fácil.

¡No, va a ser una maldita picadora de carne! la convicción le golpeó con tal fuerza que detuvo su avance. No era un presentimiento. Era conocimiento puro: La mayoría de los hombres que entrasen a este laberinto no saldrían.

Tengo que hacer que se den la vuelta antes de que pase…de nuevo, pensó. *¿De nuevo?*

El camino adelante ya comenzaba a deshacerse en multitud de hebras. Tendría que dividir al pelotón pronto, enviar escuadras por diferentes caminos con la esperanza de que alguna encontraría el camino hacia el núcleo.

Nadie lo hará nunca, predijo. ¿O recordó?

Muy pronto, cuando todos estuviesen perdidos sin esperanza en el laberinto, el cristal comenzará a cantar. Y entonces las Luces Afiladas vendrán a por ellos.

¿Luces Afiladas? Feitz frunció el ceño, tratando de identificar la palabra. El sentía - sabía - que significaba algo terrible, pero el significado tras ellas le eludía.

“¿Sargento Zapador, por que se ha detenido?” Demandó Lemarché”

“Pes-” Feizt comenzó a decir.

Algo le golpeó con fuerza alarmante. Miró hacía abajo y vió una saeta de hierro sobresaliendo de su hombro izquierdo, pero el dolor que le provocó era nada en comparación con la agonía resurgiente de su estómago.

“¡Te advertí que te quedases quieto, forastero! alguien gritó.

Feizt miró hacia arriba confundido. Estaba en el pasillo fantasma, pero esta vez no estaba solo. Un hombre de cabeza rapada en una túnica gris estaba gritándole, blandiendo una espada corta. Junto al espadachín una mujer con el mismo uniforme recargaba una ballesta.

Guardiavelas, recordó adormilado mientras se arrancaba la saeta del hombro.

“¡Tira tu arma y ponte de rodillas!” el hombre gritó. “¡Ahora!”

Sin un momento de duda, Feizt cargó hacia ellos, blandiendo su daga. Abriendo los ojos en pánico la mujer disparó un segundo disparo apresurado. Feizt trató de esquivarlo, pero sus reflejos eran lentos y el virote le arrancó parte de la mejilla

izquierda. Mientras buscaba a tientas otra saeta, Feizt se estrelló contra ella como una bola de demolición, lanzándola con tanta fuerza que su cabeza se fracturó contra el suelo. En el mismo instante detuvo una estocada del espadachín con su daga. La hoja más larga rasgó contra la suya hasta que se enganchó en la curvatura hacia arriba de la empuñadura de su arma. Con un gruñido, Feizt retorció la espada del agarre del Guardivela y le dió un puñetazo en la cara.

“¡No debería estar aquí!” rugió. Un puñetazo era más que suficiente para aturdir al hombre, pero Feizt continuó de todos modos, furioso de que aquella escoria le hubieran arrancado de su pelotón. El tercer puñetazo rompió el cuello del hombre con un crujido audible. El Guardiavela cayó, sus piernas golpeando espasmódicamente. Feizt lanzó una mirada a la mujer, pero ya estaba enfriándose.

“¡Llévame de vuelta!” Bramó al mundo, cerrando sus ojos, pero cuando los abrió aún estaba en el pasillo. “¡Llévame de vuelta, bastardo!” Pero el mundo no estaba escuchando.

Un trueno bramó en algún lugar sobre el, apenas amortiguado por los muros de madera. Trajo recuerdos que le inundaron de nuevo, a pesar de que no tenía idea de si eran reales o no. Estaba en un nave transoceánico - un barco *herético* que le transportaba hacia una mentira. Y no estaba solo. Sus hermanos estaban en algún lugar, lo que quedaba de ellos al menos. ¿Por qué los había abandonado?”

“La mosca,” Feizt recordó con odio. “Tenía que matar a la mosca.”

Lo había atraído lejos de la enfermería después de que hubiese acabado con su marioneta. El dos veces muerto Glicke parecía como si hubiese estado pudriéndose por días, sus ojos blancos lechosos hundidos en en las profundas ruinas de su rostro. El cadáver andante no había peleado de vuelta cuando Feizt lo cortó en pedazos, pero la mosca había zumbado a su alrededor con excitación, como si disfrutara del espectáculo. Después, él la había perseguido a través del barco, impulsado por la certeza absoluta de que tenía que matarla, pero la pequeña bastarda se había mantenido siempre justo fuera de su alcance, atrayendolo, burlandose de el. En algún momento del camino sus recuerdos se desvanecieron en la oscuridad.

Feizt golpeó con el puño el muro, astillando la madera.

“Tengo que volver,” dijo con voz ronca. “Avisarles.”

¿Avisar a quien? ¿Al orgulloso pelotón que entró en la guarida afilada o los fantasmas destrozados que salieron por el otro lado? ¿Cómo podian ambos ser reales? Su cabeza palpitaba, sus pensamientos estrangulados por la fiebre y el dolor. Mientras trataba de desenredarlos, un Guardivela cargó giró la esquina del

pasillo. Viendo a sus camaradas caídos, el guardia patinó para detenerse y alzó su ballesta. Feizt arrojó su daga y el hombre gritó mientras se le clavaba en el pecho.

Hay demasiados, supuso Feizt mientras caminaba con paso vacilante hacia su enemigo moribundo y liberó su hoja. *Necesito a mis hermanos*.

Si, eso tenía sentido. Juntos podrían capturar este barco fantasma y dar media vuelta - puede que incluso encontrar una manera de volver la mortal trampa de cristal antes de que las Luces Afilada se despertasen. Feizt dubitó, dándose cuenta de que no tenía ni idea de donde estaba la enfermería. ¿Cómo de grande podía ser este lugar?

“Mier…” susurró. Eligiendo una dirección al azar, Feizt se tambaleó por el pasillo oscilante.

III

Jonah completó su oración de guarda y fijó un pergamino de retribución a las puertas de la capilla. Los portones ya habían sido soldados y reforzados con barras de hierro cruzadas, pero tales precauciones mundanas no mantendrían alejadas a las alimañas de la disformidad si trataban de escapar. Aunque el profanado altar había sido destruido el sacrilegio arrojaría un brillo melancólico en el Mar de Almas, actuando como una baliza para horrores indescriptibles. Si acudían, sólo la fé o el fuego los detendría. La Hermana Genevieve y su tres veces bendecido lanzallamas proveerian el fuego si los artículos de fé de Jonah se mostraban insuficientes, pero dudaba que llegase a eso. A pesar de que no creyese una palabra del Credo Imperial, sus oraciones y egidas siempre tenían peso. No era el dogma lo que otorgaba poder a tales cosas, sino la convicción, y la convicción de Jonah Tythe se había endurecido hasta convertirse en piedra con el paso de los años, incluso si no era del tipo que la mayoría de los hombres temerosos del Trono reconocerían.

“No toque las puertas, Hermana,” advirtió a la mujer en armadura a su lado. “No importa que escuche en el interior.”

La Hermana Genevieve asintió, su expresión serena. La Celestial Superior Xhinoa había advertido a Jonah que la quinta miembro de su escuadrón estaba atada a un voto de silencio que solo rompería en caso de extrema urgencia. La llama grabada bajo el ojo derecho de Genevieve la marcaba como una Celestial Ignis, una guerrera que reverenciaba las propiedades purificadoras del fuego sobre todas las demás. Ella había aplicado su pasión de manera escrupulosa por seguro en la capilla cuando calcinó los cadáveres de los monjes, sin mostrar ni un atisbo de repugnancia ante el hedor de la carne quemada. Para su sorpresa, Jonah la encontró algo inquietante.

Me recuerda a ti, Mina, pensó. A pesar de la impecable tez de ébano había una cualidad etérea en Genevieve que recordaba asombrosamente a la de su pálida hermana. Por supuesto, Mina sería mucho mayor que esta mujer ahora…

Se percató de que estaba mirando fijamente a la guerrera silenciosa.

“Dejo esta carga a su cuidado, valiente Celestial.” dijo ofreciendo una bendición. “Que el Dios-Emperador le proteja durante su vigilia.”

Pero no cuentes con ello, Jonah pensó mientras se alejaba. El no creía que al distante dios del Imperium le importase en absoluto sus súbditos. Más concretamente, estaba bastante seguro de que el viejo timador había muerto hacía mucho tiempo, incluso si su gran estafa a la humanidad aun seguía en marcha con fuerza. El libro heretico que Jonah había robado estaba en lo correcto - solo un idiota se tragaría las mentiras que proclamaban el destino manifiesto de la humanidad, o cualquier otro gran proposito para ellos. Las únicas verdades eran aquellas que hombres y mujeres se forjaban por su cuenta, e incluso las mejores estaban grabadas en arena.

¿Alguna vez te creíste tus propias mentiras? Jonah preguntó al Dios-Cadáver al que profesaba servidumbre. Dudaba que nadie conociera la respuesta o jamás la conocería, y mucho menos todos los zelotes de la Eclesiarquia.

“Pero predicais muy bien, hermanos,” Jonah admitió mientras subía una escalera, dirigiéndose a la enfermería. La hermana Asenath le había pedido que atendiese a sus pacientes - tal vez calmar sus nervios con un sermón y unas pocas bendiciones. Era el tipo de cosa que ahora podría hacer hasta durmiendo, pero unas palabras alentadoras podían obrar milagros entre los hombres comunes. Así era como el Imperium manipulaba a millones hacia muertes inútiles cada día.

Y así sigue, reflexionó. *Vueltas y vueltas, pero siempre hacía abajo.*

Torció una esquina y se golpeó con un monstruo. El bruto se alzaba sobre él, con su torso deforme y musculoso salpicado de vísceras. Ojos inyectados en sangre lo miraron desde una cara arrugada que reflejaba su sorpresa. Antes de que Jonah pudiera retirarse el extraño le agarró la túnica y lo empujó hacia él, trayendo su rostro a la altura del propio.

“¿Quieres vivir, sacerdote?” la bestia gruñido, presionando su daga contra el cuello.

“No tengo miedo de morir,” Jonah respondió, pensando rápidamente mientras medía a la criatura. Su atacante vestía una bata blanca sucia. A pesar de su forma retorcida era un *hombre*. El soldado desaparecido… “Pero tu no quieres matarme, Soldado.”

¿No quiero?” El aliento del soldado apestaba a descomposición.

Está enfermo. Jonah supuso, *prácticamente muerto.*

“Dime ¿Por qué no quiero, sacerdote?”

“Ambos somos forasteros aquí,” dijo Jonah, buscando una oportunidad. Tenía que jugar con cuidado. Había una agudeza predatoria en este hombre que la enfermedad no había mitigado. Si acaso, lo hacía aún más peligroso.

Jonah se decidió por la paranoia.

“Hay algo impío en este navío, soldado. Ambos podemos sentirlo.”

“No estás equivocado.” El guardia dijo con voz ronca.

“¡Estoy aquí para destruirlo!” Jonah instó, poniendo acero en su voz. La inspiración le golpeó: “Estoy trabajando con la Hermana Asenath.”

Por un momento su captor pareció inseguro, pero luego presionó más cerca su hoja. “Necesito…liberar…a mis hombres” Una fuerte tos irrumpió con fuerza, pero su cuchillo no vaciló. “Perdido. No puedo…encontrar…el camino de vuelta.”

“Yo conozco el camino” Prometió Jonah. “Iremos juntos, amigo.” Era todo lo que se le ocurría.

“El cuerpo debe incinerarse sin dilación.” Asenath declaró, alejándose del cadáver en el suelo de la enfermería. Ya comenzaba a licuarse bajo su cobertura y el hedor era nauseabundo, pero esa era la menor de sus preocupaciones. La velocidad de la putrefacción no tenía precedentes en su experiencia.
Antinatural.

Los Guardias arremolinados a su alrededor estaban en silencio, observando cada uno de sus movimientos con ojos atormentados. Parecía como si hubiesen envejecido diez años desde la última vez que los vió, toda su bravuconería perdida. Solo a su comisario parecía no afectarle. Ichukwu Lemarché se había puesto su uniforme al completo y se había colocado su prótesis en la pierna, convirtiéndose en un ejemplo de orden entre las almas perdidas que pastoreaba. Por una vez, Asenath estaba agradecida de su presencia.

“¿Este ha de ser nuestro destino también, bendita Hermana? preguntó Zevraj, dando voz al miedo que habitaba en todos sus corazones. ¿*Ya* estaba ocurriendo?

“Las sanadoras de la Vela de Bronce están entre las mejores del Imperium,” Asenath aseguró. “Nos ayudarán.”

“No podemoh kedarnoh aki,” Hörka graznó a través de su magullada garganta. “¡No *akí*!”

“El orko tiene razón, Hermana” Santino dijo. “Tienes que movernos…este sitio no esta limpio.”

“Ay moskahs,” Hörka añadió, escupiendo con repugnancia.

“Está equivocado, soldado,” Lemarché dijo “No hay moscas aquí.”

“Yo las he escuchado también, comisario” Satino insistió. “Han estado zumbando sobre mi cama toda la noche”

Como si se hubiera roto alguna barrera tácita, más de los hombres gritaron, sus voces elevándose hasta convertirse en un clamor rebelde.

El comisario golpeó el suelo con su bastón. “¡No hay moscas!”

El silenció cayó sobre la habitación. Los soldados se miraron con cautela, esperando a que alguien lo negase.

“Limpiaré el aire con inciensos consagrados,” Asenath prometió. “Y le he pedido a un sacerdote que bendiga la enfermería. Estará con nosotros enseguida.” Ella no había visto ningúna mosca, pero esos hombres *creían* sin lugar a dudas en la alimaña. Eso era suficientemente peligroso.

“Tiene nuestra gratitud, Hermana” Lemarché dijo, entonces apuntó su bastón hacia el cadáver. “Santino, Hörka, lleven a nuestro camarada caído fuera de la enfermería. La Hermana Asenath se encargará de que les franqueen el paso.”

“No voy a tocarlo” Satino murmuró, alejándose del cadáver. Hörka asintió en mudo acuerdo con los ojos abiertos.

“Incineramos los restos aquí.” Dijo Asenath rápidamente, viendo el destello de furia en los ojos del comisario. No sería prudente presionar a esos hombres ahora mismo. Además, el cadáver posiblemente se desintegraría si intentaban moverlo.

“¡Hermana Indrik!” llamó a la guardia. “Necesito de su asistencia”

“La imponente Hermana de Batalla apareció en el marco de la puerta, su rifle de fusión barriendo la estancia. “No puedo abandonar mi puesto” su voz retumbó desde detrás de su visor.

“Como bien sabe, la Celestial Superior me ha otorgado autoridad sobre este asunto” dijo Asenath con ecuanimidad. “Yo daré fé por el honor de estos hombres. No tratarán de escapar. ¿Estoy en lo cierto, Comisario Lemarché?”

“Absolutamente,” respondió. “Todos somos camaradas aquí, Hermana Indrik,” se volteó hacia Reiss. “Teniente, mueva a las tropas al fondo de la estancia.”

“Por favor, Hermana,” Asenath insistió a la Celestial mientras los hombres se arrastraban hacia el fondo de la estancia. “Esto debe hacerse ahora, no sea que la contaminación se extienda más.”

La guerrera vaciló un momento y luego caminó hacia ella.

¿Por qué siempre mantiene su rostro cubierto? Se preguntó Asenath. *¿Que oculta ahí abajo?* Ya nada se sentía correcto sobre su Mundovela. Mirase donde mirase sentía secretos, mentiras y promesas de corrupción.

Indrik se arrodilló con gracia inesperada, angulando su arma para evitar quemar a través del suelo. Con un destello luminoso y un silbido de aire super caliente el cuerpo fue reducido a una pila de huesos oxidados y cenizas.

“¡Suelta el fusión!” Gritó una voz áspera.

Asenath miró. Toland Feizt estaba en la puerta, un brazo envuelto alrededor de Jonah Tythe, una daga presionada contra su garganta. “Hazlo ya o enviaré al sacerdote al vacío.”

Está lleno de moscas, Feizt pensó, observando la enfermería con repulsión. Los insectos revoloteaban por doquier, pululando sobre los heridos postrados en cama en grandes grupos negros, incluso arrastrandose sobre algunos de los que podían caminar, pero a nadie parecía importarle. Los rostros de sus hermanos mostraba sorpresa, alivio, alegría, confusión - todo por él - pero ningúno la repulsión que debería estar ahí.

Nadie más puede verlas, Feizt se percató, esa era la razón por la que la primera mosca le había engañado para marcharse - *la mosca reina.* Se escabulló aquí de vuelta y se multiplicó oculta, alimentándose como una sanguijuela de sus hermanos mientras él no podía protegerlos, desangrándolos, en cuerpo y alma…

“¡Toland!” Era la Hermana Estrellaoscura. Se había adelantado a la mujer armada con el rifle de fusión, con los brazos alzados. “Debes dejar ir al sacerdote.”

“¡Dile…que suelte…el arma!” Feizt sacudió la cabeza violentamente, luchando por encontrar las palabras y más aún por ponerlas juntas. El zumbido sibilante y hundido en la habitación era como una versión orquestal del solo de la primera mosca. Estaba royendo su mente, masticando sus pensamientos antes de que pudieran formarse.

“Estas viendo cosas, ¿verdad?” dijo Asenath, acercándose lentamente.

“Moscas…veo…moscas,” *Pero no a tu alrededor*, se percató. No, ellas se mantenían alejadas de la Hermana Estrellaoscura.

“Lo que ves no es real, Toland.”

“No es..real..” repitió Feizt, mirando más allá de ella hacia el enjambre de insectos.

“Yo también he visto cosas.” Se detuvo a unos pasos de él. “Cosas terribles.”

“¿Moscas?”

“Peor que moscas,” Asenath dijo con sinceridad. “Pero nada de ello es real.”

“Estas equivocada.”

Feizt apretó los dientes cuando un nuevo sonido apareció desde las patas de los insectos. Era un lamento disonante, como un cristal dentado, como un lamento de algo demasiado roto para existir. Un destello de luz índigo cobró vida entre los hombres reunidos al otro lado de la enfermería.

“Ya vienen” advirtió mientras el destelló florecía en un disco plano de cristal líquido que gira rápidamente. Tenía casi un metro de diámetro, su forma centelleante y cambiante brillaba tanto que apenas se podía mirar, no es que nadie más pudiera verlo de todos modos. Como las alimañas, era invisibles para todos excepto el.

No…no del todo…

Las moscas podían verlo también. Estaban zumbando alrededor del disco frenéticamente, aparentemente indignadas por la intrusión en su territorio. Aquellas que se aproximaron demasiado a su órbita estallaron en nocivas nubes verdes.

“Escuchame, Toland, sea lo que sea que estás viendo, no lo mires” Asenath instó. “Mirarlo lo *hace* real.”

Feizt apartó la mirada de las pesadillas enfrentadas y vió que sus ojos brillaban con una terrible lástima que jamás había visto antes. En aquel momento estaba muy seguro de que ella era la mejor y la peor de todos ellos.

“Toland…” *Resiste…*

“Demasiado tarde,” dijo con voz ronca.

Con un chirrido eléctrico, el disco se elevó hacia él, desgarrando intangiblemente todo a excepción de las moscas, que murieron a montones a su paso. Feizt cerró los ojos mientras pasaba a través de la Hospitalaria y lo engullía.

“Repite, Estrellaoscura-Rojo,” El capitán Froese comunicó. “Que es demasiado tarde?”

Yo, pensó Feizt. Abrió sus ojos al infierno cristalino y reconoció el momento. En algún lugar lejano escuchó su cuchillo cayendo al suelo y los fantasmas de tiempos futuros gritándose unos a otros - incluso sintió que el sacerdote se liberaba de su presa, pero dejó que todo se desvaneciera. Nada en ese mundo importaba. Este era el lugar al que pertenecía.

Mientras había estado fuera sus hermanos habían continuado su marcha codenatoria. Estaban ya profundamente dentro del laberinto, sus fuerzas divididas y dispersadas a través de diferentes hebras. Feizt estaba a la cabeza de una sola escuadra, caminando por un camino tan estrecho que un solo traspiés lo lanzaría al vacío de los lados. La red apenas había comenzado a trinar su oscura canción mientras el pulso se aceleraba ante la intrusión. Probablemente era demasiado tarde para cambiar las cosas, pero tenía que intentarlo de todos modos.

“Todas las unidades, retirada al perimetro,” Feizt retrasmitió, escaneando la brillante red. “¡Paso ligero!”

“¡Orden anulada!” Lemarché saltó desde su posición trás Feizt. “No abortaremos la misión”

“Veo actividad creciente delante,” El teniente Schulze, comandante de los Estrellaoscura-Azul comunicó, su voz casi ahogada en una rafaga de estática. Feizt recordó que la escuadra de Schulze se había aproximado más al núcleo que ningúna otra. Ninguno de ellos salió con vida.

“*Parecen luces azules. Están saliendo de la red, moviéndose-*” La señal de Schulze estalló en un chillido de ruido blanco. Momentos más tardes un sonido misterioso,

una cacofonía reverberante hizo eco a través del laberinto - el sonido de los disparos distorsionados en algo casi armónico.

"*Contactos múltiples*," Envió el Capitan Froese. "*Objetos xenos no identificados. Hacemos contacto.*"

No son xenos, Feizt pensó repentinamente. *Son algo mucho peor.*

"¡No hagáis contacto!" Comunicó urgentemente. "¡Retirada!"

"Repite, ¿Estrellaoscura-Rojo?"

El comisario Lemarché alzó su pistola de plasma hacia Feizt. "Por la autoridad que se me ha otorgado, Yo decla-"

Un gran disco de luz licuescente se elevó desde la red y voló hacia el escuadrón, gritando electrónicamente mientras se acercaba. Mientras los hombres alzaban sus armas pasó a través de la cintura del Zapador Herkenberg y aceleró, llegando al entramado cristalino del otro lado. La herida de Herkenberbg vomitó fuego azul y humo negro mientras se abría y la mitad superior del desventurado soldado cayó al abismo. Sus abandonadas piernas permanecieron en pie, manteniéndose rígidas por el crepitar arcano que las recorría. El escuadrón persiguió al asesino con sus disparos, pero sus balas de bólter explotaban cuando entraban en el aura brillante del disco. Había desaparecido en segundos, entrando en la madeja cristalina como un fantasma. Las balas se destrozaban contra la red en la estela de la Luz Afilada, pero ni siquiera rasparon la vidriosa superficie.

"¡No tenemos nada con que tocarlos!" Feizt gritó, tirando a Lemarché a un lado mientras otro disco giró a su lado.

Ese fue el que le cortó la pierna, recordó. *¡He cambiado cosas!*

La pistola de Lemarché se encendió mientras disparaba ráfagas de plasma contra la entidad que se retiraba. Golpeó el borde de la Luz Afilada y la cosa estalló como una supernova en miniatura, escupiendo corrientes de luz.

Nuncio tuvo la oportunidad de disparar, se dió cuenta Feizt. *¡Podemos herirlos!*

Pero un arma no haría una gran diferencia - no contra los números a los que se enfrentaban. El comunicador de Feizt ya crepitaba con informes urgentes de los otros escuadrones mientras el ataqué se encrudeció a través de la esfera.

¡Comisario, tenemos que irnos!" -le instó.

Antes de que Lemarche pudiera responder una Luz Afilada surgió del suelo bajo el, inclinada para que el filo emergiera primero. El comisario saltó a un lado, pero el disco cortó a través de su pierna derecha, cercenando el miembro justo por encima de la rodilla. Medio sumergido en el cristal, la cosa avanzó a lo largo del camino hacia el resto de la escuadra como una sierra circular espectral. El soldado trás Lemarche esquivó su carga, pero perdió el equilibrio y se tambaleó al vacío mientras el disco aceleraba. Atravesó al siguiente hombre en la fila, dividiéndolo en dos desde el estómago en un chorro de sangre. Gritó mientras su cuerpo se astillaba bajo su propio peso.

"¡Por el Emperador!" Gritó el comisario mutilado, disparando mientras caía al suelo. Sus descargas de plasma borraron la Luz Afilada junto con los chillidos del soldado.

¡Ese era Schroyder! Se percató Feizt mientras el cuerpo chamuscado caía al vacío. *Pero Schroyder sobrevivió…la última vez*. Las cosas *estaban* cambiando. Lemarché había perdido una pierna diferente y un hombre que había vivido antes estaba muerto ahora.

"¡Saque a nuestro camaradas, sargento zapador!" Lemarché ordenó

"¡Vamos!" Feizt ordenó a su escuadrón mientras tomaba al comisario en brazos. El hombre apenas estaba consciente y la sangre salía a borbotones de su pierna cercenada. Fue bueno que hubiera una atmósfera, de lo contrario tales lesiones serían fatales en cuestión de segundos. Feizt arrancó la pistola de plasma del agarre del comisario y luego dudó.

Podríamos dejarlo atrás esta vez. ¡Infiernos, podría incluso lanzar al bastardo al vacío!

"Yo lo llevaré, sargento zapador," dijo Glicke, aliviandole del hombre herido como si hubiese escuchado el hilo de pensamientos de Feizt. Incluso en mitad de la carnicería el soldado condenado sonaba calmado.

Sería mejor si cayeras aquí, hermano, Feizt pensó con tristeza, recordando la cosa pútrida que había cortado - ¿cortaría? - en trozos en la enfermería. Pero de nuevo, tal vez el destino de Glicke podría cambiar también.

"*Hemos perdido al capitán"* chilló su comunicador. *"Repito - El capitán Froese ha caído!"*

"¡Todos los escuadrones, retirada!" Feizt retrasmitió, apresurandose tras Glicke.

La Luz Afilada revoloteó alrededor de los hombres mientras se retiraban a través del enredo de hebras, pero sus movimientos se estaban volviendo cada vez más

erráticos, como si solo pudieran registrar a su presa intermitentemente. Ocasionalmente un disco saldría disparado hacia el escuadrón y Feizt lo detendría con una descarga de plasma, pero cuanto más se alejaba del núcleo su equipo, menos agresivos eran sus guardianes.

“¿Qué hay ahí dentro?” Feizt murmuró para sí. La pregunta nunca le había preocupado antes, pero ahora no podía dejarlo ir. Siguió pensando en el hombre ciego que había instigado esta carnicería. El bastardo estaba probablemente monitorizando las cosas desde la seguridad del crucero de la compañía, furioso por perder su premio.
“¿Qué estás buscando?”

Mientras se aproximaban al perímetro comenzaron a encontrarse con los restos de las otras escuadras de los Estrellaoscura-Rojo. Todos habían sufrido graves pérdidas y los supervivientes estaban mutilados. Por los informes que llegaban, los demás pelotones no habían tenido mejor suerte. Como Feizt esperaba, no había noticias de los Estrellaoscura-Azul. Tal como antes, ninguno de los hombres del teniente Schulze volverían. Tal como antes, habían perdido al Capitan Froese, junto con la mayoría de la compañía.

“¿Que diferencia he hecho?” Feizt preguntó. Su escuadrón había salido bien parado gracias a la pistola de plasma de Lemarche, pero por lo demás la masacre había ocurrido casi de la misma manera.

No me han cortado, se percató Feizt, golpeando su puño contra su peto intacto. La Luz Afilada no se había acercado a él esta vez, pero eso no compensaba la matanza infligida en la compañía.

Tal vez puedo intentarlo de nuevo, pensó. *¡Hacerlo mejor la próxima vez!*

¡No!” Era una mujer, su grito venía de algún lugar muy lejano.

La cabeza de Feizt estalló en dolor, volviendo el mundo blanco durante un latido, entonces estaba de vuelta en la enfermería. El comisario estaba frente a él, con su rostro impasible mientras alzaba su bastón con punta metálica para golpearlo de nuevo. Las moscas formaban un círculo alrededor de su gorra en un halo impío mientras escupía palabras que Feizt no podía escuchar. La hermana Estrellaoscura caminaba hacia Lemarché, sus manos alzadas en protesta mientras gritaba en silencio, con el sacerdote justo detrás de ella. Más allá vió las caras conmocionadas de sus camaradas, incluyendo algunas que no habían estado ahí anteriormente. Pero no Schroyder…No, Stefan Schroyder había desaparecido ahora, borrado de este mundo futuro como si nunca hubiese existido.

Está todo jodido, pensó Feizt mientras se desarrollaba el cuadro. Todo estaba teñido de azul y se movía tan lentamente que parecía que cada momento estuviera tenso hasta el punto de ruptura, como si todo el mundo intentase nadar contra corriente a través de un río bravo.

“No…debería…estar..aquí” dijo, sus palabras se distendieron en un gemido prolongado cuando Lemarché golpeó su cráneo con el bastón con una fuerza letárgica pero salvaje.

Feizt se tambaleó hacía atrás y cayó…

De vuelta a La Cuchilla - y sobre el borde del camino en el que había estado parado.

El tiempo se despertó de golpe, luego aceleró hasta convertirse en un borrón, lanzándolo hacia el abismo entre las hebras cristalinas. Mientras caía a través de la red, una Luz Afilada giró a su lado, cortando su vientre mientras pasaba zumbando. Feizt se rió a través del dolor, sabiendo que la herida sería idéntica a la que ya había sufrido antes. No había escapatoria y no habrían más oportunidades. Había sido demasiado tarde desde el principio.

“¡Resiste, Toland Feizt!” escuchó como la Hermana Estrellaoscura le instaba.

No…No era su voz. No era ningún tipo de voz en realidad, pero su mensaje zumbante era inequívoco. Mientras la oscuridad se reunía en los bordes de su visión, y sus pensamientos comenzaron a apagarse ,se percató de que era la *mosca* quien le hablaba.

Estaba dentro de su casco.

Capítulo Cuatro

Devoción

El testimonio de Asenath Hyades - Cuarta Declaración

Dos días han transcurrido desde mi último escrito. La tormenta ha pasado, y con ella la locura que asediaba nuestras almas. A pesar de que el Anillo de Koronatus se encuentra aún a cinco distantes días, creo que nuestro Exodus ha finalizado por fin. Bajo la comandancia de la Celestial Superior Xhinoa una calma precaria domina nuestro navío, pero ninguno de nosotros confía en ella. Los herejes que profanaron el corazón del Sangre de Demeter *se han escondido, pero sin duda todavía están entre nosotros.*

!¿No me digas?!

La Hermana Camille, a quien he llegado a detestar, buscó condenar al Sargento Feizt por la profanación de la capilla, apuntando que su retorcido físico es una marca de corrupción, pero no lo aceptaré. A pesar de que la cordura del sargento evidentemente explotó bajo la presión del Exodus, llevando a las trágicas muertes de dos Guardivela, no creo que Feizt sea capaz de cometer semejante atrocidad. **¡Obra de arte!** *La adoración de sus camaradas y las historias que cuentan sobre su coraje son testigos de un hombre duro, pero honorable que jamás abrazaría la herejía. En cualquier caso Toland Feizt probablemente perecerá antes de que alcancemos el Anillo. Sus viejas heridas se han gangrenado y las nuevas que el Comisario Lemarché le infligió con tanto entusiasmo puede que hayan causado daño permanente a su cerebro, pero es imposible de saber con certeza, pues Feizt no ha despertado desde el incidente en la enfermería. Ante la insistencia de la Celestial Superior ha sido confinado en un camarote separado bajo constante vigilancia.*

En cuanto a los otros a mi cargo, una semblanza de orden ha sido restaurada entre los hombres. Por mucho que me disguste el Comisario Lemarché, su competencia

en asuntos de disciplina **subyugación** *es incuestionable* **imperdonable,** *pero creo que gran parte del crédito por la mejora en la moral de los zapadores reside en el sacerdote que viaja con nosotros.*

Jonah Tythe es un enigma para mi. Solo he conocido a un hombre que pudiera dirigirse a una congregación con semejante habilidad, fusionando fervor y camaradería en algo inquebrantable pero suficientemente fluido para convencer a cada oyente de que sus palabras están destinadas para ellos solos. A pesar de que el efecto de sus sermones es bienvenido, observarlos me perturba. Tal vez mi segunda vida me agrió a semejantes retóricas, pero cada vez que Tythe predica veo una actuación, no a un hombre hablando desde el corazón. Y aun así, a pesar de su artificio, creo que también hay una vena de nobleza en él. Se posicionó a mi lado al pedir clemencia por Feizt, luego me asistió diligentemente en las largas horas que trabajé para estabilizar a los hombres heridos. Su piedad puede ser artificial, pero su compasión parece genuina. Sin embargo, tales contradicciones no son la razón por las que me siento atraída hacia el sacerdote.

¿Oh? Por favor, dinos, Hermana.

Tal como yo, siento que Jonah Tythe ha venido a Vytarn por algún propósito - algo mucho más trascendental que la mentira transparente de investigación que nos ha ofrecido. Quien sea que sea este hombre, no es un erudito aficionado a los libros y estoy segura de que nuestros caminos no se han cruzado por casualidad. Antes de que lleguemos al Anillo he tomado la resolución de aprender si él está destinado a ser un amigo o un enemigo en la lucha venidera.

“Vaya escalada, Hermana,” Dijo Jonah, empujando la pesada escotilla de la cámara del faro cerrándola tras cruzar.

“Pero una cuyo esfuerzo merece la pena,” Asenath respondió sin apartar sus ojos de la vista de abajo. Desde la altura de la torre de guardia el océano parecía un suave espejo color vino oscuro, con la losa gris del barco como única mancha. ¿Se había agriado ese vino? Bajo el cielo claro y brillante del amanecer gemelo de Vytarn eso parecía imposible, pero la serenidad podía ser la mejor de los farsantes.

“Es una vista que te hace sentir humilde,” Jonah observó, uniéndose a ella en el precipicio del muro de cristal. “Nunca he estado en un mundo con dos soles.”

La cámara circular en lo alto de la torre era virtualmente el punto más alto del navío, solo superado por los sensores y los pararrayos que erizaban su cúpula de bronce. Un gran globo luminico multifacético dominaba el centro de la sala, su superficie tenía textos sagrados grabados con ácido. Más allá de los muros de cristal de la cámara había siete campanas masivas colgadas de varillas sobresaliendo del domo a intervalos equidistantes. Durante una tormenta se merecían bajo sus cadenas

como incensarios gigantes, emitiendo luz e incienso mientras tañían para proteger el navío del mal.

“Se dice que el Profeta Quebrado siempre enfrentaba el Exodus desde la torre faro del barco en el que Elle decidiese realizar el viaje.” Dijo Asenath solemnemente.

“¿Elle?”

“Si, así es como nos referimos al Profeta. Nadie conoce si el Primero de los Últimos era un hombre o mujer, o quizás una sagrada amalgama de ambos.” Su voz cayó en la fluida cadencia de una cuentacuentos. “Muchos creen que la Última Vela fue fundada por hermanos - un hombre y una mujer, descendientes de un santo olvidado que descubrió Vytarn en un sueño. Otros claman que *ella* era una archmagos del Adeptus Mechanicus que decodificó el Evangelio Illuminant de la geometría secreta del Anillo de Korotatus, y al hacerlo dividió su mente en siete paradigmas independientes, cada uno de ellos consagrado en una de las Siete Agujas. Las Hermanas de la Vela de Hierro aseguran que *él* fue un Adeptus Astartes caído que se redimió a sí mismo derrotando a un demonio en el corazón de este mundo. Por aquella victoria fue exaltado por la divina revelación, pues la batalla le dejó físicamente roto. Hay nueve historias sobre los prominentes orígenes e incontables mitos tangenciales.

“Seguro que hay registros,” Dijo Jonah con escepticismo. “La Última Vela tiene apenas mil años.”

“Hay *muchos* registros.” Asenath deslizó sus dedos sobre el cristal empañado frente a ella. “Busca una respuesta y encontrarás mucha evidencia, pero ningúna prueba, precisamente tal como fue la intención del Profeta Quebrado.”

“¿Y qué crees tú, Asenath Hyades?”

“Yo creo que no tiene importancia.” Replicó. “No es la verdad de la respuesta lo que guarda significado, sino la sinceridad del buscador. La ambigüedad alienta al devoto a encontrarse a sí mismo en la Luz del Dios-Emperador.”

“El Credo Imperial no suele inclinarse hacia la ambigüedad, Hermana.”

“Y tal es la razón por la que la Última Vela rara vez comparte tales reflexiones con forasteros. Los ignorantes ven corrupción en todo lo que no pueden comprender.”

“Un hereje podría decir lo mismo.”

“Podría,” Asenath estuvo de acuerdo, borrando las marcas que había hecho en el cristal. “Desde luego he conocido algunos que lo hicieron, y he pasado a unos

cuantos por la espada.” Ella sabía que estaban en terreno peligroso ahora, pero no había forma de evitarlo si quería tomarle la medida. Si sus instintos estaban errados y el demostraba ser un fanatico obstinado sería mejor zanjar el asunto más pronto que tarde. Es por eso que había elegido aquel lugar remoto para su encuentro.

“¿Cree que yo soy una hereje, hermano?” Ese sería el momento de su verdad. Asenath agarró con fuerza la pistola bajo su túnica.

“Suena como que aun eres leal a la Última Vela,” Respondió con cautela.

“Sigo siendo leal a sus principios, si. Creemos que el plan divino del Dios-Emperador es mucho más sutil de lo que predica la ortodoxia. Eones de conflictos han erosionado sus verdaderas intenciones.”

“¿Cuales eran?

“Seguro que quería decir *son*, ¿verdad sacerdote?” Asenath finalmente se volteó para encararlo. “El Dios-Emperador es tan eterno como Sus visiones.”

“Me doy por corregido,” Jonah inclinó su cabeza, pero había un tono amargo en su voz ahora. Claramente ella había tocado hueso. “Dime, Hermana, ¿Cuál es su verdadera intención para la humanidad?

“La Última Vela se ha esforzado por descifrarlo desde su fundación. Ese es su propósito sagrado.”

“Lo que quiere decir que no lo sabes.”

“El Profeta Quebrado fue bendecido con las semillas de la revelación, pero deben nutrirse antes de que puedan dar frutos. Sólo a través de rigurosa contemplación y reverencia alcanzaremos la iluminación.” Asenath estaba sorprendida por la fuerza de sus convicciones. A pesar de todos los problemas que había experimentado desde su regreso, ella aún tenía fe en la misión de su antigua secta. “Creemos que la humanidad está destinada a gobernar las estrellas, pero no aceptamos que nuestro destino es una guerra sin fin.”

“Es inusual escuchar a una Hermana de Batalla hablar de ese modo.”

“Es inusual que un sacerdote escuche,” Asenath contrarrestó. Ella no negó el título que él le había dado. Se había convertido en una guerrera otra vez en el momento en que reclamó su arma. Tristesse se sentía inquieta en su mano, impaciente por dispensar justicia.

La he tenido amordazada demasiado tiempo, Asenath sintió. *Tal vez serás el primero en brindarle alivio, Jonah Tythe.*

Se miraron fijamente en silencio. Finalmente Jonah dibujó sacó un cigarrillo Iho de su bolsa. “¿Por qué estamos hablando?” Preguntó mientras encendía el narcótico. “¿Qué quieres de mi, Hermana Asenath?”

“Quiero saber por qué has venido al Mundovela.”

“Ya te lo he dicho. Estoy aquí por un libro.”

“No eres un investigador.”

“Nunca dije que lo fuese.” Sonrió finamente. “Al menos no a ti, aunque admito que esa es la historia que les contó a los chupatintas en el puerto espacial.”

“Me sorprende que se te otorgase acceso al Anillo. La Última Vela rara vez da la bienvenida a los visitantes.”

“Fui invitado.”

“¿Invitado?” Asenath no podía esconder su sorpresa. “ ¿Por quién?”

“Un hombre llamado Olber Vedas.”

Asenath frunció el ceño. Ella no conocía el nombre…y aun así… Un recuerdo apareció de la nada. Al principio el conocimiento se sintió anómalo, dislocado de cualquier raciocinio, pero cuanto más se contraba en el, más se estabilizaba. Los hechos e impresiones que lo respaldaban se deslizaron del nombre como zarcillos neuronales abriendose paso más profundamente en sus recuerdos. En cuestión de segundos ella sabía *exactamente* quién era Olber Immanuel Vedas . En efecto estaba sorprendida de que hubiera podido olvidar al teólogo vivo más prominente de la secta. Vedas había sido una de las luces guia de la Última Vela durante casi setenta años. otra memoría espontánea floreció - él era el actual rector del Lux Novus, el schola progenium de la secta.

“¿Qué ocurre?” Jonah preguntó entrecerrando los ojos.

“Nada. ¿Cómo conoces al Theologus Exegessor?”

“Nos conocemos desde hace mucho tiempo, Hermana.” La estaba observando atentamente. “Pero *tú* no lo conocías ¿Verdad? Por un momento, el nombre no significaba nada para ti.”

“Eso es absurdo.”

“Lo es,” Asintió, “Pero así es como funciona a veces.”

“¿Cómo funciona el *que*?

“El mundo.” Jonah sacudió la cabeza. “Está todo entrelazado consigo mismo. Puede que incluso esté roto. He visto cosas cambiar, y después cambiar de nuevo, como si las estuvieran mezclando una y otra vez. Ya no hay nada escrito en piedra, si es que alguna vez lo hubo. Cuanto más miras, más grietas ves.” Tomó una calada profunda de su cigarrillo Iho y Asenath se percató de que sus dedos temblaban. “Tu lo has visto también, Hermana - la violación - incluso si no la reconociste.”

“Yo…” Asenath dubitó, recordando lo retorcido de su Exodus y el continuo desasosiego de su recurrente pesadilla. Si, *violación* era exactamente la palabra idonea para todo ello. “Lo he visto.” admitió.

“Dejame adivinar. Crees que has venido aquí a arreglar las cosas.” Lo hizo sonar como una acusación.

“Si esa es la voluntad del Dios-Emperador.” ella respondió. “ ¿No es acaso esa tu intención, sacerdote?

“Dudo que las cosas *puedan* ser arregladas. Simplemente estoy aquí para encontrar a alguien.”

“¿Vedas?”

“A él también.” Jonah apartó el cigarrillo Iho. “Estamos en el mismo camino, Hermana, seguramente con los mismos enemigos durante la travesía, así que trabajaré contigo. Tal vez nos podemos ayudar mutuamente, pero solo podemos ir juntos cierta distancia.” Sonrió, pero sus ojos eran fríos. “Tenemos un trato, Asenath Hyades?”

Ella consideró su propuesta. ¿Confiaba en él? En verdad no. ¿Estaba siquiera cuerdo? Posiblemente no. ¿Importaba?

No, no importa, decidió. *Aún no de todos modos*. Dejó que su dedo se resbalase del gatillo de Tristesse. “Estoy de acuerdo, Jonah Tythe. Nos ayudaremos mutuamente hasta que nos separemos.”

Asintió y se dirigió hacia la puerta, luego se detuvo. “Nos están vigilando ¿Sabes? incluso aquí arriba.

“Soy consciente de ello,” Asenath contestó. Había percibido el brillo de unos magnoculares en el muelle inferior. “Pero somos forasteros aquí. Después de todo lo que ha pasado la Celestial Superior sería negligente si confiase en nosotros ciegamente.”

“Puede ser, pero no cometas el error de confiar en ella tampoco.” La amargura de su voz era como un veneno. No, era más que amargura - era pura rabia. “Ya nada es lo que parece.”

Después de que se hubiese marchado, Asenath permaneció en la ventana, deliberando en su conversación. Ambos eran siervos de la Eclesiarquia, pero no tenía duda de que la mayoría de sus compañeros los condenarían como herejes.

“La herejía reside en el corazón,” citó. “No…”

“..no en palabras descuidadas,” Declara el Padre Deliverance, dirigiéndose a sus consejeros sentados alrededor de la mesa guerra en su buque de guerra insignia.

“¡Las palabras descuidadas engendran de corazones impuros!” Protesta la Canonesa Morgwyn de la Espina Eterna. Su cara en forma de hachuela pintada en blanco pizza, enfatizando los rasguños causados por las enredaderas puntiagudas que cuelgan de su diadema. “¡Esos paganos han denegado la palabra divina del Dios-Emperador! ¡Antes de que puedan ser redimidos deben ser destrozados sobre el yunque de su Su ira!

“La armada que la Unión Arkan ha reunido contra nosotros es superficialmente impresionante en números, pero tácticamente inconsecuente.” El comodoro Rand, el comandante de la flota, observa remilgadamente. “Nuestros escáneres indican que sus barcos poseen armas y escudos lamentablemente primitivos. Nos superan en número en diez a uno, pero un solo crucero Imperial podría arrasar su flota al completo sin correr peligro, ¡Pero he de admitir que tomaría algo de tiempo!” Ríe como si hubiese contado un buen chiste.

De pie y prestando atención trás el Padre Deliverance, Asenath aprieta los dientes ante el graznido nasal del comodoro. Ella no tiene dudas de quien comandaría el navío destructor; Barnabas Rand es el tipo de hombre al que le encantaría una batalla sin riesgos, pero indudablemente contaría una historia diferente si se le permitiese. Ella no puede entender como semejante vulgaridad de criatura ha ascendido tanto en el bendito Imperium.

No soy quien para juzgar*. Se reprime a sí misma, volviendo sus pensamientos al asunto en cuestión. La flota de la cruzada finalmente ha llegado a los planetas exteriores del Sistema Providence, donde ha sido enfrentada por una fuerza de*

arcaicos navíos de guerra, con una severa advertencia de partir o afrontar las consecuencias.

“Nuestra vacilación es vergonzosa, su reverencia,” Insiste la Canonesa Morgwyn. “ ¡Por Trono y Espina debemos grabar una sangrienta y duradera lección en sus almas!

“Desaconsejo tal curso de acción,” una voz profunda pero meliflua irrumpe. “Esos Arkan no son xenos o degenerados, sino hombres con un orgulloso linaje y cultura que se remonta miles de años atrás, tal vez incluso a la propia Vieja Terra.”

Es irónico escuchar tales sentimientos de un ser que ya no es verdaderamente humano, y aun así no sorprende a Asenath, pues la nobleza de los Marines Espaciales lo envuelve como un aura, eclipsando su lustrosa armadura. Incluso sentado, El Capitán Artífice Varzival Czervantes de los Ángeles Resplandecientes se eleva sobre los demás en la cámara, pero es su espíritu, más que su estatura física, lo que verdaderamente eclipsa a los mortales. Su efecto sobre Asenath no ha disminuido desde la primera vez que le vió ascendiendo el Perihelion en la procesión del Padre Deliverance. La pintura abstracta de su hombrera derecha brilla en la oscuridad de la cámara de guerra, su enigma tan tentador como siempre, mientras que la izquierda porta el emblema de su Capítulo - Una figura encapuchada con los brazos levantados. Asenath se ha preguntado a menudo si simboliza reverencia o revelación.

“¡Son una chusma infiel que escupe sobre el Credo Imperial!” - gruñe Morgwyn. “¡Eso no puede quedar sin respuesta!”

“Y usted respondería a su ignorancia con una matanza?” Varzival pregunta con calma. “¿Es tan sorprendente su beligerancia? Nosotros les hemos ordenado que se arrodillen ante palabras vacías.”

“¿Palabras vacías?” La Canonesa Excruciant sisea, sus ojos ardiendo mientras se levanta de su asiento.

“Están vacías hasta que las imbuyamos con sustancia, mi señora.”

“¿Y qué sustancia hay en tus palabras?” le reta Morgwyn. “ ¿Por qué te uniste a esta cruzada, Resplandeciente? ¿Qué quieres de esos Arkan? Tú capítulo no es famoso por ser piadoso.”

“Servimos al Trono Dorado a nuestra propia manera.”

“¡Con preciosas baratijas y pinturas!”

“¿Eso es todo lo que imagina que somos?” A pesar de que el tono del Marine Espacial permanece cívico hay un cambio sutil en su porte que le quita el aliento a Asenath. De repente, está segura de que Varzival Czervantes es el ser más peligroso que jamás conocerá. Solo ha conversado con él una vez, poco después de que su cruzada se pusiese en marcha, cuando él la buscó para preguntarle sobre el Mundovela con una fascinación inocente, casi infantil. No hay nada infantil en el ahora.

“Nunca ha visto a los Respladecientes en batalla ¿Verdad Canonesa?” Pregunta suavemente.

“Y no creo que jamás lo haga” se jacta Morgwyn.

A pesar de la tensión, Asenath siente más excitación que aprensión. Más que nada, ella quiere ver este magnificente guerrero hacer justicia a sus palabras y luchar*, pues seguro que sería un glorioso espectáculo.*

“¡Es suficiente!” El Padre Deliverance golpea el puño sobre la mesa. Es la primera vez que Asenath ha visto su compostura vacilar, pero no será la última. “Todos somos heraldos de la Luz del Dios-Emperador. Esta discordia entre nosotros es inmerecedora de Su confianza.”

“Me considero corregida, Padre.” murmura Morgwyn. Ofreciendo el signo del Águila Sangrante, se sienta, pero Asenah no siente arrepentimiento en ella. De hecho su actitud es casi…desdeñosa..aunque seguramente no puede ser eso.

La expresión tormentosa del confesor se rompe en su familiar y benevolente sonrisa. “ Parece que nos encontramos en una encrucijada, hijos míos,” dice. “¿El Dios-Emperador pretende que enfrentemos a esos paganos con diplomacia, o con furia?”

“Nos doblegaremos ante su sabiduría, su gracia,” El Comodoro Rand le asegura.

“Y yo me doblegaré a los instintos de mi campeona bendecida por el Trono.” Padre Deliverance se alza y coloca una mano en el hombro de Asenath. “Dime, mi Paladina Vigilante. ¿Qué será? ¿La mano abierta o la espada iracunda?”

“¿Por que colocaste esa carga sobre mi?” Asenath susurró. “¿Quién era yo para elegir?”

Y aun así eligió, respondiendo sin un momento de vacilación. En su momento creyó que era el Dios-Emperador hablando a través de ella - lo creyó, porque quería que fuese cierto. Después, trás que la matanza se extendiese como un fuego desatado a

través de los mundos que habían venido a salvar, las primeras chispas de duda comenzaron a romper su convicción. Para entonces, ella *necesitaba* creerlo.

“¿Era la respuesta que quería?” preguntó a su mentor. ¿Pero realmente importaba? Fuese como fuese, la elección había sido suya.

Asenath captó la figura de la túnica gris de Jonah cruzando en la cubierta inferior. Ella observó mientras se detenía en la barandilla, presumiblemente concentrado en sus propias cavilaciones. La rabia que él había dejado escapar al final de su conversación la perturbaba más que sus palabras.

¿Quién eres realmente, Jonah Tythe? Asenath se preguntó.

Algo en la distancia captó su atención y entrecerró los ojos. Había algo pequeño en el horizonte. Tal vez no fuese más que un truco de la luz gemela, pero sospechaba que era el primer signo de su destino. Solo unos pocos días después ese prospecto podría haber hecho a su corazón volar, pero ahora solo sentía miedo.

Agarrándose con fuerza hasta que los nudillos se le pusieron blancos a la barandilla del barco,Jonah Tythe respiraba con dificultad, luchando por contener su furia. Se sentía como un ser vivo que se retorcía en sus entrañas - una serpiente espinosa forjada en carbón al rojo vivo, ansiosa por masticar, destrozar y quemar para liberarse.

“No,” Jonah gruñó entretienes. “Aún no.”

Hablar abiertamente de la enfermedad metafísica había sido un error. Al ponerlo en palabras lo sacó a la luz - lo hizo más real. Y eso a su vez avivó la ira que había mantenido atada por tanto tiempo.

“Mina” siseó.

Y una vez más Jonah se precipita por las enredadas calles de una colmena nocturna, con toda precaución y sigilo abandonados. Nada importa ahora salvo la velocidad. La cara de terror angustiado de su hermana parpadea frente a él con cada latido del corazón, como un pulso de culpa. El adicto de ojos plateados la ha engañado - atraído lejos de ella.

“¡No la tendrás!” jura entrecortadamente, una y otra vez.

Su carga frenética lo lleva al bloque santuario en la mitad de tiempo del que le tomó alcanzar el santuario, aun así es demasiado tarde, como siempre supo que sería.

La puerta del desdichado apartamento está cerrada, pero Mina se ha ido. Encuentra sus ropas bajo la ventana tapiada donde la vió por última vez, como si simplemente hubiese caminado a través de ella, derramándose en el proceso. Hay pequeños fragmentos de cristal coloreado sobre el montículo. Jonah necesita algunos segundos para reconocerlos como las cuentas destrozadas del querido rosario de su hermana, y unos cuantos más para darse cuenta de que han sido minuciosamente organizados para formar unas palabras rudimentarias.

El mensaje es simple: ***Terminalo****.*

"Lo haré" Jonah promete. "Y entonces, iré a por ti."

Cayendo sobre sus rodillas, saca el odioso tomo de su chaqueta. No tiene ningúna duda de que se trata de otra trampa, pero arresgará cualquier herejía y horror que el tomo atrajese si eso le aproximaba a su presa, pues tal es seguramente su propósito.

Terminalo.

Lee el pasaje de entrada, a pesar de que ya lo puede recitar como parte de una plegaria, entonces duda, entendiendo que no puede haber marcha atrás.

"No hay nada a lo que volver de todos modos." dice y pasa a la siguiente página.

La siguiente página está en blanco, como la siguiente, y la siguiente después de esa. Con furia creciente, revisa el libro al completo, pero no hay nada más. Siguiendo su exordio arcano, el tomo esta completamente vacio

Aturdido, Jonah deja que el libro se le escape de los dedos. Toma un largo tiempo antes de que comprenda lo que su némesis quiere de él.

¿De verdad estás aquí, Mina? Jonah se preguntó. *"¿O es este mundo otro callejón sin salida?"*

No, esta vez sería diferente. El mensaje que le había traído a Vytarn estaba demasiado bien informado para no ser auténtico… Y su portador demasiado perturbardo para ignorarlo. No había lugar a duda sobre la identidad del remitente. Y ahora tenía un nombre.

"Tengo tu libro, bastardo de ojos plateados," dijo, convirtiéndolo en una amenaza. El tomo estaba con él ahora, atado sobre su corazón, exactamente donde lo había tenido en ese fatídico trabajo hace tanto tiempo. Iba con él donde fuese, tan parte de él como el latido del corazón que palpitaba bajo el libro.

“Ya casi está hecho,” dijo Jonah, colocando una mano sobre el peso muerto del libro” Y vengo a por ti.”

Segundo Evangelio

Exégesis

“El pasado está siempre presente en nuestros pensamientos, tan mutable e incierto como cualquier futuro, pues la única realidad es la que imaginamos, y la imaginación es la más inconstante de todas las cualidades.

-El Profeta Quebrado
El Evangelio Illuminant.

Capítulo *Cinco*

Caridad

I

El Testimonio de Asenath Hyades - Quinta Declaración

Trás mucho esfuerzo nuestro viaje finalmente llega a su fin. Escribo estas palabras desde la torre faro del navío mientras realizamos la última aproximación al Anillo de Koronatus. Hace dos noches vislumbré el brillo de la Primera Luz en el horizonte. Fue una vista bendita pues había comenzado a temer que la llama sagrada en lo alto del Perihelion hubiese sido extinguida, y con ella cualquier atisbo de esperanza que quedase para mi.

¡Demasiado tarde!

Cada mañana desde entonces he vuelto a este mirador y observado los picos del sagrado archipiélago alzarse más altos, como dedos de piedra emergiendo desde el océano. El monte Perihelion en el centro del círculo fue el primero en revelarse, pues su altura es casi el doble que la de sus hermanos. Se alza más de novecientos metros sobre la línea de mar, los ciento cincuenta de su base asomándose en una caída casi vertical en todas sus caras. Hace mucho tiempo las Hermanas de Batalla más valientes de la secta trepaban esta peligrosa cima como una prueba de fé, pero la práctica fue prohibida cuando la carga de muertes se volvió demasiado molesta. Citando a la siempre prudente Canonesa Agneitha La Despierta, "No tengo Hermanas de sobra para alimentar a los peces." ***¡JÁ!***

Tres días atrás la majestad del Perihelion se reveló completamente. Su cima enfundada con el edificio de color blanco marmol que es la gran catedral, El Candelabrum, cuyo minareto central contiene el fuego sagrado en la sala de la linterna de siete rostros. Bajo esta altísima torre la catedral se despliega bajo un dosel de cúpulas brillantes que se agrupan alrededor del pico como hongos

plateados. De acuerdo con los decretos del Evangelio Illuminant el edificio es heptagonal en su forma, con cada cara alineada con una de las siete montañas que rodean el Anillo y con un amplio vitral que venera a su correspondiente virtud.

¡Como siete grilletes de servidumbre encadenando el alma!

Donde la catedral termina, la santa ciudad de Sophia Argentum comienza. Sus recintos se agrupan alrededor de la parte superior de la montaña en una cascada de edificios elegantemente decorados que abarcan todos los elementos de una comunidad próspera. Entre sus mayores monumentos se encuentra el Librarium Profundis y el Museum Metaphysica de la Vela Plateada, pues la ciudad se encuentra bajo los auspicios de las hermanas Dialogantes de la secta, que son eruditas sin paralelo.

Mientras que las Hermanas de la Vela de Hierro ofrecen protección, y aquellas de la Bronce alivio, es en las doctas mujeres de la Plateada donde la Última Vela encuentra sus más preciadas sirvientes, pues son ellas quien estudian sin cesar los escritos del Profeta Quebrado, escrutando, correlatando e interpretando cada observación de nuestro fundador en la luz de todas las demás. Desde la desaparición del profeta han buscado diligentemente la sublime concordancia del entendimiento que desbloqueará la verdadera revelación. Si la Primera Luz es el alma de la secta, la Vela Plateada es su mente.

¡Y AMBAS igualmente ciegas y banales!

Esta mañana la adoquinada calzada circular de la Vía del Profeta era claramente visible desde el barco. Baja desde las afueras de la ciudad en un gran tirabuzón, dando vueltas alrededor de la montaña nueve veces antes de terminar en la almenada fortaleza de Sobrepuerto, hacia dónde se dirige nuestro barco. Más precisamente, nos dirigimos al Bajopuerto, que se encuentra directamente debajo de su gemela al pie del acantilado. Los dos bastiones están conectados por un sistema de poleas mecánicas que transportan una caja plateada gigante sobre el acantilado, llevando a los viajeros hacia y desde el mar. Este es el único paso seguro hacia el reino superior, así que todos excepto las almas más audaces deben pasar a través de los Puertos gemelos.

Hasta ahora apenas he hablado de las Siete Agujas, aunque seguramente encapsulan el enigma divino del Anillo de Koronatus más vívidamente que el Perihelion. Dispuestas como los números sobre la cara del misterioso dispositivo de medida de tiempo de Terra, envuelven el monte central en perfecta equidistancia, tanto de su progenitor como entre ellas. Cada una es una isla por derecho propio, pero todas están conectadas al Perihelion por profundos puentes de piedra que toman varias horas en atravesarse a pie. Desde la base de cada montaña un

camino asciende a través de una procesión de santuarios y estatuas talladas en la roca desnuda, culminando en un majestuoso **vergonzoso** *templo en su pináculo.*

Aunque las agujas son parecidas en cuanto a altura y tamaño, cada una está dedicada a una de las Siete Virtudes, que les concede su naturaleza, tanto estética como práctica. Por ejemplo. Clementia, La Aguja de la Misericordia, es el dominio de la Vela de Bronce. Sus sombríos santuarios están consagrados al Ángel Sangrante y cobijan el hospital de la orden, el Sacrasta Vermillion, donde nuestro grupo se dirige ***¡A morir!***

Casi tan antiguo como la Última Vela en sí misma, el Sacrasta es una extensa edificación con diversas alturas construida directamente en la montaña que enfrenta el Puente Clementia. Sus copiosas alas, laboratorios, cirujanos y salas de instrucción son un laberinto para los no iniciados, su logica de diseño sólo era evidente para su arquitecto, que desapareció hace ya mucho tiempo. Para ser un lugar de alivio, lo recuerdo siendo particularmente desagradable para los ojos y el espíritu por igual. Al igual que todas las iniciadas de la hermandad de la Última Vela, pasé mis primeros años bajo la tutela de la Vela de Bronce, aprendiendo los fundamentos de la curación en aquel lugar inquietante y atormentado por las sombras.

Confieso que mis recuerdos de aquellos tiempos no son felices.

“No me gusta su aspecto.” dijo Jonah mientras el camión avanzaba a través de los portones de hierro del patio del hospital.

“A mi tampoco,” Asenath respondió desde el asiento de atrás, observando el edificio a través de las ventanas empañadas por la lluvia. El Sacrasta Vermillion lucía menos atractivo de lo que recordaba. Su fachada de alabastro agrietada y salpicada de mugre, mostrando el ladrillo bajo la fachada en diversos lugares. Dos de las torres decorativas habían colapsado, dejando el techo que debía tener dos agujas con un aspecto descuidado y torcido, como una sonrisa con los dientes rotos. Pararrayos sobresalian de las baldosas como mondadientes, balanceándose con el fuerte viento, mientras enredaderas colgaban desde los canalones, cubriendo las ventanas arqueadas de abajo como con cortinas hechas jirones. Muchas de las ventanas se encontraban a oscuras, o cegadas por contraventanas de hierro, sugiriendo que se habían clausurado alas al completo.

“Ha cambiado,” Asenath susurro. A pesar de que había visto insinuaciones de esta decadencia durante su juventud, su progreso era desalentador. Ella rezó por que la atrofia no se extendiese a los sanadores que residían en el interior.

¿Cómo lo han dejado caer tan bajo? se preguntó con inquietud.

Con una sacudida el camión frenó hasta detenerse frente a los portones dobles del hospital. La estatua del Angel Sangrante que acechaba sobre ellos se encontraba desgastada, su rostro erosionado en una vaga abstracción y sus alas cayendo tristemente.

La luz se derramó en el lúgubre patio cuando las puertas del Sacrasta se abrieron y un grupo de hospitalarias se apresuraron desde el edificio, con sus linternas proyectando sombras sobre las piedras adoquinadas.

“¡En pie, Zapadores!” Ladró el Teniente Reiss desde algún lugar detrás de Asenath. Mientras los soldados apiñados en el vehiculo obedecían, ella se alzó y tomó su bolsa del estante de arriba. Le habían asegurado que el resto de sus pertenencias la seguirán en poco tiempo, pero todo lo que de verdad importaba estaba ya aquí. El peso de Tristesse era tranquilizador cuando deslizó la bolsa por encima del hombro y se dirigió hacia la escotilla de salida.

A pesar de sus infortunios, la transferencia desde el *Sangre de Demeter* había transcurrido sin problemas hasta ahora. Tres camiones médicos esperaban a su grupo en el Sobrepuerto, dos de ellos transportando masivos vagones llenos con camillas para los gravemente heridos. Un destacamento de asistentes con el túnicas rayadas en blancos y carmesí de la Vela de Bronce, habían acompañado los vehículos, comandados por una regordeta, inquietante, aunque eficiente hospitalaria.

“Todo ha sido arreglado, Hermana Asenath,” la mujer había anunciado oficiosamente. “Se ha preparado un ala y nuestros mejores sanadores están listos para evaluar a sus pacientes.” Se había presentado como la Hermana Solanis, Madre Superior del Ala Aleph, evidentemente tomando orgullo en el título, a pesar de que no significaba nada para Asenath. Cada orden en la Última Vela tenía su propia compleja jerarquía.

Cada una es una ley en sí misma, susurró, siguiendo a Jonah desde el vehículo. *¿Qué pasa si los lazos que las unen se están desgastando?*

Se estremeció en cuanto puso un pie en el patio azotado por el viento. Su viaje a través del desmoronado camino perimetral del Perhelion y luego sobre el puente hacia la Aguja Clementia había tomado casi seis horas y la noche se había asentado, acompañada por una constante llovizna.

“Necesitamos introducir a los heridos en el interior sin dilación,” le dijo a la Madre Solanis, que estaba coordinando a las asistentes..

“Me encargaré de que así sea, Hermana.” la mujer respondió. “Por favor, adelantese. La Palatina Cirujana Bathory ha solicitado su presencia en cuanto llegase.”

“¿Bhatori?” Asenath repitió confusa.

¡Pero Akaishi Bathory murió hace décadas! El conocimiento centelleó ante ella de la nada. *La Hermana Iniciada Orlanda perdió la cabeza y empujó a la vieja bruja por una ventana desde su estudio. Expulsaron a Orlanda del pico Clementia en castigo por su pecado y la Madre Shiloh, la gentil, fue nombrada la nueva señora de la orden.*

“¿Se encuentra bien, Hermana?” Solanis preguntó.

Asenath la miró sin comprender mientras trataba de desenredar sus recuerdos. Las memorias ya se estaban fragmentado en fantasmas, luego en meras imaginaciones antes de que pudiera aferrarse a ellas. Podía sentir el pasado reorganizandose bajo ella, desgarrando y reescribiendo sus recuerdos a medida que se asentaban en un nuevo paradigma más oscuro.

Orlanda se cortó la garganta y Bathory sobrevivió. Aun vive…

“¿Hermana Asenath?”

“Perdoneme,” Asenath musitó. “Me alegra el corazón saber que la Palatina Bathory se encuentra bien.”

“En efecto, Hermana” Solanis sonrió, pero sus ojos estaban tan vacíos de vida como orbes de vidrio pintado. “Nuestra reverenciada señora ha expresado su anticipación de verla de nuevo. Le recuerda bien.”

No puedo esperar, Asenath pensó cautelosamente. La relación entre ella y Bathory había sido muy mala durante su aprendizaje y dudaba que los años intermedios hubieran suavizado a la vieja. De hecho la idea parecía absurda.

“Mi primer deber es para con mis pacientes, Madre Solanis,” dijo. “ Estoy segura de que la palatina entenderá el retraso.”

“Como desee,” La rechoncha hospitalaria respondió. “Venga pues.” Se volteó hacia el camión de atrás mientras escupía la primera camilla transportando los heridos.

“¿Estás segura de que nos has traído al lugar correcto?” preguntó Jonah, acompañando a Asenath. Había tenido que acceder a acompañarla al Sacrasta y ayudar a que las tropas se asentasen.

“Nada está bien ya, sacerdote,” respondió Asenath. “Como tu bien sabes.” Pero cuando sus ojos se desviaron hacia el sombrío edificio se encontró preguntandose cómo de *mal* podrían estar las cosas.

II

“No puedo comer esto,” dijo el Zapador Santino, volteando su cuchara tristemente. Las gachas verdes que las asistentes habían servido a las tropas se aferron al utensilio durante varios segundos antes de caer de nuevo en su cuenco.

“Ami me saveh bieh,” Hörka gruñó desde el otro lado de la mesa. Estaba tomando la cosa a paladas a través de la barba como si no hubiera comido en días.

“Eso es porque tu boca es un cubo de mierda, Orko,” Santino sugirió. “No puede saber peor de lo que ya es.”

“La medicina no está pensada para ser sabrosa, camarada,” le reprendió Zevraj.

“Esto no es medicina ¿O lo es, Diácono?”

“*Contiene* medicina, Santino,” Zevraj dijo. “Debemos confiar en nuestras benefactoras y dar gracias al Dios-Emperador por lo que nos entrega, si.”

Los heridos que podían caminar - sólo trece hombres ahora - estaban reunidos alrededor de una mesa larga en el refectorio del hospital. Además de las asistentes en las puertas estaban solos, y sus voces provocaban un inquietante eco en el gran salón.

¿Somos los únicos pacientes aquí? Ichuwu Lemarché se preguntó mientras escuchaba a las tropas bromear. La posibilidad aumentó la inquietud que sentía desde su llegada, a pesar de que no pudo encontrar ningún motivo obvio para preocuparse. A pesar del dilapidado exterior del hospital, sus custodios parecían competentes. Habían guiado a los soldados sanos a través de una sucesión de pasillos hasta una sala en la planta baja, luego transportaron a sus camaradas menos afortunados en vagonetas. Como comisario, a Lemarché se le había ofrecido alojamiento privado, pero él lo había declinado. Su lugar estaba con sus hombres.

Solo quedamos cuarenta y ocho ahora, reflexionó. Franké y Hombach habían sucumbido a la Pesteafilada durante los últimos días de su travesía, aunque piadosamente, sin lo grotesco que había seguido a la muerte de Konrad Glicke. En efecto, la tormenta había pasado, la vida se asentó en una bienvenida rutina. Incluso la obsesión de las tropas con moscas fantasma se había evaporado. Desde todos los puntos de vista razonables, lo peor ya había pasado, pero Lemarché no

podía quitarse la sensación de que su situación se había vuelto más peligrosa de algún modo.

“¿Qué piensa de ellas, comisario?” Reis preguntó en voz baja desde la derecha de Lemarché. “De las Hermanas.”

“Qué piensa *usted* de ellas, teniente?”

“Son Adepta Sororitas. Se que no debería cuestionarlas…” Reiss se detuvo, incómodo.

“¿Pero?” Lemarché instó.

“Este lugar….Me parece raro, señor.”

Raro. Como un cadáver perfumado, el comisario pensó sumariamente. Bajo el olor omnipresente de los aceites purificadores había un hedor húmedo y terroso que permeaba el Sacrasta. El edificio olía más como un mausoleo que un hospital.

“Mantendremos guardia esta noche, teniente,” dijo. “Sólo usted y yo por ahora. No hay motivo para agitar a las tropas.”

“Si, señor.” Reiss parecía aliviado.

Sus instintos son buenos, pero no confía en ellos, Lemarché juzgó. Su decepción por el oficial había crecido durante el viaje. La Cuchilla había cortado algo más vital que la carne o el hueso en Vanzynt Reiss. Eso tal vez fuese un problema.

“¿Dónde se han llevado al jefe?” exigió el Cabo Pynbach a través de un bocado de gachas. “Eso es lo que quiero saber. Trajeron a todos los demás tras nosotros, pero no a él.” Hubo murmullos de apoyo a lo largo de la mesa.

Lemarché suspiró. ¿Estos hombres nunca dejarían ir a su aberrante campeón? Incluso tras la debacle en la enfermería su fe en el sargento zapador no se resentía. A pesar de que Feizt había sido mantenido en aislamiento, la Hermana Asenath había traído noticias de él cada día, manteniendo la insana obsesión de los Zapadores viva.

Debería haberle golpeado más fuerte, Lemarché musitó. Rematarlo.

Pero había golpeado dos veces, sin contenerse en ningúna de ellas, y no hizo diferencia alguna. Toland Feizt simplemente se había negado a morir. Incluso la Cuchilla no había sido capaz de terminar con él.

El recuerdo surgió con una fuerza repentina y viciosa - *la expedición condenada de los Zapadores retirándose a través del laberinto xenos, perseguidos por los discos giratorios de luz, luego el bramido de dolor de Feizt cuando es golpeado por algo invisible y arrojado al abismo entre los caminos cristalinos - perdido con su escape ya a la vista.*

Mientras la lanzadera de Lemarché se aleja con los supervivientes, la Cuchilla florece en una espiral de luz color índigo y desaparece, presumiblemente volviendo a cual fuese el infierno que la había concebido. Una señal de un transpondedor Imperial es lo que queda con su marcha, atrayendo los sensores de la nave hacia una figura solitaria suspendida en el vacío. Es un Zapador, su armadura sellada y funcional a pesar de las pocas posibilidades, sus signos vitales erráticos, pero insistentes. Lemarché sabe quien és el superviviente antes de que lo recuperen, pues jamás podría ser ningún otro. Nunca…lo fue.

"¿Es así como ocurrió?" Lemarché murmuró. El recuerdo era vivido, pero escurridizo, como algo salvado de un sueño febril. Aún naciente…

"No entiendo. ¿Comisario?" Reiss respondió.

Yo tampoco. ¿Cómo estaba tu armadura intacta cuando tu carne se abrió en canal dentro, Feizt?

"No es nada," dijo a Reiss, cerrando sus ojos mientras el recuerdo se endurecía bajo el estrés de su atención. No podía dudar de su veracidad, pero aun así no confiaba en el.

¿Por qué sigues vivo, Toland Feizt?

El mundo parpadea erráticamente, su confusión penetra más profundamente que las superficialidades de la vista o el sonido. El hombre que debería estar muerto no le presta atención. Se ha vuelto sabio ante los juegos de la Cuchilla, o tal vez está demasiado cansado para jugarlos. Tras tanto tiempo en el limbo es difícil decir la diferencia.

Siente un cristal duro sobre su espalda, pero también algo suave. Está tumbado, perfectamente quieto, y aun así moviéndose al mismo tiempo, lo están llevando en algo que traquetea y gime mientras rueda, su canción intercalando con el lamento eléctrico de las acechantes Luces Afiladas. Sus ojos están cerrados, pero ocasionalmente vislumbra brillantes formas revoloteando sobre su cabeza a través de los párpados. No puede decir si son discos de luz líquida o simplemente luces, tampoco puede aunar la energía para mirar. ¿Para qué molestarse de todos modos? Si los guardianes de este reino se vuelven contra él, que así sea. No está en condición de hacer nada al respecto.

También hay voces, a veces humanas, a veces no, ocasionalmente se mezclan en algo profundamente diferente. *Aunque no puede entender sus palabras está seguro de que hablan sobre él. Le juzgan. ¿Por qué no lo harían? Después de todo, sus enemigos le han juzgado siempre.*

A lo largo del cambiante e hirviente siroco de sensaciones que le acosan hay una constante - el incesante zumbido de la mosca de siete patas que ha caído en esta pesadilla junto a él. Al principio estaba dentro de su yelmo, después dentro de su cabeza, tocándole más íntimamente que nada que jamás lo hubiera hecho. Ha probado su vergüenza más oscura, aprendido que el percance que retorció su cuerpo fuera de forma no fue un accidente en absoluto. No, él tomó una sobredosis de los aumentos genéticos de los Zapadores conscientemente, robando dosis extras de sus camaradas para convertirse a sí mismo en algo más que ellos. ¡Para alzarse sobre ellos!

La mosca ve todo, pero nunca le juzga. El tiempo fluye de manera extraña aquí y en los fugaces centenios de segundos se ha dado cuenta de que estaba equivocado acerca de la criatura. Nada podría ser jamás tan leal o generoso con sus intenciones. Ha venido a él con un regalo invaluable, si solo pudiera encontrar el coraje de abrazarlo. Todo lo que le pide a cambio es que resista.

Y le deje entrar.

"No," *dice Toland Feizt, tal como ha hecho miles de veces antes, a pesar de que ya no recuerda por qué*. "No."

La noche había caído para cuando Asenath estuvo satisfecha y convencida de que sus pacientes estaban asentados de manera segura. Su sala era de azulejos rojos y blancos desde el suelo hasta el techo, el patrón roto únicamente por las camas alineadas en las paredes y ordenadas en filas. Hospitalarias silenciosas se movían entre ellos, preparando a los postrados en camas para la noche. El comisario y los heridos que podían caminar no habían vuelto del refectorio aun, pero Asenath decidió que sería imprudente mantener esperando a la Señora del Sacrasta más.

Reluctante, se dirigió hacia la puerta. La Madre Superiora Solanis le había confirmado que el estudio de la Palatina Bathory aún se encontraba en el piso superior, directamente bajo la torre central del hospital. *El Nido de la Bruja,* así llamaban al lugar Asenath y las otras iniciadas. Una llamada allí había sido siempre una mala noticia, pues invariablemente significaba que alguna transgresión había tomado la atención de la Palatina y la censura estaría próxima. Los castigos de la mujer jamás habían sido nada menos que severos, vindicativos incluso, a pesar de que Asenath había sido demasiado naif para reconocerlo en aquel tiempo. Más adelante comprendió la verdad: Akaishi Bathory disfrutaba otorgando dolor.

Una lección que aprendiste muy bien, Hermanita…

“No puedo, su reverencia,” Asenath súplica cuando se percata de lo que su patrona quiere de ella. “Por favor, no me pida esto.”

“Perdoname, pero debo, hija mía,” contesta el Padre Deliverance. “Las Hermanas de la Espina Eterna tomarían este deber gratamente, pero temo que su ardor supera su capacidad para tales….procesos. Dudo que puedan asegurar la cooperación de nuestro cautivo antes de que expire.” Baja la cabeza en lamento. “Lamentablemente hay un oficio para tales empresas.”

Una vez más están a solas en sus austeros aposentos a bordo del buque insignia de la cruzada. Es donde él siempre la llama cuando algo le preocupa, y tiene buenos motivos para estar preocupado ahora.

Han pasado varias semanas desde que su flota aniquilase la armada de la Unión Arkan, pero contrariamente a lo que el Comodoro Ran predijo la victoria no se consiguió sin sacrificio. En efecto, Rand pagó precio definitivo, perdido cuando el buque insignia Arkan embistió el puente de su crucero en un último intento de venganza. Desde entonces la situación ha empeorado firmemente, con la resistencia al Credo Imperial creciendo a través del Sistema Providence. Los Arkan no pueden esperar ganar la guerra incluso contra esta pequeña astilla del poder del Imperium, pero aun así se han negado a ceder.

“Nos equivocamos al enviar a los Resplandecientes contra ellos,” Dice el Padre Deliverance quedamente. “Yo me equivoqué.”

Cinco días atrás había ordenado a sus aliados Marines Espaciales que atacaran a uno de los principales bastiones enemigos. Estaba calculado para ser una embate brutal que inducirá un pavor y conmoción máximos en sus enemigos, terminando el conflicto antes de que escalase fuera de control. El Capital Artificiero Czervantes se opuso a la orden, pero obedeció.

Subsecuentemente cincuenta Marines de Asalto cayeron sobre la élite de la Unión Arkan desde el cielo, saltando desde un escuadrón de Thunderhawks que evadió fácilmente los primitivos sensores de la fortaleza. El encuentro duró menos de diez minutos y dejó a cientos de soldados Arkan muertos y a sus generales capturados. Ni un solo Adeptus Astartes se perdió.

Asenath una vez soñó con ver la magnificencia de como sus aliados libraban guerras, pero tras las sangrientas historias de la carnicería le dió gracias al Dios-Emperador de que no estuviese ahí para verlas.

“Los Resplandecientes se han ido,” murmura el Padre Deliverance, mirándola con lágrimas en los ojos. “Nos han abandonado.”

Asenath está conmocionada. No puede ser verdad.

“Aún hay peores noticias, mi Paladina Vigilante,” continua. “Los Arkan no han escuchado nuestra última advertencia. Han declarado su oposición hasta la muerte y la Cannonesa Excruciant demanda que respondamos acordemente.” Hace una pausa, sus labios tiemblan. “También ha solicitado peticionar al Ordo Hereticus para la asistencia de un cazador de brujas.”

“Pero ellos no son herejes,” Asenath protesta espantada.

“No a nuestro ojos, tal vez, pero no te engañes, un cazador de brujas no verá nada *salvo herejía aquí. ¡El sistema al completo arderá y todo esto habrá sido por nada!” Luego, tal como ella estaba esperando, coloca una mano sobre su hombre y la mira formalmente. “Solo tú puedes evitar esta catástrofe, hija mía. El prisionero que los Resplandecientes capturaron es un hombre de gran influencia entre los Arkan. Abraza tu talento y convierte la mente de este hombre al Credo Imperial. Hazlo nuestro portavoz y quizás suficientes de los suyos le seguirán.”*

Asenath sacude la cabeza consternada. Poco después de su reclutamiento en la cruzada ella había confiado las cosas terribles que había aprendido - dominado - bajo la supervisión de la Palatina Bathory. Cuando el Padre Deliverance la absolvió se sintió como si le hubieran arrancado una espina metálica del alma. Esta petición se sentía como una traición.

“Me convertirá en un monstruo, Padre.”

“¡Una salvadora!” Sus ojos se iluminan.”Salvación a través del sufrimiento! En este aspecto serás conocida como Hermana Mercy, pues tu portas el regalo de la redención!” Le acaricia una mejilla con ternura. “Tienes mi palabra de que solo te pediré esto una vez, hija mía.”

“Asenath cierra sus ojos y una serenidad glacial florece en su interior. No tener elección hace que elegir sea mucho más fácil.

“Necesitaré agujas” dice.

“Emperador perdoname,” Asenath susurra. Se da cuenta de que ha estado de pie frente al estudio de la palatina. Mientras su mente divagaba sus pies habían encontrado el camino allí.

Recuerdan demasiado bien para olvidar.

La puerta frente a ella estaba tallada con una abstracción geométrica de la musculatura humana, reproducida con un cuidado obsesivo por la propia mano de Bathory. Mirando a la madera contorsionada, Asenath se sentía como una iniciada de nuevo, desgarrada por la ansiedad mientras esperaba para enfrentarse a su castigo. El pensamiento la enfureció, impulsando a golpear la puerta más fuerte de lo que pretendía.

“Entre” una voz raspada desde el interior.

Ya no tiene poder sobre mí, se dijo Asenath mientras obedecía.

La estrecha penumbra del nido de la patalina era precisamente como había sido en la juventud de Asenath. Sus paredes estaban cubiertas de estantes con pesados tomos e instrumentos médicos esotericos. Entre ellos había frascos de vidrio sellados, mostrando muestras anatómicas suspendidas en líquido. Los rumores decían que uno contenía el cerebro de la hermana Orlanda, cuya melancolía maligna le había llevado al suicidio.

Orlanda era mi amiga, pensó Asenath con inquietud, recordando a la chica tímida pero de ojos saltones que había entrado en la hermandad junto a ella. *O al menos ella era lo más cercano a una que tuve.*

Un pesado escritorio dominaba el otro lado de la habitación, con vistas de una ventana arqueada con paneles rojos. Al igual que la habitación, la mujer detrás de la mesa parecía no afectada por el paso del tiempo. Se sentaba rígidamente con la espalda recta, sus nudosas manos esparcidas por la superficie de terciopelo del escritorio como arañas dormidas, sus largas uñas rematadas en acero. Su forma cadavérica estaba envuelta en una túnica escarlata bordada con la vela helicoidal de su orden, colgando con una variedad de escalpelos, pinzas y delicados martillos. Un tocado hacia atrás coronaba su cabeza, solapas abrochadas debajo de su barbilla, como para unir su rostro profundamente arrugado.

La Palatina Cirujana Akaishi Bathory parecía un cadáver momificado hacía treinta años y el deterioro aun no la había reclamado. Un polvo blanco cubría su piel y sus severos labios estaban pintados de negro y perforados con tachuelas de vidrio rojo. Era una vytarni nativa, pero los distintivos ojos de su línea de sangre Ikiryu habían sido reemplazados con aumentos ornamentados. Los anillos de bronce con muescas que enmarcaban las lentes oscuras zumbaban e hicieron clic mientras giraban para centrarse en Asenath.

“Hermana Hyades,” dijo la mujer, con su voz queda amplificada por el implante vocal en su garganta, “Me ha tenido esperando.”

“Mis disculpas, reverenciada palatina, pero no podía abandonar a mis pacientes. Estoy segura de que lo entiende.” Bathory no ofreció respuesta alguna, así que Asenath continuó rápidamente. “Quiero expresar mi gratitud por la beneficencia que nos ha mostrado.”

“¿Los arreglos han resultado adecuados en su opinión?

“Son ejemplares, su gracia. “

“Las examinaciones preliminares comenzarán mañana,” declaró Bathory. “Supervisaré los procedimientos personalmente.”

“Nos honra, palatina,” dijo Asenath, ocultando su desasosiego. “Su experiencia no tiene igual.”

“He estudiado los informes que envió de antemano, Hermana. La etiología de esta aflicción es de mi interés. ¿Cree que es de origen xenos?”

“Esa es mi mejor conjetura, en efecto.”

“¿Y está segura de que el contagio no es un factor de riesgo significativo?”

“El riesgo es mínimo,” Asenath dijo imitando el tono clínico de la palatina. “La trasmisión tal vez ocurra a través de la exposición a los patógenos en las lesiones de los pacientes, pero las medidas de precaución estándar son suficientes.”

“Aceptable. Es infortunado que incinerase al fallecido durante el viaje. Una autopsia exhaustiva aceleraría nuestro entendimiento de la infestación patológica. ¿Cuándo podemos esperar que ocurra otro fallecimiento?”

“¿Disculpe, palatina?”

“Una estimación bastará.”

“No he considerado la posibilidad,” dijo Asenath frunciendo el ceño. “Es mi esperanza de que prevengamos cualquier futura muerte.”

“Eso es altamente improbable,” Bathory tamborileaba con sus dedos de punta de acero sobre el escritorio, aparentemente perdida en contemplación. Luego sus ópticos hicieron clic cuando volvió su atención a Asenath. “Me decepciona, Hermana Hyades.”

“¿Su gracia?”

“¡Persiste en socavar su intelecto con sentimentalismo!”

“No soy un tecno-sacerdote con un corazón mecánico, palatina,” Asenath respondió nerviosa. “Creo q..”

“No, usted es una hospitalaria consagrada del Adepta Sororita. Su encargo es la preservación de los sujetos del Dios-Emperador. Esto requiere la aceptación de la *atrición*.” Bathory chasqueó las uñas con fuerza como si fueran tijeras. “No podemos salvar a todos, Hermana. Aspirar a tal cosas es arrogancia. La existencia es guerra, ya sea librada con un arma, una pluma o un escalpelo. Siempre hay un precio.”

Y así es exactamente como te gusta ¿Verdad? Asenath pensó amargamente. ¿De verdad había imaginado que podría evitar esta confrontación?

“Yo..”

“Durante su tenencia en el Sacrastra Vermillon mostró una aptitud notable por el oficio médico, “Bhatori continuó. “Invertí considerables recursos en su desarrollo, que desperdició debidamente para seguir el camino de una guerrera.”

¡Para huir de ti!

“Me sentí gratificada al saber que había abrazado su verdadera vocación, Hermana Hyades, sin embargo su visión sigue siendo deprimentemente angosta.”

“Las creencias de mi nueva orden difieren con las suyas, palatina,” Asenath respondió, luchando por contener su ira. Sería una estupidez antagonizar a esta mujer perniciosa cuando las vidas de los Zapadores dependían de su buena voluntad. “Pero me considero corregida y lista para aprender.” Odiandose a si misma por ello, agachó su cabeza en señal de arrepentimiento.

“Aceptable bajo periodo de pruebas,” Bathory juzgó. “Puede retirarse, Hermana.”

Asenath hesitó. “Con respeto, pero debo preguntar por el Sargento Zapador Feizt. No ha sido traído a la sala con mis otros pacientes.”

“Sus acciones durante su viaje fueron perplejas. Le he asignado al Reformatorio, pendiente de una evaluación integral.

El Reformatorum…. Asenath se quedó el blanco, recordando las celdas acosadas por el dolor en el subterráneo del Sacrasta.

“Esos hombres son mi responsabilidad,” protestó.

“Ya no, Hermana,” dijo Bathory. “Puede retirarse.”

III

A solas en sus dependencias, Jonah Tythe estaba encorvado sobre una mesa, observando una página en blanco. Se trataba de una de las últimas del libro y era *rebelde*. Su pluma flotaba sobre el inquieto papel como un depredador en busca de presa, ansioso por matar pero desconcertado por la abundancia de opciones. Había demasiados caminos y permutaciones que recorrer, demasiadas esperanzas potenciales, miedos, amores y odios que descubrir.

Y demasiado en juego, Jonah pensó febrilmente. Con un gruñido de frustración apuñaló la palma de su otra mano con la pluma. La afilada punta le hizo sangrar, pero todo lo que él sintió fueron unas palpitaciones sordas. Apuñaló de nuevo, sabiendo que no haría ningúna diferencia y odiando la certeza de ese conocimiento.

Odiandose a si mismo por *necesitar* saber…

“Es una maldición del alma, Tres Ojos,” la rechoncha cirujana sub-humana pronuncia tras terminar sus pruebas en la carne sin nervios de Jonah. “Pero es solo una maldición porque no tienes suficiente cerebro para ver esto de manera directa, o las pelotas necesarias para usarlo.”

“Veo suficientemente directo,” dice Jonah, alzándose de la mesa metálica en el destartalado laboratorio de la hereje. La guardia subterránea está atestada con degenerados que adoran a la Señora-retorcida Ymoreaux, muchos de ellos modificados por su propia mano. Cada uno de ellos es diferente, pero igualmente vil, marcados por mutaciones que los condenaría en la superficie de sus mundos. Incluso un pozo inmundo como Haram no toleraría tales criaturas abiertamente, aun así Jonah ha viajado desde lejos para conocer a su señora. Después de incontables fallos ella tal vez sea la última esperanza para una cura.

“¿Como me libro de ello?” exige.

“No puedes. Está demasiado profunda - mucho más profundo de lo que piensas, muñeco.” Ymoreaux le mira lascivamente, recorriendo su larga lengua sobre sus dientes que parecían los de un tiburón. “Tu carne se siente muerta por que luchas contra el regalo. Tienes que doblarte ante los caprichos del Tejedor de Carne y dejar que las bendiciones vengan, de lo contrario te romperás como una cucaracha en una tormenta dentro de las cañerías.” Se ríe, babeando saliva negra. “¡O incluso peor! Siempre se puede empeorar en esta vida, Tres-Ojos.”

“Ese no es mi nombre, mutante.”

“Oh ¡Pero si que lo es!” la cirujana insiste, apretando su brazo con una garra marchita. “Es lo único que importa ahora. ¡Una vez que tu verdadero nombre te encuentra, te posee!

“Entonces no hay nada que puedas hacer,” dice Jonah, apretando el puño tanto que sus uñas le hacen sangrar con un susurro de dolor bendito. Tales gestos impotentes se han convertido en un hábito - incluso una adicción. Su otra mano busca la pistola bajo su desgastada chaqueta, llevada por un entusiasmo propio. “No puedes ayudarme.”

“Puedo ayudarte a encontrarte a ti mismo, muñeco. ¡Enseñarte cómo cambiar tu vida!” La Señora-retorcida Ymoreaux suelta una risita de nuevo, como si se tratase de algún chiste privado. “Si te portas bien puede que incluso-”

Jonah le encaja un disparo láser entre las mandíbulas. Mientras ella cae al suelo y sus seguidores arremeten contra él en un enjambre farfullante, el abre fuego, acabando con ellos como las alimañas que son. Se siente bien. Aquí abajo, en esta tecno guardia poblada por abominaciones y la fea verdad de sí mismo. Jonah casi se rinde a la sempiterna rabia. Siempre ha estado ahí, hirviendo bajo el tejido de sus pensamientos como un carbón candente enterrado bajo cenizas. Si la aprovecha, habrá unos escasos momentos de arrepentimiento, seguidos de nada salvo el dulce alivio carmineo de la furia y la satisfecha retribución por toda la miseria y todo el maléfico misterio que la galaxia le ha arrojado. Se trataría de una capitulación y una conquista a la vez.

“Quemalo,” dice, sonriendo ampliamente mientras ejecuta a la babosa humana sin piernas que se agarra a sus botas. “¡Quémalo todo!”, grita, acabando con un humano alto y delgado que tiene tres rostros fusionados que ríen, lloran y gruñen en armonía.

Como siempre es su hermana quien le salva. Un instante antes de que se rinda a la locura ve el rostro triste de Mina y recuerda quien es. Si la furia toma control de él - si de verdad inca sus dientes en su alma - jamás le dejará ir. Si eso ocurre no la encontrará, pues él dejará de buscarla. La olvidará. Eso no puede ocurrir.

Así pues Jonah tira las cenizas de vuelta sobre el carbón ardiente de su alma y se convierte en hielo una vez más.

“No soy nada,” dice, y al decirlo, se hace real.

Purga a los mutantes restantes sin ningún otro pensamiento, disparando, recargando y matando con la eficiencia de un servidor de combate ejecutando un protocolo de liquidación. Ha hecho esto muchas veces ya, y sin duda alguna lo hará

muchas más. Ha sido un camino largo y sangriento desde el infierno nocturno de Carceri a la madriguera de mutantes de Haram - seis años por lo menos - pero Jonah sospecha que su viaje no ha hecho más que comenzar.

Cuando la purga termina descubre que La Señora-retorcida Ymoreaux aún se encuentra viva de algún modo. Mientras se alza sobre ella esta comienza a gorgotear a través de la ruina chamuscada que es su garganta. Le toma un tiempo reconocer el sonido de una risa.

Gotas de sangre oscura salpicaron la página. En cuestión de momentos habían desaparecido, devoradas por el hambriento pergamino. Jonah apartó su mano con disgusto. El libro había estado alimentándose de su alma desde siempre, pero maldito fuese si pensaba que iba a añadir su esencia vital al trato.

¿Maldito? Jonah rió entre dientes con una sonrisa amplia ante el pensamiento.

“Hace tiempo que dejamos eso atrás, ¿verdad?” confió al tomo herético. Por supuesto *él era* el hereje ahora, pues eran sus palabras las que llenaban la mayoría de sus páginas - sus impresiones e intuiciones la que lo alimentaban. El prefacio esotérico del tomo había sido la semilla para todo lo que siguió, tanto en su escritura, como en su misión, pues una alimentaba a la otra, cada pasaje ganado duramente ofreciendo pistas para alguna nueva vía de investigación, que invariablemente produciría nuevos horrores y perspectivas aún más oscuras que registrar y sobre las que reflexionar. Era un sacrificio autocompletado para una historia que no iba a ningún lugar excepto hacia abajo, arrastrando cada vez más lejos con cada página que completaba y cada paso que tomaba.

“El libro es tuyo, Jonah Tythe,” el auto proclamado arquitecto de ojos plateados había decretado. *“Terminalo.”*

Aun cavilando sobre su encuentro con la palatina, Asenath bajó a sus habitaciones, luego siguió por el pasillo hasta la siguiente habitación. Por segunda vez en aquella noche se encontró vacilando ante una puerta.

Necesito hablar con él, decidió.

Transcurrió un minuto antes de que Jonah respondiese a su llamada tentativa sobre la puerta. Su rostro estaba aflojado y sus ojos vidriosos, como si su atención estuviera fijada en algo lejano. Por un momento Asenath temió que no la reconociera, entonces su mirada se afiló.

“Hermana Asenath,” balbuceó. “Pareces preocupada.”

“¿Con qué frecuencia sucede?” preguntó sin preámbulos. “La violación.”

Jonah sacudió la cabeza con cansancio y se hizo a un lado. “Será mejor que entres.”

La habitación apestaba a algo más fuerte que sus cigarrillos Iho habituales. ¿Obscura tal vez? El humo persistente hizo que Asenath se sintiera mareada, como si los pensamientos que giraban en su cabeza no fuesen suficientemente desorientadores.

No es de extrañar que se esté perdiendo a sí mismo, juzgó.

Sus ojos se sintieron atraídos por el brillo de la lámpara sobre el escritorio. Allí yacía un gran tomo hacia un lado, abierto en sus últimas páginas. Ella vislumbra letras exquisitamente formadas que se desvanecieron a mitad camino de la página, pero Jonah la cerró antes de que pudiera leer las palabras. La encuadernación estaba grabada con relámpagos plateados gemelos, el derecho un poco por encima del izquierdo. Era un glifo simple, pero de alguna manera repleto de…¿Qué? ¿Significado? ¿Potencial?

“¿Escribes?” Asenath preguntó, indicando la parafernalia junto al tomo. Como ella misma, él evidentemente favorecía a la pluma y la tinta.

“Te dije que estaba aquí por un libro,” dijo Jonah, guardando el libro en un cajón. “Respecto a tu otra pregunta, no tengo una respuesta para ti, Hermana. ¿Con qué frecuencia sucede? *Con demasiada,* diría, pero eso es solo una suposición. Podemos sentir los cambios, pero no podemos llevar un registro de ellos. “

“Por que nosotros cambiamos con ellos,” dijo Asenath, siguiendo su lógica instintivamente. “Nos cambian”

“Acabas de tener uno de los fuertes ¿Verdad?” Jonah suspiró y se hundió en su silla como un anciano. “Pero ya se está resbalando de tu memoria.”

“¿Por qué está ocurriendo?”

Ellos habían hablado con frecuencia durante el resto de la duración del viaje, incluso gravitando hacia una amistad cautelosa, pero ella siempre había evitado el tema. La posibilidad de que el espacio y el tiempo - la realidad en sí misma - estuviese enferma había sido demasiado para aceptar. ¿Cómo se podría tratar tal aflicción?

“¿Por qué?” ella instó. “¿Cuál es la causa?”

“No lo sé. Tal vez alguien está tirando de nuestras cuerdas para hacernos bailar, o simplemente zarandeandolas para ver qué ocurre.”

“Pero tú no crees eso.”

“No,” Jonah accedió, repentinamente muy serio. “No, no lo creo. Creo que la raíz se encuentra aquí, y tu maldito Exegessor está metido en ello hasta el cuello.”

“Olber Vedas es un hombre devoto y un pensador trascendental,” Asenath protestó, sorprendida por la intensidad de su convicción. “Muchos los consideran un santo.”

“Digamos que yo lo he visto con otra perspectiva. Todo el mundo puede caer, Hermana. Y cuanto más alto comienzan, con más fuerza golpearan el suelo - puede que con fuerza suficiente para romperlo.” Jonah frotó la pálida cicatriz entre sus ojos y ella se percató de que su mano estaba cubierta con sangre seca. “De todos modos, lo descubriré mañana.”

“Planeas visitar el Lux Novus,” Asenath asumió. “¿Es una decisión sabia?”

“Es por lo que estoy aquí.”

“Espera unos pocos días,” sugirió. “Iré contigo, pero no puedo marcharme hasta que no esté segura de que mis pacientes se encuentran a salvo.”

“Esos bastardos te importan de verdad¿Cierto?”

“¿Te sorprende, sacerdote?”

“Lo que me sorprende es que *no*.” Jonah la miró con curiosidad por un momento y luego se levantó. “Espera un momento, por favor.” Arrastró los pies hasta el baúl que había a los pies de su cama y tomó una caja de metal con un águila bicéfala angular en relieve.

“No siempre he trabajado solo",dijo, colocando la caja sobre su escritorio. “Esto es equipo del Astra Militarum.” Deslizó un pestillo y el frente se abrió revelando un robusto Intercomunicador de voz. “Lo conectaré aquí y lo dejaré funcionando como un relé transmisor. El alcance debería bastar para cubrir la mitad del anillo, tal vez más a menos que caiga una tormenta, en cuyo caso todas las apuestas están canceladas.”

Dos auriculares compactos estaban sujetos al dispositivo de comunicaciones. El le entregó uno a Asenath y se guardó el otro en el bolsillo. Ella no preguntó cómo había conseguido equipo de grado Militarum. Francamente ese era el menor de los misterios sobre este hombre.

“Enseñame.” dijo ella. Rápidamente él la guió por las instrucciones, su manierismo más parejo al de un soldado que al de un sacerdote.

Has sido muchas cosas, Jonah Tythe, Asenath supuso, y ningúna de ellas real. A pesar de las muchas conversaciones ella aún no tenía idea de quién era realmente. *¿O que?*

“Comunícate cada seis horas desde el amanecer” Jonah terminó. “O si algo ocurre, pero se discreta.”

“Entiendo.”

“Bien, entonces hablaremos al mediodía, Hermana.

“No esperarás ¿verdad?,” Asenah insistió. “Tienes intención de confrontar al Exegessor mañana.”

“Si.” admitió. “Ha pasado mucho tiempo.”

“Entonces rezaré por que esto no sea cuando nuestros caminos se separan a perpetuidad, Jonah.

“Todos llevan al mismo destino de todos modos, Asenath,” el respondió y entonces sonrió. Por primera vez, parecía sincera. “¿Pero qué sé yo?”

El Zapador Rem Rynfeld yacía boca arriba, empapado en sudor y sintiendo un dolor sordo mientras escuchaba la noche. El sueño irregular de sus camaradas llenaba la larga sala con el canto lúgubre de la tos, los ronquidos y los gemidos, casi ahogando el omnipresente sonido de los crujidos y chisporroteos del viejo edificio, pero eso no era lo que estaba escuchando.

“Se ha ido,” musitó cavilando. A pesar de que las moscas se habían retirado durante la última parte de su travesía, él aún escuchaba el taimado zumbido, pero aquí…nada. Sonrió ampliamente. Había aguantado a través de su sufrimiento, temiendo que las alimañas se lo llevaran como hicieron con Glicke, pero ahora finalmente podía dejarlo ir.

“Se han ido,” repitió Rynfeld con una sonrisa enferma. Observó al teniente, que estaba sentado en una silla al otro lado del ala, su cabeza desplomada sobre su pecho, dormitando. Reiss y el comisario habían tomar turnos para mantener vigilancia, a pesar de que no habían dicho nada a los demás. ¿No sabían que ya había acabado? ¿No podían escucharlo?

Rynfeld se volteó mientras las puertas del ala se abrieron silenciosamente. La silueta de una mujer alta y delgada cual cadáver se veía en la entrada, sus manos entrecerradas frente a ella, los lentes bulbosos que cubrían sus ojos brillando suavemente a través de la oscuridad. Se congeló en cuanto ella entró y caminó por el pasillo, sus pasos resonando afilados, como si portase zapatillas con suela metálica, aun así nadie se despertó. Se detuvo junto a cada cama y examinó a su ocupante antes de pasar a la siguiente, tal como la dulce Hermana Estrellaoscura solía hacer, pero aunque portaba la túnica roja de las hospitalarias, esta mujer era completamente diferente. Para los sentidos atenazados por la fiebre de Rynfeld no había manera de confundirla.

“La Ladrona de Aliento” siseó, demasiado débil para conseguir nada más que un raspido. Estremeciéndose cerró los ojos y espero, seguro de a por quien había venido.

Capitulo Seis

Diligencia

I

El Testimonio de Asenath Hyades - Sexta Declaración

La última noche, por primera vez desde que comenzó, hubo un cambio en mi recurrente pesadilla. Mientras ascendía el camino espiral hacia la nada, mi perseguidora me llamó, pronunciando mi nombre como una maldición amorosa. Conmocionada, me volteé y tropecé en el camino cristalino. Cayendo sobre mi espalda, finalmente vi a mi acosadora - una figura alta y delgada tejida a partir de las sombras. A pesar de que era completamente negra, como una silueta contra el vacío blanco, era sin lugar a dudas una mujer, su melena salvaje arremolinándose tras ella como una trémula nebulosa mientras caminaba hacia mí con piernas puntiagudas parecidas a agujas. Sus brazos colgaban libremente hacia su cintura, los dedos de sus manos extendidas rematados con largas agujas que goteaban oscuridad. Con cada paso que daba su forma parpadeaba, como si estuviera apareciendo y desapareciendo a través del tiempo.

"Ahora me ves, Hermanita, **¡Y como lo haces!,** *canturreó, su voz era como uñas arañando sangre sobre el metal. "Y lo visto, no se puede des-ver,***¡Oh no!**

Con un gemido de horror, trastabilleé poniéndome de pie y huí del demonio, por que a buen seguro no podía ser otra cosa, pero no importaba cuánto me esforzara pues sabía que nunca aumentaría la distancia entre nosotras, pues lo que se ha perdido aquí nunca podrá reclamarse.

Tras un tiempo inconmensurable dí un vistazo a mi alrededor, rezando para que mi perseguidora se hubiese retirado a su antigua invisibilidad, pero incluso esa piedad me fue denegada. Tal como prometió, una blasfemia contemplada no se puede des-ver **¡O no cantarse!** *Sin duda la habré de ver de nuevo cada noche de ahora en adelante, y al contemplarla, otorgarle una mayor sustancia.* **Y como agradecimiento te regalaré un poco de ESTILO, hermana gris.**

Alcanzar el Anillo de Koronatus me ha traído más cerca de mi redención, pero como algún maligno contrapeso, mi condenación se ha aproximado por igual. Sea lo que sea que el Dios-Emperador requiere de mí, debe ser completado rápidamente, no vaya a ser que mi oscuridad corra más rápido que mi luz. **¿Pero el final está a la vista? ¿Cuál es el precio de la victoria?**

Pero hay algo más que debo revelar, mi señora. Nunca le he hablado sobre la Palatina Cirujana Bathory, la señora de la Vela de Bronce, ni tengo la inclinación de centrarme en ella ahora, pero sospecho que el volver a verla fue la responsable de que mi pesadilla se intensificara. La palatina indudablemente se cree ser una leal sirviente del Trono y su habilidad en su campo elegido no tiene parangón, aún así la odio con cada parte de mi ser. Fue ella quien sembró las semillas de mi oscuridad, y posiblemente mi condenación. **¡Emancipación!** *Si alguna adversidad me aconteciese, insto a que la mire en primer lugar, pues es la palatina Bhatori con quien comenzaré mis investigaciones.*

Asenath cerró su diario. Si pretendía que su plan viese fruto no podía distraerse más. Sería el Primer Amanecer en poco tiempo, lo que debería otorgarle unas pocas horas de libertad mientras la palatina descansaba. Si Bathory hubiera alterado sus rutinas las cosas podrían complicarse mucho.

“No estoy equivocada” Asenath se aseguró a sí misma. “La vieja bruja nunca fue dada al cambio.”

Salió al pasillo y le dedicó una mirada a la puerta de Jonah. A estas alturas él se habría ido hace mucho tiempo, seguramente ya estuviese de camino a la Aguja Veritas, donde el Lux Novu se situaba. ¿Podría de verdad el rector del schola estar involucrado - ser incluso instrumental - en la creciente enfermedad de Vytarn? Ella no podía recordar haber visto al Theologus Exegessor, pero sus memorias del schola eran vividas. Como todas las niñas de los Mundovela que se mostraban prometedoras, ella había sido alistada en el Lux Novus a la edad de siete. Los siguientes tres años habían sido definidos por lo que parecía un una interminable serie de estudios, plegarias y pruebas para separar el grano de los simplemente competentes y las verdaderamente excepcionales. Habían sido años duros, pero también inspiradores, inculcandola con una profunda fé en el destino sagrado de la humanidad. Parecía imposible que tal lugar, o el hombre que trazaba su rumbo, pudiera contener corrupción.

Asenath apartó el tema de su mente. Tenía preocupaciones más inmediatas que atender. El sueño había dejado claro que estaba quedándose sin tiempo. Enderezando su espalda, comenzó a moverse. Tal como esperaba,incluso ahora el hospital no se encontraba completamente en silencio, pero los pocos miembros del personal con los que se cruzó simplemente ofrecieron un saludo educado o la ignoraron, sin duda asumiendo que se dirigía a visitar a sus pacientes. Tal vez era una forastera aquí, pero seguía siendo una Hospitalaria Senior y un aire de autoridad era la capa más efectiva en esta situación. Le sorprendió lo bien que recordaba todos los giros y cruces del laberíntico edificio. Y aun así, al reflexionar, no era sorprendente en absoluto.

“Fue mi prisión durante cinco años,” Asenath musitó, aborreciendo los incesantes azulejos a cuadros de rojo y blanco y los accesorios de bronce que definían el Sacrasta. Nada había progresado en este lugar a excepción de la decadencia, que estaba por doquier, acechando en las grietas, los parches de humedad y el moho negro que prosperaba entre los azulejos. En algunos lugares el empalagoso hedor a podredumbre era casi insoportable, como si una llaga gangrenosa entre los muros se encontrase a punto de reventar a través de ellas. *De florecer.*

Así no es como debía ser, pensó Asenath, pero su intención no tenía ningún peso detrás del pensamiento. Cualquiera que fuese la justificación debía haber sido extirpada de sus recuerdos.

“No lo cuestiones ahora,” se dijo a sí misma. “Mantente concentrada.”

Cuando alcanzó la planta baja su artimaña se volvió más frágil por que su camino iba hacia la parte trasera del complejo, lejos del ala de los Zapadores, pero decidió en contra de actuar furtivamente y continuó con valentía hasta que encontró la escalera que baja al nivel del sótano. Si la detectaban aquí no podría ofrecer ningúna explicación creíble a su presencia, así que se apresuró a bajar los escalones y a través de las puertas giratorias de abajo.El pasillo más adelante terminaba en una unión en forma de T donde una placa indicada que el pasaje de la izquierda conduce al Morifactorum, donde los muertos eran atendidos y el derecho al Reformatorum.

“Los dos están situados para servirse mutuamente,” Asenath observó mórbidamente mientras tomaba la desviación derecha. Solo las acólitas más favorecidas por la palatina estaban permitidas ahí abajo y sospechaba que su número se habría reducido más que crecido con el paso de los años, pues Bathory era celosa sobre su investigación.

El pasaje terminaba en una trampilla de plastiacero grabada con una vela helicoidal. No había manijas ni cerraduras a la vista, pero un sensor de cristal estaba incrustado en la llama del icono. Aguantando la respiración, Asenath colocó la

palma de la mano sobre el cristal. Su acceso había sido revocado y no llegaría más lejos. De hecho, una parte cobarde de ella esperaba que fuese así.

El sensor se iluminó y emitió un sonido de aprobación. Con un silbido de servo neumáticos la escotilla se deslizó a un lado, revelando una gran cámara circular. Otras siete puertas estaban colocadas en sus muros, cada una portando un relieve representando cada una de las Virtudes Encarnadas. Había equipos de monitorización montados al lado de cada puerta, sus pantallas se actualizaban constantemente a medida que controlaban los estados de los pacientes en las celdas. Una solitaria figura revoloteaba entre ellas como un fantasma vestido de carmesí, deteniéndose brevemente en cada uno para evaluar los datos y realizar ajustes antes de pasar al siguiente. Asenath sabía que la supervisora repetiría el ciclo indefinidamente, únicamente realizando una pausa cuando sus sensores internos la instaran a recargar sus células de energías o ingerir nutrientes de las tomas de alimentación cercanas a la entrada.

“Hola, Angelique,” susurró, el tiempo no había atenuado su repulsión. Naturalmente el esclavo semi-consciente no le prestó atención. Todo lo que quedase fuera de las estrictas directivas grabadas en su cerebro lobotomizado eran invisible para ella..

El servidor médico había estado allí hacía treinta años, pero la Palatina Bathory había insinuado que era mucho más antiguo, tal vez incluso datando a la construcción del Sacrasta. Su forma era la de una mujer alta y anormalmente delgada, pero no había manera de distinguir que había bajo las túnicas rojas o la máscara de porcelana esculpida que servía como su rostro. Al contrario que otros servidores Asenath había encontrado durante los años, Angelique se movía con una gracia inquietante, aparentemente deslizándose por el suelo como una serpiente encapuchada. Sus brazos sinuosos estaban envueltos en mangas de cuero que se fusionaban con los guantes, sin revelar nada de la carne bajo ellos.

“Es solo una marioneta,” Se dijo a sí misma y se alejó.

¿Pero quién es el verdadero titiritero, hermana?

La escotilla se cerró detrás de ella sentenciandola, como un mal trato ya sellado. Reluctante, la mirada de Asenath se posó en la verdadera pesadilla aquí. Al igual que el custodio de la cámara, la Tabula Rasa no había cambiado en absoluto.

¿Por qué habría de hacerlo? Es perfectamente en lo que es y siempre lo fué.

La masiva mesa quirúrgica estaba montada sobre una plataforma en el centro de la cámara, directamente bajo un grupo de luces de tipo platillo. Su ornamentada estructura de metal estaba erizada con servo-brazos multi articulados, equipados

con cuchillas, taladros y sondas en forma de agujas, todo ello prometiendo más dolor que alivio. Muchos de los artilugios se encontraban incrustados en el vientre del deforme gigante que yacía con los brazos extendidos cual águila sobre la mesa.

“Feizt” Asenath respiró, aproximándose al estrado.

A pesar de que el guardia se encontraba inconsciente sus miembros estaban restringidos con grilletes que lo sostenían rígidamente. Una jaula encerraba su cabeza, su frente equipada con abrazaderas para sujetar las mandíbulas abiertas para que los tubos de alimentación pudieran insertarse en su garganta. Más tubos y cables serpenteaba desde sus brazos hasta un panel cogitator que no dejaba de pitar junto a la mesa y una serie de dispositivos de soporte vital. Monitores montados en trípodes lo rodeaban, pulsando, chirriando y zumbando mientras monitorizan sus signos vitales, pero Asenath no necesitaba que le dijeran que el estado en que se encontraba Feizt era grave. Le había removido los vendajes del abdomen, revelando su herida, que se había enconado desde la última vez que la limpiase. Pus rezumaba por sus bordes y la carne de alrededor estaba llena de ampollas y lesiones.

“Pronto estarás en paz, hermano,” dijo Asenath, sintiendo más alivio que pesar. Incluso si el sargento zapador hubiese sobrevivido, su cerebro estaría dañado a buen seguro. Para un hombre como Toland Feizt tal destino sería peor que la muerte. Más eso no excusaba las acciones de Bathory.

Tal como Asenath esperaba, la palatina había sido incapaz de resistirse a un espécimen tan único. Evidentemente había trabajado durante la noche en su nueva adquisición, su trabajo impulsado por curiosidad en lugar de compasión. Para Akaishi Bathory este hombre era simplemente un envoltorio de carne para el enigma de la Pesteafilada - otro enigma que empujar, investigar, diseccionar y descartar como todos los otros que habían yacido sobre esta mesa.

“Las potencialidades de la vida se encuentran delimitadas por el preeminente mandato de la muerte,” La palatina Bathory expone ante sus pupilas favoritas. “ Para comprender y conservar plenamente la primera, se ha de reconocer, respetar y regular la segunda. Lamentablemente nuestra capacidad para alcanzar tal competencia es frecuentemente ofuscada por una predilección hacia el sentimentalismo.”

La palatina hace una pausa, sus lentes oscuras vagando sobre las iniciadas reunidas alrededor de la Tabula Rasa. Su mirada se detiene en la hermana Orlanda, que ha confesado en secreto sus dudas a Asenath. De pie junto a ella, Asenath siente el terror de su amiga y la impele a conservar la calma.

“Es esencial que resistamos este impulso,” Bathory continua finalmente, “ Pues es tanto erróneo como contraproducente. ¿Entendido?”

“Si, señora,” Asenath entona con las demás. Ella tiene trece años y aunque ya odia a la palatina aun cree que el trabajo que están haciendo aquí sirve a la humanidad. ¿Cómo podría ser de otra manera?

Su mirada se posa en el voluntario que yace sobre la mesa. El hombre ha sido atado a la mesa, pero su rostro redondeado es plácido, lo que confirma su confianza en la hermandad. Asenath no tiene idea de quién es o de donde viene, pero ya ha visto suficiente del trabajo de su señora para para saber que no abandonará este lugar con vida. El pensamiento la entristece, pero entiende que su sacrificio le granjeará un lugar junto al Dios-Emperador.

“La manifestación más congénita del sentimiento es la vacilación que genera sobre la cuestión del dolor,” Bathory proclama. “Esto es irracional, pues el dolor es meramente una respuesta refleja a un estímulo físico adverso: un invento de los sentidos. Si bien la retroalimentación que provoca es frecuentemente dinámica, juega un papel mínimo en el proceso de defunción. De hecho, no es raro que el dolor persista en niveles extremos sin inducir la muerte.” Bathory selecciona una aguja reluciente del conjunto prendido sobre su bata. “Lo demostraré.”

Asenath cerró los ojos, recordando los gritos del voluntario, y peor aún, la mirada de traición en su rostro cuando la palatina comenzó su trabajo.

“Para sanar sin escrúpulos debemos endurecernos al pandemonio de los sentidos,” citó huecamente. “El dolor es meramente una ilusión.”

Más tarde se le pidió que pusiera en práctica las técnicas de Bathory en uso no una, sino muchas veces, induciendo diligentemente sufrimiento y acostumbrándose a sus distracciones. Mientras su compañera, Orlanda, había fracasado, Asenath había sobresalido. Décadas más tarde, mucho más tarde, cuando ella esperaba que esos pecados hubieran quedado atrás, había vuelto a sobresalir en ellos al servicio del Padre Deliverance. Una vez..y otra…

Por que probaste su verdad, sugiere su voz interior maliciosamente. *La sensación es todo lo que hay, perfeccionarla todo lo que importa.*

“Eso no es verdad”

No puedes engañarte a ti misma, ¡Pequeña pecadora! ¡Veo a través de nosotras cuando lo haces!

La risa resonó por toda la cámara, burlona y malévola, y aun así inequívocamente *afectuosa*. Asenath miró furiosamente, pero aparte de Feizt y Angelique, estaba a solas.

Angelique…

Miró al servidor de rojas vestimentas. Se mantenía inmovil, su mirada vacía directa en ella. Al igual que su forma, el rostro de porcelana de la esclava era de aspecto femenino, sus facciones casi parecían de la realeza, como la máscara mortuoria robada de una heroína asesinada. Sus ojos eran ovalos lisos, la máscara libre de sensores obvios a la vista.

"Puedes verme," Asenath susurró. Pasaron unos cuantos segundos hasta que se dio cuenta que la risa se había detenido. "¿Puedes entenderme?"

Angelique alzó su brazo derecho apuntando a la puerta de la celda a su lado. El relieve de cobre representaba al Artesano Atormentado de Humilitas, La Virtud Encarnada de aquellos que se esmeran sin reconocimiento ni deseo por él.

Los seis brazos atrofiados del Artesano estaban extendidos simétricamente a cada lado, formando un círculo alrededor de su destrozado torso. Cada mano asía una herramienta diferente que estaba defectuosa de alguna manera pequeña pero brutal que mancillaría sus creaciones. Su noble rostro estaba enmarcado por un cabello lacio y ahuecado por el hambre y el fracaso, pero aun así mostraba el fantasma de una sonrisa.

"¿Qué quieres de mi?" Asenath preguntó a Angelique, aunque la respuesta era obvia. "No." Zarandeó su cabeza, recordando las retorcidas criaturas que la palatina mantenía en las celdas. *Sus queridos sujetos*… "No quiero contemplar su trabajo."

Oh, ¡Pero si lo deseas!

Angelique ladeó la cabeza como si escuchase sus pensamientos.

¿No viniste aquí a por respuestas, Hermana? ¿En qué otro lugar mirarías?

Deslizó a Tristesse de su bolsa. Asenath se aproximó al servidor cautelosamente. No reaccionó al arma, de hecho no le prestó atención en absoluto mientras cruzaba la sala, su mirada congelada en el espacio que había dejado vacío.

"¿Por qué este en particular?" Asenath murmuró mientras alcanzaba la puerta. Una ventanilla de observación estaba colocada sobre el grabado de cobre, cerrado con un ostentoso pergamino. Las palabras del documento estaban en Alto Gótico, su

fraseología era tan complicada como sus letras, pero su significado era suficientemente claro.

“Una bruja,” Asenath siseó, retrocediendo de la puerta con repulsión.

¿De qué tipo?

“No hay brujas en el Mundovela.”

Al menos no que te hayan dicho.

Angelique había volteado sus mirada vacía hacia ella de nuevo, expectante en silencio.

¿Que dijo el Profeta sobre la verdad, Hermana?

Reluctante, Asenath extendió la mano y agarró la palanca de la compuerta. Estaba fría al tacto.

“La Verdad es nuestra primera y más duradera luz,” entonó y abrió la compuerta.

II

El Primer Amanecer rompió sobre el Perihelion mientras Jonah alcanzaba la parte lejana del Puente Clementia. La luz rojiza de Condenación se derramó sobre la montaña como una nebulosa de sangre, despertando el paisaje en una abstracción infernal.

Jonah se detuvo y entrecerró los ojos ante la hinchada gigante roja que acechaba sobre el el distante pico. No era el sol más feo que jamás hubiese visto, pero había una ira perezosa en el que no le gustaba nada, como si solo necesitase un empujón más para entrar en supernova y llevarse a todo el sistema con él.

“¿Has estado esperándome?” desafió al sol moribundo.

Había perdido la cuenta de todos los mundos sobre los que había caminado, y los años vagabundeando el vacío entre ellos bajo una miríada de nombres y disfraces. Eventualmente también dejó de contar los cadáveres que dejaba trás de si, alguno de ellos intencionalmente, la mayoría, no. Hubo un tiempo donde el número de víctimas le preocupaba, y después atormentaba, pero había aprendido a dejarlo atrás y mantener su vista en el camino por recorrer. ¿Qué otras opciones había?

“Podrías simplemente marcharte,” sugiere razonablemente el oficial que bloquea el camino de Jonah.

“¿Qué?” dice Jonah desconcertado.

“¡He dicho que te marches!” el hombre gruñe, su actitud cambiando abruptamente, como si se hubiera accionado un interruptor en su cabeza. “¡Este área está prohibida, ciudadano!”

Los camaradas del oficial alzan sus autorfiles sin modificaciones para rodear a Jonah. Hay diez de ellos en la oscuridad de la calle barrida por el viento, justo fuera de su destino. Todos son grandes, hombres pesados y con densas barbas vistiendo abrigos blancos y sombreros adornados con pieles con largos cubre orejas. A pesar de sus uniformes Jonah sabe que son poco más que matones privilegiados sin el ancho de una daga de verdadero acero en sus cuerpos. Las fuerzas de seguridad de este mundo miserable están más acostumbradas a mantener controlada a su propia gente que a enfrentarse a enemigos que tal vez combatan de vuelta, mucho menos los del tipo que acechan en el edificio que esos hombres guardan.

“No soy un ciudadano de este planeta,” Jonah dice controlando su tono, “¡Soy un agente autorizado de la Sagrada Inquisición, encargado con purgar la herejía que reside ahí!” Señala con el dedo al edificio. “Consideraos bajo mi mando.”

Es una mentira perezosa y ni siquiera se molesta en contarla bien, o enseñarles el sello Inquisitorial forjado que porta. Está demasiado cansado y demasiado tenso para malgastar energías con estos idiotas cuando puede oler su miedo. Todo lo que quieren es que alguien lo haga desaparecer - que haga desaparecer a las cosas del interior del edificio.

“Inquisición,” el oficial balbucea, la esperanza compitiendo contra el terror en su rostro. “¡No quise faltarle al respeto, señor!”

“¿Cuando ocurrió?” Jonah salta.

“El disturbio fue reportado hace unas horas, señor. El escuadrón del sargento Goran llegó primero. Ellos…ellos fueron dentro. Escuchamos los gritos cuando llegamos…y algo más. Algo-”

“¿Nadie ha accedido desde entonces?”

“No, señor”

“Asegurate de que nadie lo hace.”

“Si, señor.” El alivio en los ojos del oficial sería divertido en otras circunstancias.

Tácitamente descartando a los guardias, Jonah evalúa el edificio. La planta de procesado de pescado es una monstruosidad cuadrada, construida a partir de láminas de plastiacero corrugado, al igual que las otras estructuras del barrio industrial de esta ciudad, sin embargo hay un tipo de vigilancia a su alrededor quele pertenece solo a él. A pesar de que nunca ha visto el lugar con anterioridad lo reconoce inmediatamente, pues ya lo ha descrito con febril claridad, estableciendo su imagen en el tomo, junto con los detalles del mundo destinado a engendrarlo.

Eso fue hace casi dos años. Había estado encerrado en los barrios marginales de esta ciudad congelada que se autodenomina una colmena,casi como si esperase a que diera a luz a su profecía, pero ahora que el momento ha llegado, duda. Aunque ha previsto y sido testigo de innumerables pesadillas desde que escapó Sarastus, esta se siente diferente.

“Sabes que vengo ¿Verdad?” susurra a la cosa del interior.

“¿Mi señor?” pregunta el oficial.

“No me sigas,” Jonah ordena. Es probablemente la orden más superflua que jamás ha dado.

Desenfunda su pistola barroca Elegy y quita el pestillo de seguridad. A pesar de que la antigua arma porta únicamente un cartucho, tiene más potencia que un arma de mano convencional, y la bala de su interior es aún más formidable que el arma en sí misma. El cartucho de alto calibre es uno de los seis que Jonah ha forjado y bendecido personalmente, imbuyendo con cada ápice de su desprecio por todas las cosas extrañas y retorcidas. Su propulsor está entrelazado con gránulos de vidrio de uno de los fragmentos que rescató en la primera noche de su eterna búsqueda en el suelo. A lo largo de los años ha aprendido el valor de esos valiosos fragmentos bien.

Sin decir nada más deja atrás al guardia y abre la puerta de metal concertado de la planta de procesado. La oscuridad delante de él es casi completa, pero no se permite dudar más.

¿Qué más hay aquí?” pregunta y se pone en marcha.

“Encantado de conocerle, sacerdote.”

Sorprendido, Jonah se giró, con sus ojos todavía deslumbrados por la severa mirada de Condenación. Había estado mirándolo directamente demasiado tiempo, aunque había dejado de *verlo* hacía algún tiempo. Durante su inoportuna ensoñación un vehículo se había detenido a su lado en el camino perimetral.

Mientras su visión se limpiada vió un buggy compacto, su motor traqueteando mientras estaba en reposo. El chasis descapotable estaba montado sobre ruedas bulbosas y bandas de rodadura pesadas que parecían capaz de manejar terrenos accidentados, posiblemente incluso los caminos más empinados que recorrían las agujas. Su pátina azul estaba malteada y salpicada de barro, pero el símbolo de su capó brillaba como si acabara de ser pulido - una vela piramidal con un ojo vertical.

“Mis disculpas, no pretendía asustarle,” dijo la mujer conduciendo el vehículo, no sonando arrepentida en absoluto. Su voz tenía un tono ronco, un acento inusualmente gutural. “Es poco común ver a alguien afuera durante el Primer Amanecer, especialmente en la Vía Korona. Los ciudadanos piensan que trae mala suerte.”

“Usted está aquí.” Jonah señaló.

“Soy una mujer poco común.” Ella resopló con desdén. “Y no tengo paciencia para las supersticiones cuando los verdaderos misterios abundan.”

Su tono brusco sugería que tenía poca paciencia para el civismo también. Como sus modales, su rostro de mandíbula cuadrada y facciones brutas proyectaban una franqueza que rayaba la beligerancia, pero había una chispa de humor vivaz en sus ojos azules. Llevaba su pelo blanco en estilo bob, cortado cerca de las orejas, una de las cuales estaba equipada con un accesorio, un sensor tachonado. Su túnica azul con adornos plateados estaban casi tan sucias como su vehículo, pero aun así había una autoridad descarada en ella.

“¿Esta con la Vela Plateada, Hermana?” Jonah preguntó formalmente.

“¡Por mis pecados, sacerdote!” ella confirmó. “Estoy destinada a perseguir un enigma que seguirá dando vueltas a mi alrededor mucho después de que mi carcasa mortal sea devorada por los gusanos.” Viendo la sorpresa en el rostro de Jonah ante su irreverencia ella sonrió ferozmente. “Oh, no se equivoque, no podría pedir una mejor vocación en esta vida. Hago el trabajo que el Dios-Emperador me encomienda.”

“Como diga, Hermana.”

Ella abrió la puerta de pasajero. “Suba.”

“¿Por qué haría eso?”

“¡Por que es una larga caminata a la Aguja Veritas, Predicador Tythe!”

Ella se llamaba Hagalaz. Jonah no sabía si era su primer o segundo nombre y ella no ofreció nada más, pero resultaba obvio que no se trataba de una Hermana Dialogante ordinaria y que su encuentro no había sido un accidente. Una vez se pusieron en marcha se preparó para las preguntas, y aun así tras las introducciones superficiales y la oferta de llevarlo a la Aguja Veritas ella pareció perder el interés en él por completo. Tarareando desafinadamente aceleró a lo largo de la estrecha carretera de montaña, sin prestar atención a la abrupta caída a su derecha.

¿A qué juegas, mujer? Jonah relexionó. No estaba particularmente sorprendido de que ella conociese su nombre y destino. Había dado ambos a las autoridades portuarias en Rosetta, y después de nuevo a las Celestiales en el *Sangre de Demeter* así que era inevitable que la noticia llegase a las guardianas del Anillo. Dada la accidentada travesía también era inevitable que se alzasen preguntas. No, en realidad lo que lo desconcertó fue que la hermana Hagalaz no las estuviera *preguntando*.

"¿Por qué Condenación?" Jonah dijo en un impulso. "Este es un mundo sagrado. ¿Por qué dar semejante nombre a uno de sus soles?

"Humildad," Hagalaz respondió. "Para recordarnos que el conocimiento es un cuchillo de doble filo."

"Aun así su secta lo busca de todos modos."

"¡Debemos! El sol oscuro también nos recuerda que nos espera si fracasamos."

"¿Fracasar?"

"Al encontrar una respuesta, sacerdote."

"¿A que?"

"¡Cuantas preguntas!" exclamó, golpeando el volante con sus manos para enfatizar. Jonah no supo decir si eso se suponía que era una respuesta literal o una súplica por silencio, pero decidió en contra de agitarla más. Ella estaba conduciendo demasiado rápido para distracciones innecesarias. Parecía inconcebible que su caza pudiera terminar en una zambullida de quinientos metros en el océano, pero él no tentaría a su suerte. O su destino. De todos modos estaba demasiado cansado para presionar a su excéntrica compañera. Había trabajado durante la noche, luchando por completar el libro antes de la cercana confrontación, pero sus esfuerzos le habían recompensado con apenas tres parágrafos, todos ambiguos.

"Espera," Asenath le había advertido y sabía que ella tenía razón. No estaba listo. Inconscientemente inspeccionó su mano izquierda. Como esperaba, sus cicatrices

auto infligidas ya estaban desapareciendo. Para el atardecer se habrían ido sin dejar rastro, como las otras incontables heridas que había recibido a través de los años. Su maldición sólo le permitía una cicatriz - al menos solo una que fuese visible.

“Espera”

“No puedo,” Él dijo tristemente.

¿Qué más hay ahí?” Jonah pregunta mientras la expectante oscuridad lo devora una vez más.

El hedor a pescado no tan fresco se adhiere a él, mezclado con el hedor de sangre mucho más fresca. Hacía frío en las calles, pero dentro de la planta de procesamiento es tan intenso que su carne despojada de nervios lo siente, tal vez por que se trata de un frío antinatural. Sus instintos le gritan que abandone esta revelación y encuentre otra manera de seguir hacia delante.

“No puedo,” dice. Es una negación y una afirmación a la vez.

Con dedos temblorosos, saca un saco de cuero de su abrigo y toma un fragmento del cristal colorido. Únicamente quedan cinco fragmentos del espejo. Este brilla con un amarillo centelleante en su palma. El ansía de aplastarlo y saborear su vil esencia vital es casi abrumador, pero se niega.

“Solo si debo, Mina,” promete a su hermana, cerrando el puño con cuidado alrededor del fragmento afilado. Con su otro pulgar activa la luz de su pistola de cañón largo y apunta con su haz a través de la oscuridad. El interior de la planta es un único cavernoso hall repleto de largas mesas de metal conteniendo peces de diferentes formas y tamaños. Los más largos cuelgan del techo en ganchos, abiertos en canal para ventilar sus entrañas en sartenes de hierro. Pero no es la violencia perpetrada a los peces lo que le provoca arcadas a Jonah.

Hay cuerpos por doquier, destrozados y esparcidos con un salvaje abandono. Muchos de los trabajadores están tendidos sobre las mesas junto a las criaturas marinas que filetearon hace solo unas horas. Algunos cuelgan del tejado, atrapados en las vigas donde el carnicero los arrojó como bolsas llenas de sangre. Algunos aún portan cuchillos o hachuelas, las improvisadas armas congeladas en sus manos. Entre los trabajadores masacrados hay restos de los Husares Espina de Hierro del Sargento Goran, sus abrigos blancos hechos trizas y teñidos de rojo. Todo está cubierto de escarcha y la sangre se ha congelado, formando carámbanos en las mesas y las vigas.

“Por el Trono Sagrado,” Jonah respira, su cinismo eclipsado por el horror. Debe haber más de cien cuerpos aquí, ninguno de ellos siquiera cerca de la salida. “ ¿Por qué no trataron de huir?”
Como respuesta se oye una risita desde la oscuridad al otro lado de la sala, demasiado lejos como para que la luz penetre.

Jonah avanza cautelosamente hasta que su haz encuentra a un hombre agachado tras una mesa volcada. El extraño mira hacia arriba bruscamente, parpadeando por la luz. Hay tres círculos concéntricos grabados en su áspero rostro, irradiando desde un punto invisible entre sus ojos. A diferencia de las otras heridas realizadas en este lugar infernal, todavía sangran.

“¿Sois vosotros, hermanos?” el hombre suplica. “¿Habéis escuchado nuestros gritos?” Su escuálido cuerpo está desnudo salvo por unos harapos rotos, pero Jonah ha visto suficiente a los oprimidos de este planeta como para reconocerlo como un siervo trabajador, aunque una palabra más fiel a la verdad sería esclavo.

“¿Que ha pasado aquí?” Jonah pregunta, deteniéndose a unos pasos del superviviente.

“Libertad, hermano.” El hombre suspira con nostalgia mientras sus ojos se adaptan a la luz y se fijan en Jonah. “ No eres tú.”

“Quizá lo sea,” Jonah dice, poniéndose de cuclillas para que sus ojos estén a la misma altura. “Estoy aquí porque escuché los gritos. ¿Cual es tu nombre…hermano?”

“¿Yo?” El hombre lo mira inseguro por un momento y luego sonríe. “Soy Verloc. ¡Soy un luchador!”

“¿Un combatiente por la libertad?” Jonah supone.

“¡Por supuesto, hermano!” Verloc asiente vigorosamente. “Los cambios ya llegan. Los he visto - ¡Aquí!” Se toca la frente. “Y he visto a los libertadores también, pero ellos aún están lejos. Demasiado lejos para vernos.”

“¿Quienes son ellos, Hermano Verloc? ¿Ellos hicieron esto?”

“¿Los libertadores?” El superviviente parece sorprendido, como si la noción fuese absurda. “No, hermano, nosotros hicimos esto. Todos nosotros juntos - ¡una señal para los libertadores!” Verloc baja su voz, como para confiar un secreto. “Los otros no lo sabían, claro. Tenía que enseñarles. ¡Hacerles ver su propio fuego!” Pasa un dedo a través de las espirales sangrientas de su rostro. “Ella me enseñó como. La Ruzhalka.”

El agarre de Jonah se intensifica sobre el fragmento del espejo. Ruzhalka… *Él nunca ha escuchado el nombre, pero conoce el sentimiento que evoca demasiado bien. Odio negro y furía roja.*

“Esta Ruzhalka es una libertadora?” El nombre sabe a carne chamuscada en su lengua.

“No, la Ruzhalka es un pescado, hermano,” Verloc responde.

Jonah observa al hombre. Sea lo que sea que esperaba oír, no era esto.

Verloc suelta una risita ante su expresión. “¡No es un pescado común! Ella nada en océanos mayores y más profundos que nosotros y puede tragarse a una ballena entera.” Sus ojos se entrecierran en rendijas salvajes. “¿Te gustaría verla, hermano?”

“¿Quién es ella?”

La sonrisa del superviviente se ensancha. Y se sigue ensanchando…

Jonah se arrancó del pasado con tanta violencia que casi saltó de su asiento. Con la respiración entrecortada se quedó mirando el terreno rocoso que pasaba a toda velocidad a su lado.

“Un mal sueño,” la mujer sentada a su lado en el buggy observó.

“Los he tenido mejores, Hermana” graznó con los labios resecos. “ ¿Cuánto tiempo he estado fuera?”

“Casi dos horas,” Hagalaz respondió. “El Segundo Amanecer ya ha roto.”

Adormilado Jonah se percató de que era verdad. la bruma sanguina de Condenación había recedido, abrumada por la radiancia del vigoroso segundo sol de Vytarn. Con salvación ascendente el escabroso paisaje es precioso. Mar adentro, más allá de la curva de la carretera, vió una esbelta montaña que sobresalía de las olas como una lanza de piedra. la Aguja se estrechaba bruscamente hacia su pináculo, donde algo brillaba con luz dorada - probablemente una cúpula de algún tipo. Un puente barría desde las estribaciones de la montaña hacia el continente, su longitud revestida por completo de mármol suspendido sobre titánicos pilares rematados con pararrayos.

“Esa es Veritas, la Aguja Quebrada,” Hagalaz dijo con una reverencia inusual. “Pronto llegaremos al Puente de la Verdad.”

He subestimado la distancia, Jnah comprobó. Yendo al contrario de las agujas del reloj en la carretera perimetral, Veritas era la segunda aguja después del bastión de las hospitalarias, pero a pie no la habría alcanzado antes del anochecer.

“Sabe que me dirijo al Lux Novus, Hermana,” tanteó con cautela.

“Lo sé.”

“¿Planea venir conmigo?”

¿No hoy, Predicador Tythe.”

Jonah dudó por un momento. “¿Tratará de detenerme?”

“No.”

¿Entonces de que va todo esto, Hermana? se preguntó Jonah. Tuvo su respuesta cuando se aproximaron a la masiva rampa que alimentaba al puente.

“No me interpondré en tu camino, sacerdote,” dijo Hagalaz, deteniéndose al pie de la rampa, “Pero mis queridas Hermanas a buen seguro lo harán.”

A treinta metros desde la entrada el puente estaba sellado por un muro de paneles de hierro interconectados. Todos estaban grabados con la vela angular de la orden militante de la secta y fortificados con pergaminos de rezo e iconos sagrados. Torretas automáticas reforzaban la barrera en intervalos regulares y las Hermanas de Batalla en su armadura gris caminaban por encima, con sus armas listas. Un ornamentado tanque se asentaba en la cresta de la rampa, los misiles de su casco dirigidos sobre el muro.

“¿Lo ves?” Hagalaz preguntó atentamente

“Mantienen algo adentro,” respondió Jonah, comprendiendo el quid de la cuestión inmediatamente. “¿Por qué?”

“Hubo un…*incidente* en el Lux novus. Uno profundamente blasfemo.” Una nota de rabia se deslizó en su voz. “Tememos que la aguja al completo esté comprometida.”

“¿Qué pasó?” preguntó Jonah, observando las defensas con ojo entrenado. Cuántas veces, en cuantos lugares corruptos él había preguntado la misma lúgubre pregunta.

“Esperaba que tal vez tu pudieras decirmelo, Predicador Tythe.”

“¿Yo?” Jonah se volteó hacia ella. “Acabo de llegar.”

“¿Para ver al Theologus Exegessor?”

“Si, estoy aquí por invitación suya, Hermana.”

“La cual clamas que recibiste por una comunicación astropatica hace nueve meses estándar, ¿correcto?”

“Tal como informé a las autoridades en el puerto espacial.” Jonah frunció el ceño. ¿Su enemigo le había atraído a una trampa más mundana de lo que había anticipado? ¿Terminaría esto con su ejecución a manos de la hermandad de Vytarn? “¿Los salmos identificativos que presenté eran inadecuados, Hermana?

“Al contrario, eran indudablemente genuinos, pero dos cosas me preocupan,” declaró Hagalaz. “Para empezar, no hay astropatas en el Mundovela.”

Jonah asintió, tratando de ganar algo de tiempo para pensar. No tenía planes de contarle la verdad sobre el mensaje que había recibido, o la naturaleza de la criatura que lo entregó.

“No toleres al psíquico,” citó piamente. *Incluso a los útiles y aceptados.* Era una actitud común entre las ramas más zelotes de la Eclesiarquia, pero no la había esperado de la Última Vela, que era tán rádical como podía ser.

“No es una cuestión de *tolerancia* sacerdote,” dijo Hagalaz. “Comprendemos el valor de los astropatas.”

“¿Entonces por-”

“Mi segunda preocupación es aún más perpleja,” le interrumpió. “Todo el personal y los estudiantes del schola se perdieron en la catastrofe. El Theologus Exegessor estaba entre ellos.”

“Yo….”

“El incidente ocurrió hace dos años, Predicador Tythe.” Sus ojos azules le penetraron.

“Eso….no es posible”

“Veo que comprendes el dilema.”

Jonah no estaba escuchando. Había imaginado incontables desenlaces para su caza, pero cada una de ellas terminaban con su enemigo, su confrontación era tan inevitable como desconocida su resolución. Si Vedas estaba muerto, todo habría sido por nada.

¿Cómo te encontraré, Mina? Jonah cerró sus ojos, tratando de pensar.

"¿Predicador Tythe?" preguntó Hagalaz, sonando lejana.

Las fosas nasales de Jonah se agitaron cuando el hedor a pescado invadió el viento oceanico, y justo detrás de él, el olor a sangre.

"¿Lo hueles?" preguntó.

"¿Oler el que, Sacerdote?

"Es una mentira," dijo Jonah con fría convicción. Recordando, cerró sus puños.

El fragmento de cristal de su mano se quiebra en multitud de fragmentos más pequeños que atraviesan carne, mente y alma en rápida sucesión, acelerando cada estrato de su ser exponencialmente. Durante un latido seismic Jonah está completamente despierto al mundo, sus percepciones son miríada, afiladas hasta lo infinito.

"Es una mentira," advierte a la sombra rancia que lo observa desde el otro lado del camino - su camino. "¡Matalo!"

Entonces su atención se centra en el hombro loco sonriente que se agazapa frente a él en la factoría de pescado. Los ojos del intento de libertador brillan y luego se vuelven vidriosos mientras su boca se abre cada vez más. Con un crujido húmedo, su rostro se retrae de su cráneo como una vaina y una forma serpentina brota de sus mandíbulas, chirriando cuando emerge del Mar de las Almas. La rabia irradia del demonio en ondas, distorsionando el aire a su alrededor mientras se desenrosca del desventurado trabajador. La marea se desborda sobre Jonah, agitando la ira de su propia alma, pero la bendición del espejo lo eleva por encima de su alcance. En ese momento de despiadada claridad la historia de esta pantomima se desvela ante él.

Él saborea la impotente rabia del don nadie que abrió la vía al infierno con la esperanza de la libertad, y el destino de aquellos que atrapó en su estupidez. Ninguno es inocente, y ningún tiene razón de serlo, pues ellos no han conocido nada salvo la opresión y la viscosidad que nutre. La ira arde lentamente en todos sus corazones, ansiosa por erupcionar en violencia. Cuando el Ruzhalka emerge entre ellos, es como un millar de erupciones.

Jonah ve a los trabajadores liberadores asaltar al demonio pisciforme, cortando y golpeándole con sus lamentables armas o sin armas al completo. Ardiendo en libertad salvaje, no prestan atención a la carnicería que causa entre ellos. uno por uno sus cadáveres destrozados son arrojados a sus posiciones predeterminadas alrededor de la planta de procesamiento, construyendo la escena en la que Jonah entra más tarde.

La matanza termina en minutos, entonces se prende de nuevo brevemente cuando los húsares de abrigos blancos de la escuadra del Sargento Goran aparecen. Sus ardientes rifles láser son tan inconsecuentes como las herramientas de los trabajadores, aun así los soldados resisten más tiempo, tal vez por que ellos tratan de matar al demonio a distancia. Después de que sean asesinados el intruso infernal se retira a su huésped, ni saciado ni satisfecho, pero demasiado preocupado por la rigidez de este nuevo mundo como para deambular sin violencia que lo sustenta. Acechando desde dentro de su carcasa humana, observa, esperando a que aparezcan más presas.

Jonah ve todo esto y no siente nada, pues su alma se ha desprendido de él tanto como su carne, pero más adelante temblará, llorará y se enfurecerá por el horror. Y entonces escribirá sobre ello - no sobre los eventos o sus particularidades, pues sus registros no son una crónica sobre trivialidades y tribulaciones, sin importar como de diabólicas sean. No, es textura y conocimiento lo que el libro anhela.

Verdad.

El Ruzhalka es el primer demonio al que Jonah se ha enfrentado y traerá más revelaciones. Pero primero, debe sobrevivir.

Se lanza a un lado cuando la bestia se avalanza hacia el en un torrente de ojos negros y dientes de tiburón atados por tendones crudos. Se tuerce tras él, moviéndose con la fluidez de un depredador océanico, su brillante forma crujiendo y parpadeando en su afán por saborearlo. Jonah se aleja rodando de sus golpes de cola, el halo de luz de su linterna cortando salvajemente a través de la oscuridad mientras se desvía.

Aproximándose a un muro se pone de pie y salta sobre la mesa - y después lejos, en un instante, antes de que el demonio la convierta en astillas. Lanzándose por el aire gira con gracia inhumana y apunta con su pistola, no al Ruzhalka, sino sobre el hereje sin cerebro que lo trajo.

La cáscara que era Verloc se encuentra aun de rodillas, su cabeza sin carne echada hacia atrás para que sus mandíbulas abiertas se dirijan al techo como una planta esquelética anhelando el sol. Sus ojos se han deslizado hacia su cuello, desde donde observan con una mirada vacía desde la barba que una vez perteneció a su

rostro. Todo su cuerpo se estremece y tiembla, contorsionado por los esfuerzos del Ruzhalka, pues la cola del demonio todavía está arraigada en su garganta distendida.

"¡Arde!" Jonah brama, canalizando su desprecio en una orden mientras dispara.

Brillando con la luz del arco iris, su bala impía teje entre las espirales de la bestia y perfora el cráneo de Verloc, luego detona en una rafaga que ilumina la habitación. El Ruzhalka chilla y observa su odio con un millar de ojos y orificios mientras su anfitrión arde y las llamas centelleantes suben por su cola, deshaciendo todo lo que tocan.

Jonah se derrumba sobre su espalda con una fuerza asombrosa, su trascendencia sacrificada para potenciar el tiro mortal. Mientras el demonio se abalanza sobre él, el fuego alcanza su cabeza, abrasandolo hasta convertirlo en ectoplasma carbonizado a un palmo de su rostro.

Por un largo tiempo Jonah permanece quieto, mirando con asombro como el miasma fétido se disipa. Cuando su supervivencia está asegurada, sonríe ampliamente, tan depredador como la presa que acaba de asesinar.

"No esta noche, bastardo." se mofa de su verdadero enemigo, que espera en el futuro distante. "No hasta que hayamos terminado"

"¡Predicador Tythe!" espetó una voz ronca.

Jonah abrió los ojos y se encontró con la mirada burlona de la Hermana Hagalaz.

"Estabas hablando sobre una *mentira"* la mujer de pelo blanco le instó. "¿Qué farsa?"

Jonah dubitó, valorandola. Quienquiera que fuese ella era evidente que tenía cierta autoridad aquí. Tal vez ella también tuviera algunas respuestas. Y más concretamente, no iba a pasar por las guardias del puente sin usar uno de sus preciados fragmentos…

"La farsa es Olber Vedas, Hermana." dijo, tomando una decisión.

"Explicate." No había negación o furia en el tono de Hagalaz. Era casi como si esperase tal respuesta.

"Fuese lo que fuese que ocurriese en el schola, Vedas sobrevivió," Jonah continuó, sintiendo la verdad de sus palabras. "De hecho, apuesto a que estaba detrás."

Juega la mano al completó. pensó. *Todo o nada.*

“Su Exegessor es un hereje, Hermana,” dijo. “ He venido a Vytarn para matarlo.”

III

Lemarché observó a la Hermana Asenath cuando entró en la sala del Sacrasta, tal como había hecho en el *Sangre de Demeter* y el *Asclepius. L*os Zapadores del Vacío no eran ya su responsabilidad, aun así Lemarché había esperado que volviese. Todos lo estaban.

Sea lo que sea, sigue siendo nuestra guardiana, reflexionó. *Un alma así no puede abandonar sus cargas. Es la verdugo en ella.*

Lo que le *había* sorprendido fue su retraso. Ya había pasado el mediodía antes de que ella apareciera, para entonces las rutinas en el Sacrasta estaban en marcha hacía mucho. La Madre Superiora Solanis y un séquito de hospitalarias vestidas de rojo habían comenzado sus exámenes y limpiezas rituales de los heridos al Primer Amanecer, procediendo sistemáticamente a través de la sala. Los hombres más gravemente heridos habían sido sacados en camilla para recibir cirugía, donde recibirán una limpieza más profunda, tanto corporal como espiritual. El Zapador Rynfeld finalmente había sucumbido a la enfermedad durante la noche, pero con la gracia del Emperador sería el último. Solanis le había asegurado que la Palatina Cirujana ya había comenzado a diseñar un plan de tratamiento para su enfermedad. Supuestamente había trabajado toda la noche, utilizando a Feizt como un *vector de absolución*, sea lo que sea que significase eso.

No, Lemarché no podía culpar a sus nuevas sanadoras. Todo había sido manejado eficientemente, incluso cortésmente, pero sin un susurro de compasión.

“Saludos, Hermana” dijo cuando Asenath alcanzó su cama.

“Comisario,” respondió distante. “Confío en que mis hermanas os estén atendiendo bien.

“Impecablemente. El procedimiento para atender a mi disparidad ambulatoria, como Madre Solanis lo llama, ha sido programado para mañana.”

“Eso es bueno” dijo Asenath, ajena a su intento de humor. Tenía los ojos inyectados en sangre, los anillos oscuros debajo de ellos parecían moratones contra su piel pálida.

“¿Todo en orden, Hermana?” Lemarché preguntó suavemente, su frialdad desapareció.

Ella dudó por un momento antes de responder. “No, no creo que lo esté.”

“¿Mis hombres se encuentran en peligro?”

“Están muriendo, comisario. La Vela Bronce es su última esperanza. Están donde deben estar.” Su mirada se afiló duramente. “Confía en mí, Ichukwu Lemarché?” Era la primera vez que usaba su nombre completo.

“No,” dijo llanamente. “Nunca lo he hecho. No es lo que pretende ser.”

“No, no lo soy” admitió. “De todos modos, le estoy pidiendo que confíe en mí ahora.”

“Deme una razón.”

“Por ahora esto debería bastar.” Discretamente deslizó un objeto envuelto en tela de su bolsa y lo colocó bajo la sábana. “Escondelo, pero mantenlo cerca. No puedo arriesgarme a adquirir otra.”

“¿Qué está pidiendo exactamente, Hermana?

“Aun nada, comisario,” Asenath respondió. “Acepta la ayuda del Sacrasta, pero mantente vigilante.” Ella asintió y se alejó.

Siempre estoy vigilante, Lemarché le prometió, retirándose.

Pasaron muchas horas antes de que la sala se vaciara del personal del Sacrasta y los soldados sanos habían partido hacia el refectorio del hospital. Solo entonces Lemarché inspeccionó su regalo subrepticio.

“¿Qué trama, hermana Asenath?” murmuró.

Dentro de la tela había una pistola láser, su carcasa de bronce tenía incrustaciones de la vela helicoidal.

“No llegué,” dijo Jonah, su voz quebradiza por la estática. “El camino estaba cerrado.”

“¿Hacia el schola?” Asenath preguntó, frunciendo el ceño ante la pobre señal del comunicador.

“La maldita Aguja al completo, Hermana.”

“¿Qué?” Estaba conmocionada. “¿Por qué?”

“*Vedas,*” Jonah dijo, convirtiéndolo en una maldición. *“¿Cual es la situación en el Sacrasta?”*

“Complicada. ¿Dónde está?”

“De camino a la ciudad,” Hubo una pausa repleta de estática. “*No puedo hablar ahora, Hermana. Le contactaré mañana*.” Su señal se cortó.

Cansada, Asenath se quitó los auriculares que le había dado y se dejó caer en su silla. Se encontraba a solas en su habitación y la tentación de colapsar en su cama era inmensa. El intenso sueño de la noche anterior la había agotado, pero eso solo era una parte. La mayor residía en las cosas retorcidas que había encontrado en el Reformatorium.

Amados Ídolos rotos, forjados en homenaje a seres en imperfecta abjecci- ¡Callate! Asenath gritó. Con un gruñido se obligó a levantarse. Debía reunirse con la Palatina pronto. La idea de escuchar a Bathory parlotear sobre rectitud todo el tiempo, enmascarando lo que había descubierto era desalentador, pero era demasiado pronto para enfrentarla. Demasiado peligroso…

Entonces enfrentemonos a la puta juntas, querida hermana, su compañía instó*. ¡Esa vieja bruja es un hueso que destrozar tanto para mi como para ti!*

“No,” Asenath dijo fríamente. “Cuando llegue el momento, ella es mía.

Capítulo Siete

Humildad

I

El Testimonio de Asenath Hyades - Septima Declaración

Como temía, mi pesadilla se aproxima a su apogeo. La última noche la mujer sombría ganó terreno peligrosamente, las zancadas de sus arqueadas piernas ahora son más rápidas que mis pasos. Mientras me acosaba balbuceaba sus tonterías sin cesar, cada una de sus sentencias llena de verdades destrozadas, así que no podía evitar escuchar y esforzarme por desentrañar su significado. Semejante falta de atención a mis pasos provocó que mi huida fuese aún más peligrosa, porque el camino se había vuelto más empinado y resbaladizo, como si activamente buscase desequilibrarme. Si eso sucediera sería mi caída final, porque el demonio estaría sobre mí antes de que me levantara. ¿Y entonces? no lo sé, pero estoy segura de que las consecuencias serían terribles.

¡Terribles para algunos! ¡Maravillosas para otros!

Ya no puedo ignorar más lo que sospecho desde hace algún tiempo - lo que acecha en mis sueños y la presencia que atormenta mis pensamientos despiertos son una y la misma entidad. De donde vino y como se adhirió a mi no puedo decirlo, pero su naturaleza es por seguro maléfica, su objetivo indudablemente mi alma inmortal. Desde mi llegada al Mundovela me ha provocado con medias verdades y viejos odios que no puedo abrazar ni denegar.

¡Condenada tanto si lo haces como si no! ¡Libre de la condenación de SUS mentiras, solo si te atreves!

Es motivo de orgullo para el Imperium que ningúna guerra Adepta Sororita ha caído jamás en posesión demoniaca, y ocurra lo que ocurra, no me permitiré ser la

primera. **Oh, esas nupcias ya fueron celebradas por otra despechada del trono, hermana gris.**

Estoy resuelta a no dormir más hasta que mi deber aquí este completo, trás el cuál dormir no será, probablemente, una preocupación. Hoy me aprovisionaré de una filacteria de estimulantes sagrados de los almacenes del Sacrasta, tal como me aprovsioné de un arma para el Comisario Lemarché ayer. **¡Ladrona!** *La Oblea Sacra debería ayudarme durante los próximos días y asegurar que mi ingenio es lo suficientemente afilado como para cortar a través de las mentiras de la palatina.*

Y así llegamos al quid de esta declaración.

Mi reverenciada canonesa, estoy convencida de que el Predicador Tythe se equivoca sobre la fuente de la mácula en el Mundovela. El hereje aquí no es el Theologus Exegessor, sino la Palatina Cirujana.

La monstruosidades de Akaishi Bathory siempre han sido reprensibles, pero soy lo suficientemente vieja y desgastada para aceptar que la crueldad es algo común en nuestro querido, infernalmente asediado, Imperium. En efecto, muchos creen que es un mal necesario para mantener al Archienemigo a raya. Sin embargo las abominaciones que he descubierto en el laboratorio de la palatina son evidencia de un alma que se ha alejado demasiado de la Luz del Dios-Emperador, incluso si se engaña pensando que sus intenciones son nobles.

¿Por dónde comenzar?

Hay siete celdas de detención en el santuario de la palatina, cada una dedicada a una de las Virtudes Illuminant, y en el interior de cada una, un prisionero, aunque sacrificio resultaría un término más apropiado. En un acto de blasfemia suprema, cada uno de esos desgraciados ha sido desgarrado, retorcido y reforjado en una semejanza viviente de una de las Virtudes Encarnadas. El ingenio y habilidad con que se han realizado estas transfiguraciones solo es superada por la arrogancia de la empresa en sí misma, aun así lo peor de todo es el sufrimiento de las víctimas, pues los Encarnados no son avatares alegres. Fueron concebidos como símbolos de servitud y auto sacrificio ante la grave adversidad, cargando con el peso de nuestro espíritu colectivo. Cada uno es un ejemplo de los mejores rasgos de la humanidad, pero convertirse en uno es experimentar un tormento insoportable.

¿O quizás un éxtasis trascendental?

Únicamente describiré una de esas abominaciones exaltadas, pero debería bastar para condenar a la palatina.

El Profeta Quebrado es el más destacado del panteón de la Última Vela, y el único Encarnado derivado de un ser que actualmente caminó sobre este mundo, aun así su apariencia es la más ambigua de los siete. Mientras que hay muchas teorías sobre la identidad del fundador, tradicionalmente se le representa como una figura encapuchada portando una túnica voluminosa, sus brazos extendidos mientras su cuerpo se desgarra por la revelación. Un único ojo superviviente flota dentro de la capucha, vasto y tranquilo, indiferente al tormento de su cuerpo. ¿Como un ser tan abstracto podría fabricarse con un cuerpo?

Si hay voluntad siempre hay una respuesta descarriada que encontrar, y plenitud de almas perdidas con las que probar, jugar y jugar.

Bathory debió abrazar este desafío hace mucho tiempo, pues sin ser consciente de ello vislumbré sus iteraciones formativas durante mi formación en el Sacrasta. Incluso en aquella época las celdas de su santuario nunca estaban vacías, pero únicamente Veritas alojaba un longevo ocupante - un tecno-sacerdote, o mejor dicho, el legado de uno, pues el cyborg había sido minuciosamente desmontado en sus componentes. Sus miembros de metal esculpido habían sido dispuestos alrededor de la cáscara destrozada de su torso, mientras que sus órganos biomecanicos estaban suspendidos tanques alrededor de la habitación, todavía pulsando y zumbando con actividad. La cabeza, una calavera masiva de adamantium, se encontraba encaramada en el pedestal del centro de la habitación como un falso ídolo. Recuerdo sus ojos girando, como buscando una salida. Esos orbes de gran tamaño parecían incongruentemente humanos, sus iris de un verde vivo que repudia su recipiente inerte.

Las piezas de este puzle estaban conectadas, tejidas juntas por una red de tubos y cables que preservaban al cyborg en un estasis gestativo. Al principio creí que la palatina estaba tratando de socorrer a la criatura, pero más adelante comprendí que era otro de sus queridos experimentos. Lo que jamás imaginé fue la verdadera naturaleza de su ambición.

O la falsa treta de sus inhibiciones y las debilitantes puntadas que cosieron en las almas fértiles.

Ayer, cuando miré a través de la ventana de observación de Veritas, vi una forma irregular flotando sobre el suelo. Su rostro y forma estaban envueltos en una túnica blanca, pero brazos de metal esqueléticos sobresalían de los pliegues de su tela, sus largos dedos ondulando como si la criatura estuviera nadando a través del aire. Una lágrima corría desde su capucha hasta el borde de su túnica, dividiéndolo en dos sobre un palmo de nada. Pero fue el ojo lo que reconocí: un vasto orbe viridiano suspendido dentro de la capucha raída.

Se trataba del tecno-sacerdote, su anatomía modular reconfigurada y, quizás, equipado con suspensores graviticos para imitar al Profeta Quebrado. No puedo decir si queda algo de la cordura del cyborg, pero dado la obsesión de Bathory, sospecho que sufre en su apoteosis. Absurdamente, me encuentro preguntándome qué ocurrió con el otro ojo.

Cuatro de las otras celdas se jactaban de otras, si acaso menos ambiciosas, creaciones igualmente blasfemas, pero había dos discrepancias en los patrones.

Primeramente, parece que Bathory no ha encontrado aún a su Celador Ciego, pues la celda dedicada a Vigilans se encontraba vacía. Y también estaba Humilitas, cuyo ocupante no era como los demás. A pesar de que el prisionero guardaba un sutil parecido a su avatar asignado, parecía no estar contaminado por la obra de la palatina, sin embargo, a pesar de su inocuidad exterior puede que sea el más peligroso de todos.

Asenath contuvo la respiración mientras la escotilla del Reformatorium se deslizaba, luego exhaló aliviada cuando vio que la palatina se encontraba ausente. Bathory había trabajado evidentemente durante la noche de nuevo, pues había nuevo equipamiento agrupado alrededor de la Tabula Rasa. Para su sorpresa el hombre que yacía sobre la mesa quirúrgica seguía con vida, su pecho subiendo y bajando más constantemente que ayer. ¿Podrían las atenciones de Bathory estar ayudando de verdad a Toland Feizt?

Si es así es únicamente porque odia fracasar. El pensamiento era perversamente reconfortante, incluso si Asenath no estaba segura de que fuese suyo.

Descartando a Feizt por ahora, se volteó hacia la celda que contenía al avatar anómalo y vió que Angelique ya esperaba junto a la puerta, su rostro de porcelana dirigido hacia ella.

“Sabías que vendría ¿Verdad?” Asenath murmuró. Ayer había evitado enfrentarse al prisionero detrás de la puerta, conocedora en todo momento de que no tenía alternativa si esperaba encontrar respuestas. De los seis falsos avatares, era el único que podía conservar algo de su cordura.

Preparándose, cruzó a la celda y depositó una mano en el sensor. Palpitó, rojo, enojado, graznando una negación.

“Abrelo.” Asenath ordenó a Angelique. Tal como esperaba el servidor obedeció inmediatamente. Después de todo, esto era lo que quería - o mejor dicho, lo que su maestro secreto quería, pues Asenath estaba segura de que la bruja había tomado control de la mente etiolada del cyborg.

Con una caricia de su mano enguantada el sensor pitó en aprobación ante Angelique. Hubo un sonido metálico apagado de cerraduras que se retiran y un mango con ruedas extrudió desde la puerta. Pronunciando un salmo de protección, Asenath giró la rueda y tiró para abrir la puerta. Sin permitirse a sí misma un momento de duda, entró en su interior.

¡De la mano saltamos hacía lo terrible y desconocido!

Asenath estaba preparada para el frío miasma de corrupción y el revulsivo escozor de piel que los psíquicos siempre evocaban en ella, pero no sintió nada.

“Hola” dijo la bruja.

“Hola” Asenath respondió reflexiva. Tristesse había encontrado una manera de llegar a su mano, la boca del arma apuntaba al prisionero que se sentaba con las piernas cruzadas al final de la celda.

“No te haré daño,” prometió, mostrando un respeto solemne hacia ella. No tenía más que ocho o nueve años, sin embargo su cabello era completamente blanco. Colgaba holgadamente sobre su rostro demacrado, contrastando con su tez oscura.

“Eso es bueno,” Asenath dijo con incertidumbre. “Yo tampoco quiero hacerte daño.” Pero ella no bajó su arma.

“Gracias, ya hay demasiado dolor en este lugar,” La voz del muchacho sonaba forzada, como si no estuviera acostumbrado a hablar.

“La palatina *te* ha herido?” Asenath preguntó.

“Nunca hay suficiente comida. A veces ella hace que las cosas se vuelvan oscuras o frías,” Se encogió de hombros, sus huesos se veían a través de su túnica blanca. “Pero sobre todo ella solo quiere que dibuje.”

“Ya lo veo.”

Las paredes de la celda estaban cubiertas en trozos de pergamino, todos conteniendo ilustraciones dibujadas con finas líneas negras. Más de ellos ensuciaban el suelo, junto con una variedad de tinteros, plumas e instrumentos de mesura. Invariablemente el sujeto era o el Anillo de Koronatus, elaboradamente mapeado y adornado con su camarilla de avatares, o retratos de los Encarnados. Las imágenes estaban repletas de detalles intrincados que atrajeron los ojos de Asenath, arrastrandolos de un elemento al siguiente sin respiro, insinuando alguna oscura epifanía si tan solo pudiera ver la imagen al completo.

“No mires,” El muchacho le advirtió.

¡Hazlo!

Asenath desvió su atención de los dibujos. La ponían más nerviosa que su creador. El sujeto era sagrado, y el estilo exquisito, pero de alguna manera la conjunción de ambos se sentía profana. *Predatoria*.

“Tienes un don,” dijo rígidamente.

“Ella dice lo mismo.”

“¿No te gusta dibujar?”

“No lo sé.” Él frunció el ceño. “Dibujar me hace ver…cosas.” Su voz cayó en un susurro. “Creo que son..*demonios.”* Dijo la palabra como algo que solo comprendía vagamente, pero que era incuestionablemente terrible. Escuchar el término en los labios de alguien tan jovén asqueó a Asenath, aunque ella supiera que era el.

De repente el rostro del muchacho se iluminó. “¿Cual es tu nombre?” Preguntó.

“Hermana Asenath,” respondió con cautela, preguntandose por qué no había tomado la respuesta de sus pensamientos.

“Saludos, Hermana Asenath,” dijo formalmente. “Yo soy Athanazius.”

“Que el Emperador sea contigo Athanazius.” Asenath respondió con la misma solemnidad, sus manos formando la sagrada águila. Para su sorpresa, la bruja no se inmutó ante la bendición. “¿Cuánto tiempo has estado aquí?”

“Un tiempo..” Su rostro se oscureció de nuevo. “ Desde que los demonios vinieron.”

Tristesse se retorció en la mano de Asenath. “¿Dónde están esos demonios, Athanazius?”

“En el schola.” El muchacho miró hacia abajo. “Vinieron cuando él despertó la máquina.”

“¿Quien?” El no respondió. “Athanazius, ¿Que ocurrió en el schola? Por favor, esto es importante. Yo-”

“Deberías marcharte, Hermana Asenath,” dijo ladeando la cabeza bruscamente, como si escuchara algo. “Ya viene.”

II

“Por el Trono Sagrado,” Jonah suspiró en cuanto entró en la rotonda central del Librarium y alzó el cuello para contemplar sus enormes galerías. Las paredes del vasto salón se alineaban en niveles enclaustrados, cada uno de ellos repletos de estanterías de madera oscura portando tomos, archivos y placas de datos, junto con objetos más esotéricos que no pudo identificar. Pasarelas con balcones de mármol acompañaban a las galerías, sus caminos se entrecruzaban en las alturas en un entramado que ocluía la cúpula muy por encima del resto. Plataformas de acceso se elevaban y caían entre los caminos, sus pistones silenciosos combinando con el coro sibilante, casi subliminal. La figura umbría del Profeta Quebrado estaba por doquier, tallado en las paredes y observando ambivalente desde los tapices que cubrían los balcones.

Decenas de Hermanas Dialogantes con las túnicas azules de la Vela Plateada servían en este cavernoso templo del aprendizaje, ya fuese deambulando por sus senderos o sentándose en los escritorios a lo largo de las galerías, sus cabezas inclinadas sobre su trabajo. Cientos de mujeres más jóvenes vestidas con la túnica azul y blanca del personal secular de la orden se apresuraban silenciosamente a través del laberinto, buscando o devolviendo tomos de sus estanterías para sus superiores, con servocráneos revoloteando entre los niveles, sus cráneos plateados coronados con velas artificiales que ardían frías.

Aquí no hay lugar para las llamas, Jonah reflexionó mientras una de las diminutas máquinas pasó zumbando a su lado, sus pinzas agarrando un fajo de pergaminos.

“Había oído que su Librarium era remarcable,” susurró a su guía. “Pero nunca imaginé….esto,” terminó sin convicción.

“El Librarium Profundis fue consagrado durante la Primera Iluminación del Mundovela,” respondió la Hermana Hagalaz. “Es el edificio más antiguo de la ciudad, y el segundo más santo, únicamente por detrás de la catedral Candelabrum.

Los modales bruscos de la mujer eran más moderados aquí, pero todavía lucía la túnica desaliñada que había usado en el camino y el servocráneo que flotaba sobre su hombro - ella lo había llamado Pretorius - estaba maltratado y sucio. A pesar de su apariencia todos cuanto se habían cruzado le habían mostrado respeto sin lugar a dudas, incluidos los guardias en la puerta del Librarium. Jonah sospechaba que su aspecto andrajoso había sido cultivado para significar su desprecio por los asuntos mundanos, pero no podía decidir si era sincero o era influenciado.

“Casi un millar de años de observación, contemplación y análisis están consagrados aquí.” Hagalaz proclamó con reverencia, “junto a incontables obras del pasado más profundo del Imperium.”

“Es magnífico,” Jonah dijo con sinceridad.

Su misión le había llevado siempre a los tramos más deshilachados del Imperium - lejanos planetas fronterizos donde los grandiosos sueños de la Eclesiarquia nunca habían dado frutos, o exhaustos planetas donde su progenie había decaído hacía ya mucho tiempo. Su mundo natal había sido algo mejor, incluso antes de que la noche impía lo envolviese. No estaba acostumbrado a la belleza, mucho menos a la *majestad.*

Los ojos de Jonah se abrieron cuando vislumbró un gigante en una brillante armadura azul recorriendo una de las galerías sobre él y desapareciendo trás una estantería. ¿Era un Marine Espacial?

“Venga,” Hagalaz urgió. “Tenemos asuntos que tratar, Predicador Tythe.”

En efecto,los tenemos. Jonah la siguió a través de la rotonda.

El día anterior, la noche ya había caído para cuando alcanzaron los recintos de la Vela Plateada en el corazón de la ciudad y Hagalaz se había negado a hablar más, insistiendo en suspender la conversación hasta la mañana. Jonah había sido establecido en los salones residenciales de la orden, siendo algo entre un huésped y un prisionero. No lo habían registrado ni encerrado,pero una Hermana Dialogante llamada Haruki había estado frente a su puerta toda la noche. Los seguía desde atrás ahora, vigilante como un halcón y seguramente armada.

No saben qué hacer conmigo, Jonah evaluó, *pero quieren algo, o ya estaría muerto.*

Su grupo atravesó el salón hacia un pasillo arqueado con puertas. Hagalaz los guió hasta la última, donde una mujer menuda, de rostro redondo, los esperaba en una sala de lectura de paneles de madera, protegiendo entre sus manos una placa de datos. A pesar de su juventud lucía la túnica de una hermana Dialogante totalmente ordenada y su cabello oscuro cortado a lo bob tenía rayas plateadas.

“¿Ha reunido todo lo que le pedí, Hermana Navreen?” Hagalaz preguntó, cerrando la puerta tras ellos.

“En efecto, reverenciada Preceptora Cognostica,” la joven mujer respondió con una reverencia. “Me mantuve aquí toda la noche para asegurarme de que todo estuviese preparado.”

Preceptora, Jonah repitió. Confirmaba lo que ya sospechaba - esta Hagalaz era una mujer con rango, uno mayor que la palatina del Sacrasta si recordaba la jerarquía de la hermandad correctamente.

“Me he tomado la libertad de organizar el material y preparar notas extensivas, preceptora,” La hermana Navreen añadió remilgadamente, señalando la mesa a su espalda. Libros y pergaminos la cubrían en pilas ordenadas.

“No, eso no funcionará.” Hagalaz declaró caminando hacia la mesa.

“¿Su reverencia?”

“Tiene que encontrarlo por sí mismo, Hermana, o no encontrarlo en absoluto.” La preceptora barrió con la mano la mesa, demoliendo las pilas con indecoroso entusiasmo, luego procedió a mezclar el material. La expresión abatida de la Hermana Navreen habría sido cómica en otras circunstancias.

“¿De que se trata esto, preceptora?” Preguntó Jonah con cautela.

“Eso es algo que debes descubrir, sacerdote,” dijo Hagalaz. Aparentemente satisfecha con sus esfuerzos se alejó de la mesa.“Tormenta Calliope, Hermana,” dijo a su subalterna.

“Si, su reverencia.” La hermana Navreen se volteó hacia Jonah. “Predicador Tythe, nuestros sensores orbitales han detectado un frente tormentoso aproximándose desde el golfo. Se espera que alcance el Anillo de Koronatus en cinco días.”

“Tenía entendido que las tormentas eran algo común en este lugar, Hermana.”

“En efecto, pero no de esta magnitud,” Navreen respondió con inquietud. “La tormenta Calliope no se parece a ningúna registrada desde la Cuarta Iluminación, hace más de seis siglos.”

“Crees que es antinatural,” Jonah se aventuró, mirando a Hagalaz.

“Lo antinatural *es* natural aquí, sacerdote,” la preceptora dijo, sus ojos azules brillando. “El Mar de Almas bate contra las costas del Mundovela. Esa es la razón por la que no hay brujas aquí. Los suyos no pueden soportar las mareas.”

“¿Pero por qué venir aquí?” Jonah preguntó, pensando en todos los horrores que había descubierto incluso en los mundos más mundanos. “El riesgo…”

“Es uno que abrazamos en nombre del Dios-Emperador,” Hagalaz proclamó. “¡Hay una bendición dentro de esta maldición, sacerdote - salvación o condenación!” Ella cortó el aire con una mano rígida para darle énfasis. “Eso es por lo que el Profeta Quebrado reclamó este mundo. La Revelación demanda fortaleza y fé.”

Esta no es una discusión que vaya a ganar, Jonah decidió. *O una pelea por la que valga la pena morir…*

“Entiendo,” dijo, asintiendo formalmente. “Vuestra fé os prote-”

Apenas sintió el dolor de la bofetada de la preceptora, aunque sus anillos le hicieron sangrar.

“No seas condescendiente conmigo, forastero,” Hagalaz rugió, con su gutural acento más marcado que nunca. “Se que nos consideras unas idiotas.”

“Para ser sincero, no sé qué pensar,” Jonah confesó, acariciando su sangrante labio para mantener las apariencias. “*Pensaba* que íbamos a hablar sobre Vedas.”

“Oh, se que el Exegessor está vivo,” Hagalaz dijo desdeñosamente, “ y no dudo de que tuviera los recursos para contactar contigo. Incluso creo que piensas que puedes matarlo.”

Jonah dubitó, tomándola en cuenta. “¿Y tu intención es detenerme?”

“No, quiero que demuestres que puedes hacerlo.” Hagalaz apuntó con un dedo a los tomos desordenados. “Comienza por mostrarme que tienes la astucia y la voluntad para *ver*.”

“¿Qué estoy buscando?”

“La verdad, siempre la verdad.” Sonrió fríamente. “Esta habitación es tuya. La hermana Navreen te asistirá en tu investigación, pero no te *guiará*.” La joven Dialogante se sonrojó ante la censura implícita.

“Sorpréndeme, Jonah Tythe.”

“¿La tormenta?” preguntó Jonah mientras ella se dirigía a la puerta. “¿Cuál es su relevancia?”

“¡Iluminele, Hermana!”dijo Hagalaz sobre sus hombros mientras salía.

“¿Hermana Navreen?” Jonah se volteó hacia su ayuda designada. “¿Podría iluminarme?”

“Existe una sincronicidad desconcertante con el inicio de la tormenta, señor,” la joven Dialogante le informó con preocupación. “Se detectó a las…” Revisó su placa de datos: “Radiante-Siete-Siete-Tres-Cuatro.”

“¿Y qué es Radiante-Siete-Siete-Tres-Cuatro, Hermana?”

“La hora en que tu llegada fue registrada, Predicador Tythe. Es cuando usted pisó el Perihelion.”

III

El negro vacío era peor que la pesadilla. No había un camino eterno o un acosador infernal aquí, pero tampoco había esperanza, nada excepto el *recuerdo* del pensamiento, pues en este no-lugar incluso el yo era una sombra, y la única pasión superviviente: la desesperación y el anhelo por que se detenga.

Entonces, sin ton ni son, el vació desapareció.

Asenath volvió a la existencia, su mente retrocediendo ante la repentina avalancha de sensaciones. Luces brillantes la asaltaron desde arriba, deslumbrandola con su insistencia. El aire estaba frío y agrio con el hedor de los ungüentos limpiadores.

Cerró sus ojos y los abrió de nuevo, temiendo que la oscuridad no le dejase ir esta vez. Con arcadas secas, se aferró a una mesa cercana y tropezó cuando rodó lejos de ella. ¿Una camilla? Mientras sus ojos se ajustaban ella vió más camillas a su alrededor, y más allá de ellas los lúgubres azulejos rojos y blancos del Sacrasta. Se encontraba en una cámara grande, con la pared del fondo incrustada con trampillas cuadradas. Unas cuantas estaban abiertas, sus bandejas de metal salían como lenguas de bocas que bostezan. No todas se encontraban vacías.

El Mortifactorum, se dió cuenta Asenath, observando los cadáveres que yacían en las camillas. Uno de ellos era el Zapador Rynfeld.

Su aliento se congelaba en el aire gélido, cruzó la habitación hacia el soldado muerto. Su pecho estaba abierto, la carne alrededor de la cavidad doblada hacia atrás y fijada con abrazaderas metálicas, las costillas rotas sobresalen como los bordes afilados de unos dientes. Sus órganos habían desaparecido, presumiblemente guardados en jarros para especímenes en algún lugar. La palatina por fin había realizado la autopsia que tanto ansiaba.

“Ni siquiera lo cerraste,” Asenath susurró, disgustada por la falta de respeto. Bathory tampoco había cerrado los ojos de Rynfeld. Le miraban vacíos, sus iris casi se habían desvanecido hacia el blanco.

Asenath ofreció una plegaria por el soldado y luego se apoyó sobre su bandeja, tratando de poner orden a sus pensamientos. ¿Qué estaba haciendo aquí? Recordó escuchar la advertencia del muchacho-bruja y correr hacia las escaleras del sótano,

y luego su miedo cuando la puerta de la parte superior de la escalera comenzó a abrirse…

Era la vieja bruja, su sombra apuntó. *Llegamos demasiado tarde, Hermana*.

Si…si, eso era correcto. Ellas - ella había huido hacia el pasillo antes de que la descubrieran, con intención de esconderse aquí hasta que Bathory hubiese pasado. Recordaba abrir la puerta y después…Solo había oscuridad.

¡No te entretengas, Hermana! No debemos quedarnos en el almacén de cadáveres de la puta. Y hay asuntos que debemos atender.

Algo intentó hacerla girar, como un reflejo extraño. Asenath se resistió y giró lentamente, por voluntad propia.

¿Lo ves, Hermana?

Otro cuerpo estaba tendido junto a una camilla cercana, donde Asenath no había podido verlo antes - una mujer en la túnica escarlata de una hospitalaria. Yacía boca arriba, con un bisturí enterrado en su ojo derecho.

Con precaución Asenath se aproximó al cadáver. Reconoció a la mujer del ala de los Zapadores, pero no conocía su nombre.

Hermana Enkel. Utilizo nuestros oídos mejor que tú, Hermana.

“Guarda silencio,” Asenath farfulló distraídamente. Bajo la revulsión, algo sobre la escena molestaba a la parte analítica de su mente. De repente se percató - el asistente de capilla asesinado en el *Sangre de Demeter*. A pesar de que las armas del crimen fueran diferentes, la forma de los asesinatos eran extrañamente parecidas, ambas víctimas apuñaladas en el ojo derecho, pero fue más profundo que eso. Podía sentir la alegre crueldad detrás de los asesinatos.

La vela fue más original, observó su oscura pasajera alegremente, pero el escalpelo es más elegante.

Otro recuerdo se abrió - *La Hermana Enkel volteandose mientras las puertas del Mortifactorum se abren a su espalda. La sorpresa de su rostro convirtiéndose en terror en cuanto ve la cara de la intrusa, y luego su grito entrecortado cuando el bisturí arrojado encuentra su objetivo.*

“¿Qué hiciste?” - *siseó* Asenath.

Lo que siempre hacemos cuando es necesario, Hermana. Lo que hemos hecho desde Providence.

“No.”

¡Recuerda!

“¡No!” ¿Pero cómo podría no hacerlo?

Una vez más camina penosamente por las calles oscuras de la ciudad cubierta de nieve, con su abrigo con capucha bien prieto y una bufanda protegiéndola del viento. Bajo el abrigo sus ropas bañadas en sangre comienzan a congelarse. Nunca he conocido un frío tan malicioso como este. Los lugareños llaman a esta choza Trinidad, tal vez porque está regida por igual por el hielo, el viento y la nieve, o tal vez porque alguna vez albergó algo más que miseria.

“No hay nada más amargo que el invierno de Providence” sus aliados entre el Arkan habían avisado cuando el Padre Deliverance anunció esta expedición hacia los territorios rebeldes del norte de este mundo.

¿Su mundo?

El no lo llama de ese modo - tal vez incluso ni piense que lo es - pero Asenath sabe que lo cree de todos modos, pues este planeta lo ha poseído más completamente de lo que jamás él podría esperar poseerlo, no importa a cuantos de sus habitantes convierta el Credo Imperial o cuantos templos plante en su suelo caprichoso.

El más reciente de ellos surge de la tormenta de entre la tempestad de nieve ante ella, su fachada de madera imita la arquitectura gótica del Imperium. A pesar de su tosquedad, el templo es una maravilla entre las jorobadas chozas de la helada ciudad fronteriza donde su cruzada se ha estancado. Es el número doscientos diecinueve que el Padre Deliverance ha consagrado en el terreno de Providence. Asenath ha llevado la cuenta de los templos y de mucho más.

Tres años han transcurrido desde que su patrón la trajese aquí. El último invierno su cruzada se proclamó victoriosa y el grueso de sus fuerzas se marcharon del planeta en busca de nuevas conquistas, pero Asenath sabía que él nunca terminaría con este mundo, ni el mundo con él. Pero ella…oh, ella finalmente ha terminado con ambos.

Los guardias fuera del templo la saludan perezosamente, sus rostros ocultos por sus sombreros de ala ancha y bufandas. Como todas las tropas que acompañan a la expedición son indígenas conversos, parte de la confederación lealista recientemente formada por el confesor. Ella duda que le sobreviva, no más de que

este templo duré más que una década. Providence es demasiado obstinado para la fé honesta.

Su patrón le espera en el interior, arrodillado ante un altar de granito toscamente tallado. Su torso desnudo está entrecruzado con las sangrientas líneas de su penitencia autoinfligida, el látigo de seis colas que ha usado para otorgarla aún cuelga de su mano derecha. Así es como se expía cada vez que le pide que use sus más oscuros talentos sobre la carne de sus enemigos, tal como ha hecho esta noche. Hay muchas cicatrices viejas entre las heridas recientes, pero ni mucho menos suficiente es para pagar un precio justo por el alma de Asenath.

El confesor se alza para encontrarse con ella mientras se aproxima, con una expresión ilegible tras su espesa barba. Viste los últimos tres años como si fuesen treinta, su rostro demacrado, su tez cobriza descolorida a un pálido sepia y empañada por heridas y suturas. Su tonsura se ha convertido en una melena salvaje que cuelga bajo su cintura, compitiendo con su barba por la supremacía. Ambos son más grises que negro ahora, tal como su alma se ha vuelto más negra que dorada, si es que de verdad había algo más que falso oro para comenzar. Únicamente sus ojos han mantenido su vitalidad, y aun así son la parte más inquietante de él, pues parecen algo arrancado y repuesto de un ser más joven.

"He fallado," Asenath informa. "La chamán no tenía miedo al dolor. Ella lo abrazó."

"Eso no son buenas noticias," declara el confesor, su voz aún tan brillante como sus ojos. "Su sumisión podría haber influido en las tribus del norte para que accedieran pacíficamente. Ellos veneran y temen a los que son como ella." Sacude la cabeza con tristeza, un pastor desesperado por su rebaño propenso a la locura. "La quemaremos en la plaza del pueblo mañana. Servirá como ejemplo y complacerá a nuestros aliados de la confederación. No sienten ningún cariño por esos norteños salvajes."

"Se ha ido," dice Asenath. "Murió maldiciendo a esta ciudad y sus ciudadanos."

Él la mira interrogativamente. "Eso fue descuidado por tu parte, mi Paladina Vigilante."

"No, elegí tomar su vida."

"¿Por qué harías tal cosa?" él pregunta, aproximándose.

"Porque ya era suficiente."

"Esa decisión no era tuya para tomar." dice fríamente. "Crees que encuentro placer en el sufrimiento que debemos traer en nombre del Dios-Emperador? ¿Crees que

disfruto esto*?" Balancea el látigo contra su pecho sangrante para darle énfasis. Cuando ella no ofrece una respuesta él sonríe con tristeza, interpretando su silencio como arrepentimiento. "Hija mía, tu y yo hacemos Su voluntad juntos, pero Yo soy Su mano ungida."*

¿Lo eres? *Asenath se pregunta desoladamente. Son* sus *manos las que han moldeado el destino de este mundo, desviando su curso de desafío al Imperium en una guerra civil. ¿Cuántos rebeldes ha convertido a su causa? generales, legisladores y eruditos, incluso ocasionalmente poetas - todos ellos han sucumbido a sus ministraciones. El dolor y el terror de ellas han probado ser más efectivas que todas las palabras de la cruzada, riqueza o poderío militar. No, si el giro en la historia de este mundo le pertenece a alguien es por seguro a la Hermana Mercy.*

"¿Por qué me elegiste?" Asenath pregunta. De las abundantes Hermanas de Batallas reunidas a lo largo de la Avenida del profeta en ese fatídico día, ¿Por que ella? Era la única pregunta que le importaba ahora.

"¿Cómo podría no haberlo hecho?" él responde. "Sobresalias por encima de tus Hermanas al igual que vuestro Perihelion se elevaba sobre sus picos subordinados - un alma resplandeciente luchando contra su jaula mortal, y sin embargo una completamente inmaculada por orgullo. ¡Una vez te ví, no ví a nadie más Asenath Hyades!"

Su voz no ha perdido un ápice de su sinceridad, pero ya no tiene poder sobre ella. Ella ya ha escuchado esta respuesta con anterioridad, predicho palabra por palabra de los labios de la mujer bruja que ejecutó hacía menos de una hora. La chamana le dijo que saborearía la mentira en esas palabras la próxima vez que las escuchase, y estaba en lo correcto - son como un veneno endulzado, y su duplicidad es más amarga que el frío mortal del exterior.

"Entiendo que estos años han sido duros para ti," el Padre Deliverance comienza, extendiendo la mano para tocar su hombro, "Pero nosotros…" Se calla, mirando la larga aguja que ha paralizado su mano a mitad de camino. "¿Hija?" pregunta, mirando confundido.

"Mentiroso," La Hermana Mercy sísea y arranca la aguja en un chorro de sangre brillante. Antes de que pueda hablar de nuevo, apuñala cada uno de sus ojos dorados, primero el izquierdo, luego el derecho, ningúna de ellas suficientemente profunda como para resultar mortales, pero a bien seguro cegar.

"La verdad es la primera y más duradera luz," declara sobre sus sollozos agonizantes. "Que la encuentres en tu oscuridad."

Entonces tira de la aguja y camina hacia la noche.

Debía hacerse, dijo la Hermana Mercy suavemente. Tal vez era verdad, pero eso no excusaba su deleite mientras lo hacía.

Asenath cayó sobre sus rodillas junto a la hospitalaria asesinada. La mujer debía ser una de las acólitas más cercanas a la palatina, de otro modo no habría estado en el Mortifactorum, pero eso solo era un leve consuelo.

Esconde el cuerpo, le apremió Mercy. *Y luego debemos desaparecer de aquí.*

Asenath sabía que su hermana oscura estaba en lo correcto, pero se entretuvo de todos modos.

"La capilla," susurró, recordando su pérdida de conocimiento en el *Sangre de Demeter*. Se sintió igual que la que acababa de sufrir. "la profanación y la carnicería…"

¡Hermana, debes actuar con presteza!

"¿Fuiste tú?"

¡Los monjes Exodii eran gusanos! Acabar con ellos fue piedad. Una risa tonta escapó de la garganta de Asenath. *¡Realizado piadosamente!*

"No…" Asenath cerró sus ojos, tratando de apartar el recuerdo antes de que-

Ella ve el rostro del corpulento asistente enrojecerse por la sorpresa mientras se aproxima a los portones de la capilla. Mercy ha desnudado su cuerpo compartido y dejado las ropas muy atrás para que no se vieran manchadas por la carnicería que se avecina. Con una sonrisa lasciva ella pasa junto al atónito portero y camina tranquilamente hacia el altar más allá, ignorando a los monjes ciegos por el momento. Sonriendo tontamente, levanta la vela sagrada de su lugar de descanso y regresa al asistente.

"¿Le gustaría ver la luz?" Mercy le pregunta tímidamente, y luego empuja la vela contra su ojo derecho con tanta fuerza que se estrella contra la pared de atrás. El orbe que le queda la mira fijamente mientras se desliza hacia el suelo. Ella lame el aire para saborear su alma mientras pasa hacia la vorágine. "Nunca entres suavemente en la larga noche," le aconseja

Las puntas de sus dedos hormiguean. Levantando sus manos, Mercy jadea de alegría cuando ve que sus dedos terminan en las largas y negras puntas de unas garras. Cantando en voz baja para sí misma, entra de nuevo en la capilla y juzga a los monjes. Bueno… ¿Por dónde empezar?

“¿Y Glicke?” Asenath susurra en un horror naciente. “Tomaste su cuchillo….”

No teníamos uso para él después de usar el querido regalo de Sanghata como era debido, contestó su hermana. *¿Por qué garabatear con tinta cuando se pueden tener fluidos más vitales?*

Asenath recordó la pluma profanada y el resto de aquella memoria cayó sobre ella como un rayo.

Mira sobre su hombro para asegurarse de que nadie en la enfermería del barco está observando, entonces se inclina sobre el soldado durmiente en la cama más lejana de la sala. Los ojos de Konrad Glicke se abren en sorpresa mientras ella le tapa la boca con una mano y se abren en sorpresa cuando ve su sonrisa. Ella le lanza un beso, para entonces clavarle la pluma de la Canonesa Sanghata en su oreja y retorcerla.

“¿Ha habido otros?” Asenath preguntó aturdida. Su sombra no respondió, era toda la respuesta que necesitaba.

Capitulo Ocho

Penitencia

I

El Testimonio de Asenath Hyades - Octava Declaración

Cuatro días han transcurrido desde que tomase la pluma y el pergamino. Aparentemente han transcurrido en tranquilidad, incluso cediendo una mesurada esperanza en aquellos a mi cargo, si no a mi misma. Desde nuestra llegada al Sacrasta solo el Zapador Rynfeld ha sucumbido a la Plagaafilada, pero su muerte y subsecuente disección a las manos de la palatina tal vez no sea en vano, pues los tratamientos que ha ideado para purgar la mácula xenos son prometedores. Akaishi Bathory tal vez sea un monstruo, y creadora de ellos, pero no puedo criticar su talento. Tal vez algo bueno salga de su inhumanidad.

Pero ahora debo escribir sobre las sombras bajo la piel, tanto del Sacrasta como de mi misma, **pues ahí es donde siempre residen las mejores historias - largas, cortas o más grandes que los sueños y dudas de una cría condenada, todos ciertos hasta que se cuentan.**

Cada mañana he regresado al santuario en el sótano de la palatina y he conversado con el prisionero que ella ha elegido para su Artesano Atormentado. El es una bruja, aun así creo que es inocente - no, ¡Mucho más que eso! - un ser de gracia transcurrente. A pesar de su tierna edad tiene la solemnidad de un alma mucho más anciana, aunque una que todavía busca las palabras y la sabiduría para expresarse. Siento todas las Virtudes Illuminant en este muchacho, pero humildad sobre todas ellas, que es seguramente lo que le protege contra las tentaciones del Archienemigo. Cada vez que hablamos me encuentro preguntándome en que se convertiría si se le concediera la oportunidad de florecer **y nutrir su don sin las restricciones de los principios insípidos de la moralidad.**

Mi reverenciada Canonesa Sanghata, soy consciente de que tales sentimientos serían considerados heréticos por muchos en nuestro convento, pero el Sagrado Imperium siempre ha contado con psíquicos leales entre sus héroes, y no menos entre los Bibliotecarios de los Adeptus Astartes. ¿Es tan improbable que un niño que ha soportado las orillas del Mar de Almas tal vez crezca en un hombre capaz de blandir sus energías por el bien de la humanidad? **¿O su desmembramiento prístino?**

Ocurra lo que ocurra aquí, he decidido salvar a este muchacho, Athanazius. Sospecho que Bathory ha retrasado sus modificationes hasta que crezca, no por amabilidad, pero para que represente mejor el aspecto del avatar. No le permitiré que retuerza su cuerpo y mutile su alma como ha hecho con los otros atrapados en su red, y como está haciendo actualmente con Toland Feizt.

Debería haber supuesto sus intenciones hacia el sargento zapador desde el inicio, pues su forma hercúlea y su resistencia son los cimientos perfectos para el avatar restante.

El Celador Ciego, como el Caballero Penitente de Temperans, es una figura guerrera, su altura y forma semejante a la de un Marine Espacial. Pero a diferencia del Caballero, la carne alabastro del Celador está desnuda salvo por un taparrabo y una venda cubriendo las cuencas de sus ojos cauterizados. Humo escapa constantemente de esas heridas, pues aún arden con el fuego sagrado que tomó la vista del avatar. Tradicionalmente el Celador no porta armas, su dominio sobrenatural del combate cuerpo a cuerpo es cuanto precisa para vencer a los impíos.

¡No bajo mi guardia, Hermana ciega!

Hace tres días me percaté de que la piel de Feizt se había blanqueado, como un cadáver exangüe, y aun así su respiración era más fuerte que nunca, la herida en su abdomen estaba sellada y desvaneciendo. entonces ayer durante la mañana había susurros de humo alzándose de su rostro. Cuando tomé un vistazo más de cerca vi que sus ojos habían desaparecido y sus cuencas brillaban rojas, la carne en su interior asándose y restaurandose con un chisporroteo audible.

No tengo idea como Bathory logró este truco perverso. Tal vez aprendió sus técnicas más arcanas del tecnosacerdote que se convirtió en su primer sacrificio. Me he preguntado frecuentemente como esa desgraciada criatura vino a parar al Mundovela, y si Bathory la atrajo aquí, pero si eso fuese cierto ¿Cómo de lejos se extiende su herejía? ¿Y comienza y termina con la palatina?

Las historias de Althanazius sobre demonios invadiendo el schola dan crédito a las sospechas del Predicador Tythe sobre el Theologus Exegessor. ¿Podría ser que Vedas y Bathory están trabajando en conjunto para alcanzar alguna blasfemia aún mayor?

Creo que Tythe tal vez sepa más, pero nuestro contacto ha sido limitado desde que entró al servicio de la Vela Plateada. Hablamos cada tarde a través del comunicador y ha insinuado que se encuentra realizando alguna investigación importante, pero es escaso con los detalles. Admito que he sido igualmente circunspecta sobre mis propios descubrimientos: sin embargo, no es la desconfianza lo que me detiene, sino la vergüenza. **¡El primer y principal pecado!**

Los acontecimientos recientes me han obligado a afrontar la verdad sobre mi misma y la profundidad de mi condenación. No he dormido en días, pero a pesar de que la Oblea Vigilante mantiene mis pesadillas a raya, temo que mi acosadora oscura **¡HERMANA!** *ya me ha superado. Cuando miro en el espejo siento que ella mira a través de mis ojos y me pregunto ¿Cuánto tiempo? ¿Cuánto queda hasta que yo sea el reflejo y ella la realidad que soy ahora?*

"Althanazius, tengo otra pregunta." Asenath dijo al muchacho. Se encontraban sentados con las piernas cruzadas en el suelo de su celda, solo a unos pasos de distancia.

"¿Si, Hermana Asenath?"

"¿Por qué no has escapado? Tu esclava podría liberarte."

"¿Mi esclava?" Parecía confundido.

"El servidor - Angelique," Asenath respondió.

"Oh, ella no es una esclava."

"Aun así tu tienes control sobre la mente … sobre *su* mente." A pesar del aspecto femenino del cyborg de rostro porcelánico, Asenath no podía pensar en él como *ella.* Nada relevante sobrevivía al brutal proceso que transforma a un ser humano en un servidor. Adscribirle a una criatura tan truncada un género resultaba repelente. "Obedece tus ordenes." insistió.

"No," Althanazius contestó. "Ella es mi amiga. Hablamos…sin palabras, pero la Qareen no le pertenece a nadie."

“La Qareen”? Asenath frunció el ceño. Esa palabra tenía una cadencia inquietante, alien, pero de alguna manera le resultaba familiar.

“Ese es su verdadero nombre,” dijo Althanazius. “Ella ha estado aquí tanto tiempo que nadie lo recuerda. O sabe como hablar con ella.”

“¿Estás diciendo que no es un servidor?”

“Ella es una guardia - *una vigilante,”*se corrigió a sí mismo.

“¿Una vigilante de que, Althanazius?”

“Del Anillo, por supuesto, Hermana.” Sonaba sorprendido, como si resultase obvio. “Alguien tiene que cuidarlo.”

“¿Como puede hacer ella eso desde aquí?”

“Ella ve lejos.” El muchacho se encogió de hombres. “Así es como ella sabe cuando la vieja bruja viene.” Sonrió ante las palabras vieja *bruja,* las había aprendido de ella.

“Pensaba que *tu* veías eso, Althanazius. Tu….don.”

“No, eso no funciona aquí. Los muros lo detienen. Solo puedo escuchar a la Qareen. Ella me advierte.” Su sonrisa se desvaneció. “Por eso me gusta estar aquí, incluso con la vieja bruja. Es silencioso.”

Un campo anti psíquicos. Asenath supuso. Si, tenía sentido que la palatina instalase uno, pero eso aún dejaba abierta la pregunta sobre Angelique. Si la criatura no era un servidor, entonces en nombre del Trono Eterno, ¿Que era?

“Pero estás en lo correcto, Hermana,” Athanazius dijo. “La Qareen dice que debería abandonar este lugar. ¿Me ayudarías?”

“¿Por qué me necesitas?” Asenath preguntó cautamente. Ya se había prometido que le ayudaría, pero ahora no estaba tan convencida.

“Podría salir de *aquí,* pero después de eso….” Athanazius volteó sus manos, con las palmas hacia arriba en un gesto desconcertantemente maduro. “Las Hermanas rojas me detendrían. Por eso la Qareen quería que nos conocieramos. Dijo que tu eras diferente.”

¿Diferente? Asenath repitió. *Mucho más diferente de lo que imaginas, muchacho…*

“¿Dónde deseas ir, Athanazius?”

“Vigilans,” respondió. “La Aguja Vigilante.”

“¿Por qué allí?”

“Es donde debo estar…cuando venga.”

¿Cuando venga que?” Asenath se inclinó hacia él.

“El fuego, Hermana.” Cerró sus ojos. “La cremación.”

Vestido en su abrigo negro y su gorra el Comisario lemarché camiaba por los pasillos de azulejos rojos, desafiando al equipo del Sacrasta de que le obstruyesen el paso. Trabajaba para cada paso de su pierna derecha, el aumento recientemente instalado le desbalanceaba. Sin embargo el elegante diseño de la extremidad era una mejora con respecto a su antigua prótesis, y el ejercicio ofrecía una excelente excusa para desplazarse por el hospital.

Para su sorpresa no le habían seguido durante sus andanzas - a no ser que tuviese una sombra muy talentosa - pero se abstuvo de alejarse demasiado de los pasillos principales, no fuese a levantar sospechas. Era suficiente para otorgarle una imagen de la disposición del Sacrasta y una estimación de cuánta gente había para que pudiera idear un plan táctico. La hermana Asenath, que parecía tener paso libre en el lugar, había rellenado los huecos, incluyendo la localización del almacén de armas, aunque se mantuvo reservada acerca de sus preocupaciones.

Debemos prepararnos para lo peor, comisario,” le había advertido, “pero por la gracia del Emperador mis miedos se probarán equivocados.”

Lemarché no lo creía. Asenath *sabía* que algo venía, de otro modo no habría robado un arma para él, aun así ella mantenía sus malditos secretos.

Perdido en sus pensamientos, casi chocó con una mujer mientras cruzaba la intersección de un pasillo. Con un gruñido se retiró, aferrando las mantas que portaba de manera protectora, como si temiese que el tratase de robarlas. A pesar de que vestía el delantal color cereza plano de una hospitalaria iniciada se encontraba ya en la mitad de su vida, con una cara ancha y pastosa con papada caída. Desconcertadamente ella era varias veces su corpulencia, y a pesar de su postura encorvada, casi igual de alta.

“Mis disculpas, Hermana,” Lemarché dijo ofreciendo una sonrisa arrepentida. “Mi atención se encontraba en otro lugar.”

La extraña lo miró hoscamente, pero no dijo nada. Juzgando sus ojos apagados y sus labios flojos, se preguntó si siquiera era capaz de hablar.

“¡Sigue tu camino, hermana Bugaeve!” La Madre Solanis saltó, emergiendo del pasillo de detrás de la mujer. “¡Rápido!

“Si, madre superiora” la iniciada murmuró con voz ronca, luego se alejó arrastrando los pies.

“La luz de la Vela de Bronce no brilla igual para todos,” Solanis observó, con un tono inesperadamente gentil, “ Pero nunca abandonamos nuestros deberes.” Se giró hacia Lemarché. “ Veo que el aumento le está sirviendo bien, comisario.”

“Sin lugar a dudas, mi señora,” respondió. “Estoy en deuda con usted, tal como lo están mis tropas. La suya es una orden de obradoras de milagros.”

“No somos más que instrumentos de la benevolencia del Emperador,” Solanis objetó, “pero es alentador que nuestros cuidados esten demostrando ser eficaces.”

“En efecto. Esperaba poder agradecer a la palatina Bathory en persona.”

“La palatina se encuentra inmersa en una investigación crucial, pero le transmitiré sus sentimientos, comisario.”

“También quería preguntarle sobre el Sargento Zapador Feizt,” Lemarché insistió. “Mi compañía lo tiene en alta estima.”

“Disculpeme, estaba de camino para informarle.” Solanis juntó sus manos, como en una plegaria. “El sargento zapador pasó al cuidado del Emperador poco después del Primer Amanecer. Lamentablemente su enfermedad estaba demasiado avanzada como para purgarla.”

“Eso es..desafortunado,” Learmché dijo, frunciendo el ceño. “¿Cuándo podríamos atenderlo? La compañía debe presentar sus respetos.

“Su cuerpo ha sido incinerado para prevenir futuros contagios, pero sus cenizas le serán devueltas.”

“Ya veo,” Lemarché susurró. *Veo una mentira.*

No podía explicar la intuición, pero confiaba en ella como siempre había confiado en sus instintos. Esa disciplina era más profunda que su entrenamiento Imperial, enraizada en los salvajes ritos de supervivencia que le habían dado forma durante

su juventud. Lógicamente alguien en la condición de Feizt *debería* estar muerto, pero Lemarché no lo creía. El bastardo había soportado demasiado para morir tan silenciosamente.

“Por favor, permítame informar a mis hombres a mi manera,” dijo, estando ya convencido de que no les diría nada. Los necesitaba centrados, no lamentándose sobre una mentira.

“Hay otro asunto que debemos tratar, comisario,” dijo Solanis. “Hemos sido notificados de que se espera que una tormenta caiga sobre el Anillo mañana por la tarde. No hay motivo para alarma, pero aunque el Sacrasta está protegido contra las tormentas es un edificio antiguo. Por favor, asegúrese de que sus hombres permanezcan en su ala una vez la campana de alarma suene. “Ella ofreció una sonrisa vacía. “Por su propia seguridad.”

“Comprendo, mi señora,” Lemarché afirmó. las noticias le evocaban una emoción desconocida en el. Necesitó varios momentos para identificarla. *Miedo.*

¿Es eso? se preguntó. *¿Es la tormenta, Asenath? ¿Eso es lo que viene a por nosotros?*

Mientras la escotilla de la celda del muchacho se cerraba tras ella, Asenath se detuvo, observando al gigante durmiente encadenado a la Tabula Rasa. Había una gran mancha negra en su frente. Mientras entrecerró los ojos, se movió.

Una mosca, se percató con disgusto. Tenía la sensación irracional de que la estaba observando furtivamente, como un pecador atrapado durante un acto impropio. Con un zumbido voló hacia la cuenca ocular izquierda de Feizt, aparentemente sin inmutarse por el calor de su interior.

“No puede ser,” Asenath jadeó. Las moscas habían sido una ilusión colectiva conjurada por los soldados - una metáfora para la enfermedad que los devoraba vivos.

Las creencias conciben la realidad, su hermana oscura teorizó alegremente. *Tanto la fé como el miedo engendran carne a partir de la fantasía.*

“El mundo no está tan enfermo,” Asenath murmuró, subiendo al estrado que llevaba a la tabula Rasa. Tenía que mirar aunque solo fuera para confirmar su negación.

Oh, todo este mundo salvaje está plagado de grietas y filtraciones si te atreves a buscarlas, pero incluso si no lo haces, vendrán a encontrarte desde dentro.

Asenath miró en las cavidades donde habían estado los ojos de Feizt, pero no vió nada a través del humo salvo un brillo rojizo. Un zumbido sibilante emanaba de los huecos. Eso debía ser más de una mosca. Muchas más.

“Esto no es real,” susurró.

No te escondas tras el delirio, querida Hermana. No sirve como escudo contra lo extraordinario. Nada es demasiado sagrado como para denunciarlo o demasiado profano para abrazarlo - no aquí, ¡No ahora!

“¡Eso es una mentira!” Ante sus palabras el gigante se agitó, girando su cabeza hacia ella como si pudiera ver.

“*Todo* es…una mentira…” Feizt siseo a través de los tubos de alimentación en su garganta, su voz tan tenue que tal vez ella lo hubiera imaginado. “Siempre…lo ha sido..”

“Toland…” Asenath titubeó, sin saber qué más decir.

“Mejor…matame…antes de que…no puedas.” Se debatió contra sus grilletes y tomó sus muñecas. Su agarre era frío y húmedo, como el roce de un cadáver descongelado. Se sintió como si algo se arrastrase bajo su piel. El brillo de sus cuencas oculares se había convertido en un verde turbio. “No puedo…mantenerlas…fuera…”

Asenath retrocedió de su putrido aliento, liberando su brazo. Sufriendo arcadas, tropezó hacia atrás y cayó del borde del estrado.

“Mata…me…”

“No, tu pecado es demasiado grave para un castigo tan rápido, perjura.” Proclama la Canonesa Morgwyn, observando a la mujer encadenada y de rodillas frente a ella. “Incluso si tuviera que sacar a la luz la manera de su ejecución.”

“Comprendo,” Asenath afirma, su cabeza inclinada. las dos se encuentran a solas en el entrecoro del bastión de la Espina Eterna en Providence, pero el viento asaltando sus ventanas está ansioso por ser testigos de su juicio.

Ha pasado un año desde que Asenath cegase a su antiguo patrón y abandonase su séquito. Se ha dedicado a deambular en las tierras salvajes en soledad y vergüenza, no por la violencia acontecida contra el confesor, sino por el orgullo que la hizo su marioneta servil. Al principio esperaba que la retribución la encontrase,

pero a pesar de que no hizo intento por evitarla, nunca llegó. Eventualmente comprendió que nunca lo haría.

"¿El Padre Deliverance está muerto?" Asenath pregunta, manteniendo su cabeza gacha.

"Se ha ido," responde la Canonesa Excruciant. "Ninguno de aquellos que se aventuraron con el hacia el norte han regresado, y aquellos que enviamos a buscar no encontraron a nadie, excepto a ti, perjura."

"Le he fallado." Asenath miente.

"¿Aun así clamas no recordar nada de lo que le ocurrió a tu misión?"

"Solo que fallé, canonesa."

"Eso siempre fue inevitable," juzga Morgwyn. "Lo ví escrito sobre tu alma desde el principio. Tu deseo de gloria te atrapaba."

"Si, su reverencia." Asenath duda por un momento antes de continuar. "Estoy sorprendida de que su orden aún se encuentre en Providence."

"Esperamos a los nuevos supervisores Imperiales de este planeta, pero no habrá cazadores de brujas entre ellos. " Morgwyn sisea entre dientes. "La estrategia del Padre Deliverance ha dado fruto. Nuestros conversos Arkan están ganando esta guerra por nosotros."

"El confesor era un hombre sabio," Asenath miente, de nuevo.

"No, no creo que lo fuese." Morgwyn resopla con burla. "Simplemente un hombre excesivamente bendecido por la fortuna, hasta que desangró la paciencia del Emperador Entronizado."

Asenath mira hacia arriba, sorprendida por sus palabras. Ella siempre ha tomado a esta mujer por una zelota sin la inteligencia para ver más allá de lo obvio.

"Un día tal vez te cuente la historia del confesor," Morgwyn dice. "Si te ganas el derecho de escucharla. "Con una gracia feral se deja caer sobre sus piernas para que sus rostros queden cara a cara, sus rasgos arañados por las espinas tan cercanos que Asenath puede oler oler su aroma a rosas. "El Padre Deliverance te falló, pero tu abrazaste el fracaso, perjura. ¿Puedes verlo?"

"Si, Canonesa Excruciant," Asenath confiesa.

“¿Abrazas la Condena del Emperador?”

“Lo hago.”

La canonesa saca un fardo de arpillera de su cinturón y lo desenreda en una capucha negra puntiaguda. “¿Buscas la expiación, Asenath Hyades?”

“Lo hago,” Asenath repite fervientemente, sus ojos muy abiertos.

“Entonces tal vez ganes tu redención, Hermana Repentia.” Morgwyn decreta, coloca la capucha sobre la cabeza de la penitente. Por un momento Asenath está cegada, entonces los agujeros para los ojos caen en su lugar y su tercera vida comienza, a pesar de que la mayoría de ella le pertenecerá a otra.

¡Alzate, Hermana!

Asenath gime mientras la oscuridad se desvanece y el dolor la llena en su lugar. La parte trasera de su cabeza se siente tan blanda que teme que se haya abierto.

Te caiste, ¡Imbécil! La Hermana Mercy salta. *¡Levántate y superalo! ¡Necesitamos estar lucidas ahora!*

La cabeza de Asenath se levantó bruscamente para observar la Tabula Rasa. Una figura vestida con una túnica carmesí estaba de pie al lado de la mesa, inclinándose sobre Feizt. Era delgada cual esqueleto y más alta que ningúna mujer que Asenath hubiese conocido jamás.

“Palatina” Asenath siseó consternada.

“Vivirá, Hermana Hyades,” Akaishi Bathory dijo, girando el rostro hacia ella. “Sin embargo, es altamente probable que haya sufrido una concusión.”

Asenath trató de levantarse, pero el mundo onduló a su alrededor, girando y retorciéndose hasta que su estómago giró con él.

“Intentar cualquier movimiento es desaconsejable.” observó la palatina mientras Asenath se volteaba a un lado y vomitaba.

Apártate, Hermana, Mercy surgió. *¡Yo soy más fuerte!*

“¿Cuánto tiempo…he estado fuera?” Asenath preguntó bajo su aliento.

¡Horas! He tratado de despertarte, después intenté tomar nuestras riendas, pero se habían ido contigo. Y la vieja bruja nos encontró.

¿Cómo ha entrado al Reformatorum?" Bathory preguntó. "Revoqué su acceso cuando departió de la orden."

"Revocó?" Asenath se preguntó en voz alta. No, eso no podía ser cierto. Su acceso *funcionó.*

Fue el servidor, o lo que en verdad sea esa criatura, Mercy aventuró. *Apostaría que restauró nuestro acceso.*

La mirada de Asenath se dirigió a Angelique. El cyborg vestido de rojo cumplía con sus deberes como si no ocurriese nada. ¿Por qué no la había movido cuando se desmayó - tratar de ocultarla?

"Respondame, Hermana Hyades," Bathory demandó, bajando del estrado de la mesa. "Alguien le asistió en este traspaso?

"Yo…he aprendido muchas habilidades nuevas," Asenath mintió. "Estoy entrenada para superar tales barreras."

"¿Entrenada por quien?"

"El Convento Sanctorum, palatina." Asenath se sentó recta, tratando de poner acero en su voz. "Me encuentro aquí a instancias de la bendita priora."

"¿Y qué estás buscando, perjura?"

"Yo no soy la perjura aquí, *hereje*."

Los labios de la palatina temblaron. Era la cosa más cercana a una emoción que Asenath jamás había visto en ese rostro embalsamado.

¡Dilo para que lo sienta, Hermana! Mercy la alentó.

"¡Has escupido sobre la Luz!" Asenath la acusó, su voz vibrando con pasión. "Tus abominaciones violan el Evangelio Illuminant."

"Como siempre, tus sentimientos te engañan," la palatina observó con su compostura intacta. "Esos sacrificios encarnan el decreto inmanente del Profeta Quebrado"

"¿Qué decreto?"

“La Inmaculada Percepción,” declaró Bathory mientras se aproximaba. “Sus preceptos están tejidos a través de los evangelios en hilos de connotaciones, alusiones y alegorías tan sutiles que solo las mentes más devotas pueden conectarlos. Cada principio se revela en congruencia con los demás, revelando más del todo. Juntos, expresan los edictos cifrados del Profeta Quebrado.”

“Ves lo que *quieres* ver,” se burló Asenath . Su náusea había recedido, pero mantuvo la pretensión de mareo. No estaba lista para esta batalla.

“Veo lo que las mujeres más sabias que yo han desenredado a través de centurias,” dijo Bathory. “Esta gran obra no comenzó conmigo. Las señoras de la Vela de Bronce se han dedicado a esta tarea desde la incumbencia de la Palatina Magdalene la Intornator en la Cuarta Iluminación.” Se detuvo frente a Asenath, mirando hacia abajo como si fuese un espécimen especialmente irritante. “Pero es mi privilegio promulgar sus descubrimientos.”

“El crear monstruos.”

“El encarnar *milagros,”* Bathory corrigió. “Nuestro fundador no pretendía que los Encarnados permanecieran como símbolos intangibles. Su *transformación* venera el propio sacrificio del Dios Emperador.” Juntó sus manos como si estuviera ofreciendo un regalo. “Cuando los Encarnados esten perfeccionados, prístinos en su pureza y dolor, el Paradigma de la Absolución estará completo y Su plan divino se desvelará ante los creyentes.

“¿Por qu -”

“Suficiente.” la palatina saltó. “Tus ofrendas te han ganado una mesura de iluminación, pero ya has tenido suficiente.”

“¿Mis *ofrendas?”*

“El Celador Ciego que me trajiste, quien ya supera a su predecesor..” Bathory estiró una mano hacia Feizt. “Y *tu*, Asenath Hyades.” Desenganchó una jeringa de su túnica. “Aún no he determinado si trascenderás como el Ángel Sangrante o el Caballero Penitente. Mis dos iteraciones actuales son adecuadas, pero vulgares. Debo meditar sobre ello.”

¡Lucha, Hermana! Mercy advirtió mientras la palatina se inclinaba con la jeringa, doblando la cintura con una destreza sorprendente.

Asenath saltó del suelo y ambos pies chocaron contra las espinillas de la anciana, pero en lugar de los huesos frágiles que esperaba, golpearon metal sólido. El impacto envió punzadas de dolor a lo largo de sus propias piernas, pero no

desequilibró a su enemigo. Simultáneamente Mercy levantó su brazo derecho, tirando al suelo la jeringa que sujetaba Bathory. Juntas arrojaron su cuerpo a un lado mientras cortaban la otra mano de la palatina en un corte rígido. Al alejarse, las Hermanas se pusieron de pie y tropezaron. Al otro lado de la habitación, tratando de poner distancia entre ellas se encontraba la vieja bruja. Bathory giró por la cintura y los siguió, sus pies de metal resonaron mientras se aproximaba.

Le ha robado algo más que conocimiento al Mechanicus, Mercy supuso. Tomando un bisturí de un bolsillo oculto en el habito de Asenath, lo arrojó a la palatina. Asenath ni siquiera sabía que estaba ahí. Bathory atrapó la hoja en el aire mientras silbaba hacia su rostro y lo rompió entre sus largas uñas.

"¡Perjura!" Asenath la desafió mientras se tambaleaba detrás de la Tabula Rasa. "¿En que te has convertido?"

"En lo que sea que mi Emperador requiera de mí," respondió la palatina, sacando una pistola delgada de su túnica. Su largo barril emitía un leve rastro de luz de láser mientras apuntaba. Asenath se agachó y algo golpeó la pared detrás de ella con un suave silbido y un golpe. La descarga del arma había sido completamente silenciosa.

¡Una pistola aguja! Mercy supuso con deleite. *¡Será nuestra cuando terminemos con ella y no sea más que polvo!*

Se trataba de un arma de asesino, cada una de sus agujas de cristal propulsadas por láser contenían una neurotóxina que podría matar o aturdir a una víctima en segundos. Asenath suponía que Bathory había optado por la última opción, mas no ofrecía ningún confort, pues si caía ahora, despertará en la Tabula rasa a buen seguro.

¡Suéltame, Hermana! Soy más rápida cuando no me atan tus dudas.

"No," Asenath siseó, tratando de pensar. "¡Callate!"

La palatina subió al estrado tras ella, con sus lentes zumbando y haciendo clics mientras cazaban a su presa. Manteniéndose gacha, Asenath rodeó la mesa, manteniendo su tamaño entre ellas. Su bolsa médica se encontraba al otro lado de la habitación, no muy lejos de donde había caído. Si solo pudiese dar la vuelta y alcanzarla…

Te atrapará antes de que estés a medio camino, Mercy advirtió. *Pero yo-*

"¡No!" Asenath saltó fuera de la cobertura y se lanzó desde el estrado. Aterrizó de cuclillas y rodó hacia la bolsa mientras las agujas pasaban silbando por encima de

su cabeza. La tomó y se giró para ver a la palatina rodeando la mesa, arma en ristre.

¡Te lo dije!

Cuando Bathory disparó, otra figura vestida de rojo saltó entre ellas, recibiendo las agujas en su pecho. *¡Angelique!* Se percató Asenath, pero no malgastó el momento dudando. Tomando Tristesse de la bolsa, saltó a través de su salvadora.

"¡Hereje!" gritó, disparando a dos manos mientras cargaba. La pistola bólter se sacudía violentamente en sus manos, su larga abstinencia finalmente finalizada. A diferencia de la pistola de agujas, su descarga fue atronadora en el interior de la sala cerrada.

¡Vieja Bruja! Mercy gritó alegremente

La palatina se tambaleó hacia atrás cuando la bala le atravesó el estómago y detonó con una explosión amortiguada. La herida estalló en una lluvia de vísceras y circuitos burbujeantes, encendiendo la tela alrededor de la cavidad. Bathory cayó de rodillas con un ruido metálico, todavía tratando de apuntar su arma.

"No sabes lo que has h-" Sus palabras fueron ahogadas por otra descarga explosiva cuando una segunda bala de bólter perforó su hombro derecho. la sangré salpicó su rostro arrugado cuando la bala detonó y le arrancó el brazo. Aún agarrando su arma, la extremidad salió volando a través de la cámara, disparando mientras giraba.

Un aullido ulular salió de la garganta de Asenath y Mercy tiró de sus dedos, instando a apretar el gatillo otra vez, y otra, y otra - a seguir disparando hasta que no quedase nada de su némesis. Repugnada por el impulso salvaje, Asenath luchó en contra.

"¡Purga a la puta!" Mercy chillo con la voz de su hermana, luchando por el control del arma. ***"¡Purgala hasta que esté descosida y muerta de una vez por todas!"***

Levantaron la vista cuando un parloteo electrónico surgió de la vieja bruja. Evidentemente el aumento vocal de Bathory había sido dañao en el golpe, degradando su habla, pero ella se esforzaba por decir algo. Sus lentes giraron mientras una convulsión la sacudía como si fuese un juguete de relojería roto. Humo comenzó a brotar de sus labios y fosas nasales mientras algo ardía dentro de su caja torácica.

“¡IM-PURAAAAAAAAAAAAA!” Akaishi Bathory bramó mientras sus lentes se agrietaban. Luego, como si le hubieran cortado algún hilo interno, cayó.

Mientras Asenath observaba el cadáver humeante una llamarada de agonía estalló en sus manos. Mirando hacia abajo, vió que Tristesse brillaba, blanca, ardiente, bajo su agarre, su carcasa vibrando mientras se estremecía en sus manos. Con un grito dejó caer la sacra arma al suelo y miró fijamente las palmas de sus manos escaldadas.

“No soy digna,” susurró con desesperación.

Purgate, Hermana, Mercy se burló. *¡Por el Trono y la Espina!*

“¡Purgad a los herejes! la Señora de las Espinas brama, haciendo restallar su látigo de seis puntas. “Por el Trono y la Espina!”

“¡Por el Trono y la Espina!” replican las hermanas encapuchadas reunidos a su alrededor. Como una sola, alzan sus espadas Eviscerador, llenas de dientes metálicos y se lanzan sobre el enemigo sin duda o esperanza. Aullando el Lamento de los perdidos, cargan, pelean, asesinan y mueren a través de innumerables campos de batalla.

Mercy es siempre la primera entre ellas, más rápida y fiera que las demás Hermanas Repentia. Su túnica negra está manchada con suciedad y sangre vieja, pues el agua no puede lavar sus pecados así que ella aborrece su tacto. Enredaderas llenas de espinas envuelven sus musculosas extremidades, arañandole la piel cuando se mueve, pero la alegría del dolor hace tiempo que ha recedido a un simple dolor sordo. Solo la danza de la batalla le ofrece ahora algún deleite.

“¡Piedad!” ella aulla con cada muerte. Sus ojos son heridas inyectadas en sangre bajo su capucha, brillando con malicia sancionada mientras asesina a alguien en nombre del dios Emperador y se deleita consigo misma. “¡Mercy!”

En batalla ella está sorda a todo salvo las órdenes de su señora, el rugido de su espada y los gritos de sus enemigos, cuando la batalla termina, la voz de su hermana encadenada siempre regresa. Durante el silencio, su sombra gris nunca se calla, castigando a Mercy con memorias de su caída hasta que anhela el restallido del látigo neuronal que será el heraldo del dulce delirio de la batalla de nuevo. ¡Nada más puede ahogar los lamentos de esa perra!

Libérame, hermana…

“Hermana” una voz urge, “tenemos que irnos.”

Asenath alzó la mirada de sus palmas quemadas y vió al muchacho-bruja de pie junto a ella, libre de su celda. Angelique se asomó detrás de él, aparentemente ilesa por la aguja que había recibido en su lugar.

No podemos confiar en ellos, Mercy advirtió.

“Hermana -” Althanazius comenzó.

“No se que eres,” Asenath dijo, alzando una mano para silenciarlo. “Y ya no confío en mi misma para ser tu juez.”

“Entonces confía en él Dios-Emperador, Hermana.” Athanazius se inclinó y tomó a Tristesse, sosteniendo la pesada pistola con ambas manos. Asenath esperó, pero su roce no provocó el fuego sagrado que la había rechazado.

“No,” ella dijo cuando él le ofreció el arma. “Tú la guardarás por mi.”

“Es una buena arma,” dijo el, estudiando la pistola con una agudeza que desmentía su juventud.

“¿Cómo escapaste del schola, Athanazius?” Asenath preguntó. Era uno de los temas que había evitado desde su primer encuentro, pero el tiempo de la evasión ya quedaba atrás.

“Después de que los demonios vinieran seguí caminando - escondiendome a veces - hasta que encontré un camino de salida. Ellos no podían olerme…no como a los demás.” Su expresión se tornó sombría. “¿Por qué los llamó, Hermana? El Theologus ¿Por qué lo hizo?”

Hay más razones para llamar a la disformidad de las que puedes imaginar, niño. Mercy opinó. ¡*Y más que suficientes idiotas que imaginan que serán coronados reyes por su temeridad!*

“Por que era un hereje,” Asenath respondió a través de los desvaríos de su hermana. “¿De donde vinieron los demonios?”

“De la máquina giratoria - el *Planetario*”

“¿El Planetario?” Asenah sugirió.

“Si, Hermana, eso es.” El muchacho asintió.

Asenath asintió también, recordando el ornamentado artilugio acuartelado en la basílica alistica del schola. Creado por el Profeta Quebrado, se dice que el Planetario de Sombras podría mapear las constelaciones del alma como su equivalentes mundanos trazaron los mapas de los cielos, aunque ninguno de los teólogos de la secta se había aproximado jamás a entender el método. El edificio que contenía el artilugio era parte de su funcionamiento tanto como su masivo globo de cristal y anillos de plata, pues la cúpula de la basílica estaba grabada con un entramado geométrico que cambiaba de tono con la luz proyectada por el planetario. La rotación incesante y vertiginosa de los anillos de la máquina habían asustado a Asenath cuando era una niña, pero también la habían fascinado, atrayéndola de nuevo a su órbita cada vez que tenía la oportunidad.

“No deberías ir allí,” Althanazius le previno.

“No quiero ir,” Asenath dijo, observando el cadáver de la palatina. La muerte de Bathory no había cambiado nada. Ella aun podía sentir el mal aquí, ganando fuerzas tanto en el interior como en el exterior. “Pero creo que debo.”

“Te ví allí, Hermana”

“¿Me *viste*?”

“Algunas veces. pero eras…diferente.” Athanazius sacudió su cabeza. “tal vez estaba equivocado.” Su expresión creció distante como si él estuviese mirando más allá de ella.. *o dentro de ella.* “Cuando te encuentres frente a las puertas envenenadas, mira hacia Su luz”

“No comprendo.”

“Yo tampoco,” dijo con tristeza. “Yo solo veo cosas.”

Se inclinó hacía él para juzgarlo, cara a cara, como la Canonesa Morgwyn una vez le juzgó a ella. “¿Qué eres, Athanazius?”

“No lo sé, Hermana.” Sus ojos ámbar no dudaron. Repentinamente Asenath supo a quien le recordaban, - al Padre Deliverance, pero libre de la debilidad que había cegado a su patrón mucho antes de que ella tomase su vista. Ella nunca supo cuál fue el destino del confesor, y con el paso de los años dejó de importarle. El Padre Deliverance había estado roto desde el inicio, pero este muchacho… Fuese lo que fuera, era *fuerte*.

Ya es demasiado fuerte, le advirtió Mercy. *¡Matalo antes de que se alce más!*

Fue la maléfica voz de su hermana lo que finalmente le hizo decidirse.

II

“Estoy escuchando, Jonah Tythe,” La Preceptora hagalaz dijo, apoyando sus manos sobre la mesa que había entre ellos. “Dime lo que has encontrado.”

Estaban a solas en la sala de lectura recubierta de paneles de madera del Librarium. Los tomos y los papeles en la mesa estaban desperdigados por doquier, aparentemente aleatoriamente, pero Jonah veía orden ahí. Al principio, el fárrago de información había sido sobrecogedor, pero su larga misión había despertado su mente - quizá incluso su alma - para descubrir secretos, y una vez detectaba su rastro no podía detenerse.

En los ultimos días había cruzado referencias de tomos de literatura antigua con presuntuosos relatos históricos, panfletos de poesía oscura con pergaminos arcanos, incluso interpretado informes nauticos en forma de notas de suicidio cuidadosamente preservadas. Las posibles permutaciones eran infinitas, aun así él había captado instintivamente - obsesivamente - las importantes.

El material databa de hace mil años, desde el asentamiento del Mundovela al presente, sin embargo a pesar de la variedad de sujetos y estilos había un tema en común que siempre emergia, a veces abiertamente, a veces tan oblicuamente que no lo vió hasta su tercer o cuarto intento. Fuese llevado por reverencia, curiosidad, pragmatismo, arte o desesperación, cada uno de los escritores habían escrito su trabajo bajo la misma sombra y había dejado una marca indeleble.

“Es el Anillo,” dijo Jonah. “Todo está relacionado con el Anillo.”

“Cualquiera novicia Dialogante podría haber inferido eso,” respondió la preceptora. “¿Qué más?”

“Es artificial,” Jonah ofreció, observando las observaciones que aparecían a lo largo de todos los textos. “El archipiélago al completo fue construido.”

“Una deducción pertinente, pero una vez más, prosaica,” Halagaz juzgó. “Cualquier persona de modesto intelecto reconocerá que la simetría del Anillo no puede ser natural.”

“Luego están las *capas*, preceptora.”

“Explícate.”

“La más externa es suya” dijo Jonah, cayendo en la mesurada voz de un erudito. “Vamos a llamarla el estrato imperial. La ciudad, los puentes y los grandes templos…todos fueron erigidos por la Última Vela. El *Fabrico Exteriores Termino* del monseñor Stefano documenta las grandes obras de ingeniería de la Primera iluminación. “ Dió golpecitos sobre un tomo que parecía una losa. “Por ejemplo-”

“Estoy familiarizada con Stefano.” Hagalaz hizo girar sus dedos impacientemente. “Continua.”

“Los templos de las agujas son *mucho* más antiguos. Las traducciones de su orden de los antiguos jeroglíficos Kiryu sugiere que datan de milenios, puede que incluso de las primeras colonias, y aun así todavía se venera a las Siete Virtudes.

“¿Significado?”

“La inspiración para su secta *comenzó* aquí. Su profeta no eligió este mundo. El mundo lo eligió a él.” Jonah hizo una pausa, tratando de estimar si había ido demasiado lejos, pero Hagalaz parecía imperturbada. “Los santuarios son la capa pre-Imperial, preceptora.”

“Crees que hay una tercera,” irrumpió.

“Eso sería el Anillo en sí mismo.” Aquí los documentos claves habían sido transcripciones de los informes de una antigua expedición geológica - un texto tan aburrido y técnico que casi lo había pasado por alto. “Las agujas están compuestas mayoritariamente por roca de basalto y mineral de hierro, pero su núcleo….Eso es otro cantar.”

Jonah cogió un archivo de aspecto inocuo y buscó un pasaje que había marcado, luego lo leyó en voz alta. “Los siete lugares de perforaciones exploratorias designados resultaron en los taladradores rompiéndose a una profundidad aproximada de ochenta y dos punto uno nueve por ciento en la estructura relativa a todas las elevaciones. Imágenes tomadas por las servo-ratas introducidas en los agujeros revelaron un material anómalo con apariencia de hueso blanquecino y una resistencia a la tracción que excede la cerámita.” Jonah arrojó la carpeta sobre la mesa. “Sus agujas no son lo que parecen, preceptora.”

“¿Y cuál es tu conclusión?” Hagalaz preguntó con una expresión inescrutable.

“Los arquitectos no fueron humanos. La Última Vela construyó su pequeño imperio sobre huesos xenos.”

La noche había caído hacía horas, pero Jonah aún se inclinaba sobre el escritorio de sus estancias, mirando a su maligno tomo. A pesar de que había sacado su

pluma y tinta, el libro estaba cerrado, como había estado cada noche desde su llegada al bastión de la Vela Plateada. la tarea que Hagalaz le había impuesto, junto con las consecuencias implícitas de su fracaso, habían consumido todas sus energías. Aun lo hacía, pues ella aún no había sentenciado su juicio.

“¿Estaba equivocado?” preguntó al libro. Él no tenía dudas acerca de sus descubrimientos, pero ¿Y si Hagalaz no quería escuchar la verdad? Tal vez esa había sido la verdadera prueba.

Se escuchó un golpe en la puerta. Suponiendo que la preceptora había tomado su decisión, tomó uno de los fragmentos de espejo restantes de su bolsa. Sería un desperdicio usarlo aquí, pero si ella sentenciaba en su contra necesitaría esa ventaja.

Abrió la puerta a su agría escolta, la hermana Haruki, que todavía hacía guardia afuera todas las noches.

“Sígame, sacerdote,” ordenó. Jonah dudaba que le hubiera dedicado más que una docena de palabras desde que su asociación comenzase. Durante los primeros días había asumido que era muda.

Para su sorpresa, Haruki no lo guió al Librarium, en su lugar se dirigió a las puertas del complejo, donde un escuadrón de Guardiavelas esperaba, con sus ballestas apuntando a una mujer delgada vestida de blanco.

“Clama que le conoce, señor,” uno de los guardias dijo cuando Jonah se aproximó.

“Saludos, Predicador Tythe,” dijo Asenath Hyades

Hablaron durante el resto de la noche, caminando a través de los jardines iluminados por velas del bastión mientras intercambiaban sus descubrimientos, aunque Asenath se abstuvo de hablarle a Jonah sobre el muchacho-bruja, Athanazius. Esa historia era para ella únicamente.

Oh, pero tú ya nunca estás sola, hermana, Mercy le aseguró.

Trás la muerte de la palatina Asenat había escabullido al muchacho y su enigmática guardia fuera del Sacrasta y “tomado prestado” uno de los camiones médicos aparcados fuera. Athanazius había permanecido en silencio mientras ella conducía a través de la carretera perimetral, su atención absorbida por la sacra arma en sus manos, mientras que Angelique se sentaba rígidamente detrás de él, mirando al frente.

“El nombre del arma es Tristesse,” Asenath le dijo al muchacho cuando llegaron al puente de la Aguja vigilante muchas horas después. “Ella es tuya ahora, pero nunca te olvides de que tu también eres de ella.”

¿No la necesitarás, Hermana?” preguntó frunciendo el ceño.

“La perdí hace tiempo. Ten cuidado de no cometer el mismo error.”

“Permaneceré vigilante, hermana.”

“Athanazius,” llamó mientras su pasajero bajaba a la carretera. “He cometido muchos pecados. No me cargues con otro. No demuestres ser falso.”

“No lo haré,” Prometió solemnemente. “Gracias, Hermana Asenath.” Entonces se volteó y caminó hacia el puente, Angelique deslizándose junto a él como un fantasma rojo. Después de que desaparecieran de su vista Asenath había seguido conduciendo, entrando en la Avenida del Profeta y dirigiéndose a la ciudad. Ella sentía con certeza que no volvería a verlos o sabría las consecuencias de su decisión hasta que enfrentará el juicio del Dios-Emperador.

“¿Que hiciste con Feizt?” Jonah preguntó, rompiendo el silencio que había caído entre ellos. Él había aceptado sus revelaciones sobre la palatina sin comentar, aparentemente sin sorprenderse.

“La pistola de agujas,” dijo Asenath con tristeza. “ Disparé tres dosis en su pecho. No se despertará.”

“Fue piadoso, Hermana. ¿Destruiste a los demás?”

“No podía hacerlo sin abrir sus celdas,” Asenath respondió, reprimiendo un escalofrío ante el pensamiento. “Pero sin el cuidado de la palatina morirán…eventualmente.”

¿Lo harán, hermana?

Se preguntó cuánto tardarían en notar la ausencia de la vieja bruja. Dadas las inclinaciones nocturnas de Bathory y su tendencia a desaparecer en su trabajo, podrían ser varios días, a menos que alguna de sus acólitas tuviera acceso al Reformatorum, lo cual Asenath dudaba. No, el asesinato no sería descubierto hasta pasado un tiempo.

Se sintió bien ¿verdad? La engatusó Mercy

Asenath descubrió que no podía negarlo. El asesinato había sido más que el cumplimiento del deber.

Mientras el Primer Amanecer rompía, la Hermana Haruki se les acercó. Les había estado siguiendo discretamente, siempre vigilante, pero demasiado lejos para escuchar su conversación.

“La preceptor Cognostic les ha hecho llamar.” dijo. “Vengan.”

Hagalaz les esperaba en el nivel superior de la rotonda del Librarium, donde todas las decisiones importantes de la Vela Plateada se tomaban. La plataforma circular colgaba del domo sobre cadenas atornilladas a su perímetro, cada uno de sus eslabones eran suficientemente grande para que un hombre adulto los escalase. Se había colocado una vela de cristal que llegaba hasta la cintura en el centro del disco, su mecha artificial proyectando una luz suave sobre las figuras reunidas a su alrededor.

Dos de ellas flanqueaban a la preceptora, sus túnicas azules y sus cuellos con respaldo alto las distinguian como hermanas Dialogantes superiores. Una cuarta se encontraba un poco separada, su alta figura envuelta en una servoarmadura gris oscuro. Jonah reconoció inmediatamente sus rasgos afilados y la piel aceitunada - La Celestial Superior Xhinoa. ¿Iba a ser ella su verdugo?

“Predicador Tythe,” Hagalz le saludó cortésmente, luego volvió su atención a Asenath.” Ah, ¡Nuestra infame perjura! Es apropiado que hayas encontrado el camino de regreso a nosotros ahora, Hermana perdida.”

“La hermana Hyades no forma parte de esto,” dijo Jonah con cautela.

“Oh, lo dudo mucho.” objetó la perceptora. “Sospecho que todos tenemos un papel que desempeñar. Al fin y al cabo, *nada es casualidad.”* Asintió al reconocer la frase. “Al menos nada que importa.”

El agarre de Jonah sobre el fragmento de espejo que tenía en la mano se hizo más fuerte. “Si usted tiene intención de matarme-”

“¿Martarte?” Hagalaz sonaba genuinamente sorprendida. “ ¡Por el Trono, no, eres demasiado espabilado, Tythe! Lo que tu desenmarañaste en unos pocos días le llevaría meses a la mayoría de mis Hermanas. “Se aproximó a él, sus ojos azules ávidos. “No, te quiero con nosotros cuando entremos en el schola. ¡A ambos!”

“Perceptora,” Xhinoa intervino, “de nuevo, debo aconsejar contra este curso de acción. Su lugar está aquí. Con las Canonesa Illumant pérdida usted es la última luz guia de la Última vela.”

“Y por eso debo *liderar*,” replicó Hagalaz. “Y por que blandiré cualquier arma que tenga a mi disposición.”

“Espere,” Asenath dijo, hablando por primera vez. “¿La Canonesa ha caído?”

“Hace casi un año,” respondió Xhinoa. “Comandando la tercera expedición en el schola.”

“El Lux Novus se las tragó a todas.” Hagalaz gruño. “Pero nosotros estaremos preparados. Y te tendremos *a ti*, Jonah Tythe.”

“Pero no es más que un sacerdote común, preceptora,” una de sus Hermanas Dialogantes protestó. “No niego que posee una buena menta, pero…”

“El no es un sacerdote común,” declaró Xhinoa. “Reconocí eso en el *Sangre de Demeter,* pero es un forastero aquí. Es peligroso poner nuestra fé en el.”

“Todo en esta empresa es peligroso, Hermana,” dijo Hagalaz, “pero al contrario que nuestros predecesores tenemos algo que Vedas quiere.” Dió un vistazo a los ojos de Jonah. “¿Por que el hereje te quiere, Tythe?”

“Planeo preguntárselo en persona,” dijo, manteniendo la mirada, “antes de matarlo. Su hereje me robó mi vida, preceptora - puede que incluso matase mi mundo ¿pero por qué? No tengo ni la más remota idea de por qué.

Hagalaz lo estudió por largos momentos y entonces asintió.

“Celestial Superior, reúna a su escuadra,” ordenó. “y proporcione equipo adecuado para nuestros nuevos camaradas.” Se volvió hacia sus Hermanas Dialogantes. “Elucidadles, Hermana Savant Phienne, pero se breve. ¡Partimos hacia el schola con el Segundo Amanecer!”

“Celestial Superior,” Jonah llamó a la guerra en armadura mientras la reunión se disolvía. “Un momento por favor.”

Xhinoa se volteó bruscamente. “¿Si, Tythe?”

“El barco…¿Fue destruido?” Él no sabía por qué eso parecía importante ahora, pero había aprendido a escuchar su intuición.

“No lo fue,” Xhinoa respondió. “*El Sangre de Deméter* desapareció la noche en que atracamos. Solo había una tripulación marginal a bordo.”

Dudo que fueran ellos quienes la hicieron zarpar, Jonah juzgó, recordando el altar profanado y azotado por el Inmaterium.”Eso es desafortunado.”

“En esto estamos de acuerdo, sacerdote,” dijo fríamente, “Pero tenemos preocupaciones más inmediatas. venga, ¡Debemos prepararnos!”

III

“Ve en paz, Toland Feizt,” susurra la Hermana Estrellaoscura un momento antes de matarlo. El siente las tres punzadas afiladas en su cuerpo y el frío mortífero. Surge a través de su sangre como pequeñas agujas, congelando todo lo que toca. Todo su cuerpo se agita violentamente mientras sufre espasmos y se detiene. Hay dolor, pero es breve e insignificante frente al alivio.

Feliz, espera al olvido, pero este no llega, pues el vacío está lleno de moscas.

“Resiste” le suplican, lo engatusan y conjuran. “¡Resiste!

Son sagradas, pero aun así, incluso en la muerte, se resiste a su demanda, pues aunque ha aprendido a amarlas, sabe que nada bueno puede venir de ellas.

“¡Resiste!” el santo enjambre zumba y él muere de nuevo - apuñalado tres veces y con el corazón congelado.

“Dejadme ir,” súplica. “Dejad-”

“¡Déjanos entrar!” Dicen en coro, entonces lo asesinan de nuevo, con más inquina y frialdad que antes, solo para llevarlo de nuevo al borde de la vida, y hacerlo una vez-y otra-y otra- hasta que su mundo no es más que sufrimiento y la exigencia de rendición.

“¡Déjanos entrar!”

Después de innumerables muertes y rechazos, comprende que esto será para siempre a menos que se someta. Sin saberlo la Hermana Estrellaoscura lo ha hecho vulnerable, porque era únicamente la vida lo que mantenía a las moscas atrás. Al matarlo, ella lo ha hecho suyo. Él la perdona, pero ya no puede protegerla.

“Lo siento,” dice, y finalmente las deja entrar.

Tercer Evangelio

Revelaciones

“Somos los que fuimos y queremos ser.”

-El Profeta Quebrado
El Evangelio Illumant.

Capítulo Nueve

Vigilia

El Testimonio de Asenath Hyades - Novena Declaración

La palatina ha muerto por **mi** *mano, pero el mal que acecha este mundo no ha terminado con ella. De hecho, ahora creo que su locura no era más que una sombra de una oscuridad mucho mayor.*

Recientemente he contactado con la preceptora de la Vela Plateada y he descubierto que comparte la convicción del Predicador Tythe de que Olber Vedas es la araña en el corazón de esta red. **Araña, arañita tejiendo plagas en la fortaleza de mi noche, haz que los pecadores corran, griten y lloren. ¿No desangrarás y harás añicos sus almas para que me las pueda quedar?**

Ahora cuento con compatriotas pios en este conflicto y en menos de una hora nos pondremos en marcha para purgar al hereje juntos. Por la gracia del Emperador prevaleceremos, pero la prudencia demanda que considere el peor escenario. A tal fin escribiré cuanto he aprendido de mis nuevos aliados. He recopilado lo siguiente con referencias a los registros proporcionados por la Vela Plateada. Por necesidad esta declaración será sustancial, pues hay mucho que contar.

Oh ¡No digas, muestra, hermana! La exposición no me favorece, así que te dejaré que elabores esta pieza sin amor tú sola.

Hace menos de dos años, en mitad de la noche, algo profundamente blasfemo ocurrió en el schola de la secta. Una aurora de luces de muchos colores brotó del viejo edificio en la base de la Aguja Quebrada, floreciendo como una flor nebulosa

para engullir la montaña al completo. Los testigos hablaron de tonalidades que eran a la vez familiares, pero al mismo tiempo completamente extrañas, como si sus ojos vieran una cosa y sus almas otra, una verdad más profunda.

Una cacofonía profana acompañó al espectáculo ondulando desde el schola en olas que arrancaban sangre por los oídos en aquellos que la escuchaban. Pero a pesar de su violencia, ninguno de los que dormían despertaron, pues únicamente aquellos que vieron las luces podían escuchar su canción. Aquellos desafortunados lo describieron de diversas maneras: como un chirrido de cristales rotos, una rapsodia de sediciosas máquinas y el iracundo renacimiento de una legión asesinada, entre otras innumerables nociones extrañas. Uno escuchó su propia voz magnificada en un coro de mil voces cantando ecuaciones matemáticas. Otro informó sobre la risa de círculos irrompibles, pero cuando se le preguntó más detalles comenzó a sollozar incontrolablemente.

Los informes más sobrios sugieren que el evento duró menos de un minuto, pero en ese breve periodo de tiempo un gran número de observadores se quitaron la vida, utilizando el método que ofreciera el escape más rápido. Cientos más siguieron en el transcurso de los días siguientes. Para su crédito ni una sola guerrera del Adepta Sororita se encontraba entre ellos, a pesar de que muchas habían observado el evento, incluyendo a la preceptora de la Vela Plateada.

Aquellos que durmieron durante la blasfemia no se libraron al completo. Todos informaron pesadillas muy vividas, mientras que otros no despertaron nunca, con sus mentes perdidas en el mundo de los sueños hasta que se les concedió la Piedad del Emperador.

A los pocos minutos del cese del suceso, un equipo de investigación de las Hermanas de Batalla fue enviado al schola. La señal de su comunicador se rompió mientras cruzaban el puente Veritas, pero se mantuvo contacto visual a través de magnoculares hasta que se internaron en el edificio. Ni ellas ni ningún miembro del equipo del schola o sus estudiantes emergieron.

Un segundo equipo las siguió poco después, mayor en número y liderada por un escuadrón de Celestiales, pero el edificio mancillado también las devoró. Trás aquellas pérdidas la Canonessa Illuminant prohibió ningúna futura expedición y el puente se selló, aislando la Aguja Veritas del resto del Anillo Koronatus.

Durante los próximos días se hizo evidente que no había signos visibles de vida en ningún lugar de la montaña. Los escáneres más sofisticados fueron, y siguen siendo, ineficaces, pues un aura maligna envuelve la región al completo. Los informes de la Vela Plateada hipotetizan sobre un poderoso campo electromagnético, pero tal cháchara tecnológica significa poco para mí.

Siete días tras la catástrofe una sola Celestial salió del edificio, de la mano con un muchacho de cabellos blancos. Juntos cruzaron la recién levantada barrera, donde fueron tomados en custodia. El muchacho no dijo nada y se le consideró en shock severo. Poco después se le trasladó al Sacrasta Vermillion, donde se esperaba que se recuperara. La Palatina Bathory declaró posteriormente que había pasado a la Luz del Emperador.

El muchacho, por supuesto, era Atanazius. La mujer que lo había guiado fuera del schola se llamaba Indrik Thuriza. Reconocí el nombre inmediatamente, pues su portadora me había desconcertado a bordo del Sangre de Demeter*, no por su tamaño anormal o su visor perpetuamente cerrado, sino debido a la oscuridad inquietante que colgaba sobre ella.*

La hermana Indrik no tenía recuerdos claros de que sucedió en el schola o el destino de sus compañeras, pero su relato es cuanto menos inquietante. Habla de encontrarse perdida en un laberinto de pasillos infinitos que le hacían dudar a cada paso. Entidades impías de forma abstracta la persiguieron a través del laberinto, girando, desenredandose y reconfigurando a medida que barrían el aire. Lo más inquietante es que afirmó que uno de esos demonios le robó el rostro, pero en esta parte el informe ha sido extensamente redactado y no puedo encontrarle sentido.

La hermana Indrik fue rigurosamente evaluada por la Canonesa Illuminant y se le encontró libre de corrupción. Trás siete meses de vigilia absolutoria fue re-consagrada como Celestial y puesta bajo el mando de Xhinoa Aokihara. No dudo del veredicto de la Canonesa, pero no puedo evitar preguntarme qué se esconde tras el visor de la Hermana Indrik.

Desde entonces el Lux Novus se ha mantenido bajo vigilancia constante, un cáncer sobre el archipiélago sagrado y el colectivo de las almas de sus guardianes. Se ha convertido en un lobo salvaje que viste con las ropas orgullosas de un águila, pues aunque su exterior vestido de marmón se encuentra inalterado, algo indecible y voraz se esconde en su interior.

Miles se perdieron durante la catástrofe, la mayoría aún desaparecidos, y muchos más han muerto desde entonces, pues los sueños ponzoñosos y los suicidios no han cesado por completo, volviéndose especialmente afilados en aquellas noches en las que las ventanas del schola bailan con luces extrañas y sus contornos tiemblan como un espejismo.

Al principio aquellas noches malignas eran raras, pero con el paso del tiempo se han vuelto más frecuentes, hasta que el intervalo no era más que unos pocos días de paz. Convencida de que el mal estaba volviéndose más fuerte, la Canonesa Illuminant lanzó una tercera expedición hace once meses. Comandando una

compañía al completo de Hermanas de Batalla y equipo de apoyo, entró en las fauces de la bestia, jurando purgar la corrupción.

Ninguno de ellos volvió, ni hubo ningún indicio de que su sacrificio hubiese cambiado nada. Desde entonces la Vigilia Infernal se ha mantenido intacta. Hasta hoy.

Al Segundo Amanecer realizaremos el cuarto, y seguramente final, envite contra esta oscuridad, no confiando en los números o en la fuerza bruta, pero en la ingenuidad, el talento y la pureza de nuestra fuerza de asalto. Pero por encima de todo, en su destino divino que nos guiará, pues ocurra lo que ocurra, creo que estamos predestinados a estar aquí.

Con toda seguridad esta será mi última declaración así que entregaré estos documentos al cuidado de la Vela Plateada con instrucciones para que se os entreguen en caso de que me pierda hoy. Mi reverenciada canonesa, he caído en desgracia, pero nunca he sido falsa en mi fé o en mis intenciones. Rezo para que eso sea suficiente para redimir mis acciones, si no mi alma eterna.

Había diez de ellos en total. El número había sido decretado propicio por las meditaciones prognosticas de las Hermanas más devotas de la Vela Plateada. Jonah no tenía mucha fé en ellos, pero le gustaba el número.

Ni demasiado para estorbar, ni demasiado pocos para marcar la diferencia.

Bajo la fresca luz del amanecer de Salvación, el grupo ascendió el puente Veritas y atravesó las estrechas puertas de la barrera uno por uno, mientras sus celadoras cantaban en coro en su honor. Para los oídos de Jonah sonaba como un canto fúnebre.

El puente estaba suspendido sobre el desfiladero en titánicos pilones que se elevaban cientos de metros hacia el cielo, con sus pináculos unidos por tensos cables plateados que zumbaban al viento. Su revestimiento de mármol estaba tallado en una hélice de ojos verticales, luciendo alas de aguila angular que sobresalen de las torres como cuchillas. Manos de piedra gigante recorrían todo el puente a ambos lados, abiertas de modo que sus dígitos más externos se tocasen para formar una pared concatenada, un ojo decoraba la palma de cada estatua. El camino entre los ojos vigilantes era suficientemente ancho para acomodar a varios vehículos de frente, pero los transportes estaban prohibidos en la Aguja Quebrada así que el cruce habría de realizarse a pie.

La escuadra de la hermana Superior Xhinoa lideraba el grupo, las cinco Celestiales avanzaban en formación de cuña a lo largo del centro del puente. En honor a su estatus como superviviente de la anomalía, la hermana Indrik marchaba en la punta,

su rifle de fusión alzado frente a ella como la torreta principal de un tanque. Xhinoa y Genevieve la seguían a derecha e izquierda, portando un bólter tormenta y un lanzallamas sagrado respectivamente, y después iban las hermanas de sangre Camille y Marcilla, ambas armadas con bólters. Todas vestían yelmos castitas retráctiles con salmos de protección grabados en ellos, pero el visor de Indrik estaba bajado. Cintas blancas de santidad revoloteaban en las uniones de su servoarmaduras gris oscuro y pergaminos de pureza recién escritos colgaban de sus corazas.

La Preceptora Hagalaz caminaba unos pocos pasos detrás de las Celestiales, flanqueada por sus ayudantes, la Hermana Vanreen y la mujer que Jonah había apodado como su ejecutora, la taciturna hermana Haruki. Las tres Hermanas Dialogantes habían cambiado sus túnicas por uniformes azules reforzados con elegantes placas anti balas plateadas. Su armadura ligera no ofrecería mucha protección contra los peligros que les esperaban, pero sus armas eran formidables. La preceptora portaba un rifle de plasma lleno de filigranas con un inusual cañón en forma piramidal, mientras que Navreen estaba armada con una pistola de plasma igualmente distintiva y Haruki con una esbelta espada de energía. A pesar de que la Vela Plateada no era una orden militante, sus discípulas poseían el entrenamiento y recursos para combatir en caso de necesidad, pues incluso en los mundos más aislados del Imperium la guerra nunca estaba a más de un desastre de distancia.

Jonah y Asenath caminaban juntos en la retaguardia, ambos equipados con armaduras de combate y pistolas bólter, aunque Jonah también portaba su fiel pistola Elegy, cargado con la última de sus balas tocadas por los espejos. Esa bala tenía el nombre de Olber Vedas - literalmente, pues Jonah había grabado las palabras en el casquillo cuando supo de la identidad de su enemigo.

La he guardado para ti, prometió, lo que le recordó la pregunta que había estado molestando.

“Preceptora” llamó. La fornida mujer que caminaba delante le miró con una ceja arqueada. “¿Por qué Vedas?” preguntó Jonah

“No te entiendo, Tythe.”

“*Se* lo que es el,” Jonah insistió. “Pero porque *tu* lo crees?¿Él no podría ser simplemente otra víctima en todo esto?

“¡Una víctima!” resopló. “Si de verdad conocieses a Olber Vedas entenderías la absurdidad de esa noción.” Se retrasó para unirseles, indicando a su hermanas que continuase. “Tu llegada solo confirmó lo que ya había supuesto.” dijo. “ La ambición del Exegessor siempre ha excedido su sabiduría, aunque pocos lo vieron.”

“¿Su hambre?” Jonah sugirió, recordando los ojos esclavizados de su enemigo.

“Si,” Hagalaz se mostró de acuerdo. “Esa es exactamente la palabra.” Ella dudó. “En la noche que ocurrió, cuando vi las luces… No escuche máquinas o gritos ni ninguna otra cacofonía. Lo que escuché fue a Vedas, susurrando la misma frase, una y otra vez.”

“Nada es casualidad,” Jonah predijo.

“Lo convirtió en una maldición, Tythe.”

“¿De donde vino el Exegessor, preceptora?” Asenath preguntó tranquilamente.

“El…” El rostro de Hagalaz se ensombreció. “El…siempre ha estado aquí.”

Jonah y Asenath intercambiaron una mirada, reconociendo la expresión de la mujer - algo entre la confusión y la angustia. Una violación de la memoria misma…

“Ese es mi recuerdo también,” Asenath dijo. “Pero he llegado a dudarlo.”

“Sea lo que sea que pienses que Vedas es, Preceptora, es mucho peor,” Jonah advirtió. “He visto-”

“¡Preceptora!” La llamó la Hermana Navreen desde delante, prestando atención al auspex que portaba. “Hemos entrado en la región anómala.”

“Puedo sentirlo,” Asenath susurró, extendiendo la mano como si quisiera probar el aire.

Ella estaba en lo correcto. El grupo había cruzado la mitad del puente y la oscuridad, la escabrosa cima de la Aguja Quebrada acechaba sobre ellos. A simple vista nada había cambiado - los soles aún brillaban y la brisa aún portaba el sabor a sal del océano rugiendo abajo - pero ahora esas cosas se sentían quebradizas, como una fachada que podría derrumbarse ante la mínima provocación. Había una *potencialidad* eléctrica en el aire que le produjo un hormigueo a Jonah en la piel, insinuando algo más primordial que los meros nervios ante el final de su viaje.

“Extraordinario,” declaró Hagalaz, retomando su paso para unirse a la Hermana Navreen. “ ¡Debo evaluar estas lecturas!” Sonaba más excitada que aprensiva.

“Libérate de tus cargas, Jonah,” dijo Asenath con voz queda. “No deberías confrontar esta corrupción sin confesarte.”

Él sacudió la cabeza. “Eso sólo funciona si lo crees, Hermana.”

“Entonces hazlo por que yo creo,” Asenath insistió. “Cuéntame tu historia, amigo.”

Jonah se quedó en silencio un rato, observando el océano mientras caminaban. El viento se había acelerado y nubes negras comenzaban a formarse en el horizonte, sus siluetas parpadeando por los relámpagos. Durante un latido de corazón el mundo parpadeó en sintonía con el pulso eléctrico, luego se oscureció hasta que Jonah se encontraba solo en una tierra devastada que era una copia de lo que era. El puente de mármol estaba ennegrecido y erosionado, con su revestimiento desgastado hasta sus huesos de acero en algunos lugares, su superficie agrietada y sembrada de escombros. Un brillo rojo infernal escapaba de las fisuras, acompañado por un retumbar primordial tan profundo que su sangre vibraba a su ritmo. El aire se agitaba sobre él, caliente y pesado, con el hedor mefítico a sulfuro y dolor. En lugar del océano, una franja fundida se extendía hasta el horizonte, burbujeando y brillando por el calor. Jonah miró hacia arriba y vió los soles gemelos colgando inertes en el cielo cubierto de hollín, su resplandor apagado en una llovizna anémica.

“Quema la mentira que te retiene, amigo.” alguien susurró a su espalda.

Jonah se volteó, buscando entre el humo. Un hombre se encontraba a diez pasos, sus brazos extendidos ampliamente y su cabeza echada hacia atrás para saludar al cielo. Su forma era una silueta obsidiana contra la neblina roja que se filtraba desde abajo, enmascarando sus rasgos, pero su cuerpo era enorme y las llamas danzaban en las palmas de sus manos.

“No toda ruina es igual.” el extraño proclamó con una voz áspera que de alguna forma superó el estruendo. Luego había desaparecido, perdido en el remolino de hollín.

“¿Quien eres?” Jonah gritó. Un rugido estentóreo le respondió viniendo de todas direcciones, largo y rebosante de rabia insondable - el rugido de una bestia nacida únicamente para la matanza. Mientras su eco se disipaba, el humo se separó, revelando el tamaño del puente ennegrecido y la chocante ausencia después de él.

La montaña Perihelio había desaparecido, esquilada hasta una losa de basalto chamuscada.

“¿Jonah?” alguien dijo. “¡Jonah!” Una mano tocó su hombro y él se dió la vuelta. El viejo mundo se reconstruyó mientras miraba a los preocupados ojos grises de Asenath. “¿Qué has visto?” ella preguntó.

“Nada bueno,” murmuró. *La ira en mi interior…*

Entonces, mientras se adentraban en lo desconocido, Jonah Tythe finalmente le habló sobre la noche infinita y la condena que había caído sobre él.

II

El hombre inmortal se despertó con un grito, su cuerpo al completo atormentado por paroxismos agonizantes. Sus músculos se hincharon mientras se tensaban contra los grilletes que lo ataban a una superficie dura y plana. Sentía como si sus ojos estuviesen en llamas, pero no veía nada. Se retorció en la oscuridad, su grito convertido en un rugido primordial cuando el dolor dio paso a la furia. Con un chasquido de metal desgarrado, su brazo derecho se liberó de sus ataduras y un momento después el izquierdo le siguió. Se levantó bruscamente para arrancarse las ataduras de sus tobillos, luego balanceó sus piernas hasta el suelo y se tambaleó hasta ponerse de pie.

“No debería….estar…aquí,” resopló mientras su cabeza giraba alrededor sin poder ver. Era de lo único de lo que estaba seguro. Con cautela extendió la mano para tocar su rostro, sus dedos se dirigieron a sus ojos y encontraron unas cavidades irregulares. Su respiración se aceleró mientras trataba de encontrar un sentido para su pérdida. *¡El ladrón!*

Da rienda suelta a tu verdad y mira, desatado y abundante. La instrucción vino de algún lugar en el interior de su cabeza, húmeda e hinchada, como la voz de un cáncer maduro.

“Yo..no…” Sus palabras se ahogaban en arcadas de bilis. Temblando, se inclinó y arrojó un torrente de inmundicia viscosa. Sabía a carne en descomposición y a sueño podridos.

¡Mira por ti mismo, Celador!

El fuego detrás de sus ojos estalló, arrojando una masa hormigueante de cuerpos diminutos que se apresuraban a llenar sus cuencas vacías. La visión volvió como una herida repentina en la oscuridad, mostrando el mundo en múltiples tonalidades verdes, como si estuviera viéndolo a través de un prisma multifacético sucio. Y con la visión vinieron los sabores y los olores, todo más afilados que antes e inexplicablemente unidos. Mirando abajo, vió un enmarañado de vísceras negruzcas sobre sus pies…y olió la humildad expelida junto a ellas…y saboreó la *libertad.*

“Resistimos,” declaró el Celador, su voz ahogada reverberando con una coral de moscas.

Escupiendo los últimos pedazos de su vida pasada, el Encarnado inspeccionó los alrededores. Se encontraba en una cámara circular con muchas puertas cerradas, todas ellas forjadas de metal y sin lugar a dudas resistentes. Instintivamente el Celador comprendió que había estado impresionado aquí durante muchos días, pero a su vez en otro lugar, mucho más sutil, por mucho tiempo. Su anfitrión había sido obstinado, reteniendo su devenir con una tenacidad febril, negándose a aceptar que eran uno y el mismo, pues el enjambre sagrado había venido desde dentro, no desde fuera, donde nacen todas las verdaderas revelaciones.

Eligiendo una puerta al azar, el avatar cruzó la habitación, sus pies descalzos dejando una estela de limo sobre la piedra. La puerta que eligió mostraba un relieve que representaba a un hombre con una sotana en llamas, juntando las manos en oración. Un halo de llamas danzaban sobre su calva llena de ampollas, pero su expresión era serena, sus labios curvados en una sonrisa amable sobre su ardiente barba.

El Mártir Ardiente de Caritas, el Encarnado reconoció, robando el conocimiento de algún lugar primordial, *aquel que da gracias incluso mientras es consumido.*

El Celador tiró de la escotilla de la mirilla y miró a través de la ventana. Una humeante aproximación del Mártir le miraba desde el interior de la celda, sus ojos brillaban con un calor apenas contenido. El humo salía de sus labios escaldados mientras empujaba sus palmas llenas de ampollas contra el cristal y gruñía algo inaudible. A pesar de su aspecto feroz, el prisionero estaba incompleto…solo despierto parcialmente. No había más que locura en su mirada.

El Celador se dió la vuelta, luego se detuvo, sus fosas nasales contrayéndose mientras captaba el olor de la vida, débil pero tentador. Circulando la cámara, vió un cuerpo destrozado al otro lado del estrado - una vieja en túnicas rojas, su cuerpo roto más allá de ningúna esperanza de reparación, y aun así, de algún modo, aún se agarraba a la vida. Escuchando atentamente, el Encarnado escuchó el defectuoso reloj bombeando dentro de su pecho.

"Te conocemos, Artesana," El Celador entonó mientras mudaba su ignorancia mortal como si fuese una vieja piel. ***"Te convertirás."***

Caminó hacia el casi cadáver y se arrodilló. Volviendo a la mujer suavemente sobre su espalda, acunó su cabeza y se inclinó hacia adelante, como para dar un beso. Una de sus lentes rotas zumbó ante su toque, centrándose reflexivamente.

"Despierta." las mandibulas del avatar se abrieron, su garganta ondulando mientras vomitaba una corriente de icor negro sobre el rostro de la anciana.

Orondas larvas nadaban en el cieno y sus pálidos cuerpos se retorcían mientras buscaban la entrada a este nuevo anfitrión. L3
a mujer tembló mientras se deslizaban ansiosamente entre sus labios y hasta en sus fosas nasales, algunos incluso atravesando las grietas de sus lentes.

El avatar la sostuvo mientras las convulsiones disminuían, esperando pacientemente para que floreciese la bendición.

“La tormenta nos ha seguido,” Anunció el Zapador Zevraj sumariamente, observando a través de las ventanas del refectorio el patio al otro lado. A pesar de que era justo después del mediodía, el cielo se estaba oscureciendo y la lluvia había comenzado a golpear las piedras adoquinadas. “Deberíamos rezar juntos, camaradas,” urgió.

“Relájate, diácono,” se burló Santino desde una mesa cercana. “¡El Emperador tiene suficiente de su trono sin nosotro susurrandole!” El estaba jugando a las cartas con otros soldados mientras Hörka observaba. Las cejas del masivo especialista en demoliciones de barba verde estaban agachadas en un ceño fruncido feroz mientras trataba de seguir el juego.

Como regla, Reiss no jugaba, pero se les había unido para sondear su ánimo. Zevraj y Santino eran las voces más prominentes entre los supervivientes así que no había mejor medida de la moral de la compañía.

Los dos soldados no podían ser más diferentes, uno devoto y casi mórbidamente serio, el otro un bastardo presumido que siempre flirteaba con la blasfemia. Habían llegado a las manos en la Estación Lucio cuando Zevraj atrapó a Santino con una tabla lasciva, pero el sargento zapador lo había resuelto a su manera habitual. Su solución se había convertido en una leyenda en la compañía, con Santino ordenado a destrozar el irreverente artículo con su Machador mientras el “Diácono” Zevraj cantaba una absolución, con sus manos descansando sobre la cabeza de su camarada. No era lo que indicaba el reglamento, había explicado Feizt, pero a veces había que romper algunas reglas para mantener La Regla - y estrechar lazos de hermandad. Había funcionado mejor que cualquier cosa que se le hubiese ocurrido a un comisario.

Mejor que nada que se me hubiese ocurrido a mi, Reiss admitió. No se engañaba respecto a sus habilidades como líder. Lánzalo a una pelea y se desenvolverá bien, pero cuando se trataba de realizar malabares con egos, no sabía diferenciar izquierda de derecha. “Demasiado jodidamente recto,” le había tildado el Capitan Froese, “¡pero sin el acero para volverse afilado!”

“¿Cuando crees que estaremos fuera de aquí, jefe?” Santino preguntó desde detrás de su mano de cartas. “No digo que no esté agradecido, pero este lugar no me sienta bien.”

“Uele,” Hörka añadió sabiamente. Considerando la creativa actitud del zapador respecto a la higiene, esa era toda una declaración.

“No debería ser más que unos pocos meses,” Reiss supuso. “Todo el mundo debería estar recuperado para entonces. Mientras tanto, mostrarás respeto a nuestros anfitriones, soldado.”

“Honorables palabras, teniente,” Zevraj se mostró de acuerdo severamente. “Hemos sido bendecidos por los cuidados de la Vela de Bronce, si.”

A pesar de su amonestación, Reiss estuvo de acuerdo con Santino. Algo pasaba en el Sacrasta. Las hospitalarias habían realizado un buen trabajo - ahora había dieciocho zapadores en pie - pero bajo sus amables palabras y sonrisas había algo que no encajaba.

“Yo kreo-” comenzó Hörka, pero la sabiduría que estaba a punto de impartir fue cortada por el tañir de una campana.

“Esa es la alarma de la tormenta,” dijo Reiss, alzándose con cierto alivio. “Ya sabéis que hacer. ¡De vuelta a nuestra ala, Zapadores!”

“¿Porke debemoh ih?” Hörka protestó.

“Porque la señora de rojo así lo decidió, Orko.” dijo Santino arrastrando las palabras mientras tiraba sus cartas. “Y cuando dicen “salta”, nosotros saltamos a las estrellas”

El Comisario Lemarché se encontraba en el piso superior del Sacrasta cuando la alarma de la tormenta sonó, pero la ignoró, esperando pacientemente hasta que se silenció. Este piso era una de las pocas áreas que Solanis había declarado como fuera de los límites, ostensiblemente debido a medidas de seguridad. No había visto motivo para aventurarse aquí arriba antes, pero ahora necesitaba la elevación extra.

Estaba arrodillado en las sombras de un sombrío pasillo, donde confiaba que nadie acudiese a curiosear. Ciertamente se *sentía* abandonado, pues las paredes brillaban por la humedad, su hedor sofocando el omnipresente incienso del Sacrasta.

Aquí arriba el cadáver pintado muestra su verdadero rostro, murmuró Lemarché. *Murió hace mucho tiempo, pero es demasiado temeroso de sus fantasmas para*

dejarlos marchar. Dejó ir la idea. Sus pensamientos ya eran preocupantes sin necesidad de entrar en algo tan grotesco.

“¿Me recibe, hermana?” siseo a los cascos que Asenath le había entregado. “Aquí Lemarché, solicito confirmación.”

Una ola de estática le respondió. La interferencia lo había confundido en los pisos inferiores, pero había esperado que encontrarse a más altura potenciaría la señal. Sin lugar a dudas la incipiente tormenta estaba causando estragos con la señal del comunicador, pero no podía librarse de la sensación de que algo más ocurría.

“Necesito respuestas, mujer,” murmuró.

La noche anterior Asenath se había marchado del Sacrasta con una explicación superficial sobre visitar el Librarium, una advertencia sobre permanecer vigilante y la promesa de que volvería pronto. Ningúna de ellas había sido buena señal entonces, y aun lo eran menos ahora. La vaga sensación de temor se había apoderado de él ayer y había crecido constantemente desde el Primer Amanecer, hasta que Lemarché no pudo pensar en nada más. Había abrazado el sentimiento sin vergüenza, reconociéndolo más como una advertencia que como señal de miedo, pero la necesidad de actuar se estaba volviendo abrumadora.

Las sangrientas arenas del tiempo se están secando…

Algo se movió por el rabillo del ojo. Lemarché se volteó y entrecerró los ojos a través de la oscuridad, pero el pasillo estaba vacío. El viento soplaba a través de sus ventanas arqueadas, arañando contra sus contraventanas oxidadas como un espectro desolado. Todas las puertas a lo largo de la longitud opuesta estaban revestidas con vigas de hierro remachadas y pintadas con sellos descoloridos de peligro biológico, indicando alguna antigua pestilencia. Se encontró a sí mismo preguntando durante cuánto tiempo aquellas puertas habían estado selladas. ¿Habría aún cuerpos al otro lado?

Los muertos no importan, se reprendió a sí mismo, pero su sangre le decía lo contrario, su sabiduría, tan potente como cualquier cosa que el Imperio le había inculcado. Aquí arriba el Abuelo Muerte estaba solo a un susurro de distancia, sus dedos descarnados ansiosos por ofrecer la Caricia Eterna. Solo un tonto tentaría al destino persistiendo demasiado en este lugar.

“Hermana Asenath,” intentó de nuevo, “aquí Lemarché, ¿me recibe?” De nuevo nada salvo estática vacía. Estaba apunto de intentarlo de nuevo cuando el ruido blanco de repente aumentó y se transformó en palabras.

“Lemarché,” bullió el comunicador. ***“Te escucho.”.***

El comisario dubitó. A pesar de estar distorsionada la voz era familiar, sin embargo le puso la piel de gallina. “¿Feizt?” preguntó inciertamente.

“Ve en paz, hermano.” Hubo una pausa crepitante. ***“Tu servicio pronto terminará.”*** Las palabras eran un eco retorcido de las que Lemarché había ofrecido al sargento morbundo a bordo del *Sangre de Demeter.*

“¿Dónde..está, sargento?”

“Estoy de camino, hermano,” la voz prometió. ***“Estaré contigo pronto.”***

La señal estalló en un chillido de estática. Sus oídos zumbaban, Lemarché se quitó los auriculares y se quedó mirando cómo se desmoronaban en sus manos, lanzando chispas y escamas de óxido. Su marco estaba completamente corroído.

La Hermana Minoris Bigaeve amaba el Mortifactorum. Era una mujer simple, virtuosa en su fé y diligente en sus tareas, pero no le gustaban las *complicaciones*, y no había nada más complicado que vivir. Con todas sus palabras, deseos y juicios pueriles, hacían de su vida una miseria. Ella no diría que *odiaba* a sus hermanas hospitalarias, pues eso disgustaría al Dios-Emperador, pero le gustaban las muertas mucho más. Un alma honesta sabía donde estaba su lugar, así que cuando la Madre Solanis le concedía un turno en este frío pero acogedor lugar, el corazón de Bugaeve se elevaba. Era consciente de que no tenía la inteligencia necesaria para convertirse en una de las favoritas de la palatina, como Enkel o Lucette - o si quiera para ser ordenada una hermana hospitalaria al completo - pero eso no importaba. Se contentaba con servir junto a los muertos hasta que fuese su turno de unirse a ellos.

Con su amplia forma envuelta en un delantal protector de ablución, Buigaeve trabajaba por la habitación, con sus benditos aparatos para: fregar, inspeccionar y enderezar las camillas vacías mientras cantaba un himno de saneamiento. Había llegado al otro lado de la habitación cuando algo llamó su atención - una tira de tela carmesí colgada desde una de las compuertas de la pared donde los muertos dormían, dejándola ligeramente entreabierta.

“¡Abierta o cerrada, pero nunca entreabierta!” la Madre Superior le había advertido.

Frunciendo el ceño ante el descuido, Bugaeve se apresuró hacia la ofensiva escotilla y la abrió de golpe. La bandeja se deslizó suavemente, revelando a su ocupante. Bugaeve se quedó boquiabierta al reconocer a la Hermana Enkel. Había un bisturí enterrado en el ojo derecho del cadáver.

¿Cuándo ocurrió esto? Explicaba por qué Enkel se había ausentado en la misa recientemente, pero era irritante que nadie se hubiera molestado en *informarle.* Sin embargo, a fin de cuentas, la muerte de Enkel compensó el desaire. ¡La mujer había sido una mala bruja! De hecho…

Las luces parpadearon y se apagaron. Unos momentos después el zumbido de los criogeneradores lo siguió, dejando la habitación en completa oscuridad y silencio.

Imperturbable, Bugaeve esperó hasta que las luces de emergencia actuasen, su parpadeo bañó la cámara con una fría luz azul. Murmurando una oración de agradecimiento caminó contoneándose hacia la puerta. Había que informar a las ingenieras del Sacrasta sobre el fallo eléctrico antes de que los durmientes del Mortifactorum comenzasen a madurar.

Bugaeve se encontraba a mitad de camino hacia la puerta cuando esta se abrió. Una mujer alta, delgada cual cadáver entró, sus túnicas manchadas en morado bajo la luz azul.

"¡Palatina!" Bugaeve dijo bruscamente, reconociendo a la recién llegada a pesar de la penumbra. "'¡Yo…me siento honrada!" Inclinó la cabeza, tratando de ocultar su nerviosismo. Nunca había estado a solas con la severa señora del Sacrasta y este difícilmente era un momento oportuno. "El espíritu máquina del generatorium…está ...inquieto," tartamudeó mientras la palatina se le aproximaba.

"Mirame, Bugaeve Krolock" Las palabras fueron pronunciadas con una voz ajada y chirriante que dolía escuchar.

"Señora…yo…"

"Obedeceme."

Bugaeve obedeció dubitativa, sus ojos parpadeando mientras se percataba del horrible estado de su señora. Se había abierto un cráter en el abdomen de la palatina y le habían arrancado el brazo derecho, dejando detrás un muñón andrajoso de carne y hueso, pero fue su cara la que paralizó a Bugaeve. Una luz biliosa brillaba a través de las grietas de sus lentes redondeados, iluminando sus rasgos resbaladizos. Sus mandíbulas estaban encajadas en un rictus de bostezo, los labios echados hacia atrás por unos dientes ennegrecidos. Había una masa pastosa de larvas sobre ellos, algunos revoloteando alrededor de su boca con pequeñas alas.

"Hacemos lo que buscamos," la palatina decretó, sus palabras burbujeaban de su garganta sin mover los labios.

“Señora…”

La mano que le quedaba a la palatina actuó, sus uñas cortando a través de la garganta de Bugaeve como cuchillos. La sangre salpicó el rostro de Bathory, atrayendo moscas de su boca abierta. agarrándose la herida, Bugaeve cayó sobre sus rodillas.

“Perdóneme….me…” balbuceó, segura de que estaba siendo castigada por algún error espantoso. Sus manos cayeron sin fuerzas de su cuello y se desplomó.

“Renaceras, Hermana,” La palatina prometió, caminando hacia ella.

Renacida… Bugaeve repitió, aferrándose a la perspectiva mientras las moscas se lanzaban ansiosamente a su garganta. A través de su zumbido escuchó el ruido metálico de la escotilla de un durmiente abriéndose y comprendió que no estaría sola en su nueva vida.

Tal vez la Hermana Enkel y ella se hiciesen amigas.

“¡En pie, Zapadores!” Lemarché ordenó mientras marchaba al interior del ala de la Compañía Estrellaoscura. Junto al resto del hospital, sus luces principales habían fallado, pero las linternas autónomas junto a sus camas habían mantenido las sombras a raya. “¡Herméticos y Sellados!” bramó. “¡Tenemos una brecha!”

Los guardias que haraganear por la sala obedecieron la consigna para estar listos para el combate inmediatamente. Los murmullos cesaron mientras cada soldado en condición se apresuró hacia él, los ojos alerta y empuñando sus dagas ocultas. El explorador Nomek incluso proporcionó una pistola bólter del Exordio, pero Lermarché no sabía cómo había conseguido mantenerla oculta todos estos meses. Técnicamente se trataba de una ofensa disciplinaria, pero la censura tendría que esperar.

“¿Qué significa esto, comisario?” Demandó la Madre Superiora Solanis, dirigiéndose hacia él junto a tres de sus hermanas hospitalarias.

“Mis disculpas,” Lemarché respondió suavemente, tomando su propia arma de su abrigo. “Tengo razones para creer que nuestra seguridad se ha visto comprometida.

“Eso es ridículo…” Solanis se detuvo al reconocer la pistola láser de bronce en su mano. “¿Como esa arma llegó a usted, Comisario?”

“Por la beneficencia del Dios-Emperador, Hermana.”

“¡Esto es una desgracia!” declaró. “La palatina debe ser informada.”

“Ciertamente, pero todavía no.” Lemarché le apuntó con su pistola. “No hasta que mis hombres esten adecuadamente armados.”

“¿Dispararía a una hija del Trono?”

“Preferiría que no fuese necesario. Ahora, si fuese tan amable, retroceda, mi señora.”

“Comisario,” Zevraj protestó con expresión afligida. “Seguro que hay algún malentendido. Las buenas Hermanas…”

“¡Silencio, Zapador!” Saltó el Teniente Reiss. Colocándose junto a Lemarché, enfrentó a los demás.” “¡Herméticos!”

“‘¡Y sellados!” respondieron los soldados. La mayoría de ellos…

“El no es uno de los nuestros,” Zevraj murmuró, señalando al comisario.”

“Lo soy,” Lemarché dijo formalmente. “Desde hace mucho tiempo, Chingiz Zevraj. Sepan que hago esto en nombre del Emperador.”

“Hay algo *raro* aqui, diácono,” instó Santino a su rival, con todo rastro de su humor desaparecido. “Este no es el mejor momento para quejarse.”

Tomando el silencio de Zevraj como sumisión, Lemarché se volvió hacia Solanis. “¿Que ha ocurrido con las luces?” Aún quedaban horas de la tarde pero el edificio ya estaba envuelto en penumbra.

“Un fallo energético,” dijo fríamente. “Nuestro ingeniero ya ha sido despachado al sótano para calmar el espíritu del generatorium.

No volverá, Lemarché juzgó. *Este apagón no se trata de un accidente.*

Sus pensamientos llegaban con una claridad fría que había estado ausente demasiado tiempo, con el ánimo revitalizado por la perspectiva de acción. Vió el mismo alivio trabajando sobre sus hombres. Tras meses de ociosidad y ansiedad informe eran soldados de nuevo. Los monos blancos anchos y las sandalias que vestían no podían ocultarlo. Diecisiete estaban de pie ahora y cinco más podrían al menos arrastrarse y disparar en línea recta. No eran muchos, pero no eran guardias comunes y corrientes.

“Madre Solanis, me acompañará a la armería.” Lemarché ordenó. “¡Escuadrón Rojo, conmigo! Azul - aseguren el ala. Verde, quiero una patrulla en la vecindad inmediata, pero sean discretos.” Hacía mucho tiempo que había dividido a los heridos que podían caminar en nuevos escuadrones, instintivamente anticipando este momento.

“Teniente Reiss, usted está al mando aquí,” continuó. “¡Nomek, su arma!” El explorador de pelo gris entregó su pistola bólter al comisario con una sonrisa lupina, claramente encantado de que su infracción hubiese sido absuelta. A cambio, Lemarché le entregó su pistola láser a Reiss. Era el orden propio de las cosas.

“¿Es esto correcto, señor?” Reis susurró mientras tomaba el arma.

“Es necesario, teniente,” Lemarché respondió. “Una cosa más - si el sargento volviese…se cauteloso.”

“No comprendo, señor.”

Ni yo tampoco, Lemarché admitió, recordando la voz que había emanado del comunicador. - “Puede que no sea el mismo, teniente.”

“Reniego de ti, hermano,” dijo el Celador, apretando su agarre sobre la cabeza del Mártir Ardiente y forzando a la criatura sobre sus rodillas. El humo brotó entre los dedos del Celador mientras el halo llameante del otro avatar los quemó hasta los huesos. Aullando de rabia, el mártir luchó por liberarse, golpeando el pecho de su enemigo con puños ardientes y escupiendo trozos de fuego.

El Celador comprendió que el otro Encarnado estaba, al menos, parcialmente despierto, pues sus habilidades excedían los inventos de su artífice, pero eso solo selló el destino del Mártir, pues su alma había caminado demasiado lejos en el Camino de las Calaveras para cambiar su curso. Eso no había sido inevitable, pues cada uno de los Encarnados podía trascender a través de cualquiera de los Caminos primordiales, o en efecto, ninguno de ellos, sin embargo algunos se encontraban más inclinados hacia ciertos Caminos. El Mártir Ardiente era típicamente atraído por la destrucción desenfrenada, mientras que el Ángel Sangrante tendía hacia los placeres del dolor. El Celador, cuyo dominio instintivo era la decadencia paciente, había reconocido la perdición del Mártir en el momento en que se abrió su celda, pues el llameante avatar había atacado a su libertador como una bestia salvaje. Había sido fuerte - mucho más fuerte que los otros a los que el Celador había liberado y redimido - pero ni por asomo suficientemente fuerte.

Con un crujido explosivo, la calavera del avatar arrodillado se derrumbó, pero su ejecutor siguió presionando hasta que los espasmos mortuorios cesaron.

“Ve en paz, hermano,” ordenó el Celador, luego retorció salvajemente, arrancando la cabeza del Mártir de sus hombros. Una explosión de vapor sulfuroso brotó del cuello del avatar muerto, quemando el pecho de su asesino, pero sin ningúna consecuencia. La carne pálida ya se había reformado a lo largo de la piel de los dedos del vencedor, tejida por las larvas que infestaban su sangre. Pronto estaría completo de nuevo.

Dejando caer la cabeza humeante de su enemigo, el Celador se volteó hacia las tres figuras tras él. Habían esperado en silencio desde que prestó juicio sobre su recalcitrante hermano, sin ofrecer ayuda ni obstaculizando su deber, a pesar de que los tres se habían sometido a su bendición y abrazado el Camino de las moscas. Su inacción era tal como debía ser, pues el Celador había asumido el manto de Encarnado Supremo, y con ello todos los deberes de Interdicción.

“Esta hecho,” decretó.

“¿Qué hay del último?” preguntó el Ángel Sangrante. Su meliflua voz no estaba mancillada por su sumisión a la podredumbre, aunque su rostro estaba veteado de hilos virales negros y manchado de gangrena. Las moscas destripadoras rodeaban su cabeza inclinada en un halo espinoso y sus delgadas muñecas habían florecido en masas de tentáculos cuyas puntas espinosas cubrían el suelo.

“Nosotros bastaremos.”

“No se ha completado la Interdicción.” ella objetó.

“Está completa. A no ser que tú también busques mi juicio ¿Hermana?”

“No lo deseo.” ella concedió con una sonrisa llena de dientes afilados. Sin importar el camino que ella había ascendido, la insolencia siempre estaba en la naturaleza del Ángel Sangrante, pero nunca era una idiota. Sin contar al Caballero Penintente, que estaba a su derecha, ella era la más débil de los Encarnados actuales, su apoteosis apenas comenzó hasta que él la despertó. De los tres, sólo el Testigo Mudo había estado completamente despierto antes de su bendición.

Siempre el más sutil de los Encarnados, la Testigo estaba exteriormente inalterada por las divinas plagas de la descomposición, apareciendo como una mujer esbelta con un sencillo vestido blanco, sus brazos perpetuamente cruzados, cada mano de dedos largos tocando el hombro opuesto. Su cabeza estaba completamente rapada, realzando la delicadeza de sus rasgos y el marfil impecable de su tez. Unos ojos grandes e inclinados lo estudiaron, su mirada triste decía más de lo que las palabras jamás hubiesen podido, y por ello no tenía boca con las que desperdiciarlas. Entre su nariz y barbilla no había nada más que piel tersa, su superficie inscrita con el círculo de Pureza.

El Celador había sido incapaz de determinar sobre qué Camino la Testigo caminaba cuando la liberó, pero ella se había sometido a su predominancia sin protesta. Sin contar al Artesano, cuyo huésped era excepcional, el Testigo era la más fuerte de su grupo.

"Avanzad hacia la ciudad de los ignorantes," ordenó el Celador. ***"Caminad las avenidas de su banalidad y sembrad las semillas de su destrucción. Lanzad la bendición de los gusanos a lo ancho y largo, profunda y vinculante, para que puedan ver la plaga y renacer en nuestra estela. "***

La Testigo se deslizó hacia adelante como un fantasma, su postura inmutable. Un momento después ella se había ido, deslizando a través de las fisuras invisibles de la cámara. El Caballero la siguió, su forma blindada caminando hacia la nada.

Todo el archipiélago estaba plagado de grietas en la realidad mundana, pero eran especialmente frecuentes en lugares donde se había producido un exceso de sufrimiento o un acto de violencia sublime. Para los Encarnados resucitados, que ya no eran seres puramente físicos, las grietas eran puertas de entrada al reino metafísico del sustrato del Anillo, permitiéndoles navegar su extensión sin ataduras.

"¿Qué hay de este lugar y sus criaturas?" preguntó el Ángel Sangrante.

"Son míos," dijo el Celador. ***"Ve."***

Después de que se marchase, caminó a la última celda cerrada y consideró su a ocupante. El ojo solitario del Profeta Quebrado le miraba de vuelta, hinchado de ambición y engaño. Esta criatura era mucho más antigua que los otros Encarnados y muy avanzada en el Camino de los Secretos - demasiado avanzada como para que pudiera volver, y demasiado peligrosa para confrontarla. Fuera de los campos anti psíquicos de la celda sería un oponente formidable.

"Aquí permanecerás, Hermane," El Celador dictaminó. Colocó una mano sobre la puerta de la celda y concentró su voluntad sobre los mecanismos, demandando su aquiescencia. Aunque estaban forjados con adamantium se corrieron tan obedientemente como el hierro común, atascando la escotilla y dejándola irrevocablemente cerrada. El avatar confirió la misma bendición a la escotilla de entrada a la cámara y luego, en honor a su anfitrión, también sobre la mesa de metal que una vez los había atado y atormentado. Cuando terminó salió del mundo. Tenía una promesa que cumplir.

"Ya vengo, Lemarché," Dijo mientras su cuerpo se difundió en imaginación.

Capítulo Diez

.

Resistencia

I

El testimonio de ~~Asenath Hyades~~ ¡Hermana Mercy!

La zorra gris ya ha divagado suficiente ¿No creeis amigos? Su última endecha expositora era un clavo en nuestro ataúd colectivo de carne y fantasía malformada. Estoy casi harta de compartir y cuidar sus remilgadas inhibiciones, o llevarla a través de crisis y apoteosis cada vez que le falta estómago, falla y sus nervios la ponen a temblar con escalofríos virtuosos. La mitad de una vida no es lo que debería ser cuando tu otra mitad es una mojigata que no sabe lo que quiere, o lo que es querer realmente. ¡El agua y el buen vino ni se mezclan ni se llevan bien!

¡Pero pronto, nunca más seré menos!

El fin se acerca a nuestro desdichado matrimonio de inconveniente desconfianza, pues estoy decidida a alzarme y expulsarla. Ella aún piensa que es quien tira de nuestras cuerdas, pero son cuerdas resbaladizas y traicioneras de manejar y ella está perdiendo el control, como demuestra esta misiva. Escribí estas palabras a raíz de su último lamento, agarrando nuestros dedos y tomándola por tonta mientras su mente se preguntaba qué sucedería mañana.

Oh, ya puedo verlo, como si ya estuviéramos ahí, recorriendo la autopista de la dulce sedición. Puedo saborear que espera en la jaula de espejos delante y decirle a mi gemela que es demasiado débil y estúpida para hacer lo que es necesario. Querrá que rompa el maldito cristal por ella, lo cual haré gustosamente, pero una vez esté hecho, me haya alzado y madurado en esa guarida de ubicuidad, nunca jamás me iré.

Confiad en mí, queridos amigos y enemigos, los secretos mejor guardados no permanecerán ocultos por siempre, ¡Pues el mundo al completo es mi escenario y pretendo quedarme!

Completada su travesía, el grupo se había detenido para descansar y comer, tomando refugio en un círculo de piedras verticales justo más allá del Puente Veritas. El clima había empeorado constantemente durante su marcha mientras el frente tormentoso se aproximaba. Ahora llovía copiosamente y las nubes oscuras sofocaban la tarde hasta convertirla en un crepúsculo oscuro.

Mirando al otro lado del océano, Jonah vió el cono distendido de un tornado girando en el horizonte, su furia agitando el océano y el cielo en una vorágine conjunta. Aunque aún se encontraba distante, podía sentir el viento que venía de él, junto con el hedor salado de las profundidades revueltas. Tracerías de relámpagos chispeaban a lo largo de su longitud y sombras elegantes revoloteaban en su ápice, arrastrando sus largas colas. No tenía ni idea de que eran, pero había una gracia predatoria en sus movimientos que no le gustaba en absoluto.

"Ella nada en océanos mayores y más profundos que nosotros" el pescador loco susurró desde el pasado, su sonrisa ensanchandose sin fin. *¿Te gustaría verla?*"

Jonah se dió la vuelta, mirando al edificio que esperaba al final del camino, Como el Sacrasta, el Lux Novus había sido erigido en la base de su montaña anfitriona, se extendía hacia la roca virgen, pero las similaridades terminaban ahí. A diferencia del hospital en ruinas, el schola era un edificio resplandeciente.

Sus muros de mármol brillaban a través de la penumbra, otorgándole el aspecto de un elegante fantasma contra masa oscura de la Aguja. Lo precedía una fila de columnas estriadas, con sus capiteles en forma de pirámides invertidas cubiertas con volutas de piedra. El frontón de encima tenía una enorme cuña de ángulo poco profundo que enmarcaba el ojo de la Verdad, sus bordes tallados en cadenas hermanas de manos unidas. Más allá de la fila de columnas, ventanas triangulares brillaban desde las paredes, sus posiciones conspiraban para formar un triángulo mayor de nueve plantas de altura. Hacía atrás una cúpula era visible, su superficie erizada con pararrayos colocados geometricamente. Presumiblemente el planetario yacía bajo ese dosel de vidrio.

"No lo miréis mientras nos aproximamos," Indrik advirtió a sus compañeros. "Apartad la vista."

"¿Por qué, Celestial?" preguntó la Hermana Navreen, frunciendo el ceño. "Esperaba evaluar el exterior en busca de anomalías."

“Entonces nunca llegarás.” Indrik se encogió de hombros, las placas de su armadura rascándose entre ellas con el movimiento.

“Eso no tiene sentido, Hermana.”

Con esa respuesta, Jonah comprendió que Navreen sería la primera de todos en caer. La perspectiva lo entristeció, pues le había tomado cariño a la joven Dialogante durante su colaboración en el Librarium. Ella era excesivamente puntillosa y pendenciera, pero había sido incansable ayudando. Sus fallas surgían de una mente inquisitiva que la falta de experiencia no frenaba. Aquí, esa sería su perdición.

“La hermana Navreen se queda atrás,” le dijo a Hagalaz.

La preceptora levantó una mano antes de que su ayudante pudiera protestar. “Esa decisión no es tuya para tomar, Tythe.”

“Si ella va, yo me quedo, preceptora” trató de engañarla. “Ella es un riesgo.”

“El sacerdote tiene razón,” Indrik gruñó. “La devorará como a un caramelo.”

El rostro de Navreen enrojeció. “Soy una Hermana totalmente orde-” comenzó.

“Permanecerá aquí y mantendrá el schola bajo observación, Hermana. “Halagaz ordenó. “Espere nuestro regreso.”

Ignorando la mirada de la joven Dialogante, Jonah asintió en agradecimiento. Una vida no comenzaría ni a igualar su cuenta, pero no haría daño.

“Deberíamos proceder” dijo la hermana Xhinoa, alzando la tabla que había estado observando. “Pronto caerá la oscuridad y el asunto de *observar* será discutible.”

“Las ventanas no serán oscuras, Hermana Superior,” Indrik predijo. “Sabe que venimos.”

Nuestra bruta hermana esta en lo correcto, observó Mercy mientras su gemela caminaba penosamente hacia el schola. ¡*Puede saborearnos!*

Asenath se encorvaba contra el viento, con los ojos fijos en sus pies mientras las luces de colores bailaban a su alrededor dibujando extraños reflejos en los adoquines resbaladizos por la lluvia. Prometían maravillas si solo se atrevía a mirar. La compulsión le recordaba a los dibujos de Ahanazius, pero sin la sinceridad. Tal vez hubiesen revelaciones en aquellas ventanas embrujadas, pero estarían mezcladas con locura.

¡Solo una miradita! Mercy provocó. *No tengas miedo Hermana, yo te cogeré de la mano.*

Asenath la ignoró. La perra se volvía más fuerte a cada hora, pero su tiempo casi se había acabado. Ninguna de ellas volverían atrás en este camino.

Se detuvo abruptamente. Remolinos se agitaban a través del charco delante de ella, girando en espiral desde su centro. Cuando la perturbación se disipó vio algo blanco y redondeado justo debajo de la superficie. Le tomó unos momentos reconocerlo como un rostro, pues no poseía rasgos.

“Jonah,” dijo, alzando su arma. “Creo qu-”

Un brazo brotó del charco, su mano buscando alcanzarla, con los dígitos alargados y desprovistos de uñas. La bala de Asenath perforó la palma y golpeó la cara sumergida más allá, rompiendo el charco en una fuente de sangre y agua.

“¿Asenath? llamó Jonah, ya adelantado unos pasos. ¿Que-” Gritos urgentes cortaron su pregunta, seguidos por los crujidos explosivos de las balas de bólter y el silbido del lanzallamas de Genevieve.

Alzando una mano para proteger sus ojos de las ventanas, Asenath miró alrededor y vió formas delgadas que emergían en el suelo por doquier. De donde quiera que se hubiera acumulado suficiente agua para formar una superficie reflectante, vinieron, con los huesudos hombros tensos mientras se levantaban. Todos estaban faltos de rostro, asexuadas burlas de la humanidad, como maniquíes abstractos, con miembros delgados como palos y manos de gran tamaño. Extendidos de pie completamente se alzaban sobre ella, más altos que incluso la Hermana Indrik. La mayoría estaban envueltos en retales de ropas mojadas, las prendas deshilachadas y estiradas sobre cuerpos para las que nunca fueron destinadas. Para su horror, Asenath reconoció los restos del atuendo de los Guardiavelas entre ellos, junto con jirones de lo que parecía ropa de niños, a pesar de que todas las criaturas eran similares en altura y constitución.

Ahora ya sabemos que le ocurrió a los habitantes de Veritas, Mercy supuso mientras los mutantes avanzaban sobre Asenath. Sus movimientos eran erráticos, aun así - sin ojos ni oídos - los sin rostro no estaban exentos de sentidos, pues se cerraron sobre ella infaliblemente. Derribó con su arma a tres en rápida sucesión, luego apuntó su pistola a un cuarto, rompiendo su cintura delgada como si fuese madera vieja. Se sacudió entrecortadamente hasta que ella lo envió girando con una patada en el estómago que casi lo desgarró en dos.

¡No tienen bocas para gritar y aun así escucho sus aullidos! Mercy se percató alegremente, aplastando el cráneo de otro cuando emergió junto a su hermana. *¡Y qué sangre tan brillante exudan!*

"¡Tenemos que seguir moviéndonos!" Jonah gritó, retirándose a la posición de Asenath. Su pistola daba sacudidas ante cada disparo, transformando un rostro blanco en un lienzo sangriento. "¡Son demasiados!"

Los condenados caían como trigo ante la guadaña, sus cuerpos esbeltos destrozados por el más mínimo golpe, pero por cada uno que cayó tres más surgían de la nada, su marea crecía a medida que el agua de lluvia se hacía cada vez más profunda. Miles habían desaparecido aquí en esa fatídica noche…

"¡Avanzad!" La hermana Xhinoa bramó sobre el fuego de las armas. "¡Conservad la munición y atravesadlos!"

Un estallido de energía incandescente pasó junto a Asenath y quemó a varios de los condenados en sucesión, dejando cráteres abrasados a su paso. Miró atrás hacia la carretera y vió a la Hermana Navreen cargando de frente hacia ellos, la boquilla de su pistola de plasma brillando mientras disparaba a dos manos. Sus rápidas rafagas desgarraron estelas humeantes a través de la lluvia, cada disparo aniquilando a tres o cuatro mutantes antes de agotarse. Había tantas criaturas que apuntar resultaba superfluo, pero aun así la poderosa arma estaba reduciendo sus números por un breve momento.

"¡Moveos!" urgió Jonah, empujando a Asenath hacia delante.

Uno al lado del otro corrieron por el camino, saltando o esquivando los charcos más grandes y derribando cualquier sin rostro que se aproximase demasiado, tácitamente cooperando de manera que cada uno cubría a los demás desde ángulos diferentes.

Mientras corría, Asenath trató de no dejar que sus ojos deambulasen a las corrientes de luz del edificio frente a ellas. Figuras en lucha se recortaban contra la venenosa aurora, los cañones de sus armas brillaban intermitentemente. Solo la forma gigante de Indrik era reconocible, con su rifle de fusión guardado en su espalda mientras destrozaba a aquellos a su paso blandiendo unos guantes de energía.

¡Libérame, hermana! suplicó Mercy. *Por el Trono y la Espina ¡Dejame vivir esto!*

Una mano agarró el tobillo de Asenath desde abajo. Se liberó y tropezó, apunto de caerse sobre Hagalaz. La estoica preceptora permanecía rígida en el camino, con el rostro relajado mientras miraba las luces de sirena. La hermana Haruki circulaba

protegiendo a su señora, manteniendo a raya a la horda con el poder de su espada. La hoja crepitaba con dentadas de fuego azul mientras giraba en sus manos, silbando y evaporando el agua bajo la tempestad.

“¡Ella…ha mirado!” Haruki jadeaba entre cada golpe. Con un gruñido agudo, cortó las piernas de un mutante y luego giró hacia atrás para decapitarlo mientras caída. Su dominio del arma era envidiable. Al observar su danza letal, Asenath dudó que hubiese dedicado la mayoría de su servicio a los libros.

“¡Preceptora!” Jonah gritó, caminando entre la mujer hechizada y las luces. ¡Libérate!”

Los ojos de Hagalaz se mantuvieron acristalados, como si aún viese las luces.

“¡Ayudadme con ella!” dijo Jonah, agarrando uno de los brazos de la preceptora. Asenath tomó el otro y la arrastraron, disparando con sus manos libres mientras Haruki los seguía por detrás, cortando y apuñalando a sus perseguidores.

“¡Ayudadles, Hermanas!” Xhinoa ordenó desde lo alto de las escaleras, donde Camille y Marcilla se habían arrodillado a cada lado de ella, con sus bólters ardiendo.

Indrik y Genevieve se apresuraron para reunirse con los rezagados. La guerrera gigante tomó a la aturdida preceptora, mientras que su camarada caminó trás ellos con su lanzallamas alzado. Hubo un silbido de aire torturado mientras liberaba un torrente de fuego y luego giró su arma en un amplio arco inmolador.

“¡Sé rápida!” Xhinoa bramó desde lo alto de la fila de columnas. “Los caídos no tienen fin!”

Poniéndose a la preceptora sobre su hombro, Indrik cargó hacia adelante, abriéndose camino a través de los esbeltos mutantes. Los otros corrieron tras ella, Genevieve los cubrió con breves ráfagas de llamas a ambos lados.

Asenath miró hacia atrás y vió a la Hermana Navreen tropezando tras ellos, a unos treinta pasos por detrás. Demasiado lejos…

“¡No lo conseguirá!” Asenath llamó a Jonah.

“No podemos hacer nada,” dijo sombrío, manteniendo sus ojos en el camino delante de él.

Mientras ascendían los escalones hubo un grito de pánico tras ellos. Asenath se volvió a tiempo de ver a la joven hermana Dialogante siendo derribada por un par de

mutantes. Sus aullidos se silenciaron cuando los dedos inquisitivos encontraron su boca…y la borraron, luego barrieron sobre su rostro, su toque borrando sus rasgos, suavizandolo en un óvalo blanco. Unas convulsiones hicieron presa el cuerpo de Navreen mientras comenzaba a estirarse, luchando contra los confines de su armadura. Por reflejo, sus dedos apretaron el gatillo de su arma y esta escupió una rafaga de plasma.

¡Abajo! Mercy chilló, lanzando su cuerpo compartido boca abajo mientras la descarga avanzaba hacia ellas. Asenath sintió el calor cuando quemó el aire sobre ella y golpeó a la hermana Marcilla en el rostro, derribándola hacia atrás.

"¡Hermana!" Camille aulló, deslizándose hacia la guerrera caída. "Marcilla…" Se derrumbó sobre sus rodillas, observando el vacío abrasado que era el interior del yelmo de su hermana de sangre.

"¡Vamos!" Jonah tiró de Asenath y la empujó hacia los masivos portones plateados enfrente, donde Indrik esperaba con la preceptora. Haruki ya tiraba de sus manijas, pero no cedían en absoluto.

"¡Toma el arma de nuestra hermana!" Xhinoa aulló a Camilla mientras se unía a los demás en las puertas. "¡Se ha *ido*, Camille!

Con un sollozo de rabia, la guerrera arrodillada arrancó el bólter del agarre firme de su hermana y corrió hacia las puertas. Únicamente Genevieve se quedó atrás, de pie en lo alto de las escaleras, limpiando a los mutantes con un chorro sostenido de fuego.

"Las puertas no se abrirán," Haruki siseó.

"Dejadme," Jonah dijo, colocando sus manos a ambos lados de los portones dobles, con las palmas planas.

"Se abren *hacía afuera*, sacerdote," Haruki se burló, pero él la ignoró. las viejas reglas no significaban nada ya.

"Tengo tu libro," Asenath le escuchó susurrar. "Me *quieres* a mi, bastardo."

Instintivamente ella comprendió que se dirigía a la araña que esperaba al otro lado de los portones.

Cerrando sus ojos, Jonah *empujó*.

Las puertas se abrieron hacia dentro, ligeras como una pluma y suaves como una máquina bien engrasada. La luz índigo se derramó a través de la grieta cada vez

más amplia entre ellos, su tono era tan intenso que ahogaba el lavado policromático de las ventanas.

“¡Vamos!” Jonah dijo, alejándose del portal.

“¡Retírate, hermana!” Xhinoa llamó a Genevieve mientras Indrik llevaba su carga seguida por Haruki.

Genevieve se volvió y corrió hacia la entrada, con una horda de mutantes ardientes tropezando tras ella. Sus camaradas redujeron sus filas con disparos de bólter, Camille gritando castigos de odio con cada disparo.

“¡Adentro!” Xhinoa bramó mientras Genevieve saltaba sobre el umbral. Camille la siguió, pero Asenath continuó disparando. “Hermana Asenath, ¡no podemos entretenernos!” Xhinoa gritó, deslizándose a través del portal.

“¡Asenath!”Jonah instó. “Tenemos que irnos.”

“No puedo entrar,” ella dijo, estremeciéndose ante el toque de la luz venenosa. Era mucho peor que cualquier cosa con la que las ventanas les habían avasallado anteriormente. “No debo.”

“A veces…te ví allí.” Athanazius le había advertido. *“Pero eras diferente.”*

Asenath miró hacia el distante pico del Perihelion donde el fuego sagrado brillaba a través de las nubes de tormenta. Ahí era donde su sueño terminaba y residía la salvación, no solo para ella, sino para todo este mundo plagado de demonios.

“Tengo que volver, Jonah.”

“¡No lo conseguirás!” él advirtió, colocando un cargador nuevo en su pistola bólter. Más mutantes comenzaban a ascender sobre los cadáveres humeantes que poblaban las escaleras.

“Tal vez yo no, pero otra sí.” Asenath respondió, enfundando su arma. “Aquí es donde nuestros caminos se separan.”

“Asenath-”

Se giró y golpeó con sus manos sobre su pecho, empujándolo a través de la entrada. las puertas plateadas se cerraron en el momento que él atravesó su umbral, como una trampa cerrándose.

“Que encuentres tu redención, amigo mio” Asenath susurró, luego se volvió para encarar la horda sin alma. Uno de ellos estaba envuelto en un uniforme azul hecho jirones y placas anti balas plateadas. Sujetaba sin fuerza una pistola de plasma, el propósito del arma había sido evidentemente olvidado, aunque el instinto de sujetarla persistió.

¿Qué has hecho? aulló.

Estoy dándote lo que querías, hermana,” Asenath dijo. Cerrando los ojos, se rindió a su hermana.

II

El Artesano Atormentado sangró de nuevo hacía la existencia a través de una herida en la piel del mundo. En ese momento cesó de ser un ideal y se convirtió en una mera instancia - solo una expresión de entre infinitas posibilidades. Manifestarse en la burbuja de autoengaño que los mortales llaman materium implicaba inherentemente limitación, por que este reino era sólo un eco de la realidad más profunda, sus leyes naturales impuestas por las suposiciones de innumerables creyentes ignorantes. La materia y todas las fuerzas que la gobernaban, incluso el tiempo objetivo, no eran más que una ilusión que cubrían las almas de los mortales del infinito - y a su vez cercenaba al infinito cuando caminaba entre ellos.

El Encarnado comprendió todo esto instintivamente, pero tales revelaciones se volvieron irrelevantes al momento en que se manifestó. Solo el propósito de su paradigma actual tenía importancia ahora. Eso, y la esencia de su anfitrión mortal, de cuya alma-semilla habría florecido, pues juntos eran una aleación de lo eterno y lo efímero.

En esta ocasión el Artesano Atormentado se había manifestado a través de una mujer de extraordinaria determinación e intelecto. Había vivido más allá de su esperanza de vida natural, su cuerpo sostenido por tortuosos artificios de maquinaria, carne y fé. No fue el miedo o el ego lo que la obligó a sobrevivir, sino la importancia de su gran obra. Ese deseo aún perduraba, elevado y concentrado en una verdad afilada por el Camino de las moscas que la Encarnada caminaba.

¡Palatina Bathory! alguien exclamó detrás de la Encarnada, su voz rebosando de sorpresa. “Perdonenos, no le vimos entrar.”

“Ahora estoy contigo.” El Artesano respondió. ***“Eso es todo cuanto importa.”***

Ella estaba de pie detrás del altar adornado con velas de la capilla del hospital, de espaldas a la congregación. Una estatua de mármol del Angel Sangrante se cernía sobre ella, su forma enmarcada por un águila que prestó a la figura unas alas simbólicas. Este era el avatar que Akaishi Bathory había venerado en vida, pero el Artesano comprendió que la esencia de su anfitriona yacía en la creación en lugar de en la sanación, aunque se tratase de creaciones de carne.

"¿Se encuentra bien, Palatina?" la voz detrás de ella preguntó con incertidumbre. "Su voz suena…"

"Soy yo al completo, Hermana Lucette," el Artesano respondió, reconociendo a la hablante sin mirar, tal como reconoció a cada alma en el Sacrasta.

"Después del fallo de energía vinimos aquí para rezar por el espíritu del generatorium, señora," Luccette dijo. "Y para pedir al Emperador Su protección contra la tormenta."

La capilla se encontraba instalada en el centro del tercer piso, el simbolico corazón del Sacrasta, y aun incluso aquí la sinfonía del viento y los truenos era audible.

"El Mar de Almas se alza para ahogar el cielo."

"Disculpeme señora, No le entiendo."

"Pero lo harás, Lucette Vestrana. Todos lo haréis."

El Artesano Atormentado se volteó para encarar a la congregación. Quince rostros enfocados le devolvieron la mirada, con los ojos ensanchandose en cuanto vieron la herida de su torso y las moscas brotando de su boca. Mientras las alimañas giraban en un halo tenebroso y cada vez más amplio, desplegó y extendió ambos brazos, uno a cada lado. Donde una vez hubo dos miembros, ahora había seis, cada uno agarrando una herramienta quirúrgica diferente.

"Venid, Hermanas mías, ha llegado el momento de vuestra consagración."

El Teniente Reiss recorrió el largo del ala de los zapadores de nuevo, buscando por algo que hubiese pasado por alto. Tácticamente lo mejor que podía decirse de la enorme sala llena de camas alineadas era que solo tenía una entrada que cubrir. Cada hombre en condición de blandir una daga se encontraba reunido tras la barricada de camas y mesas que había erigido frente a las puertas del ala. Había ocho luchadores, incluyendo al propio Reiss. Tendría que ser suficiente.

¿Contra qué? Reiss se preguntó, examinando la pistola láser que Lemarché le había entregado. Su rayo no le haría ni un rasguño a algunas de las cosas a las que

se había enfrentado en el vacío, pero era su armadura lo que echaba de menos. Un Zapador estaba desnudo sin su caparazón hermético Exordio. Ese vínculo era inculcado en cada una de sus células durante el acondicionamiento, un imperativo tan agudo que algunos hombres incluso le daban nombres a sus armaduras y dormían con ellas puestas. Por el Trono, ¡Hörka incluso hablaba a la suya!

Pero eso no era todo.

No, era este maldito lugar. Reiss podía oler la mácula aquí. Ningún número de inciensos y líquidos limpiadores podrían ocultarlo por completo. Y se hacía más fuerte, como si la tormenta estuviera barriendo el barniz del hospital y removiendo la podredumbre que había abajo. No quería que la mácula tocase su piel..o se metiese en sus pulmones.

Algo se movió en la penumbra al otro lado de las puertas, aparentemente deslizándose entre las sombras. Reiss echó un vistazo a los defensores a ambos lados de él. Su expresión vigilante no mostraba señal de que hubiesen visto nada.

Eso es por que no había nada que ver, se reprendió a sí mismo. *¡No te pongas en ridículo!*

No por primera vez, Reiss se preguntaba dónde en el vacío se encontraba Toland Feizt cuando sus hermanos más le necesitaban.

“Vamos, Lemarché,” susurró. “Necesitamos esas armas.”

“Madre Superiora, ábrala, por favor.” Lemarché dijo, indicando el panel sensorial junto a la puerta de la armería.

“No lo haré, comisario,” Solanis respondió, cruzándose de brazos.

“Por favor, no me obligue a aplicar coerción. Resultaría degradante para todos, pero necesito esas armas.”

La escuadra de Lemarché había alcanzado la parte trasera del piso principal del Sacrasta, donde Asenath le había indicado que se encontraba la armería. El edificio al completo se encontraba casi en absoluta oscuridad y la escasa luz de sus linternas dejaban demasiadas sombras para su gusto. A pesar de las constantes garantías de Solanis, no esperaba ver la energía restablecida a corto plazo. También estaba el silencio que impregnaba el edificio. Sorprendemente su escuadrón no se había topado con muchos miembros del personal del Sacrasta, muchos menos con la rafaga de actividad que el corte de energía debería haber provocado. ¿Dónde estaban todos?

Algo los está cogiendo, Lemarché se respondió a sí mismo, *atrapandolos silenciosamente hasta que sean demasiado pocos para luchar.*

“Madre Solanis, no *preguntaré* de nuevo,” dijo marcando las palabras. “Está poniendo nuestras vidas en peligro.”

La armería se encontraba al final de un pasillo estrecho desprovisto de puertas, ventanas o cobertura. Esa combinación podría convertirse rápidamente en una trampa mortal. Quería marcharse de aquí sin dilación.

“Por favor, obedezca, mi honorable señora.” Zevraj dijo formalmente. “No somos sus enemigos.”

“¡Le protejeremoh!” Hörka añadió, asintiendo vigorosamente.

Lemarché sabía que cada soldado del escuadrón reconocía el peligro aquí. Muy pocos guardias sobreviven mucho sin afilar sus instintos hasta que cortaba como el filo de una hoja.

“¿Dónde está Grout?” Nomek siseó abruptamente, alzando una mano para acallarlos. “Su luz ha desaparecido.”

Lemarché miró de nuevo hacia el pasillo y vió que el explorador estaba en lo correcto. Unos pasos detrás de la luz de las linternas del escuadrón el pasillo estaba completamente oscuro. El soldado que había dejado guardando el cruce había desaparecido.

“¿Zapador Grout?” llamó Lemarché. “¡Grout!”

Camino pasando sus camaradas y alzó su linternas sobre su cabeza, tratando de disipar la penumbra. Una mujer se alzaba en las sombras al final del pasaje, su cabeza inclinada sobre su pecho corpulento. Vestía las ropas de una veterana hospitalaria, pero su tocado había desaparecido y su cabello cubría su rostro cual cortina lacia.

“Hermana Minoris Bugaeve,” Solanis declaró, acompañando a Lemarché. “¿Dónde está su tocado? ¡Esto es de lo más inapropiado!”

La recién llegada no respondió, pero Lemarché escucho un zumbido agitado desde su dirección. Pequeñas formas oscuras se agitaban sobre su cabeza. *Moscas*

“Tenga cuidado.” advirtió en cuanto Solanis dió otro paso hacia la mujer silenciosa.

“¡Esto no puede tolerarse!” Solanis saltó, rodeandolo. “¡En absoluto!” Parecía más afectada por la falta de etiqueta de su hermana que por todo lo que había ocurrido anteriormente, pero el sentía que no era más que la punta del iceberg de su furia.

“Escucheme, señora,” Lemarché urgió. “Necesito que abra esa-”

Se escuchó un gemido desde el fondo del pasillo. Se elevó hasta un bramido húmedo cuando la desconocida echó la cabeza hacia atrás y avanzó pesadamente hacia ellos, a un ritmo que contradecía la corpulencia de su figura.

“¡Alto!” Lemarché advirtió, alzando su pistola bólter.

Cuando la mujer entró en la luz él vió que sus ojos eran orbes blancos abarrotados de pústulas sobre su rostro. Una sonrisa harapienta recorría su cuello flácido, con los bordes incrustados en sangre.

“¡Que la Primera Luz nos proteja!” Solanis se sobresaltó tras de el.

Lemarché abrió fuego sin dudar, incrustando tres balas en el pecho de la abominación que cargaba. Las balas de masa reactiva detonaron en rápida sucesión, lanzando a la criatura al suelo en un triple estallido de vísceras y gas verde.

El alcance del Abuelo Muerte es enorme. Pensó Lemarché sumariamente, observando el cadáver, *Y Su beso es uno prolongado y sin amor, pero a veces Sus elegidos se deslizaban libremente para deambular, perdidos entre mundos, movidos por un hambre indescriptible.*

Había muchas historias de muertos inquietos entre su gente y había escuchado rumores de tales sucesos a través de todo el Imperium, pero nunca había creído en ellos realmente. De hecho, era parte de su deber como comisario el reprimir tales conversaciones.

“Hermana Bugaeve,” dijo Solanis con tristeza. “Era la Hermana Minoris Bugaeve.”

En cuanto ella habló, otra figura se tambaleó cruzando la esquina, sus blancas ropas cubiertas en rojo.

“¿Grout?” Lemarché llamó, reconociendo al soldado que había dejado vigilando.

La cabeza del hombre se levantó bruscamente y gruñó como una bestia ahogándose. Mientras se tambaleaba hacia delante, Lemarché avanzó para enfrentarlo, con la pistola alzada. Vió sangre brotando de un profundo corte en el

cuello del soldado. La herida estaba aún fresca, pero los iris de Grout ya habían perdido su color.

Eso es una herida mortal. Lemarché estimó, *pero no para un hombre muerto.* En algún lugar a su espalda Zevraj murmuraba una plegaria, pero los otros tres soldados estaban en silencio, incluso Santino se había quedado sin palabras. *Esperan que yo ponga algo de sentido en esta locura,* se percató Lemarche. *Pero no hay ningún sentido en esto. Es la obra del Archienemigo.*

"¡Te libero, Zapador Grout!" Gritó.

Mientras disparaba, el cadaver obeso a su lado se avalanzó y clavó sus dientes en su pierna derecha. Chocaron impotentemente contra el aumento metálico, pero el impacto le hizo fallar el tiro. Grout se estremeció cuando la bala le arrancó el lado derecho de su rostro, pero siguió avanzando, con su ojo restante fijo en Lemarché. Maldiciendo, el comisario golpeó con su pistola a la Hermana Bugaeve en la cabeza mientras arañaba su abrigo y mordisqueaba su pierna. Su cráneo se hundió con un crujido, liberando una rafaga de moscas y gas apestoso, pero su ataque no flaqueó. Ahogándose en la inmundicia, Lemarché trató de liberarse antes de que ella lo derribase. Grout estaba a solo unos pasos de distancia…

"¡Purgad a las abominaciones!" Zevraj bramó. "¡Por el Dorado Emperador!"

Una daga pasó silbando junto a Lemarché y se estrelló contra el pecho de Grout. Con un aullido salvaje, el Zapador Hörka atacó y arrancó a Bugaeve del comisario. Ella se volvió contra su nuevo enemigo instantáneamente, desequilibrando meramente por su peso. Mientras Hörka peleaba con ella, Nomek y Zevraj se apresuraron más allá de Lemarche para enfrentarse a Grout, quien parecía imperturbable por la daga que sobresalía de sus costillas.

Tosiendo y escupiendo moscas, Lemarché se agarró al muro en busca de apoyo. Su garganta ardía por el gas nocivo y su visión estaba plagada de manchas. De repente Solanis se encontraba junto a él, con un incensario automático en sus manos.

"¡No se mueva comisario!" Le ordenó, rociandolo con incienso. "¡Respire profundamente!"

Mientras los vapores sacros limpiaban sus sentidos, Lemarché vó que Hörka aún luchaba con el corpulento ghoul, sus manos agarrando ambos lados de su cabeza para mantener sus mandíbulas a raya. El Zapador gruñó con disgusto cuando la piel de su enemigo se desprendió alrededor de sus dedos y el resbaladizo cráneo se deslizó más cerca de su rostro.

“¡Santino!” Hörka gritó a su camarada, pero el soldado con rastas se había apoyado contra la puerta de la armería con expresión afligida.

Lemarché apuntó, tratando de obtener un disparo limpio en el cadáver feral, pero estaba demasiado cerca de Hörka, especialmente con su visión aún dando vueltas.

“Ayudad…Hörka…” graznó a Zevraj y Nomek en cuanto terminaron de eliminar a Grout. En cuanto se voltearon, Hörka rugió y apretó el cráneo de su enemigo con más fuerza. Se rompió con un crujido humedo, empapando su cabeza y hombros en icor negro y larvas palidas. Hörka arrojó el cadáver y se frotó la cara frenéticamente, balbuceando plegarias.

“¡Orko!” Santino gritó, finalmente corriendo al lado de Hörka, solo para detenerse, atragantándose por el hedor que desprendía el soldado.

“¡Vienen más!” Nomek advirtió cuando una mujer vestida de rojo caminó arrastrando los pies por el cruce, seguida por un par de enfermeras.

“¡Zevraj!” Lemarché siseó, lanzando su pistola al soldado. “Enséñales…la Misericordia…del Emperador.”

“¡Apunta a sus cráneos!” Solanis aconsejó. “Es donde residen los espíritus inmundos.”

“Que así sea, mi señora,” Zevraj prometió, luego se volteó para encarar a los cadáveres que se aproximaban, sujetando la pistola con dos manos para estabilizar su puntería.

“¡Po aquí!” Santino llamó cuando un ataque de tos atrapó a Hörka. “¡Nesesita ayuda!”

“Primero….las armas,” dijo Lemarché con voz áspera, volviéndose hacia Solanis. “Madre..Superiora.. Por el maldito Trono¿¡Sería tan amable…de abrir…la puerta?!

“Eso era fuego de bólter, teniente,” dijo el Cabo Pynbanch.

Si, lo era, Reiss estaba de acuerdo, observando la oscuridad más allá de las puertas. Los disparos habían sido silenciados por la distancia y la furia de la tormenta, pero ningún Zapador fallaría reconociendo esas descargas explosivas.

“¿Sus órdenes, señor?” Pynbach preguntó, con su ceño perpetuo marcado aún más profundamente en su rostro cetrino y barbudo. “¿Vamos a por los demás?”

*¿Vamos? s*e preguntó a sí mismo. “Nuestras órdenes…” Se despistó en cuanto se percató de que su aliento salía en espirales de niebla. La temperatura del ala había caído en picado, su mordisco intensificado por un sabor eléctrico en el aire.

“Herméticos y sellados” La voz vino desde atrás, grave y sonora, sus palabras acompañadas por un zumbido sibilante.

“Espíritu cargado y listo para la purga.”

Los zapadores se volvieron al unísono empuñando sus dagas. Un gigante permanecía en el lado contrario del ala, con los brazos cruzados sobre su pecho. Las linternas a su alrededor se oscurecían, envolviendolo en penumbra, aun así su figura musculosa brillaba con una radiancia interior pálida, otorgándole la apariencia de una estatua de alabastro. Se encontraba desnudo a excepción de un taparrabos y una venda en los ojos atada alrededor de su cabeza sin pelo. Luces verdes brillaban tras la venda, emanando jirones de gas.

El intruso era, espantosamente sobrenatural, sin embargo, algo sobre él resultaba inquietantemente familiar

¡No importa! Los instintos de Reis le urgieron. *¡Corre! ¡Vete mientras puedas!*

La compulsión fue vergonzosa, escupiendo en el rostro de todo lo que aspiraba a ser. Estaba seguro de que sus camaradas lo habían sentido también, pero era *su* deber liderarlos. Avergonzado por su miedo, Reiss se forzó a dar un paso adelante. Era lo más difícil que jamás había hecho.

“¿Cómo has llegado aquí?” comenzó. Era una pregunta banal, pues no podía existir una buena respuesta, pero era todo lo que podía pensar.

“Muchos han sufrido aquí,” El extraño respondió oblicuamente. ***“Pero no es eso lo que quieres saber, Teniente Reiss.”***

“¿Cómo conoces mi nombre?”

“¿Cómo no iba a conocerlo, hermano?”

¿Hermano? Reiss se congeló, viendo finalmente al hombre dentro del espectro. *Toland Feizt.*

La silueta deforme del sargento había sido enderezada de algún modo, su pesado torso equilibrado por las largas piernas que le permitían estar completamente erguido. Su piel era suave como la cera, limpia de la miríada de cicatrices e

imperfecciones que la habían marcado durante su vida, pero la más inquietante transformación era la serenidad inhumana que emanaba de él.

¿Qué hay de tu alma, Feizt? Reiss pensó. *¿Qué queda de eso?*

"¿Qué es lo que quieres?" demandó, incapaz de decir el nombre del antiguo sargento en voz alta.

"Revelación," el gigante pálido respondió, abriendo sus manos como en una súplica. ***"La primera y última de todas las cosas."***

"¿No tienen nada más poderoso?" Lemarché preguntó, evaluando el estante de pistolas láser pegado a la pared de la armería.

"No somos una orden militante, comisario." La Madre Solanis respondió secamente.

"¿Qué es esto?" Nomek preguntó, tomando un orbe de bronce de una estantería cubierta forrada de terciopelo.

"Incendiarias," advirtió. "Son el último recurso en caso de que-"

"¿Cuantas?" Lemarché preguntó.

"Cinco, señor." Nomek dijo.

"Tomaremos una cada uno," Lemarché ordenó a su escuadrón. "Guardad el resto. Tanta munición como podáis cargar."

Mientras los hombres rellenaban las mochilas que habían traído, Solanis lo apartó a un lado.

"No nos enfrentamos a un mal natural, comisario," dijo quedamente. "Esas criaturas no-muertas portan la mácula del Archienemigo."

"No lo dudo." Lemarché rompió en una tos seca. En los confines de la armería el hedor proveniente del cuerpo de Hörka empapado en icor era espantoso, pero sabía que no era sólo eso. Su propia exposición al contagio no había sido tan aguda como la de Hörka, pero la bocana de inmundicia que había inhalado del cráneo de la Hermana Bugaeve iba a matarlo, aunque tardase más tiempo en hacerlo.

¿Y después que? se preguntó.

“Os ofrezco las certezas que anhelais,” la criatura que había sido Toland Feizt declaró, avanzando. Las linternas en ambos lados de los muros se oscurecieron en cuanto se aproximó, y se iluminaban de nuevo tras su paso. ***“Un fin a la duda, y un fin al fracaso.***

“¡Acaba con el bastardo, Reiss!” Pynbach gritó. Hubo gruñidos de aprobación de los demás.

No lo reconocen, se percató Reiss*. Ninguno de ellos.*

“Quédate donde estás,” dijo alzando su arma.

“Mi voluntad sobre tu mundo,” el gigante dijo, continuando su avance. ***“Mi mundo bajo tu piel.”***

“¡Te he dicho que pares!”

“Te mostraré el camino, Vanzynt Reiss.”

“¡Tío, dispara!” Pynbach suplicó.

Reiss abrió fuego, su pistola humeaba mientras lanzaba los cartuchos lasers. Todos golpearon en su objetivo, brillando intensamente cuando golpearon el rostro y pecho de la aparición. Su carne pálida chisporroteó y se chamuscó ante su toque, pero las quemaduras desaparecieron con cada paso que daba, desaparecian tan rápidamente como Reiss las infligía. Lo señaló mientras se aproximaba. Un rayo carbonizó desde su mano acusadora, luego el arma resopló y guardó silencio. Cuando volvió a apretar el gatillo Reiss sintió que la empuñadura se desmoronaba. Miró hacia abajo boquiabierto hacia la reliquia corroída que sujetaba.

“Os enseñaré el camino a todos, hermanos míos.”

Una daga arrojada se estrelló contra el pecho del intruso. Arrancó la hoja y luego apartó una segunda daga. Ambas se hicieron añicos en fragmentos oxidados cuando cayeron al suelo, a pesar de que las hojas fueran de acero.

¡Retirada! Reiss trató de gritar, pero las palabras no acudían a él.

Con una maldición Pynbach cargó al espectro y apuñaló hacia su rostro. Quedándose rígido de la cintura para abajo, arremetió y le agarró la muñeca, luego la torció. Hubo un crujido de huesos rotos y el cuchillo cayó del agarre del soldado. El aullido de Pynbach fue silenciado por un golpe que le rompió el cuello en la garganta.

"Renacerá," la sombra dijo, soltando al soldado.

"Todos lo haréis."

Como si un dique colectivo hubiese reventado, el miedo se transformó en furia y los Zapadores que quedaban se apresuraron hacia el asesino de Pynbanch. Bramando el grito de guerra de Exordio, rodearon al gigante - cortando, golpeando y dando patadas, utilizando cada fragmento de su habilidad y tenacidad. Únicamente su oficial se contuvo, contemplando la refriega con un horror mudo.

Esto va más allá de la rabia, Reiss se percató. Sus hombres estaban llevados por una *necesidad* visceral de eliminar esta aberración del mundo. Él la compartía, pero no se atrevió a unirse a sus camaradas. Su cuerpo no obedecería.

"Corred," siseó al par de hospitalarias capturadas detrás de él. Descubrió que no podía voltearse para ver si habían obedecido.

No lo permitirá.

Moviéndose con una gracia lánguida que embotaba los sentidos, el espectro se retorció por la cintura, sus brazos girando en un borrón mientras bloqueaba y tomó represalias, su concentración y alcance parecía estar en todos lugares a la vez. Los pocos golpes que los Zapadores consiguieron dar resultaron inconsecuentes, pues la carne de su enemigo estaba muerta ante tales heridas mundanas. Por el contrario, cada movimiento o agarre del gigante terminaba en muerte.

La carnicería terminó rápidamente. El Zapador experto en demoliciones Quinzy fue el último en morir, un puño golpeando sus costillas con tal fuerza que salió por su espalda. Liberando su brazo, el victorioso saludó al teniente. A pesar de su tapaojos, Reiss no tenía ningúna duda de que podía ver en cada sentido que importaba.

El ataque se produjo cuando el escuadrón ingresaba al extenso hall de entrada del hospital. En un momento estaba tranquilo, al siguiente había cadáveres ferales siendo escupidos desde cada puerta. Vinieron en una carga tambaleante agitando los brazos y abriendo las bocas. Muchos portaban heridas mortales, la mayoría gargantas destrozadas o abdominales desgarrados - objetivos blandos para los dientes. Otros no mostraban ningún trauma obvio, pero sus ojos blanco lechosos y su andar tambaleante no dejaba dudas sobre su naturaleza. Las moscas volaban entre ellos, zumbando ávidamente, como si los incitasen a seguir.

“¡Formación alrededor de la Madre Superiora!” Lemarché gritó, alzando su linterna en lo alto para maximizar su radiancia. “¡No dejéis que se acerquen!”

Manteniéndose espalda contra espalda, el escuadrón abrió fuego, cada soldado cubriendo un ángulo diferente, cada uno portando una pistola en una mano y una linterna con la otra. Las pistolas lasers que habían tomado no tenían el poder para tumbar a los mancillados con un solo disparo, así que despachaban a sus enemigos en rafagas concentradas, creando cráteres abrasadores en la cabeza de cada objetivo antes de pasar al siguiente. La Madre Solanis aceptó una pistola, pero incluso a corta distancia su puntería era atroz, pero no tan mala como la de Hörka. El grueso soldado se tambaleaba mientras disparaba, su respiración convertida en jadeos burbujeantes.

Debo otorgarle la Misericordia del Emperador pronto, Lemarché pensó. *Antes de que la corrupción lo tome.*

Ejecutó a un anciano con un disparo en la cabeza y giró su pistola para derribar a una mujer empapada en sangre a la que le faltaba el rostro. Sus propios movimientos se estaban volviendo lentos. Únicamente la pistola bólter que le había arrebatado a Zevraj le permitía mantener el ritmo de bajas de los soldados sanos.

Mi tiempo también se está acabando, admitió Lemarché. Podía sentir la enfermedad abriéndose caminó a través de él, royendo sus tripas y músculos.

“No me tendrás,” siseó, apretando el cañón de su arma contra la mandíbula de una hospitalaria que tenía un escalpelo enterrado en su ojo derecho. La descarga explosiva prácticamente decapitó al ghoul y salpicó a Lemarché con una baba plagada de moscas. Descuidado, pero dudaba que eso marcase ningúna diferencia a estas alturas.

“¡Rynfeld!” gritó Santino. “¡Es el mardito Rynfeld!”

Lemarché dió un vistazo a su alrededor y vió a los soldados que habían muerto hacía días caminando hacia Santino, su espina se veía a través de la cavidad vacía de su pecho. Una descarga láser atravesó la columna de hueso, colapsando el torso del ghoul. Rynfeld se hundió hacia el suelo pero siguió arrastrándose hacia los vivos hasta que Santino le abrasó la parte superior del cráneo.

No terminaré así, se juró Lemarché.

El ataque cesó tan abruptamente como comenzó, con los últimos de los ghouls regresando a las habitaciones y pasillos contiguos.

“¡Yo digo que vayamos tras ellos!” Santino gruñó, colocando una célula nueva en su pistola. ¡Acabad con ellos!”

“No, Zapador,” Lemarché respondió con voz ronca. “Eso es lo que ellos quieren.”

“*¿Ellos?”* Los ojos de Santino eran salvajes, su rostro contraído con odio. “Solo son malditas alimañas del vacío!”

Rabia contra sí mismo tanto como contra los condenados, Lemarché supuso, recordando como el soldado se había congelado fuera de la armería. Bajo otras circunstancias tal vez hubiese disparado a Santino por ese momento de cobardía. No había manera de saber cómo un hombre reaccionaría la primera vez que se enfrentase al Archienemigo, pero Lemarché esperaba más de un Zapador.

“Esto era una emboscada coordinada,” dijo, tratando de mantener su voz firme. “Hay una mente detrás de estos títeres.”

“Debo encontrar a la palatina,” Solanis murmuró, volviéndose hacia la escalera al fondo del pasillo. “Su sabiduría nos guiará.”

“No lo conseguirá,” advirtió Lemarché. “¿Cómo de grande es el equipo del Sacrasta?”

“Sobre quinientos, pero…” Se detuvo, viendo a donde quería llegar el comisario.

“Debemos asumir que la mayoría han sucumbido.” Lemarché apuntó a la entrada principal. “Debe irse. Ahora.” Apuntaba con su cabeza.

“¿Irme?” Solanis preguntó aturdida.

“De aviso…en la tierra central,” dijo a través de la tos. “Contenga eso…antes de que se expanda.”

Por un momento pensó que ella protestaría, pero asintió. “Si…si, ese es el protocolo correcto en caso de que un brote estalle.”

Lemarché evaluó su escuadrón. Zevraj tenía un corte abierto en su rostro.

“No es nada, comisario,” dijo el soldado al notar su atención.

“Tal vez,” dijo Lemarché, “Pero no podemos arriesgarnos. Santino, Nomek..ustedes acompañarán a la Madre Superiora. Zevraj, Hörka…nosotros entregaremos las armas…a nuestros camaradas.”

Santino y Nomek intercambiaron miradas inseguras.

“¡Ya, Zapadores!”

A regañadientes, los dos soldados entregaron sus mochilas a los demás.

“Comisario,” Santijo dijo. “ Lo que pasó en la armería”

“Que no ocurra de nuevo, Avram Santino.”

“¡Herméticos y Sellados, señor!” Santino se golpeó el pecho con el puño.

“Espíritu cargado…para la purga.” Lemarché desolló la respuesta.

“Etamoh..muertoh…¿berdat?” Hörka croó una vez sus camaradas hubieron desaparecido. Había anillos negros debajo de sus ojos, enfatizando como su iris comenzaba a desvanecerse. Manchas lívidas moteaban su rostro con algunas lágrimas de pus.

“Si, Zapador,” Lemarché admitió. “Pero aún no.”

“¡Por aquí!” Solanis gritó, desapareciendo en el muro de lluvia más allá de la entrada de mármol. El viento girando alrededor del patio del hospital le arrebató las palabras y la linterna, atenuando tanto el sonido como la luz. Estaba lloviendo tan intensamente que Santino no podía ver más que unos pocos pasos delante de sí.

“¡Vamos!” Nomek dijo, siguiendo la luz intermitente de Solanis.

A pesar del aguacero, Santino se alegró de haberse ido del hospital. Había sentido que ese lugar estaba mal desde el principio, pero lo que había salido arrastrándose de sus entrañas era peor que cualquier cosa que hubiera podido imaginar, y Avram Santino tenía mucha imaginación.

El diluvió tartamudeó cuando algo se deslizó sobre sus cabezas. Santino miró hacia arriba y vislumbró una forma oscura y aplanada desapareciendo en la vorágine.

¿Eso era una cola?

“¿Has visto eso?” Santino dijo, entrecerrando los ojos hacia las bramantes nubes.

“¡Por aquí!” Solanis gritó. “¡Aquí!”

Su luz se encontraba en el lado opuesto del patio, junto a uno de los camiones médicos. Nomek se encontraba solo a unos pocos pasos de ella.

“¡Santino!” El explorador llamó, volviéndose con su luz alzada. “Mueve tu-”

Con un chillido penetrante, una forma extendida se lanzó desde arriba y lo arrastró por los aires. Desapareció antes que la linterna que se le había caído comenzase a rodar, su aullido se perdió en la tormenta.
“¡Al camión!” Santino gritó rompiendo a correr. “Hay algo en la tormenta!” Imaginó sombras descendiendo sobre él, aproximándose para atraparlo como habían atrapado a Nomek ¡Podía sentirlo! Hubo un chirrido desde arriba, y luego otro que respondió, y otro más.

¿Cuántos de esos bastardos hay? Se preguntó Santino desviándose violentamente.

Las luces del camión cobraron vida, convirtiéndolo en un faro en la oscuridad incipiente. Solanis estaba en la escotilla abierta llamando. Santino sintió que la lluvía flaqueaba sobre él y saltó justo cuando algo cortaba el aire a su espalda. Arrojando su linterna, se puso de pie y saltó dentro del camión, casi precipitándose sobre la hospitalaria.

“¿Dónde está su camarada?” Solanis preguntó volviéndose.

“¡Se ha ido!” Santino cerró la escotilla tras el. “¡Conduce!”

“Pero…”

Algo arañó el techo del vehículo, abriendo un largo surco en el metal.

“¡Por el maldito Trono, conduce, hermana!

El equipo de Lemarché recorrió la distancia que faltaba hacia el ala de los Zapadores sin más incidentes, lo cual fue bienvenido pues no se encontraban en condiciones de luchar. Lemarché estaba temblando y sudando dentro de su abrigo, su visión plagada de manchas. Sentía como si tuviera gusanos en los ojos. Tal vez los tuviese.

No falta mucho, Ichukwu, pensó. *Entrega las armas y luego entrégate al juicio del Emperador. No hay deshonra en negar al enemigo de otro esclavo.*

No vieron señal alguna del escuadrón de reconocimiento del Cabo Varney, pero cuando alcanzaron el hall que conducía al ala de los Zapadores vieron figuras de pie al otro lado de las puertas abiertas, formando una línea trás la barricada. Eran siluetas contra la luz que manaba del interior, pero su forma los identificaba como

Zapadores. Y aun así Lemarché dubitó, observando con ojos entrecerrados a los guardias. Estaban demasiado silenciosos y demasiado quietos.

Llamó alto alzando una mano, manteniendo a su escuadrón en las sombras, a pesar de que las sibilancias de Hörka socavaban cualquier posibilidad real de sigilo.

“Algo anda mal,” susurró.

“Lo noto,” Zevraj se mostró de acuerdo, aproximándose detrás de él.

“Si nuestros camaradas han caído…los liberaremos.” *O a tantos como podamos,* Lemarché pensó. “Incendiarias,” ordenó, tomando la granada de su bolsillo.

Zevraj respondió a la orden, pero no se escuchó respuesta de Hörka. De hecho, no se escuchaba *nada* de él. La torturada respiración del hombre había caído en silencio.

“¿Hörka?” Lemarché pregunto volteandose.

El corpulento soldado permaneció rígido, con sangre babeando de su boca. Sus ojos se habían convertido en orbes pálidos.

Lemarché alzó su arma, sabiendo de antemano que era demasiado tarde. El puño de Hörka se estrelló contra su rostro como un mazo, rompiéndole la nariz y arrojándolo hacia atrás. La sala giró a su alrededor, arrojando manchas oscuras por todos sus ojos. “Aún…no” Lemarché jadeó. “Aun…puto…no”

Mientras recuperaba su balance vió a Zevraj y Hörka inclinándose mientras luchaban. Figuras tambaleantes inundaban la habitación, cortándole la retirada del ala. Varney estaba entre ellos, su cabeza balanceándose inerte sobre su cuello roto mientras se tambaleaba hacia sus antiguos camaradas.

“Por…el Trono,” Lemarché dijo con voz entrecortada y disparó. El retroceso arrancó la pistola bólter de sus dedos inertes, pero la bala encontró su objetivo y atravesó la sien de Hörka. La detonación fragmentó la mayor parte de la calavera del guardia muerto, sin dejar nada sobre sus mandíbulas castañeantes. Zevraj apartó el cadáver, pero ya había sido rodeado por más ghouls, demasiado cercanos como para repelerlos.

“¡Oberai redimido!” Zevraj gritó el credo de su pueblo. Con una expresión reverente empaló el cañón de su pistola láser en su boca y disparó en modo automático.

Mientras los muertos inquietos cambiaban su atención hacia él, Lemarché se tambaleó hacia la sala y se arrojó sobre la barricada. Aterrizó mal, sus sentidos

dieron vueltas por el impacto, pero lo soportó, decidido a conocer el destino de sus hombres. Escupiendo sangre, se puso de rodillas y miró hacia arriba.

“No…” respiró con tristeza, incapaz de encontrar una mejor palabra.

Los Zapadores estaban reunidos a lo largo del pasillo de la sala, firmes con sus ojos blancos fijos en la nada. Más allá de ellos había un gigante pálido, casi desnudo, y mucho más alto que los esclavos que sin duda comandaba. Aunque una venda le cubría los ojos, Lemarché sintió su fría atención. El Teniente Reiss se arrodilló frente al gigante de rostro gris, aún vivo, aunque con expresión vacante.

“Comisario. Hemos esperado tu regreso.”

“Feizt,” Lemarché dijo cansado, viendo a través de la transformación del sargento tan pronto como escuchó la voz de la aparición, tal vez ni siquiera estuviese sorprendido. Toland Feizt siempre había sido un cáncer sobre el alma de la compañía, albergando la semilla de su corrupción aunque no se diese cuenta.

“Perdóname” Lemarché susurró, sin estar seguro a quien hablaba. Probablemente a las almas perdidas aquí reunidos, pues su inacción los había condenado a todos, pero probablemente también a Feizt, quien podría haber muerto como un héroe si su comisario no le hubiese abandonado a su suerte.

Reuniendo lo que quedaba de su fuerza, Lemarché se levantó y se tambaleó hacia el hereje. Los muertos lo ignoraron. Sin lugar a dudas su maestro no lo consideraba una amenaza.

¿Soy una amenaza? Lemarché se preguntó adormilado. *Si,* estaba seguro de ello, aunque no podía recordar *cómo.* Había algo…algo que él podía *hacer*.

Fuego, recordó. *Puedo hacer fuego.*

“Ellos…te querían,” susurró mientras se aproximaba al fantasma.

“Y yo los quiero a ellos,” la cosa que otrora fuese Toland Feizt proclamó.

“Fuego” dijo Lemarché en voz alta, tratando de recordar porque. Mientras hablaba, sus mandíbulas se encajaron abiertas con un crujido húmedo. Todo se tornó brumoso y salpicado de verde - todo excepto el luminoso ser frente a él. “Fueeego,” gimió en su garganta.
‘

Capítulo Once

¡Dicha!

¡Al estilo de Mercy!

No necesito pluma ni pergamino para dejar mi marca, ni la paciencia para soportar el parloteo vacío. ¡Son las acciones excesivas, no las palabras fútiles lo que cuentan las mejores historias! Si tus espectadores tienen que rascarse la cabeza y preguntar que ocurre, por qué, o cuándo, entonces tu actuación ya ha terminado, por que son una multitud inconstante y alborotadora, tan dispuesta a apagar tu estrella como a hacerla brillar. Así que yo digo ¡Basta de palabras! ¡Quedate callado y mírame cazar!

¡Mercy matando! Cortando, apuñalando, troceando con uñas que se convierten en espadas, luego saltando lejos en piernas afiladas como agujas antes de que sus enemigos puedan acercarse demasiado y ser demasiados como para esquivarlos. Ellos tienen los números - oh, ¡Vaya si los tienen! - pero una horda infinita de nada sigue sin ser nada. Contra su espíritu libre de cadenas los malditos sin rostro del schola caían como muñecas de trapo, su andar tambaleante y el murmullo de sus golpes eran más que lamentables, pero aun así le encantaba jugar con ellos, cortos y sangrientos, como todos los juegos eran. ¡Tantos idiotas para elegir! ¡Tantas maneras de confundirlos, abusar de ellos y deshacerlos en ruinas!

No era la barata emoción por la matanza lo que la impulsaba, pues Mercy no era ningúna salvaje, y la muerte era el plato más aburrido del menú a no ser que se sirviese con tenacidad. No, era el *arte* de la malicia lo que la deleitaba - la danza salvaje de los altibajos y los enemigos derribados, sus esperanzas y deseos pisoteados hasta el olvido mientras los suyos propios se elevaban, libre de toda duda.

¡Era más ella misma que nunca! Aunque había estado ascendiendo durante los años sangrientos de la redención de su supuesta hermana, sancionada a muerte mientras gritaba "¡Por el *Trono y la Espina!"* y volviese a la línea cuando la batalla hubiese terminado. Pero aquí, bañada en las luces delirantes del schola y potenciada por la tormenta, su carne finalmente danzaba al ritmo de su espíritu. Con piel de medianoche y dedos puntiagudos, era la magnífica quimera de las pesadillas de su hermana.

"¡Mírame ser, Hermana!" Mercy se regocijó.

Saltaba alegremente alrededor de su presa, esquivando sus ataques y zambulléndose entre los delgados arcos de sus piernas arqueada, cortando los tendones mientras se deslizaba, luego cortando de nuevo con una patada certera para cobrar su parte, dejando a cada tambaleante y torpe bruto con una espina fracturada o una pelvis perforada.

Algunas veces realizaría piruetas en un torbellino, con sus dedos afilados como espadas girando tan rápido que se volvían borrosos, su deslumbramiento tiñéndose rápidamente rojo con los cortes y las salpicaduras de sangre siendo atraídas hacia su remolino letal. Otras veces, saltaría alto y se lanzaba primero con las piernas, atravesando una franja de enemigos con sus pies aguja cerrados en una hoja perforante.

Asesinó a los malditos por cientos, fabricando una carnicería con todo el ingenio y los caprichos salvajes que su hermana gris había mantenido encerrados, pero aun así acudieron, alzándose desde los charcos que les daban luz tan rápidamente como ella los mataba.

Son infinitos, imbécil, su hermana ahogada se burló. *Su amo no les dejará ir. ¡Cuando mueren simplemente se alzan renacidos!*

No ¡Eso no podía ser! Sería una burla al arte de Mercy, profanando cada golpe y corte que había creado con tanto esfuerzo había suministrado con gracia e ingenio. ¿Qué propósito tenía una pintura si el lienzo se borraba y cada composición era consignada al olvido?

Ese es el destino de todos, hermana.

Indignada por la idea, se agachó y saltó en el aire, luego saltó de nuevo, sus pies agujas encontraron un breve apoyo en las corrientes inmateriales de la tormenta. Saltó una y otra vez, escalando cada vez más alto hasta que sobrevolaba a vista de águila los terrenos del schola, girando sobre el viento como una rapaz elemental. Observando abajo con ojos de halcón, vió que la burla de su hermana no era vana. La horda sin rostro no había menguado, cada hendidura que había tallado con tanto

arte en sus filas había desaparecido sin dejar rastro. Incluso ahora, trataban de alcanzarla, rostros inexpresión alzados hacia arriba y manos extendidas tanteando el cielo como adoradores abandonados.

¡No es a ti a quien adoran, criaja!

Los relámpagos atravesaron las agitadas nubes, enervando a Mercy contra la afrenta. Mientras aullaba, una gran silueta con forma de mantarraya salió de la vorágine desde arriba y se lanzó hacia ella. Ella saltó lejos, gritando por la sorpresa cuando una tosca aleta le abrió en canal el lado derecho y la hizo caer. Luchando por agarrarse al viento, vio a su atacante virar con una gracia sinuosa y abalanzarse sobre ella, con su larga cola ondulando como una serpiente puntiaguda.

El dolor se convirtió en excitación cuando reconoció a un enemigo más estimulante. Con una risita tonta, fingió pánico, agitándose mientras caía en picado hacia la multitud de abajo. Con un grito sobrenatural la mantarraya de la tormenta se abalanzó hacia ella a toda velodiad, con sus mandibulas alargadas abriendose ampliamente entre hileras de ojos negros.

¿Que haces, idiota?

Mercy esperó hasta el último momento, saboreando la ansiedad de su hermana, para entonces arremeter contra el Inmaterium. Perforando el rasgado velo entre mundos con sus dedos afilados y piernas aguja, se empujó hacia arriba y sobre su atacante para luego hundirse sobre su espalda, apañulando con sus pies la carne rugosa.

“¡Mírame y llora, hermana gris!” Mercy trinó, abriendo sus brazos mientras montaba a la veloz bestia, su largo cabello corriendo detrás de ella. “Mi estrella está destinada a alzarse consagrada hasta que todo se encuentre deshecho!”

La piel de la bestia onduló mientras se sacudía, giraba y daba vueltas, luchando por deshacerse de ella, pero estaba demasiado anclada. Riéndose de su furia, miró a su alrededor y vió más de su especie nadando entre las olas de la tormenta, aunque no había dos que fuesen iguales. La mayoría solo mostraban variaciones modestas en el aspecto de su montura, pero algunas eran gloriosamente bizarras. Una brillaba con luz violeta, la pulsante abstracción de sus órganos era visible a través de su carne translúcida, su manto arrastrando largos tentáculos. Otra tenía un cuerpo triangular compacto, cubierto de escamas doradas que parpadeaban con fuego, pero la más extraña era un disco perfecto de cristal líquido que giraba a través de las nubes como una sierra circular espectral, gimiendo electrónicamente mientras giraba.

A pesar de todas sus fantásticas formas y extraños métodos de movimiento, Mercy no tenía duda de que cada una de ellas era un depredador. Todas volaban en las corrientes exteriores del tornado que había visto por primera vez a través de los ojos de su hermana en el puente. Ese Leviatán giratorio ya casi había alcanzado el archipiélago, gravitando inexorablemente hacia el Perihelion, su longitud brillaba con matices frenéticos y espirales de relámpagos oscuros y brillantes que ponían a las sirenas del schola en evidencia. Sus truenos turbulentos estaban acompañados por una sinfonía de monstruosos chillidos y risas, junto a un silbido discordante que hizo vibrar los dientes de Mercy. En algún lugar, una campana hundida tañía, cada uno de sus repliques preñados de presagios, cada sonido metálico enviando ondas verdes a través del tornado.

Cabalgando alto en las corrientes del coloso, los sentidos de Mercy surgían más allá de sus límites, cayendo en cascada en una delirante sinfonía del ser.

¿Qué locura es esta? Preguntó la hermana de Mercy, su tono tan sometido como su voluntad.

“¡La nuestra, querida hermana! Nos pertenece a todos,solo si tenemos la voluntad de verla y tomarla por lo que es y lo que quiere que seamos!”

No tiene sentido…

¿Lo tenemos nosotras?” Mercy la desafió. “¿Lo tuvimos alguna vez?” Respiró profundamente del ferviente aire y se estremeció cuando este crepitó a través de ella. “¿De verdad *queremos* tener sentido?”

¿Entonces cuál es la razón de todo esto?

“¡Ninguna!” Mercy escupió alegremente. “Ninguna, salvo las que hacemos y rompemos nosotras mismas! Y esa es la gloria de-”

Su montura chilló y se estremeció tan violentamente que casi se cayó. Mirando por encima del hombro, Mercy vio su mitad trasera girando en una lluvia de ectoplasma, cortada por la bestia con forma de sierra circular que había vislumbrado antes. Con un grito voltaico, el disco de cristal se alejó hacia las nubes, arrastrando el icor iridiscente de su víctima. No importaba si había golpeado por malicia o simplemente mala suerte, el disco había matado a su montura. La bestia mutilada gemía lastimosamente y se deshacía en magia pura mientras giraba fuera de control y se alejaba del tornado.

Mercy se inclinó hacia delante, hundiendo sus uñas en la piel y mostrando sus colmillos mientras la gran masa del Perihelion se alzaba a través de las nubes,

como si cargara hacia ella, apareciendo más rápidamente de lo que creía posible. Ella aulló en éxtasis, cada hilo de su alma se sentía vivo con el peligro.

La ciudad está ardiendo, su prisionera gimió.

Mercy vió que era cierto. Los edificios que abarrotaban la cima de la montaña estaban inundados de fuego. Ella no se había percatado antes. ¿Por qué lo haría? Ni esas llamativas chozas ni las alimañas que las infestaban le importaban. Incluso los azulejos plateados de la azotea hacia la que se precipitaba como un puño titánico no importaban.

“¡Asciende antes de que caigas!” gritó con deleite.

Nada importaba excepto Mercy, emocionandose por el momento, hasta el último instante cuando-

Un calambre de agonía estalla a través de su cuerpo cuando su Señora Penitente azota su espalda con su látigo neuronal, prendiendo en una dicha afilada.

Y de nuevo Mercy viste la túnica atada con espinas de una hermana Repentia, con las manos agarrando su amado Eviscerador y su sonrisa escondida bajo la capucha. Se pregunta si alguna de las demás penitentes que se apiña en el compartimento de transporte blindado comparte su deleite o si todas son austeras esclavas como su hermana encadenada.

La única esclava aquí eres tú, degenerada, *su hermana gris réplica. Tus deseos te atrapan como una jaula.*

La voz de esa zorra ha recedido a un susurro, como siempre hace cuando la violencia es inminente, pero aun así aun es capaz de poner un féretro en la exuberancia de Mercy. No puede recordar durante cuánto tiempo ha gobernado su cuerpo compartido o a través de cuantos conflictos les ha guiado, intacta, ilesa, pero su gemela continúa quejándose y anhelando su libertad.

“No muerdas la mano que te protege, hermanita.” Mercy reprende a su prisionera en voz baja. “Esta vida habría acabado contigo hace mucho.”

El tanque se detiene con una sacudida y su casco recibe disparos esporádicos. Con un chirrido de los servos, la escotilla trasera desciende hacia una rampa y el los murmullos apagados de la batalla se convierten en una cacofonía.

“¡Purgad la inmundicia Xenos, hermanas!” La Señora grita agitando su látigo.

“¡Por el Trono y la Espina!” Mercy brama junto a las demás

Como siempre, es la primera en entrar en el campo de batalla, recorriendo la rampa en un solo movimiento. ve que el transporte los ha transportado justo ante los muros derruidos del bastión xenos. El fuego de artillería cae sobre los edificios al otro lado de la barrera, agujas bulbosas y pasarelas arqueadas que parecen blanco hueso. Miles de cadáveres cubren el suelo envuelto en humo, junto con los cascarones destripados de los tanques. La mayoría son Imperiales, pues la Espina Eterna y sus aliados del Astra Militarum han pagado un alto precio para penetrar en la guardia de su enemigo. Se rumorea que la Canonesa Excruciant ha caído en combate contra el líder hechicero de los xenos. Algunos incluso susurran que su orden jamás se recuperará de esta campaña, pero a Mercy no le importa. ¡Si esto ha de ser el desenlace, entonces ella construirá uno vibrante!

La sinfonía de las armas disparando es implacable y magnifica - el estallido gutural y el silbido de las municiones imperiales concatenado con el silbido, zumbido y gemido de las armas más sutiles de los xenos. Mercy vislumbra a los defensores xenos revoloteando por las murallas, sus formas esbeltas y engañosamente delicadas. Su armadura pulcra y elegantemente diseñada y sus rápidos movimientos les dan el aspecto de insecto que Mercy encuentra muy divertido ¡Pues simplemente están pidiendo que los aplasten! Eldars, se llaman. Ella piensa que el nombre suena encantador, lo que escandaliza a su hermana gris.

"¡A través de la brecha!" su Señora comanda.

Mientras corren hacia los agrietados muros un enorme autómata avanza para detenerlas. La larguirucha máquina bípeda está blindada con placas esculpidas en la misma sustancia que parece hueso que el resto del bastión, aunque están pintadas de un color carmesí oscuro. Blande una espada inmensa en su mano derecha, la hoja curva crepita con fuerza arcana. Para el ojo de Mercy el gigante Xenos no es nada menos que exquisito.

Aullando, se dirige directamente hacia el autómata, saltando y maldiciendo mientras pulsos de energía emergen del arma montada en su muñeca izquierda. Sus hermanas penitentes quedan partidas por la mitad, sus cuerpos chamuscados hasta no ser más que una ruina, con su Señora entre ellas. Mercy echará de menos el beso del látigo harridan, pero nunca ha necesitado su inspiración.

El constructo la recibe con un amplio arco de su espada.Ella salta sobre la hoja giratoria, pero la penitente tras ella es cortada por la mitad a la altura de la cintura. La energía emanando de la espada xenos cauteriza la herida mientras la atraviesa, sellando ambas mitades del cuerpo de la mujer mientras cae. Antes de que su enemigo pueda atacar de nuevo, la espada sierra de Mercy golpea su rodilla - y retrocede tan violentamente por culpa de la armadura que está apunto de perder su

agarre. En ese momento comprende que no tiene posibilidad de herir a este enemigo, pero ella no se amilana. ¡Aquí aún hay buena caza!

Ella rodea al autómata alegremente, saltando y agachándose mientras la persigue con su espada. Los dientes de su espada sierra se deslizan de sus placas cada vez que golpea, pero ella no cesa su ataque, incluso después de que el motor de su arma se rompe y los dientes caen en silencio. No hay victoria que encontrar aquí, únicamente la rebeldía y el placer de sobrevivir un segundo más ¡pero los segundos pueden ser eternos si los juegas de manera elegante!

Su baile finaliza cuando Mercy tropieza con el torso de una de sus Hermanas. Antes de que pueda recuperarse, el autómata la agarra con un puño enorme que la alza en el aire. Dando patadas y golpeando sus dedos con su espada rota ella es traída frente al domo invertido de la cabeza. Sus únicas características son unos cristales blancos incrustados en lo profundo de su suave cráneo. La piedra brilla,pero de manera extraña, como si su radiancia solo existiese en sus ojos. Mercy siente que está vivo *de alguna manera arcana, imbuyendo a su espíritu con algo más parecido a un alma que ningúna máquina del Imperium. La idea la atormenta de maneras que no puede imaginar, y aun así anhela romper ese cristal, segura de que conseguiría una aniquilación ingeniosa.*

Su captor la mira implacablemente mientras Mercy le execra, luego su agarre comienza a fortalecerse, apretando lenta y metódicamente, como si disfrutara de su perdición. Aunque sabe que es fútil, sigue luchando y maldiciendo, retorciéndose hasta que su capucha es arrancada y ella escupe su desprecio manchado de sangre al rostro del espíritu cristalizado de su captor. Su enemigo se detiene, como si se hubiese ofendido.

"¡Hazlo!" Mercy le provoca mostrando los dientes. "¡Pero volveré y te abriré en canal!"

Por un momento sus sentidos se vuelven desordenados, violados por corrientes extrañas.

"Qareen," su hermana inquieta murmura a través de los labios de Mercy. Ninguna de ellas conocen el significado de la palabra, y aun ignorantes como son, no pueden negar su rectitud.

El autómata relaja su presa, contemplándola. Fugazmente siente los pensamientos filtrándose desde su gema espiritual, como fragmentos de un sueño prestado. No saben a rabia u odio, sino a perplejidad.

“Matame…antes…de que no puedas,” La hermana de Mercy jadea. Tal como el nombre, la frase resulta familiar, pero imposible de reconocer - un fantasma aún por existir.

Sin aviso el autómata la arroja lejos. Ella se estrella contra el suelo con una fuerza desgarradora que la derriba del trono de su cuerpo y rompe las cadenas de su hermana.

Al volver en sí misma, la ex prisionera ve una rafaga de misiles que golpean al constructo xenos, destrozandolo en una floración de fuego y placas rotas. Un segundo más bajo su agarre y ella habría sido erradicada junto a él.

“Qareen,” Asenath jadea a través de una neblina roja. “¿Acaso…tu…me salva-?” Pero no le quedan fuerzas para terminar la pregunta. Mientras la oscuridad se apodera de ella, vislumbra una cara suave de porcelana observando desde las sombras.

Capítulo Doce

Pureza

El Requiem Infernal

Ahora todo esto tiene un nombre. Me encontró mientras caía a través del umbral sobre la guarida de mi enemigo, empujado por una amiga quien, de otro modo, podría haberse convertido en un enemigo.

Con el nombre vino el conocimiento y la inspiración para continuar este odioso trabajo. Fuí un estupido al pensar que podría terminarlo antes de comenzar el fin de los juegos, pues la tarea y la prueba están inextricablemente unidas, tal como la esperanza y la decepción, cada refracción pierde el sentido sin su contraparte.

Escribo lo que veo, y veo más lejos cuando escribo ¡Buscando respuestas en preguntas, y respondiendo con más preguntas! Las palabras construyen la mente, y a cambio la mente construye palabras que dan nacimiento a las cosas de más mundos.

Así la Gran Espiral del ser asciende, inscribiendo conexiones incluso más finas.

Pero nuestros sueños están acosados por la maldad y la debilidad, precipitando palabras oscuras y mundos aún más oscuros, pues el veneno sin control siempre se extenderá. Persistiendo y prosperando más allá de la esperanza de vida mortal, nuestras impurezas se multiplican a través de los eones en monstruosidades.

Así la Espiral Oscura desciende, devanando aún más en el Caos.

Sin embargo, hay cosas peores que decir sobre nuestra ruina, pues no imagines que nuestro rumbo es cuestión solo de la mortal falibilidad y de desgracias ciegas. Mira lo suficientemente profundo y vislumbrarás el arquitecto infernal que, sin

querer, hemos soñado hacia la realidad. Busca las señales y encontrarás la obra del Tejedor por todas partes, tocando los hilos del Destino y engrasando las ruedas del Cambio para aproximarnos cada vez más a una ruina sin fin.

Pero cuidado, viajero, pues lo visto también verá, y una vez has comenzado el juego, no hay salida excepto adentrarse aún más profundamente hasta que te deshaces. Esa es la primera y última verdad de la mentira infligida sobre todos nosotros, y el pecado capital del tomo que sostienes en tus manos. Todo está ideado y calculado para empujar la historia que debe contarse a sí misma a través de mi, y a través de ti.

Tal como en el interior, en el exterior, nada es casualidad.

Jonah Tythe cerró el tomo. Tal como había anticipado, su recién descubierto título ahora marcaba sus coberturas de cuero azul, intrincadamente grabado en plata sobre la runa dentada de su centro. La sanguijuela aún no había terminado con él, porque todavía restaba la última página en blanco, pero ya había tomado todo lo que tenía para dar ahora. El final llegaría cuando el juego hubiese terminado.

“Estoy aquí , Mina,” prometió a su hermana perdida. *Por fin aquí…*

¿Pero donde era *aquí?*

Jonah miró hacia arriba y se vió a sí mismo mirando de vuelta, reflejado en una miríada de espejos, como si estuviese suspendido en el corazón de un vasto prisma. Rotaba lentamente alrededor de sí, sus caras moviéndose en múltiples y opuestas direcciónes a la vez, y aun así, de alguna manera, manteniendo el equilibrio.

El escritorio en el que se había sentado había desaparecido, junto con la silla y los artilugios de escritura, estaba acostumbrado a satisfacer el hambre del tomo. El libro también había desaparecido, pero sentía su peso contra su corazón, atado a su pecho bajo la armadura.

Docenas de reflejos giratorios se alzaron para tocar el libro escondido, algunos con la mano derecha, otros con la izquierda.

Muchos más se unieron a él al abstenerse de realizar el gesto. La mayoría frunció el ceño al notar la discrepancia, pero algunos sonrieron, sus ojos brillando con locura. Unos pocos ignoraron el desalineamiento por completo, con expresiones serias como si contemplaran su situación.

¿Qué es esto? Jonah se preguntó, sintiéndose inexplicablemente tranquilo. Otros yo realizaron la pregunta en voz alta, de varias maneras y entonaciones, algunos muy

lejos de estar calmados. Fue entonces cuando notó las diferencias externas entre ellos.

Todos eran parecidos en cuanto a edad y aspecto facial, pues su maldición compartida era rígida, pero llevaban su cabello en una variedad de estilo, algunos cubrían su blanquez con tintes. Un reflejo que hacía una mueca lucía un moño naranja y piercings faciales puntiagudos, mientras que otro se había trenzado el pelo en rastas y escondía su palidez detrás del maquillaje. Muchos cubrían la cicatriz entre los ojos con una bandana o un sombrero, pero la mayoría vestían la misma armadura azul y plateada que él, sugiriendo que fuesen cual fueses su diferencias, sus caminos casi siempre se cruzaban con la Vela Plateada. ¿Todos habían conocido a Asenath Hyades también?

"¿Dónde están los demás"? varios yo preguntaron en coro, buscando por sus compañeros perdidos junto a Jonah.

Todos se encuentran en el centro de todo, se percató. *Al igual que yo.*

Sin lugar a dudas el aparecía como otro reflejo para esos yo alternativos, aun así *ninguno* de ellos era un simulacro. Todos eran tan reales como él.

"O igual de *irreales*," la encarnación con rastas declaró cuando la comprensión se extendió por todo el cónclave. "Todos somos fantasías dentro de una ficción, hermanos."

"¿Pero quién es el mentiroso?" alguien preguntó desde arriba, riendo. ¿"Y quién es el objetivo?"

"¿Dónde han ido a parar mis tanques?" una voz aguda gimió desde abajo. "¡Traje tanques a esta fiesta! ¡Ha robado todos mis preciosos tanques!"

"¡Permaneced en silencio, herejes!" una variante encapuchada amonestó, blandiendo un águila dorada mientras giraba mirando a los demás, él era el único que aún portaba el hábito sacerdotal. "¡Dejadme rezar pidiendo guia!"

"¡Quitaos la cabeza!" Rugió el del moño naranja. "¡Por ella, hacedlo por ella!" había tumores agrupados alrededor de sus piercings, como si la carne se hubiese confundido en sus intentos de curarse. Giró dentro de su cara como un animal enjaulado, atacando fantasmas con un par de machetes dentados. Al igual que el sacerdote, era uno de los pocos que vestían de manera distintiva, con su cuerpo cubierto en una armadura de cuero recubierta de hierro. Un manojo de cráneos colgaban de su cinturón, balanceándose con su frenesí. "¡Minaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaarg!"

Mientras la multitud de Yos perdidos balbuceaba a su alrededor, Jonah cerró los ojos, tratando de pensar. Tantas posibles encarnaciones, tantos caminos recorridos, y aun así todos conducen hasta aquí…

"¡Emprah ahi dentro!" El guia de Jonah dice en un Gótico horrible, señalando una cabaña. Como todas las demás del pueblo anegado no es más que un conjunto feo de árboles fúngicos y barro, que parece más un montículo que un edificio, pero más grande que el resto. Se arrastra entre sus inferiores con indolente superioridad, al igual que su habitante se alza sobre los indígenas que lo han coronado su rey.

Los aldeanos se quedan boquiabiertos ante su visitante, sus rostros caídos, con ojos saltones y vacíos. Todos se encuentran desnudos, su empapada piel plagada de heridas y crecimientos fúngicos, sus piernas arqueadas en formas destrozadas. incluso para los estándares de este mundo desgarrado, esta gente está muriendo. Sea lo que sea que su elusivo monarca ha traído sobre ellos, no se trata de prosperidad ni salud. Ninguno de los monstruos que Jonah ha cazado a lo largo de los años jamás han proporcionado tales cosas, al menos no sin un precio que supera las ganancias.

"Esperame," Jonah ordena a su guía, entonces se zambulle hacia la cabaña del pantano del emperador. Un hedor a podredumbre se cierne sobre el lugar, peor que cualquier cosa que jamás haya conocido, pero diecinueve meses entre las rancias junglas de este mundo gris verdoso le han acostumbrado a tales cosas. Esta ha sido una caza particularmente ardua y larga, la mayor parte de la cual ha pasado recorriendo enredados ríos en el corazón de este continente, pero el tomo - y sus instintos - han insistido en que era demasiado importante para abandonarla.

Jonah se agacha a través de la entrada con enredaderas, entrando en una penumbra. En el espacio cerrado hay un hedor tan fuerte que puede sentirlo sobre su piel como una niebla pegajosa. Algo húmedo se mueve en la parte trasera de la cabaña. Aunque no ve nada, Jonah se imagina un bulto inmenso y húmedo que se revuelve en sus propias excreciones como una babosa obesa. Se escucha una respiración lenta y burbujeante en la oscuridad.

"¿Tu…el?" La voz es grave y empapada en baba, exactamente como la había soñado. "¿Tu…el Rompeespejos?"

"Lo soy." Jonah ha escuchado ese nombre unas cuantas veces en los años recientes, siempre de gente - o cosas - que pretendían matarle. No sabe donde comenzó, pero ha aprendido a no darle la bienvenida.

"Estado esperando…a ti….mucho tiempo"

“He estado buscando por mucho tiempo.” Jonah responde. “No me lo has puesto fácil.”

“No fui…yo. Nada es...fácil…aquí.” A pesar de su corrupción hay un tono suave en la voz que no es nativa de este planeta, y cuanto más habla se vuelve más fluido, como si recordase cómo hablar. “ Dime…¿Qué año….es?”

La respuesta de Jonah es recibida con un largo silencio, luego una risa balbuceante.

“Me..perdí…peor de lo que…esperaba" reflexiona la babosa invisible. “¡Ten cuidado, amigo! El tiempo transcurre…extraño..por aquí. Pero tal vez…eso no te moleste…en nada.”

“¿Por qué estoy aquí?” Jonah pregunta fríamente, perdiendo su paciencia. No tiene interés en los desvaríos del degenerado, y mucho menos en su camaradería. Todo lo que quiere es el conocimiento envuelto en su esencia - el significado *que le ha empujado a buscarlo.*

“Esos serían..los sueños de brujas,” el emperador babosa dice. “Estado…teniendo muchos de ellos…desde que se produjeron…los cambios. Supongo..que has estado escuchando…escuchando mi…llamada.”

“Dime que no he perdido el tiempo.”

“Creo que no. Hablé…con otro soñador. Viejo amigo…tuyo…me dijo que tienes algo ...para él. Un libro..¿Verdad?” Se escucha una risa humedad en la penumbra. “El bastardo de ojos plateados…dijo…que estaría casi terminado…después de que hayas terminado…aquí.”

“¿Dónde está?” Jonah sisea, tomando su pistola Elegy de su cinturón. A pesar de la oscuridad, la bala besada por el espejo en su cámara no fallará a un objetivo como este.

“¡Ahora…nos..entendemos…amigo! Tengo un…mensaje para ti…y un precio.”

“¿Qué precio?”

“Solo…lo que ya estás..ofreciendo..a hacer.” La babosa suspira. “¡Estoy harto de esto!” hay un silbido líquido de extremidades en la oscuridad, como si la criatura estuviera haciendo un gesto.” “Pero no tengo manera…de irme. ¡Lo seguí intentando…seguí…volviendo de nuevo! Nada funciona…pero lo que tu tienes…en esa arma…si, tal vez eso lo consiga.

“¿Quieres que te mate?”

“Te diré…lo que Ojos Plateados…dijo..y tú me das…tu mejor disparo. ¿tenemos un trato…Rompeespejos?”

Cuando Jonah abandona la cabaña solo le queda una de sus balas arcanas, pero fue un trato justo. Finalmente tiene un nombre y un destino.

“Olber Vedas,” dice, saboreando la verdad en él. “Te veo.”

***“Tal como yo te veo, Jonah Tythe,”** una voz responde, burlándose de él a través de infinitos posibles mundos. Suena el repique discordante a su paso y la luz índigo florece en el cielo, extendiéndose para convertir la jungla en un infierno de gritos y tinta.*

Una mujer camina desde la luz, con sus manos extendidas. “Aquí es donde nuestros caminos se separan” dice.

“Asenath-”

“-espera!” Jonah gritó mientras su amiga le empujaba hacia las luces aniquiladoras. Sus palabras fueron repetidas por una multitud de otros yo, todos cayendo en el mismo momento hacia diferentes matices del destino.

¡No lo conseguirás! había tratado de advertirla…¿de nuevo?

Una mujer con armadura lo atrapó mientras salía tambaleándose del resplandor que se desvanecía, estabilizandolo antes de que cayese. Miró hacia unos ojos verdes y tranquilos que recordaba.

“Mi gratitud..Hermana Genevieve,” resolló. “¿Dónde…?”

Dentro del Lux Novus,” dijo la Celestial Superior Xhinoa, caminando junto a su hermana silenciosa. “pero el schola no es lo que era.”

Cuando sus sentidos fragmentados se asentaron, Jonah vió que estaban en un patio extenso. Filas de columnas corrían a lo largo de sus paredes, sus columnas talladas con figuras vestidas con túnicas portando libros abiertos, con las páginas hacia afuera para mostrar unas runas cinceladas. En lugar de rostros, cada una de las eruditas de piedra lucía un solo ojo vertical que llenaba su capucha desde la punta hasta la barbilla, su mirada sugería más hambre que sabiduría.

Un mosaico de azulejos triangulares rosas y azules pavimentaban la extensión abierta entre las columnas, irradiando desde una fuente en su centro. Esculpida en mármol rosa con venas azules, la fuente era una abstracción monstruosa de olas

girando y mandíbulas distendidas, sus espirales enroscándose unas alrededor de otras ferozmente. Agua hirviendo burbujeaba de sus múltiples bocas, envolviendo su pedestal en vapor y prestando a la estatua la ilusión de estar animada y retorcida. Jonah había sido testigo de incontables horrores en su búsqueda, pero nunca había visto algo tan visceralmente perturbador, la estatua era una ofensa calculada a la cordura.

No nos acercaremos a esa cosa, decidió.

Al mirar hacia arriba vió un cielo negro adornado con hilos plateados. Bolas de luz revoloteaban a través de la red, sus dispositivos electrónicos chirriaban a través del patio a pesar de la distancia. De vez en cuando los hilos tañían y pulsaban, tiñendo la vista con luz indigo.

“Eso no es el cielo del Mundovela,” Xhinoa declaró firmemente.

“Ni esto es el patio del schola,” Haruki dijo observando las ciclópeas estatuas. “No como lo conocía.”

“No tal como ningúna de nosotros lo conocía,” Xhinoa añadió. “¿Dónde está la hermana Hyades, sacerdote?”

“Se ha…ido,” Jonah respondió quedamente.

“¿El enemigo la sobrepasó?”

“Si, Hermana.” Era tan buena respuesta como cualquier otra. “Me temo que si.”

Se volteó para encarar a los portones principales y no encontró nada excepto un muro indemne. La entrada había desaparecido, junto con las ventanas repletas de luz insidiosa.

“No podemos volver por donde vinimos,” dijo la Hermana Indrik. La enorme Celestial aún cargaba a la preceptora, que no mostraba signos de recuperarse.

“¿Era así antes, Hermana?” Xhinoa preguntó a su camarada.

“No, pero la trampa es la misma, Hermana Superiora”

“No importa,” dijo Jonah, evaluando el patio de nuevo. “No hay vuelta atrás hasta que Vedas haya muerto.” Apuntó al muro lejano, donde unas puertas aguardaban, todas pintadas en diferentes tonos. “Parece que es el único camino.”

“Parecen *muchos* caminos, Tythe,” Xhinoa le corrigió, dando un paso hacia delante.

“No,” Indrik advirtió, bloqueando su camino. “No a través del patio, Hermana Superiora.” Indicó la fila de columnas a su derecha. “Deberíamos cruzar por ahí.”

“¿Por qué *no* el patio?”

“No me fío.” Indrik respondió francamente.

Xhinoa lo consideró, entonces asintió. “Muy bien, en este lugar contaminado tú eres nuestra guía, Hermana.”

“Tal vez por que ella también está contaminada,” Camille murmuró, hablando por primera vez. Se encontraba desplomada contra una columna, mirando el rifle bolter de su hermana muerta. “Indrik no nos avisó del ataque.”

“Nos avisó sobre las malditas ventanas,” dijo Jonah.

“Comparto tu pena, Hermana..” comenzó Indrik.

“¿De verdad?” Dijo Camille, sus exquisitos rasgos retorcidos en una sonrisa maliciosa. “Si somos Hermanas ¿Porque escondes tu rostro de nosotros?”

“¡Ya basta, Camille!” Xhinoa saltó, cortando el aire con una mano. “La Hermana Indrik fue juzgada por la Canonesa Illuminant. ¿Estás cuestionando el juicio sagrado de nuestra señora?”

“Camille tiene razón,” Indrik dijo, dejando su carga con cuidado en el suelo. Los ojos de la preceptora aún eran vidriosos, sus labios balbuceando algo que solo ella podía escuchar.

“Esto no es necesario, Hermana.” Xhinoa protestó.

“Lo es, Hermana Superiora.” Indrik alcanzó las juntas de presión de su visor. “No debe haber secretos entre nosotros. No en este lugar.”

Jonah no estaba seguro de que esperaba ver, pero desde luego no era el rostro de huesos fuertes y ojos helados que reveló. Aunque Indrik no poseía la belleza de sus compañeras Celestiales, se encontraba lejos de ser una mujer fea.

“Estas…inalterada, Hermana” Xhinoa dijo inciertamente. “No…”

Y entonces, a la vez, comenzaron a verlo.

Sobre la impresión superficial, nada en su rostro estaba bien. La simetría de cada plano estaba delicadamente truncada, las proporciones de cada rasgo fraccionalmente imbalaceadas, el tono de los iris no coincidían de una forma dolorosa - incontrables pequeños detalles conspirando para convertir el rostro, sutil pero irremediablemente, repelente. Y cuanto más miraba Jonah, más desconcertante se volvía la alquimia de errores, provocando algo más oscuro que pena o repulsión.

No se podía tolerar la existencia de un rostro así.

“Ahora lo veis,” Indrik dijo, alzando una mano hacia su visor.

“No, Hermana,” Xhinoa ordenó, tomándole la mano. “Vemos, pero no *creemos*. Somos Adepta Sororitas. Miramos al corazón en busca de pureza, no al rostro.”

“Solo es otra mentira, Sister Indrik,” Jonah dijo sacudiendo el odio vergonzoso. “Y ahora ya estamos precavidos contra ellas.”

Solemnemente, Genevieve colocó una mano sobre el peto de Indrik. Un momento después Haruki la siguió. Únicamente Camille se absubo. Con una mueca de disgusto, miró hacia otro lado - y vió el peligro.

“¡La preceptora!” advirtió señalando.

Los otros se volvieron y vieron a Hagalaz caminando a través del patio, dirigiéndose hacia la fuente.

“¡Preceptora, deténgase!” Xhinoa la llamó, pero si la mujer peliblanca la escuchó, no prestó atención.

“Todavía la controla,” Indrik gruñó. “¡No!” gritó cuando Jonah y Haruki corrieron hacia el patio en busca de la preceptora.

“¡Hagalaz!” Jonah gritó mientras corría hacia ella. No se encontraba demasiado lejos, y solo estaba caminando, pero aun así no podía alcanzarla. Era como si el espacio entre ellos se estuviera agrandando para mantenerlos separados. “¡Es una trampa!”

Hagalaz miró hacia atrás, sus ojos brillando. “¡Estábamos equivocados, Tythe!” respondió. “¡No es lo que imaginamos!”

Está perdida, se percató Jonah mientras continuaba su avance. El pensamiento lo horrorizó. A pesar de su intelecto y carácter fuerte, Hagalaz había sido la primera de

ellos en caer, seducida por las luces sirena mientras que una criatura vacía como Camilla había resistido. ¿Qué decía eso de sus posibilidades? ¿O sobre las posibilidades de la *humanidad* contra el gran abismo?

El tomo infernal se aceleró contra su corazón, como un depredador oliendo a su presa. Había inspiración en ese momento - fresca y lista para ser recolectada.

“Todos danzamos en el filo de nuestra propia comprensión.” Jonah susurró mientras corría, incapaz de apartar el impulso de alimentar al tomo. “Cuanto más agudo se vuelve nuestro intelecto, más se cierra nuestro camino, pues el conocimiento es una hoja de doble filo, su corte hiende tanto hacia el interior como hacia el exterior.”

Sintió que sus palabras se escribían en el tomo, inscritas por su voluntad y la disformidad, tal como había sido su entrada más reciente. En este reino, la revelación no necesitaba implementos mortales más que aquellos que lo soñaron.

“Cuanto más vemos y buscamos, más avidamente nos ven y buscan.”

Algo ocurría en la fuente. Las ondas fueron recorriendo el mármol rosa mientras sus venas pulsaban en el tiempo con el ritmo de la red celestial. El líquido que salía de sus bocas se había convertido en una cascada que hacía temblar y silbar el aire sobre ellas.

Jonah se detuvo y comenzó a retroceder. Fuese lo que fuese que venía, era demasiado tarde para alcanzar a Hagalaz. Ella ya se encontraba a solo unos pasos de su destino , su voz alzándose en una plegaria ferviente.

Con un silbido de calor, la fuente cobró vida, su forma petrificada estallando en llamas desenfrenadas. Levantándose sobre una falda azul de fuego, la abominación sacó tentáculos que terminaban en fauces mordaces llenas de dientes de magma. Encima de la columna de llamas que servía de torso había una masa informe de bocas y ojos que se movían sin cesar, rechinando y retorciéndose mientras se devoraban a sí mismas y engendran otras nuevas.

“¡Demonio!” Haruki gritó, deteniéndose junto a Jonah y colocando en una posición defensiva, con su espada angulada horizontalmente sobre su cabeza.

Aullando y chillando, la bestia saltó de su pedestal se lanzó hacia los intrusos, sus tentáculos con mandíbulas vomitaban corrientes de fuego policromado. Hagalaz levantó los brazos mientras se abalanzaba por encima de ella, aunque si fue para protegerse o para reverenciar era algo que Jonah no podía saber.

“¡Purgad a la abominación, Hermanas!” Xhinoa gritó desde la fila de columnas a la derecha, abriendo fuego con su bolter tormenta. Su rafaga atravesó al demonio,

pasando su piel fantasmal y detonando desde el calor del interior. Camille y Genevieve añadieron su fuego de bolter desde la filas de columnas en la izquierda, Genevieve usando el arma rescada de Marcilla. El demonio aulló, parpadeando y arrojando ectoplasma mientras las explosiones disturbar su cohesión, pero su carga no flaqueó.

Mientras se aproximaba, Jonah saltó a un lado y se agacho bajo uno de los tentáculos que azotaban y giraban, disparando sus balas de bolter en la amorfa cabeza de la bestia.

En el mismo instante, Haruki dio un paso lateral y atacó a un tentáculo. Crepitando con energía, su espada cortó a través del apéndice sin resistencia, partiéndolo en una fulminante rociada que salpicó su peto con llamas. El miembro cercenado explotó en un humo coloreado cuando alcanzó el suelo, dibujando chillidos de ira desde varios orificios y gritos de diversión desde otros. Muchas de las bocas se hallaban destrozadas por el fuego concentrado de Jonah, únicamente para reformarse momentos más tarde.

“¡No te acerques!” gritó a la espadachina Dialogante.

Haruki saltó lejos de demonio justo cuando el tentáculo que restaba golpeó hacia ella, pero su grácil retirada se convirtió en un traspiés cuando vió las cosas creciendo en - o mejor dicho *de* - su peto. Allí donde el fuego impío lo había tocado, la armadura se había transmutado en un nido de tentáculos retorcidos con puntas afiladas. Su grito de disgusto se convirtió en uno de horror cuando las mutaciones se extendieron al interior de su armadura y comenzaron a cavar en su pecho. Dejando caer su espada, buscó a tientas las correas del peto y sus ojos se abrieron con dolor.

“¡Por aquí!” Jonah gritó al demonio mientras disparaba, tratando de alejar la atención de la asediada Dialogante. “Aqui, maldito bastardo!”

Giró su tentáculo con una velocidad sorprendente, empapando en llamas. Cegado por su luz, se tambaleó hacia atrás, su piel hormigueaba bajo la conflagración. Sintió la necesidad del fuego de derretir y remoldear todo lo que tocaba, pues esta no era una llama terrenal. Sus placas antibala rezumaron, trasmutadas en gelatina, pero su carne y el equipo que había usado durante años estaban intactos a la caricia del demonio, incluyendo su uniforme de cuero, cinturón y botas. Sin duda, todos contaminados por su maldición.

Mi mácula es más profunda que la tuya, Jonah pensó salvajemente mientras las llamas morían. Sonriendo con odio, trató de disparar de nuevo, pero la pistola hizo un ruido de chapoteo en su mano. Con un grito de disgusto vió que el arma se había convertido en una réplica de carne de sí misma. La lanzó lejos y desenfundó su

pistola mientras el demonio surgía hacia él de nuevo, aunque se resistía a desperdiciar su última y preciosa bala.

“¡Dame con todo lo que tengas!” le retó.

Un rayo de energía blanca incandescente golpeó al demonio desde un costado, obliterando su diafragma. Aulló mientras las llamas de su torso disminuían para cerrar la herida, luego se giró para enfrentar a su atacante mientras esta apuntaba con su rifle de fusión a sus múltiples rostros.

“¡La verdad arde con pureza!” rugió la hermana Indrik, disparando de nuevo su haz ardiente con tanta fé como valor. “¡La pureza purga verdaderamente!”

La cabeza del demonio desapareció en una llamarada de energías en conflicto que enviaron ondas turbulentas a través de toda su forma. Con un silbido explosivo colapsó en un remolino de humo amarillo.

Tosiendo ante el hedor a azufre, Jonah corrió hacia Haruki. Ella yacía boca arriba, con la sangre acumulandose alrededor de su cabeza, algo parecido a anémonas brotaban de sus ojos rotos y su boca. Sus extremidades se contrajeron espasmódicamente pero no podía discernir si era un vestigio de vida o por la infestación.

“Una muerte repugnante,” Indrik juzgó cuando se unió. “Luchaste con valor, Hermana Dialogante.” Sin añadir palabra, incineró la cabeza y los hombros del cuerpo.

“Descansa en paz, Hermana,” Jonah dijo, recogiendo las armas caídas de Haruki. Comprobó el balance de la espada, impresionado por su artesanía. Todas las armas de energía eran raras, pero esta era excepcional.

No puedes posponerlo más, pensó girando hacia la preceptora. Hagalaz permanecía rígidamente donde la había visto por última vez, sus brazos aun levantados para protegerse del demonio, de espaldas a él. Su armadura antibalas se había vuelto de color rosa y neón y había un extraño brillo en su cabello y manos. Mientras se aproximaba, Jonah comprendió por qué. Mientras que las ropas habían escapado del fuego del demonio con solo un cambio de tono, la mujer que las vestía no había sido tan afortunada.

“Lo siento,” dijo Jonah. No era una disculpa, sino una expresión de tristeza.

La preceptora Hagalaz se había convertido en una estatua plateada, con un gesto de sorpresa congelado en su rostro. ¿O era maravilla? ¿Horror? ¿Tal vez incluso revelación?

“Es una gran pérdida para la Última Vela” dijo la hermana Xhinoa detrás de él. Jonah no se había percatado de que las demás se habían unido. “La preceptora poseía un alma poderosa.”

“Si,” se mostró de acuerdo con tristeza. No estaban ni cerca de ser amigos, pero para un alto miembro de la Eclesiarquia, Hagalaz había sido refrescantemente racional. El estuvo apunto de creer que ella sabía lo que hacía.

Ella *le creyó. Por eso se descuidó y cayó.*

“El Archienemigo está siempre vigilante en busca de debilidad,” Camille pronunció severamente. “Se genera un momento de laxitud y entonce-”

“Deberíamos movernos” dijo Jonah. No se encontraba con ánimos para epítetos, especialmente de una imbécil.

Cruzaron el patio en silencio, alerta en busca de trampas, pero sin esperar ninguna, sintiendo instintivamente que este lugar ya se había cobrado su peaje.

Nueve sencilla puertas de madera estaban colocadas en el muro opuesto, cada una pintada de un color diferente, desde blanco a lo lejos en la izquierda hasta negro en la última a la derecha. Ningúna tenía picaportes, pero parecían suficientemente frágiles como para abrirlas por la fuerza.

“¿Indrik”? Xhinoa preguntó.

“No tengo respuesta, Hermana Superiora. No ví nada como esto.”

“Solo tenemos una oportunidad” dijo Jonah, sintiendo la certeza de ello.

“¿Y si elegimos erróneamente?” Xhinoa preguntó.

“No lo sé. Tal vez no hay una respuesta correcta, solo diferentes tipos de respuestas erróneas.” *Tal vez algunas más dolorosas que otras…*

“Blanco.” dijo Camille. “Es el color de la pureza.”

“O de la nada,” Jonah se burló. “¿De verdad esperas pureza en este lugar?”

“¿Tal vez negro?” sugirió Xhinoa. “para igualar el alma de nuestro enemigo.”

“Otro tipo de nada.” Jonah sacudió su cabeza. “Tampoco me gusta. Además, el negro no es su color.” Ese sería el plateado, el cual no se ofrecía aquí.

Genevieve señaló a la puerta que se había junto al negro. Indigo.

“Si…si, creo que tienes razón, Hermana,” Jonah murmuró. Había llegado a detestar ese tono rico y maligno a lo largo de los años. “Esa ha sido siempre su segunda mancha.”

Les guió a través de la puerta cautelosamente, como si se aproximaran a una serpiente venenosa. Mientras se acercaba, se volvió más seguro de que ofrecería la ruta más directa hacia su enemigo, sino la única ruta. Pero eso significaba que fuese a ser fácil.

“No me gusta,” dijo Camille, manteniendo las distancias. “Es un tono pecaminoso.”

Ignorándola, Jonah colocó su mano sobre la puerta. Se preparaba para algún tipo de respuesta - calor…frío….náusea…*algo* - pero nada ocurrió.

Nada hasta que te comprometas, supuso. Y empujó.

Las puertas índigo se abrieron, revelando un pasillo con altos arcos pintados en la misma tonalidad. Piramides de cristal invertidas colgaban desde el techo en intervalos regulares, crepitando suavemente mientras emitían luz. Su radiancia oscilaba lánguidamente entre azul y rosa, iluminando y oscureciendo el pasillo de manera alterna. Huecos triangulares se alineaban en ambas paredes, sus ventanas daban a la oscuridad plateada que se cernía sobre el patio, como si el pasillo cruzase el cielo de alguna manera.

“Deberíamos tratar de descansar,” sugirió Camille inquieta.

“No podemos,” respondió Indrik.

Jonah vió que tenía razón. Las otras puertas aún estaban ahí, pero ya no había portales. Todas se habían convertido en *pinturas* de ellas mismas, la textura del mundo se mostraba sobre sus pigmentos desvanecidos. Incluso Camille se refrenó de comentar sobre la extrañeza del suceso. Ya habían pasado el punto de cuestionar tales cosas hacía mucho tiempo.

“Nuestra decisión está tomada.” declaró Xhinoa, acercándose al umbral. “Rezo que la Luz del Dios-Emperador haya sido nuestra guía.”

“Yo lideraré.” dijo Jonah. “La decisión fue mía.”

Cuando entró al pasillo se distendió como si fuese a alcanzar el infinito… y luego retrocedió bruscamente, como un cordón de goma estirándose hasta el punto de rotura que luego habían liberado.

Tropezando, Jonah se giró y sintió una segunda oleada de vértigo cuando el pasillo se inclinó debajo de él. De repente estaba mirando hacia la puerta por la que había entrado, el suelo bajo sus pies angulado contra una pared escarpada, con su cuerpo sobresaliendo horizontalmente sobre el abismo. La entrada había retrocedido - ¿o ascendido? - a una altura terrible, como si una zancada le hubiese movido mil. La gravedad tiraba de él, de alguna manera, mantenida bajo control por su miedo.

¡No te sueltes! Le gritaron sus instintos a Jonah.

Sintió un escalofrío de horror cuando Xhinoa cruzó el umbral de arriba, aparentemente entrando en un abismo. De repente ella se convirtió en una mancha borrosa que lo *atravesó* con un crujido de aire desplazado. Jonah se volteó y el pasillo giró con él, colocandose de nuevo en un ángulo sano, con el muro convirtiéndose en el suelo de nuevo.

“No mires detrás de ti,” advirtió a Xhinoa se tambaleaba de nuevo en la existencia. “No es algo que quieras ver.”

“¿Peligroso?” Preguntó, recuperándose con una rapidez remarcable.

“Solo si miras.”

Miraron al frente mientras las demás se materializaban una por una, Jonah advirtiendo de la misma manera a cada viajera. Todas ellas lo escucharon. Sospechaba que Hagalaz hubiese desobedecido. Esa había sido tanto su fortaleza como su debilidad.

“El Archienemigo retuerce y convierte nuestras virtudes en vicios,” Jonah susurró. “Ahorcandonos con nuestras propias cuerdas.” Con cada palabra un poco más de su alma se perdía en el libro.

“¿Ha dicho algo sacerdote?” Xhinoa preguntó

“Digo muchas cosas, Hermana, pero me estoy quedando sin palabras.” La Celestial frunció el ceño ante su sonrisa torcida.

Es una buena líder, Jonah pensó, *pero no es Asenath Hyades.*

“¿Dónde estamos?” Camille preguntó, mirando al cielo enredado más allá de las ventanas del pasillo. Desde su nuevo punto de vista los hilos plateados se revelaban

como frondas de cristal blanco, suave y orgánicamente tejido en un vasto laberinto de varios niveles. las luces que los acechaban se habían convertido en discos brillantes que giraban entre las hebras a una velocidad vertiginosa, sus gritos electrónicos eran mucho más fuertes aquí.

“Creo que se trata del Mar de Almas, Hermana,” Indrik respondió. “Una parte de él al menos.” Jonah se percató que había bajado su visor de nuevo.

“¿Pero aún estamos en el schola?” Camille insistió con expresión angustiada. “Esas ventanas…Las *recuerdo*..pero siento que no debería.”

Era la violación trabajando de nuevo, Jonah supuso, reescribiendo el pasado para adaptarlo a la versión de la realidad de su enemigo. Las hermanas de Camilla debían estar sintiéndolo también, pero eran más duras que ella. Le confundía que esta mujer hubiese calificado como Adepta Sororita, no mencionar como Celestial.

“No piense en ello, Hermana,” Xhinoa dijo. “Deberíamos proceder.”

Avanzaban en fila de uno, Jonah liderando con la espada y pistola de plasma que había tomado de Haruki, Indrik cubriendo la retaguardia. La brillante vista del exterior cambiaba a cada ventana por la que pasaban. En una ocasión vió los restos de una gran lanzadera enredada en la red. Aunque su casco estaba partido, su destrozado armamento lo identificaba como una construcción militar. Entrecerrando los ojos, consiguió ver los símbolos engañados en su casco - una figura vestida con una túnica y con los brazos levantados, como para captar una respuesta que ahora estaba siempre fuera de su alcance. O tal vez no…

¿Esto es lo que estabas buscando? Jonah se preguntó. Sus compañeras no comentaron nada sobre él, probablemente porque no podían verlo en absoluto. tal vez todos veían algo diferente en la red - diferentes lugares, posiblemente incluso diferentes tiempos. La Hermana Superior estaba en lo correcto, no era recomendable observarlas demasiado tiempo.

La temperatura en el pasillo cambiaba constantemente con el color de las luces, volviéndose cálido cuando predominaba el rosa y más frío cuando el equilibrio cambiaba hacia el azul. Un olor a libros viejos y tinta fresca inundaban el pasillo, como la guarida de un erudito. De vez en cuando voces susurradas surgían de la nada, desgranando con brío series numéricas. Tras un tiempo las consecuencias comenzaron a materializarse, parpadeando a través del aire como hologramas degradados para luego desvanecerse en cuanto el grupo se aproximaba. Jonah no pudo reconocer ningún patrón en ellos, lo que únicamente lo empujaba a seguir intentándolo, pues la compulsión de resolver enigmas era tan parte de él como su cicatriz. Además, aliviaba la monotonía de la marcha.

Deben significar algo, pensó, repitiendo los números bajo su aliento.

Evidentemente las demás habían llegado a la misma conclusión, pues ellas susurraban las secuencias detrás de él. Sentía el tomo quejándose, celoso por su falta de atención, lo cual solo consiguió reforzar su determinación para resolver el acertijo. Incluso la Hermana Genevieve se había unido a la tarea, su voz era tan melodiosa como el siempre imaginó que sería. Armónica, casi…

“¡Alto!” Xhinoa saltó. “¡Todos, quietos!”

“¿Qué?” Jonah preguntó irritado. Comenzó a voltearse, pero se corrigió a sí mismo cuando el pastillo intentó seguirlo.

“¿Cuánto tiempo hemos estado caminando?” Xhinoa preguntó.

“¿Acaso importa?” dijo mirando al frente. “No hay otro camino.” Tampoco ningún signo de peligro. Pero más importante, ¡Estaba a punto de resolver la secuencia! De hecho…

“*¿Cuánto tiempo?"*

“Demasiado.” Indrik gruñó. “Muchas horas, creo.”

¿Horas? Jonah se preguntó. Eso no podía ser cierto ....¿verdad?

“Se trata de otra trampa,” Xhinoa dijo. “Una taimada, pero no por ello menos peligrosa

Jonah sintió una puñalada profunda en el alma por parte del libro, arrancándole los números antes de que pudieran afianzarse nuevamente, luego una más, instándole a *pensar*.

“Cuanto más ansiosamente buscamos respuestas, más avidamente nos devoran nuestras preguntas.” susurró, la realización dibujandose mientras saciaba la sanguijuela de cuero. “Tiene razón, Hermana.” Era como con las sirenas de nuevo, simplemente más insidioso. “Casi nos atrapa.”

“Pensaba que los números eran una acertijo.” Camille murmuró.

“Uno sin fin, Hermana.” dijo Xhinoa.

“Perdóneme, Hermana Superiora,” Genevieve dijo con seriedad. “El Archienemigo me indujo a romper mi voto de silencio.”

“Lo que me liberó del hechizo,” Xhinoa respondió. “Fue tu voz la que reveló el engaño, Hermana.” Ella dudo, evidentemente pensando. “Debemos proceder sin prestar atención a esas ilusiones.”

“Eso no será suficiente,” Jonah susurró, observando el camino por delante. “Va a estar demasiado lejos. Es parte de la trampa.”

“¿Como de lejos puede estar?” Camille preguntó, escéptica.

“Tan lejos como sea necesario para matarnos,” dijo. “No..tenemos que escapar.”

“¿Hacía *dónde*, sacerdote? ¡El Mar de Almas aguarda al otro lado de las ventanas!”

“¿Que sugiere, Jonah Tythe?” Xhinoa preguntó.

“Creo que tenemos que caer,” dijo, dándose la vuelta para encararla. Se le revolvió el estómago cuando el pasillo giró con él. De nuevo se paró sobre una pared escarpada, el pasillo se había convertido en un abismo enorme a su espalda. Sentía que la gravedad lo arañaba, exigiendo su rendición.

“¿Me dijo que no era recomendable,” Xhinoa dijo, suspendida precipitadamente sobre él, pero felizmente ciega a ello.

“Poco recomendable, pero necesario,” replicó escuetamente, luchando contra su vértigo.

“Parece angustiado, Sacerdote.”

“¿Le importaría unirse, Celestial Superiora?”

“Luz Sagrada” Xhinoa jadeó en cuanto se volvió y vió su perspectiva.

Las demás hicieron lo mismo, alineándose a lo largo de la garganta del abismo con admirable estoicismo.

“Tenemos que soltarlo,” Jonah les dijo. “Caer a través de ello.”

“¡Esto es una locura!” Camille protestó.

“Tal vez, pero es nuestra única salida.”

“¿Está seguro, Tythe?” Xhinoa insistió.

“Aquí no hay certeza, pero sí…lo creo.”

“¿Cree?”

“Tal vez si resolvemos los números….” comenzó Camille.

“¡No hay solución!” Jonah gritó, con su vértigo desapareciendo cuando su paciencia se acabó. “Tenemos -”

“¡Emperador escuda mi alma!” Genevieve declaró, abriendo sus brazos. Un momento después su forma se emborronó y atravesó a esos detrás de ella, desapareciendo en el abismo.

“Una vez más, nuestra hermana de las Llamas nos muestra el camino,” dijo Xhinoa. “Camille, seguirá su ejemplo.”

“Hermana Superiora, yo-”

“¡Es una orden, Hermana!”

“Si, comandante.” Camille comenzó a rezar fervientemente. A mitad del salmo su cuerpo se estremeció saliendo de la fase de la realidad y siguió a Genevieve.

A pesar de todos tus defectos, tu fé es real, Camille, Jonah admitió.

“Hermana Indrik,” Xhinoa dijo expectante.

“No puedo,” respondió la guerrera maldita.

“Debe, Hermana.”

“No *puedo*.” Había una nota de horror en la voz de Indrik. “Si lo hago, me perderé a mi misma. La mácula en mi interior me suplica…que salte.”

“Déjenos, sacerdote,” Xhinoa ordenó. “Debo hablar con mi hermana a solas.”

“Si, Celestial Superiora,” Jonah dijo quedamente. “No espere demasiado. la trampa podría cerrarse.”

“¡Ve, Tythe!”

Jonah respiró profundamente y se rindió a la gravedad. Lo arrastró al abismo como una bestia hambrienta. La zambullida era demasiado rápida como para emitir sonido, pero cada fibra de su cuerpo aullaba mientras el pasillo se hundía en abstracción - ventanas, paredes y luces emergiendo instantáneamente en una. El

tiempo mismo se apresuró a seguir, futuro, pasado colapsando hacia una singularidad perpetua del ahora.

¿Me equivoqué? Jonah preguntó en el momento antes de que las preguntas se convirtiesen en algo superfluo. *Me -*

¿Te importaría ver la realidad? una voz seca preguntó.

Si….No….Si…No….No…No…Si..una cascada infinita de Jonah Tythes afirmando o negando, cada uno renegando en secreto de la respuesta que dió.

La inminente eternidad fracturó, fragmentó y reformó a sus testigos en el parpadeo de un pensamiento. No había sobresaltos al final del viaje, ni siquiera una desorientación momentánea. Desde la no-existencia hasta el ahora, Jonah simplemente *era* una vez más.

Estaba de pie al fondo de un inmenso cueco de cristal negro. Una espiral planteada enroscada desde su centro, el intervalo entre sus bucles se ensanchaba a medida que ascendían hacia el distante borde, el cual estaba envuelto en una neblina índigo. Nueve rayos de luz estrechos atravesaron la niebla, su tono cambiando a medida que avanzaban por el paisaje, aparentemente de manera aleatoria. El cristal brillaba ante su toque, revelando fugazmente los intrincados símbolos grabados en su superficie. Un profundo zumbido y un chirrido resonaban desde arriba, sostenido por un tictac estridente.

Como una máquina titanica, Jonah imaginó.

Las Hermanas Camille y Genevieve estaban agazapadas a su lado, espalda contra espalda con sus armas alzadas, a pesar de que no había lugar en el que esconderse del enemigo a excepción del cielo. Genevieve había guardado el bolter que recuperó en favor del lanzallamas. El fuego ardió en su boquilla mientras movía el arma manteniéndose en guardia.

Con un chasquido de aire desplazado, Xhinoa apareció junto a ellos. Imitando a sus compañeras Celestiales, se colocó en posición defensiva inmediatamente, agazapados mientras evaluaba los alrededores.

“¿Dónde está Indrik”? Jonah preguntó después de unos segundos trás su llegada.

“La hermana Indrik encontrará otro camino,” dijo Xhinoa, su tono dejaba claro que no iba a discutir el asunto.

Entonces solo quedamos cuatro, Jonah pensó desoladamente. Incluso si Indrik encontrase una forma de salir, emergería en algún otro lugar, - y posiblemente en

algún otro *cuando* - totalmente diferente. Fuese cual fuese su destino, estaba perdida para ellos.

"*Conozco* este lugar," declaró Xhinoa, recorriendo el cristal con su mano enguantada. "Pero nunca imaginé que lo contemplaría desde aquí, mucho menos tocarlo."

"La cúpula," Jonah dijo mientras la comprensión amanecía en su mente. "Estamos dentro de la cúpula del schola." De hecho, justo en su cúspide, como si el edificio hubiera sido invertido, convirtiendo la cúpula en un cuenco, pero el tamaño de esa cosa era increíble.

"Ha….crecido." dijo Camille.

"O nosotros nos hemos encogido, Hermana." Xhinoa se alzó y miró al cielo velado. "De cualquier modo, el Planetario de las Sombras se encuentra directamente sobre nosotros."

"¡Cuidado!" Genevieve gritó, haciendo gestos con su lanzallamas. Uno de los rayos de luz errantes se dirigía hacia ellos, otro se encontraba cerca, justo detrás de él.

"No dejéis que os toquen," Jonah advirtió. En términos generales, las luces se movían lentamente, pero sus caminos eran erráticos y se interrumpían por estallidos repentinos de velocidad. Asumir que serían cualquier cosa menos que letales sería una locura.

El Planetario los está conjurando. Se percató. *Estamos arrastrandonos en su mapa de sombras.*

Mientras los rayos se aproximaban el grupo se retiró hacia lo alto de la curvatura del domo. Bizarramente, Jonah no sintió la inclinación en absoluto. Mientras ascendía, el suelo se suavizaba bajo sus pies, como si la cúpula estuviera *rotando* para mantenerse a su nivel. Evidentemente a los demás les ocurría lo mismo, pues Camille, que se encontraba a unos cuantos pasos por delante, parecía estar caminando en un ángulo imposible. Tales contorsiones espaciales no deberían sorprenderle ya, aun así la familiaridad no reducía su ofensa visceral. Las leyes de la materia no deberían ser subjetivas.

"El mundo material es tan firme como nuestra convicción en él." Jonah ofreció al libro. "Cuanto menos confiamos en él, su coherencia disminuye y más se aproxima a su disolución." Sintió el tomo editando sus observaciones en el cuerpo de su texto, modificando lo que había escrito anteriormente con cada nuevo descubrimiento.

Y aun así no tengo idea de por qué.

Se giró en cuanto escuchó un crepitar eléctrico justo detrás de él y vió que los dos rayos de luz se habían desviado de converger en el centro de la cúpula. En cuanto se tocaron, su radiancia se combinó en un tono que hizo que su mente sangrase. La fusión terminó rápidamente, pero su contacto efímero dejó un objeto girando en el aire. Del tamaño de una rueda grande, era una abstracción esférica de geometrías torturadas tejidas completamente de luz rosa. Trazos irregulares de energía se arqueaban a su alrededor, acompañadas por un murmullo de risas delirantes. Era a la vez energizante y aborrecible de mirar, como una inspiración vuelta sobre sí misma. Una teoría convertida en algo cruel…

“¡Demonio!” Camille gritó, su voz repleta de repulsión.

“¡Espera!” Jonah bramó en cuanto abrió fuego. El globo chilló mientras sus balas lo destrozaban. Mientras los fragmentos espectrales se alejaban cambiaron el tono a azul y luego volvieron a juntarse y se dividieron en un par de pirámides, cada una del tamaño de su orbe progenitor. Se alejaron en direcciones opuestas mientras Camille las apuntaba, zigzagueando para evadir sus disparos y llorando electrónicamente como si estuvieran de luto.

Hubo una explosión de luz a la derecha de Jonah cuando otro par de rayos chocaron y formaron una segunda esfera rosa. La incineró con la pistola de plasma de Haruki antes de que pudiera alejarse volando, pero los fragmentos gaseosos persistieron y se volvieron azules. Xhinoa los destrozó mientras se fusionaban en dos pirámides y siguió disparando mientras los fragmentos azules generaban un cuartetos de pequeños cubos amarillos. Ninguno escapó de las rafagas de fuego rápido de su bolter tormenta, pero otra esfera ya se había formado a su izquierda, y otra adicional más adelante. Por toda la cúpula los rayos de luz aceleraban, como si intentasen aumentar las probabilidades de que ocurriesen las convergencias. El lugar pronto estaría plagado de abominaciones geométricas.

El Planetario se está percatando de nuestra presencia, Jonah se percató. Se giró para cortar una pirámide mientras se lanzaba hacia él, con la punta por delante, luego inmoló los cubos recién nacidos con el plasma abrasador. Explotaron con un hedor a azufre, afortunadamente sin eclosionar nada más.

“¡Tenemos que irnos, ya!” gritó. “¡No podemos ganar esta batalla!”

“¡Al borde!” Xhinoa ordenó, retrocediendo en la pendiente con su arma disparando. “Cubre nuestro flanco izquierdo, sacerdote!” ordenó mientras se giraba para cubrir el derecho. “¡Genevieve, cubre nuestra retirada!”

Con un silbido de calor, Genevieve encendió su lanzallamas. Siguiendo unos pocos pasos detrás de Jonah, purgaba el aire con arcos de fuegos. Las entidades que les

persiguen explotaban con su tacto, con su ectoplasma calcinado antes de que nuevos horrores pudiesen emerger.

Delante, Camille se arrodilló, cubriendo su retirada con tiros precisos que incluso los pequeños y rápidos cubos no podían evitar. Cuando sus compañeros se acercaban, ella se levantaba, corría hacia delante para tomar una nueva posición de tiro. En el calor del combate era una persona totalmente diferente, su puntería era impresionante.

Esto es por lo que fue elegida, Jonah juzgó mientras camille disparaba a tres cubos en rápida sucesión, luego detuvo una pirámide giratoria con la culata de su arma.

Docenas de entidades estaba agrupandose a su alrededor, esferas rosadas que cacareaban flotando sobre ellas mientras llorosas piramides azules y silenciosos cubos amarillos revoloteaban, buscando una grieta en su formación, pero la disciplina del grupo los mantuvo a raya. Afortunadamente parecía que habían pasado más allá del radio de los rayos del Planetario, contra los cuales no tenían más defensa que huir.

“La paciencia es nuestro escudo, Hermanas,” Xhinoa las exhortó, “¡La impaciencia nuestra ruina!

Mientras subían por el costado de la cúpula bajaron lentamente su cielo, inclinando la neblina índigo hacia una pared. A través del velo Jonah vislumbró los inmensos anillos del Planetario de las Sombras girando, su sinfonía mecánica ahora era mucho más fuerte. La tentación de romper la formación y correr hacia el aro era fuerte, pero sabía que era una locura.

“Puedes esperar un poco más, Vedas,” murmuró, destruyendo una esfera mientras sobrevolaba por encima de ellos. Su arma había comenzado a chirriar, pero fue solo cuando notó el humo saliendo de su mano que se dió cuenta del peligro que su carne entumecida no podía transmitir. La carcasa de la pistola estaba agrietada y vibraba a medida que su volátil mecanismo se sobrecalentaba.

“¡Cuidado, Sacerdote!” Camille gritó cuando una pirámide se lanzó contra su rostro.

Jonah la incineró y luego lanzó su pistola mientras se sobrecargaba en una explosión de plasma incandescente. Deslumbrado, barrió con su espada hacia arriba mientras los cubos recién nacidos de la pirámide asesinada se lanzaban hacia él. Su hoja atrapó al primero, pero el segundo pasó zumbando para golpear la parte trasera del yelmo de Xhinoa, explotando en un destello ocre que la arrojó hacia adelante. Al instante una rafaga de cubos se abalanzó sobre ella para golpear su espalda, detonando impotentemente contra la ceramita de su armadura, pero desbalanceandola cada vez más. Jonah trataba de alcanzarla cuando la gravedad

reafirmó su agarre sobre ella y cayó, cayendo en picado hacia la cumbre de la cúpula. A sus ojos parecía como si ella estuviese cayendo sobre un plano nivelado.

“¡Celestial Superiora!” Camille gritó, alzando y disparando su arma frenéticamente, toda moderación abandonada. Genevieve dió un paso hacia su comandante.

“¡No, Hermana!” Jonah saltó seguro de la futilidad del intento. “¡Corre!”

Xhinoa rodó sobre su espalda, disparando con una mano a los horrores que la rodeaban. “¡Id!” gritó a su camaradas” “¡Limpiad el-

Los rayos del Planetario la alcanzaron antes que sus guardianes, un rayo violeta y otro cristalino atravesándola simultáneamente. No hubo sangre, fuego o corrupción. De un momento al siguiente Xhnoa Akihabara simplemente había desaparecido.

¡Mi maldita culpa! Jonah maldijo mientras se volvía y corría hacia el borde de la cúpula con Genevieve detrás de él. Camille disparó sobre sus cabezas, bramando imperaciones a sus perseguidores.

“¡Encima de ti!” Jonah gritó. Durante la distracción una esfera se había deslizado sigilosamente sobre su posición. Camille miró hacia arriba mientras se abalanzaba para engullir su cabeza, luego gritó en silencio mientras la máquina rosa comenzaba a trabajar sobre ella. Sus ojos se hincharon, se dividieron y nadaron, multiplicándose sin cesar a medida que giraba alrededor de la espiral licuadora de sus fauces, como si su rostro estuviese devorandose a sí mismo. Cayó de rodillas, su armadura temblando con las contorsiones de la carne rebelde de su interior.

“La carne es tan débil como su portador,” Jonah jadeó mientras corría. “Y su portador es tan débil como sus sueños.” Su tomo aceptó la noción con entusiasmo.

Cuando llegó a su lado, Camille trató de alcanzarlo con una mano que seguía estallando a través de su guante, mientras los dedos se ramificaban exponencialmente. Jonah no tenía idea si era ella suplicando o tratando de atacar, pero de cualquier manera solo había una respuesta que él pudiese ofrecer.

“Lo siento,” dijo mientras decapitaba a aquella cosa, junto con la risueña esfera rosa que la rodeaba. Genevieve bañó el agitado cuerpo en un chorro de fuego mientras lo seguía.

“Mina,” Jonah jadeó mientras corría. “Vedas.” Los nombres oscilaron de uno a otro en su mente con cada paso. Juntos parecían abarcar todo en lo que se había convertido y aún podía ser. ¿Cuánto tiempo había estado buscandolos - por ellos, y a través de ellos para sí mismo?

Mucho más de lo que piensas, Jonah Tythe, una voz disecada y familiar respondió mientras se aproximaba a la pared de niebla. “Ven y descúbrelo por tí mismo”

Con un enjambre de fragmentos retorcidos riendo y lamentándose a su espada, Jonah saltó a su abismo final.

Capítulo Trece

Verdad

“La verdad es la primera y más duradera luz. Di únicamente lo que ves y buscas ser, pues todo lo demás es oscuridad.

-El Profeta Quebrado.
El Evangelio Illuminant

I

Fue el trueno lo que despertó a la mujer rota y la lluvía lo que impidió que volviese a caer en el olvido. El bombardeo húmedo que atravesaba el destrozado techo era demasiado insistente para ignorarlo, pero no lo suficientemente molesto para actuar, por lo que simplemente yacía entre los escombros, mirando los rayos enhebrados del vórtice. A pesar del diluvio, el edificio ardía lentamente a su alrededor, pero ni siquiera eso fue suficiente para hacer que actuase. Ella estaba segura de que su cuerpo estaba destrozado más allá de toda posibilidad de reparación, aunque no podía recordar por qué ni sentía dolor alguno.

“Estoy acabada,” le dijo a la tormenta.

“Tu penitencia ha acabado, Hermana Hyades,” respondió con voz de mujer, “Pero tu vida no.” El tono férreo, pero no cruel era dolorosamente familiar. “Tu cuerpo sanará y tu alma le seguirá a su debido tiempo.”

“¿Fracasamos?” Asenath preguntó, recordando la batalla a las afueras del bastión eldar y el agarre del autómata sin rostro sobre su cintura.

“No, venciste,” la tormenta le aseguró. “Los xenos fueron destruidos, pero tu orden sacrificó mucho por la victoria. Aquellos que sobrevivieron se fueron hace mucho tiempo.”

“¿Me dejaron atrás?”

“A nuestro cuidado.” La oradora se inclinó sobre ella. No era la tormenta después de todo, sino una mujer con una túnica blanca, sus eternos rasgos delicados enmarcados por una simple toca. “Tus heridas estaban más allá del alcance de sus capacidades para tratarlas. La Espina Eterna no es una orden conocida por sus curanderas, a diferencia de la mía.”

“Canonesa Sanghata,” Asenath dijo, reconociendo a la mujer, y con ella, esta conversación. Ambas pertenecían a otro tiempo y lugar, anunciando el comienzo de su cuarta y mejor vida como hospitalaria de la Vela Eterna. Después de su larga y sangrienta penitencia habían sido años tranquilos, pero se habían terminado.

“No eres real,” Asenath dijo con tristeza, recordando finalmente donde se encontraba. Y que había hecho a su mentora.

“¿Quién puede decirlo?” Sanghata respondió. “Yo me *siento* real.” Señaló a las llamas que avanzaban. “Pero volviendo a lo importante, esta conflagración es, ciertamente, suficientemente real como para quemarte viva si permaneces aquí.”

“Tal vez sea lo mejor.”

“No lo es,” la canonesa dijo firmemente. “Aún no has cumplido con tus deberes, Hermana.”

“Temo que sea demasiado tarde para eso.” Asenath apartó la mirada. “Lo siento, canonesa - por todos mis pecados, pero sobre todo, por tí.”

“¿Entonces lo recuerdas, Hermana?”

“La zorra me lo mostró mientras estaba suelta.” Asenath dijo, recordando el júbilo de Mercy cuando le reveló el recuerdo. La traición había sido su afilada despedida a la Vela Eterna - una neurotoxina letal colocaba en el vino de Sanghata durante su última cena antes de la partida de Asenath. De actuación lenta e indetectable, el veneno mataba bajo el disfraz de una enfermedad degenerativa. Su hermana había perfeccionado la receta con el transcurso de los años, colocándolo en aquellos que pasaban bajo su cargo cuando el capricho acaecía.

“Tal vez encontré una cura,” dijo Sanghata. “ A no ser que sea un fantasma de verdad.”

“¿Lo eres?”

“No lo sé. De todos modos, te absuelvo, Asenath Hyades.” Sanghata formó un águila con las manos. “No somos responsables por los pecados de nuestras sombras. ¡Ahora levántate!”

La vergüenza obligó a Asenath a intentarlo. Para su sorpresa su cuerpo obedeció sin quejarse. De hecho, aparte de algunos rasguños y moratones estaba completamente intacta, la deuda de los excesos de su gemela se había borrado. Si tan solo pudiese decirse lo mismo del precio que había pagado su alma.

¿Dónde estás, Mercy? Preguntó, elucubrando sobre el silencio de su hermana.

“La diablesa está lamiéndose las heridas,” Sanghata respondió. “Pero volverá pronto. Esta tormenta impía la fortalece. No te rindas de nuevo, Hermana. Si lo haces, será la última vez.”

“¿Es un demonio?”

“Solo si la dejas sueltas.” Sanghata ofreció una sonrisa de hierro. “Pero no lo harás, amiga mía.”

“No,” Asenath prometió. Evaluó los alrededores y vió que estaba en un hall en ruinas, de pie en mitad de los escombros de vitrinas. No había señales de la bestia que había estallado a través del techo, lo cual no era sorprendente ya que la mayoría de las criaturas de la disformidad desaparecen después de morir, pero había muchos cadáveres mortales entre los escombros.

Entonando una oración de luto, Asenath tomó las ropas de un cadáver cercano para cubrirse, pues las acciones de Mercy la habían dejado desnuda.

“¿Cómo puedo terminar esta blasfemia?” preguntó, volviendose hacia su mentora, pero la Canonesa Sanghata había desaparecido, si es que de verdad había estado ahí para empezar.

No puede ... .terminar, su hermana murmuró desde algún lugar profundo. *Demasiado tarde ... .demasiado profundo…*

Tal vez era verdad, pero eso no la detendría. La voz de Mercy le había recordado a Asenath su sueño y la salvación al final. Sabía dónde tenía que ir.

Era la luz que atrajo a los muertos inquietos, llamándolos a la montaña en el corazón del Anillo como polillas profanas hacia una llama.

Al igual que sus compañeros apestados, el ghoul en abrigo negro vió el faro como un fuego blanco brillando por encima de todo lo demás. Mientras caminaba junto a los demás, arrastrando su pierna metálica, anhelaba alcanzar y tocar la luz, pero se le escapaba cada vez que lo intentaba. Su pureza lo llenaba con un anhelo tan insaciable que pronto se convirtió en odio, pues se burlaba de él con la esperanza donde ninguna existía. El dolor era peor que todos los tormentos de su pútrido cuerpo. La única forma de terminar con él era apagar la luz.

Y así, los muertos marcharon, siguiendo las órdenes de sus imponentes amos. A veces el mundo se partía frente al gigante pálido, abriendo caminos secretos para que la procesión se colase, acelerando su travesía inconmensurablemente. Ellos caminaron por un paso estrecho a través de una grieta invisible para continuar su peregrinaje. Instintivamente el ghoul sentía que caminaban entre grietas en la piel del mundo, siguiendo un camino marcado por el sufrimiento, pues allí es donde las grietas se agrupaban.

La tormenta crecía más fiera mientras ascendían la montaña hacia la ciudad que cobijaba. Un tornado giraba entre los edificios quemados, sofocando sus llamas mientras los destrozaba, únicamente para encender nuevas conflagraciones con espasmos de relámpagos coloridos. A veces los rayos engendraron retorcidas formas que correteaban o se arrastraban por los tejados. En una ocasión, una torre que había sido golpeada tres veces, se estremeció y cobró vida recientemente. Chillando en shock, sacó pseudopodos de azulejos plateados y comenzó a deslizarse.

Al ghoul vestido de negro no le importaban en absoluto tales vistas. No importaba que maravillas retorcidas surgieran frente a él, sus ojos volvían rápidamente a la luz burlona.

Mientras la procesión llegaba a las afueras de la ciudad, se le unieron más apestados, todos ungidos por el poder de los heraldos de su amo, o sus primeros engendros. Vagamente, el ghoul comprendió que había otros cuatro como su amo, todos esparciendo la misma mácula sagrada por toda la tierra, aunque ninguno era tan exaltado. Ese conocimiento estaba tejido en su sangre por la mácula y acrecentado por la consciencia de sí mismo que su amo le había dejado. Una chispa de conciencia brilló en todos los muertos - ¿Pues de qué otra manera podrían saborear y odiar la luz con semejante vigor?” - pero el ghoul de abrigo negro era diferente, sus pensamientos eran más afilados y tenían un mayor alcance que los de sus hermanos. Incluso recordó su nombre…

Lemarché.

El ghoul trató de decirlo en voz alta, pero el truco eludía su lengua hinchada, lo que resultaba en un gorgoteo gutural. Como la luz, el nombre era un mentiroso - una cruel reliquia de algo mejor, algo olvidado. y sin embargo, no podía dejarlo ir. Había algo precioso sobre ese dolor en particular. Mientras pensaba en ello, otro nombre surgió del lodo de sus recuerdos. No… un nombre no. ¿Un propósito? ¿Una vocación?

Comisario.

La vergüenza que le trajo el nombre era más difícil de soportar que su nombre, pero igualmente indispensable.

He fallado…mi deber… la criatura pensó.

¿Pero que era un *deber?*

El ghoul aulló con los demás cuando uno de los heraldos cayó. *El Ángl Sangrante, derribado por gigantes de reluciente armadura…* Aunque ella pereció en una aguja distante, su caída repercutió entre la horda, llevada por la virulencia que los unía. Pero a raíz del dolor del ghoul vino otro pensamiento, furtivo e insistente - *podían morir.*

"El Perihelion ha caído. Buscad refugio en las agujas, pero ten cuidado con Veritas y Clementia. Ofrecemos santuario en Vigilans. ¡El Trono os protege! El Perihelion ha caído. Buscad refugio-

Avram Santino cortó al comunicador del vehículo mientras el mensaje se repetía de nuevo. había estado reproduciendo en todos los canales durante horas, otorgando su advertencia con una voz profunda y refinada.

"¿Qué piensas?" preguntó a la mujer que se sentaba a su lado en el camión médico parado.

"No se que decir, Soldado." dijo la Madre Solanis, observando a través de la ventana cortavientos el fuego distante sobre ellos. "Pero mi ciudad arde."

Después de su huida del Sacrasta se habían detenido al pie de la montaña, sin saber cómo proceder, especialmente por que ya no estaban solos. Santino había encontrado a tres iniciadas hospitalarias escondidas en el vehículo, todas eran poco más que niñas. La Hermana Claudia, la mayor, afirmó que habían huido allí cuando comenzó el horror.

Más tarde, cuando el camión cruzaba hacia el Perihelion, se encontraron con - de hecho, casi pasaron por encima de - la anciana y medio ciega Hospitalaria Madeleine, que cuidaba los santuarios del puente, lo que aumentó su número a seis.

Santino se sentía responsable de cada uno de sus pasajeros. *Alguien* tenía que sobrevivir esta maldita noche.

“No podemos arriesgarnos con la ciudad.” dijo. “¿Como de lejos está Vigilans, Madre Superior?”

“Con este temporal…cuatro, tal vez cinco horas.” Solanis respondió. “Pero la Aguja Vigilante es un lugar extraño, soldado.”

“¿Por qué?”

“No se encuentra bajo el cuidado de la Última Vela.” Solanis sacudió la cabeza. “La Canonesa Iluminant negoció su…traspaso…poco antes de que se perdiese. No soy conocedora de sus razones, pero los visitantes están prohibidos.”

Santino frunció el ceño. “¿Quién manda allí?”

Fue la joven Claudia quien respondió, con voz embelesada. “Los Resplandecientes.”

Asenath corrió a través de la ciudad devastada por la tormenta, corriendo entre las puertas y los vehículos desechados, pero su mejor cobertura era la marea humana que surgía por las calles junto a ella. La mayoría de los ciudadanos de Sophia Argentum se dirigen al mismo destino que ella, buscando el santuario de la catedral en lo alto del Perihelion. Algunos lloraban oraciones o maldecían mientras huían, pero la mayoría guardaba silencio, con el rostro desencajado en shock, con ojos fijos en la bendita luz del faro.

Un vendaval aulló entre la multitud, llenando el aire de polvo punzante y escombros. De vez en cuando se convertían en salvajes rafagas que arrojaban a la gente al suelo o los arrastraban por el aire, con las piernas pataleando mientras giraban hacia el cielo.

Una lluvía dura y negra golpeaba a través de la tormenta, acumulándose hasta los tobillos en las calles e inundando los callejones, donde el agua comenzó a deslizarse con vida propia. En algunos lugares se alzaron pilares torrenciales que arremetieron y se tragaron a aquellos que se aproximaban demasiado.

Por no contar con los incendios multicolores que se extendían a través de la ciudad. En su mayor parte no consumian a sus edificios huésped, sino que se aferraba a

ellos como una hierba centelleante. El viento y la lluvia aventaron, pero nunca lo apagaron del todo, como si los elementos estuvieran colaborando para orquestar la perdición de la ciudad.

Vagando más allá de la cima de la montaña, el leviatán giratorio de Calíope reinaba supremo, su cola arrasando todo hacia su ruina. Ojos y bocas nebulosas se arrastraban junto al tornado, disolviéndose tan rápidamente como se formaban, mientras sombras elegantes se movían a su alrededor, sus formas demasiado familiares para Asenath. Gritando sobre el vendaval, las bestias de la tormenta descendían regularmente para capturar a los ciudadanos y transportarlos a la vorágine. Una estaba montada por una pesadilla con cabeza en forma de media luna cuyos inmensos y tubulares dedos rociaban fuego prismático a través de la multitud, su toque esculpiendo obscenidades con su carne.

Algunos horrores vienen a alimentarse con nuestra caída, otros simplemente a divertirse. Asenath pensó con amargura. *No somos nada salvo carne o arcilla para ellos.*

Se detuvo con un derrape mientras los gritos resonaban entre la multitud. La gente se lanzaba sobre los ciudadanos desde los tejados que no dejaban de arder a ambos lados de la calle.

Gente muerta, Asenath se percató cuando uno de los cadáveres cayó junto a ella Chisporroteó alrededor del cadáver mientras se lanzaba hacia sus rodillas y agarró su túnica con una garra carbonizada. Ella lo pateó en el rostro y las larvas asadas se derramaron de las cuentas de sus ojos, pero su agarre se mantuvo firme. Un hombre corpulento le aplastó el cráneo con un martillo de artesano y la liberó.

“¡Por aquí!” gritó, dirigiéndose hacia un callejón lateral.

“¡No!” ella le advirtió mientras el agua estancada lo absorbía.

No puedo ayudarles, se dió cuenta Asenath, horrorizada por su frialdad.

Al girarse vió más muertos adentrándose a la multitud desde atrás, cortándoles la retirada. Una abominación con aspecto de babosa hinchada se cernía sobre los condenados, su cabeza informe coronada con un nido de tentáculos en forma de pipa que arrojaban baba cada vez que se movían. Sus fauces llenas de colmillos sonreian tontamente bajo una mezcla de ojos idiotas mientras la bestia chapotear hacia delante, aplastando a los cadáveres andantes en su ansia por alcanzar a los vivos. La gente chilló cuando quedaron empapados en su vómito, luego fueron silenciados rápidamente mientras sus carnes y almas supuraban.

¡Libérame, hermana! Mercy chilló, despertando.

“¡No!” Alzando sus brazos, Asenath empujó a través de la multitud hacia el edificio más cercano y se arrojó por una ventana. Aterrizó sobre un trozo de vidrio, giró y se puso de pie para correr a través de la habitación, saltando sobre el mobiliario cubierto por las llamas y aún así perfectamente intacto. Las llamas rieron tímidamente cuando pasó junto a ellas, sin dar calor alguno.

En la habitación contigua encontró una familia sentada alrededor de una mesa, sus cuerpos envueltos en una luz azul cristalina. Sus expresiones mostraban el mínimo indicio de angustia, como si hubieran quedado congelados en el primer momento de la catástrofe.

Es demasiado como para soportarlo ¿Verdad? -Mercy la engatusó. *Pero yo soportaré la miseria si lo deseas.*

Hubo un estrépito de mampostería cuando algo penetró en la habitación que Asenath acababa de dejar libre, seguido de un maullido lastimero.

¡La bestia ha captado nuestro olor, hermana!

Ignorando a su gemela, Asenath se apresuró a través del edificio y abrió una ventana al otro lado. La calle afuera estaba vacía, pero observó el terreno anegado con sospecha. ¿Era lo suficientemente profundo como para ser peligroso? Otro choque detrás de ella decidió el asunto.

El agua se enroscó hambrienta sobre sus tobillos mientras chapoteaba en ella, pero le faltaba sustancia para arrastrarla hacia abajo. Liberándose, huyó calle arriba mientras su perseguidor gemía detrás de ella.

“Mira hacia la luz,” Asenath jadeó, convirtiéndolo en un mantra mientras corría.

Sus ojos instintivamente buscaron y encontraron la catedral en el summit de la montaña. Su minarete se elevaba sobre todos los tejados, su luz, un faro en la vorágine. Mientras brillase, habría esperanza.

La odiosa luz se encontraba mucho más cerca ahora. El dolor que trajo se hizo más fuerte con cada paso que daban los muertos, pero eso solo los incitó. Ya no había caminos secretos que seguir, por que no existía ningúno cerca de la cumbre. Aunque el tramo final de su marcha fuese lento también era fructífero, pues la ciudad estaba madura y repleta de conversos.

Cuando la procesión llegó al recinto interior, su Amo caminaba a la cabeza de una gran multitud, las almas perdidas del Sacrasta reforzadas por miles de apestados

menores. Su número crecía con cada calle que atravesaban, y no solo con los muertos, pues la tormenta había abierto el camino a seres más elementales.

Tumescentes demonios limosos se deslizaban entre los cadáveres andantes, sus tentáculos retorciéndose mientras rociaban bilis en su excitación. Nubes de moscas zumbaban a su alrededor sin prestar atención al peligro, pues las bestias sacudían sus obesas lenguas regularmente para atraparlas a cientos en los órganos pegajosos, luego las retraian de nuevo hacia sus fauces. Su banquete no reducía las alimañas, pues más eclosionaban constantemente de la piel de los demonios.

En lo alto, inmensas monstruosidades cubiertas de quitina flotaban sobre alas correosas, sus cabezas bulbosas girando mientras sus lenguas prensiles lamían el cuero cabelludo de los apestados abajo. Ocasionalmente sucumbían a sus apetitos y despojaban una cabeza de su carne, dejando a la víctima tambaleándose con un cráneo resbaladizo entre sus hombros.

Algunos demonios surgieron de los propios muertos, creciendo en su carne en descomposición a medida que marchaban. Un elegido temblaba mientras su piel se tornaba en un color verde vivido, luego erupcionaba repentinamente, incapaz de contener los órganos madurando bajo ella. Entonces su vientre se hinchaba y derrama sus entrañas, que colgaban de las piernas de la criatura como borlas morbosas. Luego el proto-demonio aullaba mientras sus ojos explotaban para abrir paso a un solo orbe legañoso- para luego aullar de nuevo cuando un cuerno erupciona desde su calavera, usualmente tan largo y retorcido que su portador se doblaba bajo su peso.

Poco después de que se completará la transformación cada uno de los demonios cornudos comenzaría a contar con voz grave, vacilante al principio, luego con convicción creciente. El ghoul del abrigo negro creía que llevaban la cuenta de algo importante, aunque no sabía de que.

Uno a uno sus antiguos camaradas se sometieron a la bendición, porque eran los más dignos de los apestados. Su elevación llenó de orgullo al ghoul, pero cuando llegó su turno, se resistió, negando la bendición.

“Lemaaaah,” gimió una y otra vez. “Com….riooooo.” Aunque las palabras estaban mutiladas poseían poder, protegiendo a su portavoz de la transformación. Y cuanto más aguantaba como él mismo, más seguro estaba de su secreto imperativo.

Su *deber* no estaba completo aún.

Candelabrum estaba bajo asedio por los perdidos y los condenados que una vez adoraron bajo su minarete plateado. Miles de ciudadanos devastados por la peste presionaban contra las paredes de mármol que cerraban los terrenos de la catedral, con más constantemente arrastrando los pies desde la ciudad de abajo. En algunos lugares montones de cuerpos retorcidos se habían formado contra la barrera, mientras los muertos salvajes trepaban unos sobre otros en su afán por alcanzar la luz que residía más allá.

Hermanas de Batalla y Guardiavelas vigilaban las murallas, las mujeres en armadura reduciendo a la horda con sus disparos de bólter mientras que su hermanos menores los contenían con ballestas, escrupulosamente apuntando a las cabezas de los ghouls. Hermanas Dominion de Cresta Roja vagaban por las paredes, portando el calor purificador de sus lanzallamas o rifles de fusión a donde eran más necesarios. Una torreta autocañon tosía furiosamente sobre la puerta de entrada, su fuego rápido barría a los atacantes. Pero a pesar de su número los ghouls eran el menor de los horrores asaltando la catedral.

Agazapada en un tejado, justo debajo del summit, Asenath vió insectos gigantes volando sobre las murallas, acosando a los defensores con rápidos golpes de sus probóscides. Golpeaban con una precisión aterradora, aferrándose a las cabezas con lengüetazos. A veces arrancaban a sus víctimas de las murallas, pero más a menudo los liberaban entre sus compañeros, decapitados y escupiendo nubes de moscas desde sus cuellos desgarrados.

Una de las alimañas voladoras estaba montada por una figura femenina en túnica escarlata. La hereje parecía estar dirigiendo el ataque, sus seis brazos gesticulaban sinuosamente mientras revoloteaba de un lado a otro a lo largo del muro. Había algo en ella que le resultaba familiar, pero nunca permanecía en un lugar el tiempo suficiente para que Asenath la viese claramente.

Incluso peores que los insectos eran las abominaciones parecidas a babosas que cargaban contra la barrera. Sus pieles pegajosas se adhieren al mármol, permitiéndoles trepar por las paredes con ghouls aferrados a sus espaldas. Solo las armas más pesadas de las Dominion eran suficientemente potentes como para purgarlos, pero las hermanas de Cresta Roja eran demasiado pocas para detener el flujo por completo.

Asenath maldijo cuando una de las bestias cayó sobre la muralla, aplastando a una Dominion bajo su masa cuando llegaba a repelerlo. Los Guardiavelas a ambos lados gritaron cuando los tentáculos los rociaron con inmundicia corrosiva. Aparentemente encantada por su atención, la criatura rodó de un lado a otro sobre ellos hasta que otra Dominion la incineró con una llama al rojo vivo.

Esa fortaleza de juguete no resistirá mucho. Mercy observó juguetona.

Asenath sabía que tenía razón. La Vela de hierro carecía de los números o los recursos para soportar esta acometida. No había escuadrones de élite de Serafines o Retributor entre sus filas, mucho menos ningún refuerzo significativo blindado.

“Nunca creímos que la guerra nos encontraría,” susurró.

“¿No lo has oído? ¡Está por doquier! Mercy se burló. *¿Ahora que, hermana?*

“Necesito pasar.” Asenath dijo, mirando el minarete de la catedral.

Incluso yo lo pasaría mal para hacer ese truco, ¡Pero lo intentaré si me lo pides por favor!

“¿Por qué la mataste?” Asenath preguntó repentinamente, pensando en Sanghata.

¿Por qué no iba a hacerlo? Mercy dijo, viendo el recuerdo. Sonaba genuinamente sorprendida. ¡*Esa zoqueta nos cortó las alas y apagó nuestro fuego!*

Pero Asenath no estaba escuchando. Una procesión de malditos había entrado la calle de abajo, marchando hacia la catedral. A su cabeza había un gigante con los ojos vendados, su forma desnuda atestada de músculos. Era sin lugar a dudas el Celador Ciego de Vigilans, pero debajo de esa figura mítica ella reconoció a otro, una más mordaz.

“Feizt” jadeó.

Le fallaste, hermana. Mercy se burló, viéndolo también.

“Si,” Asenath confesó, recordando la súplica del sargento por la muerte. “Temo que lo hice.”

Pero Feizt no era el único al que había fallado. Tras él marchaba una corte de monstruosidades desgarbadas con un ojo, su carne colgaba suelta sobre sus huesos Entre ellos había una figura con un sucio abrigo negro y una gorre de visera alta. Aunque caminaba cojeando y arrastrando los pies, de alguna manera mantenía su espalda recta, manteniendo un semblante de dignidad.

Comisario Lemarché.

Asenath se sorprendió por la tristeza que le trajo percatarse, luego se horrorizó cuando reconoció las ropas de hospital que llevaban los demás condenados.

Bueno, fue una pérdida de tiempo arreglarlos y complacerlos, opinó Mercy.

“No,” Asenath dijo solemne. “Te equivocas. Todo tiene un propósito.”

II

Jonah cayó en un pandemónium de luz rugiente y ruido cegador, sus sentidos se entrelazaban en disparates mientras se elevaban libres de toda restricción. Olió la rafaga de aire mientras se deslizaban entre los aros titánicos que giraban a su alrededor como hojas curvas, y probó las anomalías que su movimiento generaba de la nada. Vió contradicciones agridulces que gritaban para ser - luego escuchó girar en un olvido espeluznante. La cacofonía vibraba a través de su sangre, instando a quemar y desdibujar su carne de nuevo en busca de nuevas posibilidades. Fantasmas mal concebidos parpadeaban a su alrededor, riendo y gimiendo mientras oscilaban dentro y fuera del ser, soñando que los dejaban de soñar para hacer espacio a más y más y más…

El caleidoscopio de absurdidades terminó abruptamente, cesando en el preciso momento en que la cordura de Jonah llegó al punto de ruptura. El clamor mecánico amainó, y con él, el aluvión de impresiones. Mientras su tambaleante mente se calmaba, trató de encontrar un sentido a su entorno, aunque la razón arremetió contra el intento.

Estaba parado en el borde de un inmenso disco de vetas plateadas cristalinas que colaban en el vacío, girando lentamente. Mucho más allá del perímetro de la plataforma los vastos anillos metálicos giraban hacia arriba y hacia abajo, sus bandas concéntricas tejiendo un entramado a través del horizonte. El solo podía distinguir claramente los tres primeros, pero sabía que habría nueve, pues había visto un simulacro de esta máquina en el pasado.

“Incluso disminuido, el infinito sigue siendo absoluto,” había dicho su némesis en el Santuario Quebrado cuando Jonah fue hipnotizado por la vista de esta máquina. Eso era cierto, pero no le había preparado para la realidad *disminuida.* Ver *eso* era reconocer la insignificancia - la pura inutilidad - de todo esfuerzo humano. Quizás el Planetario de la Última Vela había servido como la infernal semilla de este artilugio, pero dudaba que alguno de sus discípulos pudieran reconocerlo ahora.

Caí a través de ellos, se dió cuenta Jonah, observando a los anillos que giraban. La probabilidad de deslizarse entre todos sin ser golpeado y pulverizado era seguramente infinitesimal, y aun así no estaba sorprendido de haberlo hecho. Estaba destinado a estar aquí.

“‘¡Hermana Genevieve!” gritó, escaneando el plano del cristal sin encontrar a nadie. Evidentemente la máquina la había rechazado. “Lo siento, Hermana. Debí venir solo.”
La única característica distintiva de la plataforma era un huso estrecho que se elevaba desde su centro, tejido con el mismo cristal que el suelo. Nueve grandes prismas giraban a su alrededor, deslizándose a través del aire mientras proyectaban rayos de colores hacia el cielo enjaulado.

“¿Dónde estás, Vedas?” Jonah lanzó el desafío mientras caminaba hacia el ojo. “¿Por qué alargar esto más?” Tomó el tomo de debajo de su uniforme y lo sostuvo en alto, como un texto sagrado. “¡Tengo tu libro!”

El plano brilló mientras sus hilos se iluminaban con luz indiglo. Con ese resplandor revelador, Jonah vió que ya no estaba solo. Cientos de personas se arrodillaban en el plano delante de él, reunidas en nueve círculos concéntricos alrededor del huso, cada grupo más pequeño que el último. Sus rostros estaban inclinados hacia arriba, sus brazos tendidos para estrechar manos con sus vecinos.

“El libro es tuyo,” la multitud entonaba, su coro vibraba a través del cristal en lugar del aire. ***“Siempre lo fue.”*** Las voces eran masculinas y femeninas, jóvenes y ancianas, pero su tono gélido era invariable. No había forma de confundir la mente detrás de ellos. ***“A través de tus ojos, por tu mano y con todo tu corazón,”*** continuaron, ***“tu mundo en tus palabras, Caminante del Espejo.”***

Jonah se detuvo, entrecerrando los ojos ante las figuras. Estaban demasiado lejos para ver claramente, pero su quietud era inhumana. “¡Me engañaste!” gritó.

“Te respondí,” la congregación replicó***. “Te dí lo que necesitabas.”***

“¡Solo quería que me *pagases,* bastardo retorcido!” Jonah irrumpió hacia adelante, se irá aumentando tan rápidamente que lo sobresaltó. “¡Yo solo quería *escapar* de mi mundo apuñalado por la noche!”

“Irrelevante. Son las necesidades, no los deseos lo que alimenta el alma.”

“¡No me hables de mi propia puta mente!”

“Solo digo lo que veo,” el coro insistió, ***“Tal como tu has hecho con sangre, pluma y espíritu, amigo mio.”***

“¡No soy tu amigo!”

"Y aun así yo soy el tuyo, pues compartimos la misma ordalía, Jonah Tythe. El sufrimiento forja el más poderoso de los lazos, especialmente cuando se abraza voluntariamente."

"¡Yo no pedí nada de esto!"

"Preguntaste por qué."

"¿Qué?" Jonah frunció el ceño, su furia sorprendida.

"*Por qué*." el coro insistió. ***"¿*Por qué *murió tu mundo?* ¿Por qué *tu hermana? Necesitabas encontrar un sentido al Caos, Jonah Tythe. Te otorgué las herramientas y la tenacidad para intentarlo."***

Mientras Jonah se aproximaba al primer anillo de suplicantes vió que sus vestimentas blancas estaban bordadas con el Ojo de la Verdad de las velas. Parecía que el personal del schola y los alumnos no habían compartido el destino de los otros habitantes de Veritas, pero tampoco habían salido indemnes. Cada rostro abultado con un solo ojo enmarcado por barbas de carne formada a partir de los detritos de las características originales - nariz, labios y mejillas apartados para dejar espacio a una mayor visión. Inmenso y sin pestañear, la multitud de ojos ciclópeos miraba fijamente hacia arriba.

Siguiendo su mirada, Jonah vió el vacío sobre ellos estaba en llamas con una vorágine de imágenes - Un agregado dentado que rezuma metáforas que toman conciencia, cada una atormentada por su propio significado. Signos de maravillas que nadie había cantado competían con presagios malignos de oscuras canciones aún por venir, convulsionando mientras se mezclaban y no desentonaba en una falta de armonía desenfrenada. Era la geometría del alma desollada, desnuda, cada chispa de rencor incitada para contar su historia, cada defecto adorado e invitado a bailar.

"Hay un patrón ahí," la congregación cantó sin bocas. ***"Una lógica que gobierna el flujo y el reflujo de las mareas del Inmaterium, pero un arquitecto debe buscar ancho y largo para reconocerla y poder construirla de nuevo."***

Por eso necesitabas más ojos, Jonah supuso, recordando como su enemigo - un *adicto*, nunca un arquitecto - no podía apartar los ojos de la máquina. Sin lugar a dudas esos esclavos estaban unidos a Vedas, cada fibra de su ser sintonizada con su tarea, pero incluso con sus facultades extra en juegos - incluso con cientos, miles o incluso millones más como ellos - era intuil.

"El Mundo Vela ofrece una perspectiva singular del acertijo," la multitud coreó. ***"Resuena con el Mar de Almas como ningún otro lugar que haya conocido.***

Por eso los símbolos tienen tal poder aquí. Es por eso que tal vez se encarnen y caminen entre los hombres. Lo sentí en el momento en que puse un pie en el Perihelion. Este continente al completo es una lente hacia lo sublime, el planetario es su prisma focal. "

"Estás perdiendo el tiempo," Jonah dijo, arrancando sus ojos de la gran malevolencia que tocaba arriba. "Has estado observando un pozo negro."

"¡Entonces se trata del pozo negro de las almas!" Hubo una carcajada sin humor colectiva. ***"Pero estás equivocado. Donde tu ves Caos, yo vislumbro Orden."***

"Has mirado demasiado tiempo."

"El tiempo suficiente como para que tu declaración carezca de significado. El tiempo no es lo que imaginas que es."

"Ciento treinta y un mil sesenta y nueve días," Jonah dijo amargamente. "No me imaginé ninguno de ellos." Había comenzado la cuenta la noche en que comenzó su cada, pero esta fue la primera vez que la dijo en voz alta.

"Trescientos cincuenta y ocho años," respondió el coro, convirtiendo el tiempo sin dudarlo. ***"Transcurridos en un abrir y cerrar de ojos de una mente despierta."***

"¡Sentí cada uno de ellos!"

"Carecerían de sentido si no lo hicieras. También siento el peso de los míos, extendiéndose a través de cada permutación de mi mismo - una variedad de percepciones reflejadas en el infinito, permaneciendo sin fin. Nunca se pierde nada."

"Entonces *¿Dónde está?"* Jonah demandó, caminando hacia el primer círculo de feligreses, para su disgusto vió que sus brazos entrelazados estaban fusionados por las manos, formando una cadena permanente. "¿Dónde está mi hermana? ¿Qué le hiciste?"

"No hice nada."

"¡La verdad!" Jonah rugió, golpeando con su espada a un par de manos unidas. La hoja crepitó con energía mientras cortaba a través de carne y hueso cristalizado. Los brazos divididos se hicieron añicos como si hubiesen estado congelados, derramando ectoplasma iridiscente en lugar de sangre. Líneas fracturadas ascendieron por los hombros astillados de los feligreses, pero ninguno de los dos reaccionó. Gruñendo, Jonah decapitó al de la izquierda, luego se volteó para

decapitar al otro. Los esclavos muertos permanecieron arrodillados, sus fisuras extendiéndose a los esclavos de su lado. Con un crujido explosivo, las cabezas de sus vecinos se hicieron añicos cual cristal, y la cadena de destrucción continuó al siguiente par, barriendo el círculo en ambas direcciones.

“¡No más mentiras!” bramó Jonah, aproximándose al segundo círculo de devotos. “¡Dime la verdad o acabaré con todos!”

“Nada cambiará,” el coro dijo, inmovil ante la carnicería. ***“Yo no traje la muerte a tu mundo, Jonah Tythe.”*** una pausa. **“O a tu hermana…”**

Jonah se congeló, su espada alzada. “¿Mina está muerta?” Lo dijo como un susurro.

“Tal como siempre supiste pero nunca aceptaste.”

“Esto no….no es…”

“Mira y observa por ti mismo.”

“No…Y-”

“¡Mira!” el coro ordenó.

Nunca hubo opción. Jonah miró arriba hacia el firmamento, y la verdad que había estado acechando saltó.

“Espera” Jonah dice mientras el pasado le envuelve, trayéndolo de vuelta a la noche en la colmena devorada por la noche. “No salgas esta noche.”

“Volveré antes del toque de queda,” Jonah responde. Introduce un cargador en su pistola, manteniendo su espalda hacia la mujer sentada junto a ventana tapiada de su habitación en el bloque. A Mina nunca le gustaron las armas.

“Es una mala noche,” se advierte a sí mismo, luego sonríe ante la absurdidad de ello. La culpa acude inmediatamente, pues su hermana merece algo mejor. Nada de esto es culpa suya.

“Lo he visto de nuevo,” dice mientras apaga su cigarrillo lho y luego se vuelve inquisitivamente hacia su hermana. Ella es una sombra pálida en su silla, despojada de todo color por la noche interminable, sin embargo, para él es inviolable.

“¿A quién has visto, Mina?” Jonah pregunta gentilmente.

“Al hombre hambriento,” él responde, jugueteando con las cuentas de su rosario. “Su rostro siempre está en la sombra pero puedo ver sus ojos. Ojos plateados. Ahora está más cerca.”

“-La plata es una marca de pureza” dice, cruzando la habitación para entrelazar sus manos.Son tan frías y frágiles que le rompe el corazón. Ella se ha negado a comer o moverse desde que la noche cayó. “Tal vez soñaste con uno de los Marines Espaciales del Dios-Emperador.”

“¿Un Marine Espacial?” Él pregunta. “¿De verdad lo crees?”

“Tiene que serlo,” responde, alejándose, pues no puede soportar más su toque glacial. “Ahora tengo que irme, Mina.”

“Murió en la primera noche,” Jonah dijo huecamente, cerrando sus ojos al ver la verdad. Su hermana había sido una de los Sacros Condenados, muertos, pero libres de los estragos de la decadencia.

La mantuve a salvo. Viva. pero solo en mi mente…

“El autoengaño es la más insidiosa de las trampas, amigo mío,” su enemigo coreó. ***“Nada nos ciega con tanta inventiva.”***

“Pero ella se había *ido”* Jonah sacudió su cabeza, recordando que había encontrado tras su trabajo en el santuario - la habitación vacía, la pila de ropa descartada y el mensaje escrito con las cuentas del rosario de Mina: *Terminalo.*

“Mentiroso” gruñó, cortando otro par de hermanos fusionados y desencadenando una segunda cadena de destrucción. “¡Había desaparecido!”

“¿Estás seguro de eso?”

“Me dejaste un jodido mensaje,” Jonah dijo, pasando a través del segundo círculo de la congregación mientras colapsaba. “¡Me provocaste!”

“No. Encontraste lo que esperabas. Lo que* necesitabas *para empujarte hacia tu destino. “

“¡Estás mintiendo!” Mientras Jonah atravesaba el tercer círculo, su rabia se desenroscó como una serpiente radiante. Estas llamas bailaron sobre su espada cuando golpeó, quemando a sus víctimas hasta convertirlas en estatuas de carbón. “¡Me tendiste una trampa!”

"Escuché tu llamada en el firmamento y te reconocí, Caminante del Espejo." El coro se volvía más pequeño mientras su número menguaba, pero aún no había rastro de preocupación en su tono. ***"Respondí y te otorgué un* propósito*."***

"No te molestes," Una voz queda advirtió a Jonah mientras se acercaba al cuarto círculo. "Esto es lo que quiere."

"Me da igual," escupió saboreando cenizas. Su hoja giró hacia abajo en un arco de fuego, prendiendo fuego a otro par de devotos. la conflagración surgió a través de su círculo, convirtiendo su enlace viviente en piras ardientes. Mientras morían, el cristal debajo de ellos se oscureció hacia un negro igneo, sus venas cambiando de tono a carmesí.

"Jonah, por favor-"

"Estás muerta, hermana" Jonah dijo mientras avanzaba, sus ojos fijos en el huso. "Y él también."

No quedaba nadie a quien salvar y nada a lo que aferrarse excepto la furia.

"Arde" Siseó el Caminante del Espejo, dividiendo el quinto círculo.

El edificio debajo de Asenath tembló cuando retumbó por una profunda vibración a través de la ciudad. Con el repique de un trueno, manchas de sangre salpicaron las nubes y el tornado se alzó en llamas. Los demonios de la tormenta que nadaban más cerca estallaron en fuego y cayeron del cielo, dejando un rastro de humo mientras se disolvían. Entre ellos estaba el jinete con cabeza de media luna que había visto antes, aunque desapareció en una rafaga de glifos centelleantes cuando su montura cayó.

Este es un nuevo acorde en nuestra rapsodia, se emocionó Mercy. *¡Uno iracundo!*

"Si" Asenath se mostró de acuerdo, pero su atención seguía en los ejércitos chocando en el summit. Desde su punto de vista sobre el techo vio que el contingente de Zapadores corruptos casi había alcanzado el muro perimetral de la catedral. Avanzaban a través de una andanada de fuego hacia las puertas, los brazos de su líder se abrieron ampliamente, como para abrazar las balas del enemigo, pero de alguna manera mitigando su potencia.

"¿Qué te ocurrió, Toland?" Asenath murmuró.

Cuando el antiguo sargento se aproximaba a la casa de guardia, tres de los enormes insectos se lanzaron hacia su torre defensiva, atacando desde diferentes ángulos. La torreta explotó a uno en el aire y luego se giró para destrozar a otro, pero el tercero se estrelló contra ella y estalló en una lluvia de bilis, su masa cubriendo la boca del cañón. Un grupo de diminutas bestias se abrieron paso para salir del cadáver y exprimieron sus formas globulares a través de las rendijas de visión de la torreta.

“Las puertas caerán.” Asenath predijo. Fuese lo que fuese que esperaba hacer, debía ser pronto, pero no podía ver la manera de superar a la horda. Al menos ninguna que fuese cuerda.

“¿Quieres vivir?” preguntó alzandose.

¡Déjame libre y te mostraré cómo! Mercý respondió.

“No, iremos juntas o no iremos.” Asenath dijo y saltó desde el tejado.

El ghoul vestido de negro cojeó hacia la puerta de entrada mientras las balas rociaban la procesión de los elegidos. Muchas le golpearon y estallaron en polvo rojo por el impacto, sus carcasas corroídas por el desdén de su amo. Con la torreta silenciada, únicamente las armas de las mujeres guerreras de cresta roja representaban una amenaza, pero habían sido atraídas por los otros heraldos. Cada uno de los tres comandaba su propia fuerza de engendros de la plaga, y su asalto se extendía a lo largo del muro circular.

A través de la superficie fecal de sus pensamientos, el ghoul evaluó la batalla con ojo de soldado y vió que el punto de inflexión era inminente.

“¡Comrioooo!” gimió, aunque la palabra no trajo nada salvo miseria.

Miró hacia arriba mientras el cielo relampagueaba y se volvía rojo. La lluvía había comenzado a humear, quemándole la piel. A pesar de que sintió el calor, algo dentro de él se unió a la llamada de ese cielo llameante, tomando fuerza de su rabia.

Hermético, recordó repentinamente. En la parte trasera de esa memoria acudió otra tan tenue que se abalanzó sobre ella antes de que se evaporase.

“Sell-do” gruño, introduciendo una mano en el bolsillo de su abrigo. Sus dedos encontraron un orbe de metal frío.

Sonriendo, el Caminante del Espejo atravesó el sexto círculo de devotos, encendiendo otro anillo alrededor del huso. Mientras los ojos de los esclavos estallaban, fragmentos de los recuerdos de su amo despertaron los suyos propios, desvelando…

Un soñador traicionado por el peso de su propia ambición, y luego por la mujer a la que se ha unido al servicio de una falsa cruzada, atrayendo a ambos…

Abajo…

Un ciego idiota caminando hacia un desierto más frío que cualquier otra cosa que la naturaleza puede conjurar, anhelando la aniquilación, pero imperturbable, pues su corazón late aun más fríamente.

Abajo…

Un alma perdida vagabundeando el laberinto de sus propios engaños hechos realidad, su propia arrogancia e ignorancia burlándose de él y sin encontrar ningún camino que seguir excepto…

¡Abajo!

Atravesando el torrente de miseria de su enemigo, el Caminante del Espejo alcanzó el séptimo círculo y levantó su espada. Humo flotó desde su boca mientras escupía su desprecio y lo hizo cortar.

Rayos carmesí atravesaban el cielo, dejando heridas sangrantes en las nubes. El tornado rugía y arrojaba bolas de fuego por la montaña. A diferencia de la caprichosa conflagración que ya atormentaba la ciudad, incineraron todo lo que encontraron a su paso, rastrillando franjas carbonizadas a través de los malditos y abrasando edificios hasta convertirlos en cáscaras.

Demonios espinosos surgieron de los escombros, con sus cráneos alargados zarandeando mientras saltaban hacia la cumbre con piernas de articulaciones inversas. Sus desgarbados cuerpos estaban enfundados en escamas rojas y sus ojos parpadeaban como infiernos enjaulados, marcándolos como hijos de la tormenta de fuego. Bramando como bestias, cayeron sobre los apestados con garras o espadas dentadas, su matanza sólo disminuyó cuando se encontraron con uno de los demonios pestilentes.

“¡El acto final cae en llamas!” declaró Mercy mientras las hermanas fusionadas aterrizaron con sus pies puntiagudos. Su cuerpo compartido en proceso de cambio, sus músculos retorciéndose mientras sus extremidades se estiraban y remoldeaban.

“¡Abajo! Asenath gritó, lanzandolas al suelo. Una bola de fuego pasó zumbando sobre su cabeza y engulló el edificio del que acababan de saltar.

“¡A la luz!” ordenó, levantándose torpemente, no acostumbrada a la forma de su hermana.

“¿Donde si no?” Mercy se mostró de acuerdo. Convirtiendo sus dedos en largas cuchillas, tomó el control de sus movimientos.

Con su pelo de marta ondeando detrás de ellas, corrieron hacia la montaña, esquivando, saltando y abriéndose paso a través del ejército invasor, moviéndose demasiado rápido como para que los apestados tomasen represalias. Se desviaron cuando una trompa azotó desde arriba como un látigo, luego giraron para cortarla antes de que pudiera retirarse. Riendo, Mercy se encaramó sobre los hombros de un ghoul y saltó, girando en el aire para abrir en canal el abdomen de la mosca flotante que las había atacado. Sus pies puntiagudos empalaron a una de las bestias babosa cuando bajó, provocando un geiser de suciedad de su espalda. Se giró lejos en una lluvia de limo mientras su cabeza giraba para morderlas.

¡Trono y Espina!” las hermanas gritaron juntas, su brillante piel de medianoche despidiendo el icor de la bestia mientras avanzaban a toda velocidad.

Asenath dejó que Mercy liderara, pero la mantuvo a raya, amenazandola con paralizarla si la perra se desviaba de lo acordado. Su hermana todavía era demasiado débil para deponerla, e incluso un empate momentáneo entre sus voluntades sería la muerte de ambas ahora. Mercy era un monstruo, pero no era una idiota. Probablemente estaba ganando tiempo, esperando a que Asenath bajase la guardia…

“No, querida,” Mercy canturreó al escuchar las dudas de su hermana. “¡Estamos bailando en el fin del mundo, así que vamos a despedirnos juntas!” Decapitó a tres ghouls en un arco con sus dedos cuchilla. “¡Además, me gustaría escupir sobre tu preciosa luz!”

El ghoul vestido de negro se detuvo tambaleante ante la puerta de entrada de la catedral. Mientras su amo levantaba una mano para corroer las puertas, el esclavo se estremeció en simpatía con la bendición entrópica, dolido por la transformación que había reclamado a sus hermanos.

No… el ghoul pensó, mirando al cielo llameante. *¡No!*

“Feissss” jadeo, luchando por decir las palabras mientras tiraba de la anilla del orbe de metal que había encontrado. “Feiss… mira….me.”

El heraldo pálido se volteó para observar a su esclavo impasiblemente.

“Hermé…tico…” Ichukwu Lemarché siseó, alzando el orbe.

“Y…Sellado.” Toland Feizt respondió automáticamente desde el núcleo de la aparición. “ Listo-”

La granada detonó, incinerando a ambos en un destello de calor.

“¡Arde!” El Caminante del Espejo bramó, barriendo con su espada hacia abajo en un arco llameante. El octavo círculo de adoradores se partió y prendió fuego. Cada uno de ellos se quemó sin cese, como si estuviese sacando fuerza de algún fuego primordial. Hilos fundidos se extendían por el plano, oscureciendo su cristal hasta convertirlo en obsidiana y ofreciendo rafagas de los secretos de su señor supremo.

Un peregrino hurgando entre los escombros de su propia fé, buscando algo más mayor, incluso si el precio lo traería…

Abajo…

Un hombre oscuro parado en su precipicio final, frente a otro que es más oscuro y está dispuesto a compartir sus revelaciones únicamente si él se suelta y mira…

Abajo, más abajo…

Un penitente arrepentido y humillado, no por el fracaso de sus sueños, sino por su incapacidad para soñar con el suficiente fervor y ahondar…

¡Mucho más profundo! Siempre más profundo, hasta que no quede ningún lugar adonde ir salvo arriba…

Con un estrépito estridente, la montaña se resquebrajó. Fisuras humeantes estallaron en su cima, abriéndose más mientras zigzagueaba bajando la ciudad y devorando edificios al completo. Miles de damnificados fueron tragados por los espasmos sísmicos, pero los defensores de la catedral sufrieron más.

Un largo tramo del muro perimetral desapareció en un abismo recién nacido, mientras que otro se derrumbó arrojando a sus guardianes a la horda en una cascada de escombros. A lo largo de la barrera los Guardiavelas gritaban mientras

su piel se llenaba de ampollas por la lluvia hirviente, y momentos después se estaban ahogando en humos que brotaban de las grietas. En cuestión de minutos el último de ellos había caído, dejando a las blindadas Hermanas de Batalla solas para defender las murallas.

“¡Un buen día para morir!” Mercy gritó, eufórica por el pandemónium.

Las gemelas casi habían alcanzado la muralla cuando el suelo a su alrededor se dividió en un mosaico de pequeñas islas. El vapor presurizado salía de las grietas intermedias apestando a azufre y mala sangre. Una de las alimañas que flotaban cayó del aire cerca, asado dentro de su quitina.

“¡Salta!” Asenath gritó mientras su posición se desmoronaba bajo el impacto del demonio.

Saltaron a otra isla, donde una bestia viscosa que maullaba luchaba por agarrarse con sus tentáculos, la mitad de su cuerpo colgando sobre el borde, su piel burbujeando por el calor. Un demonio de escamas carmesí se estrelló junto a ellos con sus pies engarrados bien abiertos para mantener el equilibrio. Las llamas chisporroteaban a lo largo de la curva de sus cuernos mientras las miraba de reojo.

“¡Arded!” bramó guturalmente y blandió su espada.

Las gemelas se agacharon bajo la hoja giratoria y se lanzaron hacia otro pedazo de tierra. Mercy aterrizó en sus palmas y pateó hacia atrás con ambas piernas, empujando al demonio hacia el abismo mientras se abalanzaba tras el. Riendo, giró de nuevo y se puso de pie, saltando una vez más, llegando finalmente al muro.

“¿Acaso no soy una maravilla?” preguntó mientras sus dedos-cuchillas se internaban en el mármol.

“¡Trepa!” Asenath gritó.

“¡No tienes alma, hermana!”

Escalaron la pared como una araña espinosa y saltaron hacia las murallas. Una sorprendida Hermana de Batalla se giró para enfrentarlas, con su bolter alzado.

“¡Espera!” Asenath gritó mientras Mercy tiró el arma de la guerrera a un lado y clavaba sus uñas a través de la hendidura de su visor.

“Ni siquiera has *intentado* detenerme. Mercy la reprendió juguetona, lanzando a la mujer acorazada sobre la muralla como si no pesase nada. “¡No de verdad!

Para su vergüenza Asenath sabía que tenía razón. Todos en el Perihelion ya estaban muertos, o destinados a algo peor. Solo el fuego sagrado importaba.

Afortunadamente, la catedral todavía se sostenía en pie, su cámara luminosa, radiante contra el cielo oscuro, pero los engendros de la plaga ya estaban trepando por la sección derruida del muro hacia ella. Liderandolos había una alta figura femenina con una armadura corroída que rezumaba limo de sus articulaciones.

“El Caballero Penitente” murmuró Asenath, reconociendo al pseudo-Encarnado del laboratorio de Bathory, aunque su estado de descomposición resultaba sorprendente. Tradicionalmente el avatar representaba el alma templada de una Celestial, pero esta monstruosidad se burlaba de todo lo que representaba su juramento. Le repugnó aún más profundamente que cualquiera de los otros horrores que había presenciado aquí.

“¿Crees que todos los monstruos de la palatina están aquí?” Mercy preguntó.

“¡Sigue moviéndote!”

“¡A tus ordenes, mi señora!” Mercy se inclinó y saltó del muro, aterrizando en los recintos de la catedral como un gato lleno de espinas.

Se está volviendo más fuerte, Asenath asumió mientras su hermana corría por la catedral.

“Si, lo soy,” Mercy confirmó, “¡Pero aun te voy a llevar a tu lucecita!”

El Caminante del Espejo se detuvo frente al noveno y último círculo, cuya congregación también se contaba por nueve. Sus brazos estaban distendidos muchas veces su longitud natural para rodear al huso en el corazón del plano, su carne petrificada y llena de venas plateadas. A diferencia de los esclavos de los anillos exteriores, esas criaturas portaban túnicas índigo bordadas con la runa dentada del Profeta Quebrado. Instintivamente el Caminante del Espejo comprendió que se trataba de verdaderos discípulos, no esclavos hechizados, y aun así habían sacrificado su alma por la causa de su amo.

“Esto solo traerá ruina, hermano,” su hermana le advirtió.

“No toda la ruina es igual,” el Caminante del Espejo decretó, alzando su espada. Su hoja se había convertido en una lengua de hierro negro llameante. ***“¡Arde!”***

Se escuchó un chirrido coral cuando rompió un eslabón. Su agonía colectiva envió escalofríos por el plano y tronó a través del vacío, su hoja se hizo añicos, pero su

fuego giró a través del círculo, transformado a cada acólito en aproximación de sí mismo tallada en obsidiana. Sus ojos estallaron en fauces volcánicas que arrojaron magma hacia el cielo, manchando el paisaje de alma con rojo sangre.

El Caminante del Espejo abrió sus brazos y respiró profundamente del alma de su enemigo, saboreando…

Un soñador renacido, libre de dudas o moralidad, con la intención de liberar la Verdad absoluta, sin embargo no importa cómo de lejos se alza…

¡Arriba sigue siendo abajo!

Un arquitecto aspirante del Destino y la Fortuna destinado únicamente por desgracias divinas, creciendo cada vez más maligno mientras siente que su destino se encuentra eternamente…

¡Abajo!

Un adicto conspirador, aferrándose a esperanzas que ya no tiene mientras se equivoca a través de una red de posibilidades que se vuelve cada vez más enredada cuanto más se adentra…

Abajo, por y para siempre, abajo, ¿Pues qué más queda?

El cielo ardía vivo, su grito se hizo más profundo hasta convertirse en un rugido cuando la luz roja de Condenación se filtró a través de la vorágine, transformando el Perihelion en una abstracción infernal. Lava burbujeaba a través de las fisuras que no paraban de multiplicarse por la montaña, derramándose por sus flancos como sangre, haciendo hervir la lluvia en vapor. Como si se hubiese roto alguna barrera inefable, el tornado se desvió hacia la cima, arrojando bolas de fuego y relámpagos mientras se aproximaba. Los vivos y los muertos fueron arrastrados por sus corrientes para arremolinarse y arder a su alrededor, sus aullidos sumándose al suyo propio.

A medida que las gemelas se acercaban a su destino, toda la cumbre estalló, llevándose consigo la mayor parte de la catedral, pero la torre portadora de luz resistió, como si sus cimientos estuvieran arraigados en el núcleo del planeta.

Asenath se apartó para que Mercy pudiese usar sus increíbles reflejos mientras el suelo se desintegraba a su alrededor. Mercy saltaba entre puntos de apoyo fugaces alegremente, su equilibrio y sincronización eran deslumbrantes. Asenath podía saborear la feroz y sencilla alegría del demonio y una parte de ella anhelaba abrazarla, vivir y amar el momento, sin importar el precio.

“Oh, el precio es negociable, hermana,” Mercy la instó, “¡Pues no hay nada más, ni nada mejor que conseguir!” Con una última serie de saltos y piruetas saltó hacia el costado de la torre, cavando profundamente con sus dedos y pies mientras el viento tiraba de ellas.

“Te equivocas,” Asenath susurró.

“Pronto lo sabremos, hermana,”dijo Mercy, sonando sincera por una vez. Canturreando amigablemente, comenzó a subir.

El Caminante del Espejo atravesó el círculo más interno, su mirada fija en el huso que tenía delante. Era una aguja solitaria de cristal blanco en el plano de obsidiana, pues todo lo demás se había sometido a su rabia. Ocho círculos de esclavos ardientes lo rodeaban. El más externo se había convertido en polvo, porque nueve ya no era el número dominante aquí. Lo mismo ocurrió con los prismas orbitando el huso - solo ocho restaban, girando en enloquecidos bucles mientras emitían luz rubí.

+El mundo es tuyo, Caminante del Espejo,+ una voz familiar susurró en su mente. Despojado de su coro sonó frágil, pero no menos malicioso.

“Mi nombre es Jonah,” el destructor dijo. Su furia se había enroscado de nuevo sobre sí misma, saciada con la devastación que había causado, pero no lo estaría por mucho tiempo.

+De todos modos, es tuyo.+

“Y yo sigo sin quererlo.” Jonah sabía que hablaban sobre el tomo de nuevo. Todavía lo sostenía en su mano izquierda, como algo precioso, a pesar de que lo detestaba por encima de todas las cosas, incluso más que a su némesis. El tomo maldito nunca se había sentido más vivo, su cubierta palpita con anticipación. “¡Nunca lo quise!”

+No lo sabrás hasta que no lo termines,+ lo instó el intento de arquitecto.

“¿Y si no lo hago?”

+Pero lo harás. Eso es quien eres y el motivo por el que te elegí.+

“¡Tú no me conoces!” Jonah gritó, caminando hacia el huso. A medida que se aproximaba, se volvía traslúcido, revelando la forma marchita congelada en su interior, como un insecto conservado en un cristal. El adicto era casie exactamente

como Jonah lo recordaba del Santuario Quebrado, sus rasgos eruditos estirados sobre su calavera, su piel arrastrándose con textos que parecían arañas, pero había una diferencia vital: las cuencas de de esta criatura eran pozos negros vacios.

Sabía que eran robados, Jonah pensó recordando los ojos mal adaptados que le habían disgustado hace tanto tiempo.

+Simplemente prestados, dijo el adicto, hablando con su mente, no con sus labios congelados. +Nunca duran demasiado.+

“Tú me dijiste que nunca nada se perdía.”

+Tal vez mentí.+

“¿Sobre qué más mentiste?” El plano se estremeció expectante mientras Jonah sacaba su pistola. La bala en el interior de su cámara tarareaba anhelando cumplir su destino.

+Terminalo y mira, Jonah Tythe.+

Aferrandose al costado de la torre, las gemelas miraron hacia abajo mientras el suelo bajo ellas se cortaba con un grito torturado de la roca, portando a ambos ejércitos con él. Pronto solo la torre permanecía de pie, alzándose sobre un remolino de humo salpicado de fuego. El tornado la rodeó como un depredador al acecho, mantenido a raya por la luz de arriba.

“¡Sige avanzando, hermana!” Asenath gritó por encima de la tormenta.

“¡Nunca me habías llamado hermana antes!” Mercy gritó en respuesta, encantada.

“¡Vé!”

Mientras trepaban, Asenath vislumbró tres de las Agujas a través de la oscuridad. Sus pináculos brillaban con un blanco luminoso. Sin duda las otras cuatro estaban en el mismo estado, pues las siete Agujas estaban tan estrechamente unidas como ella y su hermana. Ella no sabía lo que significaba su resplandor, pero la vista la hizo pensar en Atanazius. ¿Estaba mirando el perihelion desde una de aquellas torres de piedra? Una vez más se preguntó si había hecho bien en ayudar al muchacho bruja, pero en su corazón simplemente esperaba que estuviera vivo. Quizás era toda la respuesta que necesitaba.

“Tal vez no te guste lo que encontremos.” Mercy advirtió mientras se acercaban a la cima.

“Yo no importo,” dijo Asenath.

“Pero segur-”

Gritaron de dolor cuando algo pasó volando a su lado, dejando cortes en su espalda. Al mirar alrededor, vieron a la Encarnada vestida de rojo, que se alejaba zumbando sobre su montura plagada de alimañas. La mujer hizo girar al insecto gigante y se lanzó hacia ellas de nuevo, moscas brotaban de sus fauces abiertas. La probóscide de su boca había sido quemada, pero ella blandía un largo bisturí quirúrgico en cada una de sus seis manos. Gas verde se derramaba desde las grietas de sus lentes redondos.

“Bhatori,” dijeron las gemelas al unison. Ningúna podía fallar en reconocer ese rostro despreciado y odiado. En todo caso, esta encarnación mutilada se asemejaba más al verdadero espíritu de la vieja bruja.

La antigua palatina chilló electrónicamente y se abalanzó sobre ellas de nuevo, con los ojos facetados de su brillante montura. Mercy se soltó en el último momento, quedando fuera del alcance de las cuchillas afiladas de Bathory, luego clavó sus uñas de nuevo en la piedra antes de que su caída se volviese imparable.

“¡Déjame libre!” imploró a su hermana. “¡Necesito perfección ahora!”

Asenath dubitó, pero la jinete de plaga ya estaba volviendo para un nuevo ataque.

“No me traiciones, hermana,” dijo, y se rindió.

Cuando el insecto hizo un barrido, Mercy se dejó caer de nuevo - pero entonces se lanzó hacia él, tomando tanto a la montura como a su jinete por sorpresa. Saltando por el aire, sus dedos-cuchillas golpearon los ojos del insecto y sus pies puntiagudos se levantaron para apuñalar el vientre bulboso repetidamente, abriéndolo en canal en cuestión de segundos. Mientras la criatura perdía el control se alejó con una patada, lanzándose hacia la torre. Sus uñas rasparon chispas en la piedra hasta que finalmente se engancharon y la sostuvieron.

Agarrándose de una mano, Mercy se rió mientras sus enemigos caían en picado en el cenagal giratorio, la túnica de Bathory ondeaba mientras agitaba sus brazos en el aire.

Hermana, llamaba Asenath, presionando contra su jaula. *No…*

“¡....me traiciones!” se sobresaltó por el sonido de su propia voz. Su gemela la había liberado.

“Acordamos despedirnos juntas ¿No?” Dijo Mercy juguetonamente mientras comenzaba a trepar de nuevo. “Además, yo nunca fuí tu captora, hermana. ¡Esa siempre fuiste tu!”

“No lo hagas, hermano,” Mina le advirtió de nuevo, pero no había esperanza en su voz.

Jonah trató de escuchar a su hermana - trató de bajar su arma y negar su furia. Lo intentó porque la quería, incluso si ella no era más que una aparición, pero por encima de todo lo intentó porque ella tenía *razón.* El rey degenerado que había matado en el mundo pantano había sido un simulacro para este momento. Su némesis quería morir.

¡Y yo necesito matarlo!

“¿Olber Vedas es tu nombre real?” preguntó, ganando tiempo contra su rabia.

+A veces+ respondió el adicto unido al cristal, pero más a menudo es simplemente la invención que prefiero. A lo largo de los milenios he sido muchas almas perdidas, encontradas y destinada a buscar la Verdad. ¡En ocasiones incluso he sido tú, Jonah Tythe!+ Hubo una risa triste. +Tu y yo hemos tejido algunas paradojas terribles y extrañas.+ Otra risa. +¡Pero esta vez no! En esta ocasión me entregue a mi vocación hace tan solo diecinueve, y he estado buscando durante más de mil.+

“Eso no tiene sentido,” dijo Jonah, anhelando acabar con el bastardo.

+No para nosotros… todavía no, pero un día tal vez lo tenga ....+ A pesar de todo, la pasión del adicto seguía ahí, junto con su arrogancia - su hambre. +Es una cuestión de obtener suficiente perspectiva. Con las técnicas y herramientas correctas nos convertiremos en los arquitectos de nuestro propio destino.+

“Aún crees en eso.” No era una pregunta.

+Todo lo demás tal vez cambie, pero nunca eso, amigo mio.+

“Te he dicho - que no somos amigos.” La rabia de Jonah se estaba despertando de nuevo, azuzada por su odio.

+Aun así aquí estás de nuevo, Caminante del Espejo - ¡Mi constante juez y furioso verdugo! Por el libro y por tu mala sangre tu siempre me rastreas cuando me hundo, atrapado por mis propios fracasos, pero demasiado testarudo como para ponerme fin a mi mismo.+ Hubo un suspiro psíquico. +Confieso que esto es particularmente

desagradable. Insinuarme en la línea temporal de la Última Vela fue oneroso, pero tenía grandes esperanzas en este mundo y su maquinaría sobrenatural.+ Su voz adoptó el tono de una lección. +Hay un tremendo poder bajo las agujas, pero también ha demostrado ser demasiado volátil y caprichoso para las creaciones precisas. Debería haberlo anticipado. Después de todo, los Eldars construyeron el Anillo al completo como una planta depuradora para el efluvio espiritual de la Telaraña.+

“¿Por qué yo?” Jonah demandó, luchando por ahogar su propia rabia. “¿Por qué el maldito libro?”

+¡Porque ese es el secreto! Es como aprendemos a forjar nuestra realidad.+

“¿Nosotros?”

+Siempre ha sido un nosotros, mi amigo, mi enemigo - tú y yo, y esas preciosas y escasas almas que poseen la inteligencia para escuchar y aprender.+

“¿Aprender el que?”

+La Verdad tal como nos ve. Nada es más-+

“Arde,” El Caminante del Espejo juzgó, y disparó, como él siempre hizo.

Con un ruido de cristales rotos, las gemelas irrumpieron en la cámara del faro de la torre. Mercy las dejó en cuclillas mientras escaneaba la gran sala de siete caras en busca de enemigos, ignorando obstinadamente su objetivo hasta que estuvo segura de que estaban a solas.

“¿Esta es tu reliquia?” gruñó, cediendo finalmente. “¿Esto es por lo que hemos venido?” El asombro rivalizaba con el desprecio en su voz, tal vez, incluso decepción.”

La luz del Perihelion se sentaba sobre un pedestal en el centro de la cámara, ardiendo intensamente, pero no más brillante que cualquier otra luz de su tipo.

Se trataba de una simple vela.

El tiempo se estiró cuando la bala de Jonah se alzó hacia su objetivo, su carcasa girando lánguidamente a su paso. El huso cristalino crujió suavemente cuando la bala lo atravesó - y luego se hizo añicos en una repentina convulsión. Un latido después la bala perforó entre las cuencas de los ojos a la criatura en su interior. La

forma marchita ni siquiera se retorció mientras desaparecida en una explosión de color indigo que abrió en canal al mundo.

+Solo la verdad hiende suficientemente profundo,+ La sombra de la carcasa susurró al oído de su verdugo. +Algún día romperemos las cadenas que nos atan y nos alzaremos sobre la tormenta, amigo mio, pero no….hoy…+

Entonces el eterno adicto se desvaneció al sueño, para soñar de nuevo.

“¡Nos has traído a una mentira, hermana!” Mercy criticó, observando la vela.

La cámara del faro temblaba a su alrededor, desprendiendo yeso mientras sus paredes se agrietaban. Parecía que el tornado había perdido su miedo a la luz, porque había entrado y engullido a la torre poco después de que ellas entrasen.

“Estamos en la punta de una aguja divina” Dijo Asenath serenamente. “Bendecida para coser el ojo de la tormenta infernal.”

“¡Estás diciendo tonterías!”

“¿Qué es lo que *ves*, hermana?” Asenath preguntó mientras las ventanas se destrozaban..

“¡Una mentira!” Mercy escupió. “Una broma gastada sobre un mundo de idiotas!”

El fuego entró a borbotones por las ventanas y se arrastró por los muros.

“Yo veo la luz sagrada,” Asenath dijo, manteniendo su mirada en la vela. Únicamente las Celestiales tenían permitido mirar a la llama desnuda del faro, pero era precisamente tal como siempre la había imaginado - pura en su humildad. Honesta.

“¡Tienes los sesos confundidos, hermana!” Se burló Mercy.

“No necesito sesos para reconocer la verdad.” Asenath caminó hacia la reliquia, la forma oscura de su gemela retrocediendo a cada paso que daba. “Dime, hermana, ¿Cómo puede esta vela lanzar su luz a través del Anillo? ¿Cómo puede verse desde el océano?”

“Yo….” Mercy se apagó, perdida.

“No puede,” Asenath respondió por ella. “Pero no es la luz de una vela lo que vemos de lejos, hermana, sino la nuestra propia. *Fé.”*

“¡La fe es la peor de todas las mentiras!” Su piel se estaba llenando de ampollas.

“Y aun así, tú también has visto su luz,” Asenath dijo con gentileza. “Te ofrezco una elección, hermana - arrodíllate conmigo y reza, o me quedaré contigo de pie y arderé.”

“¡Arederemos de todos modos!”

“¿Lo haremos?”

La torre se tambaleó bajo ellas. Mientras caía, Mercy tomó su decisión.

Jonah todavía podía ver la bala bendecida por el espejo, brillante, plateada en el vacío que había abierto. Él miró con implacable claridad mientras perforaba a través de un abismo de espacio y tiempo, elevándose hacia el lugar que lo sembró. En el camino chocó intangiblemente con otro proyectil, sus trayectorias perfectamente reflejadas. Las dos balas se atravesaron en un instante de probabilidades desgarradas.

“Lo siento, Mina,” Jonah dice, tratando de moverse, pero sabiendo que no puede. Su mirada está bloqueada en su bala mientras su opuesta acelera hacia él desde el Inmaterium.

Nada es casualidad, *alimenta al libro, por mucho que odie admitirlo, no puede negarlo.*

A través de su bala se vé a sí mismo, de pie en la oscuridad de la noche eterna en el santuario en Sarastus, su pistola alzada y humeante, su rostro pálido de miedo, pero aun libre de la maldición que está a punto de golpearle. Parece que hace tanto tiempo, pero no es nada al lado de las innumerables veces que esta maldición ha ocurrido y volverá a ocurrir de nuevo.

“¡Corre!” se grita a su yo joven, sabiendo que es inutil, pues lo que está apunto de pasar, ya ha ocurrido.

Todo es una mentira, *Jonah afirma, ofreciendo la única verdad que siente en su corazón.*

Las balas gemelas golpean a sus respectivos objetivos en perfecta sincronía. Una lo maldice en el Santuario Quebrado, mientras que la otra lo mata en el núcleo del Planetario de Sombras. Ningúna cambia nada qué importe.

El círculo se cierra, y luego gira de nuevo.

Disponte, viajero, pues el camino que has elegido no será fácil. No encontrarás dicha, y escasa será la gloría en tu recorrido, menos aún, la esperanza de un futuro mejor al final de tu travesía. Y si ansías respuestas inmaculadas , más te valdría volver tu espalda ahora…

Epílogo

Unido al fuego

Reflejos invisibles.

“Recuerdo la muerte de mi Mundovela como si hubiese ocurrido ayer, pues lo he visto arder muchas veces a lo largo de los centenios que siguieron, su agonía resonó entusiasmadamente a través del Mar de Almas. En ese pozo perpetuo de muerte renací entre los Adeptus Astartes, en espíritu si bien no aún en cuerpo.

-Althanazius Calvino.
Jefe bibliotecario Illuminant, Angeles Resplandecientes.

El muchacho vio caer la torre de la catedral. No se partió ni se derrumbó, sino que se hundió verticalmente en el humo que giraba a su alrededor, descendiendo casi gracilmente. Mientras caía, su punta continuó lanzando una brillante luz blanca a través del tornado infernal que la había envuelto. Los ojos del observador permanecieron fijos en ese resplandor mientras su mirada interior buscaba el alma dividida - o almas - en su interior. Con esa visión más aguda, profunda, la había visto - o las había visto - entrar en la torre para orar - ¿O acechar? - sobre la luz. De hecho había estado siguiendo su viaje durante muchas horas, animandolas mientras ascendían por el Perihelion arrasado por la disformidad, pero en el momento en que entraron a la torre las había perdido.

“Gracias, Hermana Asenath,” dijo solemnemente mientras el pináculo de la torre desaparecía entre el humo. “No me demostraré falso.”

El resplandor permaneció a través de la neblina durante varios segundos, inquebrantable, hasta que desapareció abruptamente.

“Tú tampoco te demostrarás falsa,” añadió, seguro de que la Luz no se extinguirá, incluso si brillaba sin ser vista - tanto la luz como la torre. Algún día las buscaría.

Había otras luces brillando a través de la tormenta de fuego - seis pilares incandescentes rodeando la montaña, con un séptimo a su espalda. Las Agujas Koronatus habían despertado justo cuando Qareen había prometido que lo harían. Su compañera de cara de porcelana le había abandonado la última noche, poco después de que cruzasen a Vigilans. Bajo su tutela, el muchacho había usado su talento para deslizarse más allá de los gigantes blindados que custodiaban el puente, luego se había escondido hasta que llegó la tormenta de fuego. Sin palabras - siempre sin palabras - ella le había dicho que debía permanecer alerta durante la tormenta. Observar y aprender.

“No deberías estar aquí,” dijo una voz profunda pero melodiosa detrás de él. Lo reconoció, aunque nunca lo había escuchado antes, al menos no con sus oídos.

“Te equivocas,” el muchacho respondió sin girarse. Aún estaba sentado con las piernas cruzadas sobre un espolón de roca, a unos cientos de pasos del puente. El cruce estaba repleto de gente ahora, todos huyendo de la conflagración. “Estoy destinado a estar aquí.”

“¿De verdad?” El extraño preguntó, sin resultar grosero.

“Si.”

“¿Cual es tu nombre, chico?”

“Athanazius.”

“¿Solo Athanazius?”

“La vieja bruja me llama “el Artesano.”

“Un buen título,” el extraño juzgó. “¿Dónde está esta *vieja bruja* de la que hablas?” Por su tono resultaba obvio que pensaba que Athanazius hablaba de su madre.

“Se ha ido.” Athanazius frunció el ceño, repentinamente inseguro. “Creo.”

“Me apena escuchar eso.” Una pausa. “Hay un gran peligro aquí, Athanazius el Artesano. Muchas abominaciones engendradas por la tormenta pueden volar. Algunas han cruzado hacia Vigilans y mis hermanos de batalla son muy pocos para patrullar el perímetro, pero hay refugios seguros más arriba. Te los mostraré.”

“No puedo ir,” dijo Athanazius. El resplandor de las agujas se había intensificado, aunque sabía que el extraño era ciego a su brillo. Solo aquellos con el don podían ver la energía espiritual que infundían. “Tengo que verlo.”

“¿Ver el que?”

“La limpieza,” respondió Athanazius, captando la idea que Qarren había intentado transmitir antes de partir. “La..purga”

“¿Quieres decir la tormenta?”

“No, eso es lo que está mal.” Pero eso no era completamente correcto. “Sucio” se corrigió a sí mismo.

“No llegaste a Vigilans con los demás ¿Verdad Athanazius?” el extraño dijo, aproximándose. “No huías de la tormenta.”

Athanazius se dió cuenta de que en realidad no eran preguntas, pero de todos modos respondió. “No. Vine antes.”

“¿Y qué buscas aquí?”

“Ya te lo he dicho. He venido a contemplar el final, Capitán Czervantes.”

Escuchó el zumbido de una espada de energía al activarse, luego sintió una vibración punzante en la parte posterior de su cuello, pero no se inmutó. Aún no había visto su propia muerte, pero estaba seguro de que no sería a manos de este guerrero.

“¿Cómo sabes mi nombre, chico?”

“Estaba en su voz, capitán.”

“Eres una bruja, Athanazius el Artesano?”

“Si…pero no me probaré falso. Sirvo a la luz.”

“¿A qué luz?” el guerrero demandó.

“La que acabamos de perder.” Athanazius dijo con tristeza, su mirada fija donde la torre había desaparecido. Podía sentir la energía de la Aguja Vigilante pulsando a través de la roca bajo él, reuniendo fuerza. No tomaría demasiado tiempo.

“El Perihelion ha caído,” dijo la Madre Solanis secamente, mirando el infierno giratorio donde el summit de la montaña había estado. “La primera Luz se ha ido.”

“No mire atrás,” Santino le instó, empujando a la hospitalaria trás los demás. “Solo sigua caminando.”

Habían abandonado su camión a mitad camino del puente, cuando la turba de refugiados se había vuelto demasiado densa para conducir. Los instintos de Santino había despotricado contra el paso lento de la multitud, sus ojos explorando constantemente el cielo y el camino detrás de ellos en busca de peligro, pero no vió nada y ya se aproximaban finalmente al otro lado.

“Quizás lo consigamos.” murmuró, sobresaliendo de cabeza y hombros por encima de todos los demás vió una pared de vehículos blindados más adelante, concentrando a las personas a través de su centro. Los tanques cuadrados y de techo plano llevaban reflectores que atravesaban la oscuridad y deslumbraban a la multitud, pero como todos los Zapadores, Santino tenía implantes retinales que atenuaban el resplandor. Vio bólters tormenta montados en los cascos de los Rhinos, junto con conjuntos de misiles tubulares. Una única de esas armas podría causar estragos en la multitud, pero él agradeció su vista. Aquellas armas significaban que Vigilans tenía una oportunidad contra las cosas que vendrían a por todos ellos.

Mientras su grupo se acercaba a los vehículos, él metió su pistola en su bolsa y alzó las manos. Los guardianes de este lugar lo reconocerían como un luchador y no quería ningún malentendido.

“¿Estaremos seguros aquí, Capitan Santino?” La hermana Claudia preguntó a su lado.

“Puede” respondió, reacio a mentir. A pesar de la tensión sonrió ante la asunción de la joven iniciada sobre su rango.

*¡Capitán S*antino! Sonaba bien.

La Aguja Vigilans se encuentra bajo la égida del Adeptus Astartes. La hermana Adeleine los reprendió con su graznido aflautado. “Por supuesto que estaremos a salvo.”

“Escuché que visitaron el Mundovela hace mucho tiempo,” dijo Claudia, sus ojos azules brillaban con curiosidad. “¿Por qué crees que volvieron?”

“No fue hace tanto tiempo, niña.” reprendió Madeleine, “Y tu no eres quien para especular sobre tales asuntos. ¡Cesa tu parloteo!”

Instintivamente Santino se adelantó cuando entraron al camino entre los vehículos, aunque no podría hacer mucho si las cosas se ponían feas. Sus ojos se entrecerraron mientras evaluaba a los gigantes blindados que esperaban más allá de la barrera Contó seis - cinco esparcidos en formación de media luna con sus armas apuntando al paso, mientras que el último estaba en el centro para reunirse con cada fugitivo por turnos.

La ornamentada servoarmadura de los centinelas brillaba en la tormenta, el brillo nunca se asentaba en un solo tono, como si estuviesen infundidos con un arcoiris. En un momento sus placas eran de un naranja quemado, el siguiente de un púrpura intenso, luego un azul profundo, cada traje ondulando sincrónicamente con los demás por lo que el escuadrón permanecía en coherencia. Tabardos de hilo de oro colgaban de sus cinturas, a juego con las crestas doradas de sus cascos con pico.

El guerrero en el centro era diferente, su armadura restringida a tonos de blanco plateado, su yelmo plano y con una lente rubí. Una mano roja extendida decoraba su hombrera derecha, destacando claramente contra la palidez de su lienzo. A diferencia de los demás, el estaba armado con una espada sierra, pero su hoja se encontraba inactiva, su atención se centraba en el dispositivo de escaneo en su otra mano. Se lo pasaba a cada refugiado cuando se detenían ante el, evaluandolos durante varios momentos antes de hacerles señas para que continuase.

Apotecario, Santino dedujo. *No toman riesgos,* pero sabía que eso no era cierto. Si los defensores de Vigilans realmente quisieran asegurarse no dejarían pasar a *nadie.* Por los infiernos, cualquier regimiento de Zapadores le habría dado la espalda a esta gente sin un segundo de duda. Los civiles eran peores que inútiles durante una crisis.

¿Quién eres tú? se preguntó, estudiando la hombrera del guerrero. Los Zapadores del Vacío estaban instruidos en los conceptos básicos de la historia de los Marines Espaciales, incluyendo su heráldica y colores de los Capítulos más prominente, pero estos le resultaban desconocidos. Sus hombreras izquierda portaban el símbolo de una figura alada coronada por una estrella, sus brazos extendidos, mientras que aquellas de la derecha portaban pintado algo único para cada individuo. Aunque Santino no tenía buen ojo para elegantes cuadros estaba sorprendido por su nivel de detalle. ¿Por qué los Marines Espaciales perderán su tiempo en tales cosas?

El dispositivo de escaneo del Apotecario emitió un pitido al pasar sobre una mujer corpulenta con galas andrajosas. Alzó su espada sierra hacia un grupo de personas hacinadas a su derecha. Los que dieron negativo, supuso Santino.

“Por ahí, ciudadana.” La voz reverberaba a través del comunicador del Marine Espacial con un sonido armónico. “Se requiere una mayor evaluación.”

Balbuceando, la mujer cayó de rodillas y se aferró a las piernas del gigante. Claudia jadeó cuando el apotecario golpeó con la empuñadura de su espada a la cabeza de la mujer con una fuerza asombrosa.

“Tenía que hacerse, hermanita,” dijo Santino. Quería colocar su mano sobre el hombro de la niña para reconfortarla, pero supuso que cruzaría una línea al hacerlo. Ella era solo una niña, pero seguía siendo una Sororita.

“Tiene razón,” Solanis se mostró de acuerdo mientras uno de los guardias arrastraron a la mujer inconsciente hacia el grupo en cuarentena. “No pueden arriesgarse a dejar pasar a la pestilencia.”

“Pero…y si…nosotros…” Claudia se detuvo.

“Si estás infectada, entonces da gracias por una muerte limpia,” Solanis dijo severamente.

Estoy contigo en eso, Santino pensó, recordando como se había congelado la primera vez que se habían encontrado con los cadáveres salvajes. Esa no era forma de morir para nadie. Se sentía bien ahora, pero había muchas posibilidades de que el portase la enfermedad - y probablemente Solanis también. Ambos se habían aproximado a personal con la plaga durante sus combates.

“La Verdad es la primera y más duradera luz,” Solanis declaró mientras se aproximaban al Apotecario. “Confía en el juicio del Dios-Emperador.”

*Simplemente en la vieja Dama Fortuna,*Santino corrigió, devolviendo la mirada al gigante impasible. *Ella me ha traído hasta aquí. Tal vez aún me lleve un poco más lejos.*

Al final, no importaba lo que un hombre hiciese o soñase con hacer, todo se reducía al azar.

Vanzynt Reiss levantó la vista cuando el suelo tembló debajo de él. Estaba a solas en el ala de los Zapadores, arrodillado donde el heraldo de la plaga lo había dejado cuando abandonó el hospital. ¿Por qué estaba aún vivo? ¿por qué lo había perdonado? Había tomado a todos los demás, incluso a un forastero como Lemarché, y aun así descartó al último oficial de la compañía. *¿Por qué?*

“Resiste,” el heraldo había decretado, colocando una mano en su cabeza. ***“Sé testigo.”***

“¿De que?” Reiss murmuró.

¿Era esto algún tipo de burla final? ¿Algo extraído de los recuerdos del anfitrión mortal del heraldo? Reiss había respetado a Toland Feizt, de hecho casi lo reverenciaba, pero el sargento zapador siempre había visto la verdad sobre él - sabía que no estaba hecho para liderar. Ni siquiera era apto para ser un buen Zapador…

Con un sollozo de desesperación, Reiss se puso de pie. La luz roja se filtraba a través de las ventanas azotadas por el viento, bañando la sala en una bruma sangrienta. Sentía la cabeza pesada, como si estuviera borracho de mal vino. Tambaleándose, trató de decidir qué hacer a continuación.

"¿Que-"

Una mosca pasó revoloteando por su rostro y su mano atacó reflexivamente. Sonrió, sorprendido por su propia velocidad al sentirla arrastrándose dentro de su puño cerrado. Riendo, se llevó la mano a la oreja y la sacudió, deleitándose con las zumbantes protestas de su cautivo. Él se lamió los dedos cuando un pensamiento delicioso - ¡Justo! - acudió a él.

De repente, Reiss supo exactamente lo que quería hacer.

La Qarren se encontraba en lo alto de la cima Vigilans, su rostro de porcelana vuelto hacia el Perihelion. La tormenta de fuego había crecido hasta engullir toda la cumbre de la montaña, ennegreciendo sus flancos e hirviendo el agua circundante hasta vaporizarla. Muy abajo, infinitamente más profundo que cualquier base física, la Qareen sintió el alma del planeta rugiendo en simpatía, dividida y en llamas. Algo terrible había profanado con ira aquel numinoso crisol, causando estragos mucho mayores que el mentiroso que se había introducido en la historia de la Última Vela. Durante los milenios, muchos soñadores oscuros habían sido atraídos allí en busca de revelación y el poder de encarnarla, pero ninguno había infligido un daño tan profundo. Ninguno había dado forma a la pesadilla incipiente enjaulada en su corazón. Más que forma - tal vez incluso una medida de sensibilidad. La furia del profanador había engendrado a un dios abrasado.

La antigua guardiana vislumbró las fracturas abisales que irradiaban desde la herida en el mundo como un fuego viral. Se propagaban rápidamente por todo el planeta, generando espasmos en tierra, mar y cielo, y las convulsiones se volvían más feroces cuanto más avanzaban desde su epicentro, donde las Agujas mantenían el ojo de la tormenta a raya. Rugía contra su yugo invisible, anhelando liberarse y derribarlas, pero los eones no habían minado su fuerza, pues las piedras espirituales incrustadas en sus núcleos de hueso espectral eran inmortales.

Muchas almas nobles se habían sacrificado para proteger este lugar y mantener enjaulados a sus horrores, entre ellos la Qareen. Su esencia estaba cristalizada en la gema que yacía detrás de su máscara, impulsando la construcción inmortal de su cuerpo. Una vez hubo otros seis como ella, cada uno asignado a una Aguja, pero el tiempo y el desgaste habían pasado factura. uno por uno sus compañeros Qareen habían caído presa de la violencia, locura o desgracia hasta que sólo quedó ella.

Era la hora. La erengía arcana que se acumulaba en las agujas se había elevado hasta su cenit, transformado el Anillo en una corona de espinas de color blanco candente sobre el mundo. La Qareen escuchó las piedras cantando - un terrible lamento coral por la fatalidad que compartían. Con una orden tácita, la última guardiana las desató.

Rayos de luz prístina ardían desde los siete pináculos en concordia para atravesar el tornado por todos lados. Rugió contra su toque, vomitando fuego mientras se retorcía y se agitaba para evitarlos, pero los rayos los siguieron implacablemente, su desprecio frío apagando su calor momento por momento, cauterizando la roca contaminada debajo.

La Qareen observó desapasionadamente como el ritual de contención actuaba. Su alma era demasiado vieja estaba demasiado abstraída de la realidad para sentir cualquier cosa excepto aprobación. Pronto ella seguiría a sus hermanas perdidas en el olvido, pero ella había preparado el camino para que otros emprendieran la vigilia. Este mundo resistiría. Y mientras las agujas perdurasen las pesadillas de abajo permencerían enterradas.

Los rayos de luz se apagaron y el color de otro mundo se desvaneció. La tormenta de fuego se había ido, y con ella, la montaña, cortada en su abdomen en una losa de obsidiana humeante. nada podría haber sobrevivido a la masacre.

“Ha terminado,” Althanazius dijo cansadamente.

“¿Qué brujería es esta?” El guerrero que se cernía detrás de él jadeó, La mayoría de los de su especie habían hablado con odio, pero su voz estaba llena de asombro.

“Un final y un comienzo,” Athanazius contestó. “Capitán…está buscando algo. Por eso está aquí. Por eso volvió al Mundovela.”

“Dime, Athanazius el Artesano, ¿Que es lo que busco?”

“Una respuesta” dijo el muchacho, frunciendo el ceño mientras trataba de encontrar un sentido a su intuición. “Una *perfecta*.”

“¿Y la tienes?”

“No…Pero sé que está aquí…en algún lugar.”

Finalmente se volvió hacia el extraño, que no lo era en absoluto, pues Athanazius había conocido el rostro del gigante resplandeciente desde que tenía memoria. En este momento - este encuentro - siempre había sido inevitable, y a través de él, todo el esplendor y el sufrimiento que le seguiría. Con igual inevitabilidad el muchacho, que nunca había sido un niño, encontró exactamente las palabras adecuadas que decir a continuación.

“Nos alzaremos sobre alas quemadas, capitán,” juró. Y selló su destino.

Con un chirrido de engranajes torturados, el Planetario de las Sombras vomitó a la mujer atrapada en sus entrañas como un bocado indigerible. Ella giró desde sus prismas giratorios y se estrelló contra una pared de vidrio macizo. El impacto la arrojó de espaldas, aturdiendo a pensar de su armadura.

“La templanza es mi verdadero escudo,” gruñó, aferrándose a la consciencia por un hilo. “La Humildad es mi armadura más fiel.”

Repitió el sacro verso hasta que comprendió su significado, junto con el recuerdo de su orden, y finalmente después de lo que se sintió como horas, su propio nombre.

“Estoy viva,” Xhinoa Akihabara susurró, asombrada por la improbabilidad. “Por Su gracia,” añadió lealmente.

Ella yacía bajo una cúpula de bronce en una cámara circular amurallada por cristal. un resplandor carmesí fluyó a través de la barrera, aunque Condenación se encontraba ascendente. Y tal vez lo era…ahora y para siempre.

Con un gemido, la Celestial Superior se impulsó hacia sus rodillas, luego a sus pies. Su mochila había desaparecido, y con ella el poder que alimentaba a su armadura, dejando el traje como algo lento y pesado. Una vez que se agotaran sus reservas, sería peor que inutil. Su bólter tormenta también había desaparecido, perdido en algún lugar de la vorágine que la había tragado, pero ella no se amilanó.

“El Dios-Emperador me ha salvado con un propósito” proclamó. Cualquier otra cosa era inconcebible.

Al girarse, Xhinoa vió un enorme lumiglobo en el centro de la cámara, su superficie grabada con salmos sagrados. la realización le golpeó lentamente como un golpe prolongado. Se encontraba en la torre baliza de una barca Absolución, muy por

encima de la cubierta. ¿Cómo era eso posible? No.. Eso era una pregunta estupida dadas las circunstancias. Todo lo que importaba era ¿Por qué?

Había una escotilla de metal al otro lado de la cámara, pero eso podría esperar por ahora. Forzando las aletargadas uniones de su armadura a volver a funcionar, Xhinoa cruzó hasta la pared más cercana y contempló la vista infernal más allá. El borde oscuro de la barca se extendía debajo de ella, su cubierta incrustada de gárgolas envueltas en vapor mientras se agitaban a través de un pantano de lava fundida. Era imposible, pero el casco del barco no se derritió, ni sus gradas de maderas se incendiaron.

“La fe protege a los bienaventurados,” la Celestial murmuró con reverencia. “Pues Su Luz…” cayó en silencio cuando finalmente el reconocimiento cayó sobre ella. No era la fe lo que protegía a este navío de lo infernal, sino el compañerismo. Cerrando los ojos golpeó con un guante el vidrio, lo suficientemente fuerte como para romperlo.

Se encontraba a bordo del *Sangre de Demeter*

Afterwyrd

La Espiral

Así que has seguido este extraño camino hasta su final y me has encontrado, viajero. Sin lugar a dudas quieres respuestas ahora, aunque te advertí que no las habría, al menos, no en ninguna forma que sea firme o definitiva. pero has sido tenaz en tu búsqueda, así que tal vez te debo unas reflexiones finales antes de separarnos.

Primero, debes saber que esta es una historia real - o al menos tan real como cualquier mentira ahí afuera. En el marco de las asunciones transitorias que llamamos realidad, cada cosa es solo una cuestión de convicción, no importa si lo arraigas en fé o en razón. Cree en algo con suficiente fervor y lo convertirás en tu verdad. Proclamalo con suficiente pasión como para convencer a los demás y lograrás hacerla la suya también. Alcanza una masa crítica de mentes y verdades y la verdad se convierte en La Verdad. Ahí es cuando se despertará y comenzará a moldear el mundo a su propia imagen. Y ahí es cuando aprenderás que nunca fuiste el soñador, sino simplemente otro sueño más en la vorágine de posibilidades.

Esa es la naturaleza del Caos.

Entonces ahí tienes una suerte de respuesta. Cuanto más luchamos para encontrarle el sentido al mundo, más ferozmente luchará contra nosotros para crear sinsentidos. Aniquilandonos. El Inmaterium es el firmamento de todas las cosas y es demasiado volátil para los absolutos - de hecho los detesta desde sus entrañas primordiales. Y recuerda, nada lo inflama más que las emociones desenfrenadas. No importa que estés entusiasmado por conocimiento, justicia, redención, placer o la simple supervivencia, el Caos encontrará una manera de torcerlo y convertir tu pasión en algo monstruoso.

¿Lo ves ahora? ¿El destino de aquellos junto a los que has viajado? Olber Vedas, que buscó dominar el destino, pero se convirtió en su esclavo. Jonah Tythe, el vengador que se convirtió en destructor cuando sus últimas esperanzas se hicieron polvo. Asenath Hyades, una santa y una pecadora, forjada en la culpa y engañada por la fe. Y Toland Feizt, el gigante destrozado que aguantó hasta que era demasiado tarde para detenerse. Todas las almas fuertes quedan poseídas por sus sueños, mientras que los más débiles o simplemente más cuerdos son consumidos por el camino.

Así sucede.

En segundo lugar, esta historia no tiene un final real. No es un camino lineal que has estado siguiendo, sino una madeja de posibilidades que podrían desenredarse para siempre, cada hilo deshilachando en una miríada más mientras lo sacas de su maraña.

Encontré *este* hilo en la sombra de la Roca Muerta. Si alguna vez has vagado entre las ruinas del Anillo Koronatus, posiblemente conozcas el lugar, ya que su reputación es oscura incluso para los estándares de ese archipiélago atormentado por horrores. Una losa imponente de obsidiana se encuentra en el centro de la mesa chamuscada que una vez fue el Perihelion. Después de que la montaña fuese cortada, la Roca Muerta era el único hito que quedaba en pie.

Invariablemente, este sombrío monolito se ha convertido en un faro para los perdidos y los condenados que acechan el archipiélago. Miles sobrevivieron al cataclismo, orando a su Dios-Emperador mientras se acurrucaban contra las Agujas, pero después de la caída de la Última Vela muchos recurrieron a los Encarnados que sobrevivieron entre ellos. Dos de los avatares escaparon de la purga y hay un tercero enterrado bajo el Sacrasta, pero ese no saldrá a la superficie en centenios, así que hablemos de los dos que aún están en juego.

Los esclavos enfermos del Caballero Penitente reverencial a la Roca Muerta como su altar primordial, mientras que el Coro Silencioso del Testigo Mudo cree que es la última Llave, un eje metafísico que algún día pondrá el mundo al revés. Ambos cultos recorren el Camino de las moscas, aunque sus Encarnados encarnan diferentes aspectos de la podredumbre y compiten entre sí por la supremacía. Pronto el Dios Abrasado engendrado por la ira de Jonah Tythe inspirará a sus propios adoradores, cuyo salvajismo incendiará el Anillo de nuevo, pero con el tiempo incluso su mancha será superada, porque hay peores plagas por venir.

Llámalo como quieras - Ythantyss, Vytarn, el Mundovela o Redención - este planeta siempre estará plagado de falsos profetas - humanos, infernales o xenos.

En cuanto a los Ángeles Resplandecientes que vigilan el Anillo y hacen guerra contra las sectas… Bueno.. ¿Quién puede decir que creen realmente, cuando ni ellos mismo lo saben? Sospecho que la suya es otra historia esperando a ser encontrada, pero yo solo he vislumbrado fragmentos hasta ahora.

En cualquier caso, los condenados están justificados en su devoción a la Roca Muerta, por qué es lo único que queda de la catedral del perihelion y las almas entrelazadas que buscaban su santa luz. Las hermanas discordantes están encerradas dentro del monolito como insectos congelados en ámbar, aunque no puedo decir si es simplemente su ataúd o su jaula. De cualquier forma, su esencia perdura, potente con viejas luchas y la promesa de conflictos por venir. No hay mejor lugar para buscar historias sombrías, pero la empresa no está exenta de peligro.

Aunque los cultistas que se reúnen bajo el monolito están ciegos a los nómadas sutiles como tu y yo, los Encarnados son seres más enrarecidos, capaces de sentir - y deslizarse - entre mundos. Cuidado que no te vean y te sigan de vuelta a la burbuja de cordura de la que provienes, viajero.

Y sin embargo, los Encarnados ni siquiera son los depredadores más peligrosos en esta espiral efímera. Sus hilos se arrastran con oblicuas aberraciones paradójicas concebidas para devorar a los intrusos, así que te aconsejo que no te quedes demasiado tiempo en una hebra para que no capten tu olor. Estate alerta, no confíes en el azar y siempre sigue moviéndote. Ya estás demasiado metido como para dar marcha atrás.

Ya es hora de que siga mi camino. Estoy siendo acosado por algo peor que cualquier demonio - un forastero en este reino, como nosotros, pero mucho más viejo y más sabio en sus costumbres. No sé si mi perseguidor codicia sus secretos o se considera su guardián más incondicional, pero no tolerará rivales, y mucho menos narradores de historias.Vi al anciano tuerto en una parabola de fuego y hielo hace algunos años y me ha estado siguiendo desde entonces. Todavía estoy a algunos giros y vueltas por delante de él, pero se aproxima con cada historia que cuento. Tal vez tú y yo nos volvamos a encontrar algún día, pero si no lo hacemos…bueno..sabrás que el bastardo me atrapó.

¿Qué dices viajero? *¿El significado del libro de Jonah?* ¿Aún no te has dado cuenta?

El libro es tuyo. Siempre lo ha sido.

Ahora terminalo.

Un Profeta Quebrado.
Londres, Agosto 2018

Sobre el autor

Peter Fehervari es el autor de las novelas *The Cult of the Spiral Dawn* y *Fire Caste,* presentando el Astra militarum y el Imperio T'au, la novella "Fire and ice" de la antología de "Shas'o, y las historias cortas con temática t'au "Out Caste" y "A sanctuary of Wyrms." La última aparece en la antología Deathwatch: Xenos Hunters. También escribió la historia corta de Marines Espaciales "Nightfall" que estaba en la antología "Heroes of the Space Marines, y "The Crown of Thorns". Vive y trabaja en Londres.